

LA CASUALIDAD TIENE SUS ARGUMENTOS (III)

RELATOS BREVES

Coordinados por Juan Cano Conesa



MURCIA
2019

Reservados todos los derechos. De acuerdo con la legislación vigente, y bajo las sanciones en ella previstas, queda totalmente prohibida la reproducción o transmisión parcial o total de este libro, por procedimientos mecánicos o electrónicos, incluyendo fotocopia, grabación magnética, óptica o cualesquiera otros procedimientos que la técnica permita o pueda permitir en el futuro, sin la expresa autorización por escrito de los propietarios del copyright.

“La casualidad tiene sus argumentos (III)”

© De los textos, sus autores, 2019

© De las ilustraciones, Nuria Díaz, 2019

© De esta edición, Fundación Trinitario Casanova, 2019

Murcia, España.

www.trinitariocasanovafundacion.es

info@trinitariocasanovafundacion.es

Primera edición: diciembre de 2019

ISBN:

Depósito legal: MU 0000-2019

Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

PRÓLOGO, de Juan Cano Conesa	5
LA PIANISTA, de Carlos Fernández García	25
TATUAJE, de Alberta Reinón Martínez	53
EL SUEÑO, de Dolores Gil Alcayna	67
L APERCEPCIÓN DEL PERCEBE POR PERCEBAL PÉREZ, de Cristina Fernández Picazo	93
AVATARES, de Amador Cuadrado	111
CALOR DE OTOÑO, de Eloy Escuer	121
UNA FAMILIA ITALIANA, de Gio Croatto	135
HISTORIA DE DOS CORBATAS de José Miguel Rubio Polo	155
JUGADAS DEL DESTINO, de Maite Hernández Serrano	171
SANDOKÁN EMILIO SALGARI 78 PESETAS de Miguel Ángel Díaz Pintado	187
PARADA, de María Ángeles Cebrián López	203
LA CAMIONETA Y OTROS RELATOS O HUELLAS DE LA MEMORIA, de Manuel Lineros Tello	213
SELVA, de Mercedes Chereguini Olmos	241
EL SILENCIO DE LAS PALABRAS, de María Ángeles Hernández-Gil Bordallo	251
IRRESOLUTO Y CARENCIA Y EL MODO EN QUE DEJARON DE SERLO de Silvia Nortes Manjavacas	273

PRÓLOGO

Juan CANO CONESA

Va pasando el tiempo y, como quien no quiere la cosa, nos encontramos con la tercera publicación de relatos, perteneciente esta a la IV promoción de miembros de la Escuela de Escritores de la *Fundación Trinitario Casanova*. Los componentes de dicha promoción llegaron un jueves de noviembre a la sala de reuniones del local y se dispusieron, con expectación, dudas, curiosidad o ilusión, a ver de qué iba esta cosa de escribir, publicar y, sobre todo, a esperar, en algunos casos, una suerte de *Deus ex maquina* que les abriera el camino de la adquisición de una competencia narradora. Lo primero que les dijimos fue que sólo se aprende a escribir escribiendo. Y lo primero que se les aconsejó fue que leyeran con atención, que escribieran todos los días, que miraran el mundo con ojos de extrañeza y que intentaran anotar en sus cuadernos todo lo que les llamara la atención: un vocablo, una mirada, las impresiones personales de un paisaje, la huella fónica de un llanto, una conversación pillada el vuelo en una parada de autobús. Más tarde tratamos de convencerlos de que todos eran ya escritores: “Saber que no se puede escribir es una forma de escribir”, dice Robert Walser, citado por Enrique Vila-Matas, en *Bartleby y compañía*. Si la vida se encarga de llenar de sensaciones las almas y las sensibilidades de los espectadores, nosotros nos encargaríamos de poner en funcionamiento el aparataje teórico, técnico o reflexivo de cuanto les pudieran

sugerir esas percepciones y esas notas que, posteriormente, ellos habrían de elevar a relato.

En una reciente publicación, el abajo firmante venía a decir, más o menos, que el vivir en constante asombro, que el vitalismo irreductible, el ansia por devorar la vida o el gusto por conocer de qué están hechas las historias... todo eso, decía, sirve para llenar el depósito de las vivencias, para nutrir de ideas el pensamiento, para reparar daños irreparables o para beneficiarse del poder terapéutico de la literatura. También es justo reconocer que los autores podrían haber aprovechado esa vitalidad para otras muchas cosas: viajar por el mundo, jugar con los niños o montar una empresa. Pero si su intención era materializar todo eso y darle forma literaria, mejor que mejor. El caso es vivir con pasión, y contarlo, para retozar en la constante fascinación de existir y de pensar y, finalmente, darle forma escrita, construir una historia, garabatear, narrar. “Abordemos sin complejos el pánico a la soledad de un folio en blanco y grabemos en él las notas que le hemos arrebatado a la existencia, las notas que hemos ido tomando”, les repetíamos de cuando de cuando. A pesar de que esas notas que tomamos estén mal redactadas, sean disparatadas, resulten obscenas o sean una chapuza, ahí está encerrado el mundo: en unos renglones que, cuando se adapten a la forma apetecida y limpia (la cuestión consiste en corregir y corregir) esas notas se convertirán en una proeza celebrada por el mismo autor y, si hay suerte y el viento sopla a su favor, la proeza será celebrada por los lectores. Pero de momento, no pensemos en ellos.

Intentar encajar los ocultos desiertos de la condición humana en unas páginas y hacerlo, es un acto de rebeldía contra el misterio. Atentos a lo cotidiano, sumergidos en la ciénaga de la incomprensión o ubicados en los aposentos de la esperanza, las obras que vais a leer responden, en principio, a la lexía proverbial del “dicho y hecho”. O si queréis, misión cumplida.

Todo esto lo descubriremos cuando nos asomemos al mundo relatado por nuestros autores (historias objetivas, de ficción o de una intimidad que puede llegar a ser como la misma intrahistoria del mundo), sin necesidad de que nadie nos cuente que los sucesos narrados y la intriga transcurren por las páginas del libro sin amaneramientos severos ni actitudes ensimismadas por el estilo. En estos momentos, el estilo es la persona. Este libro que te dispones a leer es un compendio recio, sincero y de calidad sorprendente. Es una obra colectiva en donde discurren naturalidad, cultura, sentimiento, espontaneidad, documentación y 'lo que haga falta'. Pero lo que más me llama la atención es que todos los relatos están cosidos por ese hilo invisible que denominamos honradez creadora. No hace falta firmar ningún contrato con los autores para saber, entender y aceptar que, por entre sus páginas corren veloces historias que dejan de ser historias y se convierten en jugosa visión de las cosas. Y es que, para nuestros autores, la vida se percibe en mil objetos, personas, sonidos o gestos. Así, pues, en un percibe, en una influencia lectora, en un tratado de Psicología, en un vuelo de avión, en un romance melodramático, en un acto de valentía, en un pueblo del sur o en una reunión de amigos está la vida.

Otra verdad definitiva consiste en admitir que en este volumen podemos leer y degustar la palabra súbita y admirable de unos aficionados que recogen una modalidad tan rotunda como difícil. Para mí, el relato breve es el subgénero literario que más se parece a la poesía: hay tensión en el 'contar' ('decir tensivo' lo llaman algunos críticos), acortamiento en el fluir y sorpresa en el final. Y también hay que hacer referencia, cómo no, a algo tan lírico como el silencio como límite. Queremos decir que estos cuentos se han convertido en una máquina de pensamientos y sensaciones, pues cuando acaban de leerse, dejan en el semblante del lector una risa, una reflexión, un rictus de melancolía, una mirada de mochuelo o un resoplido. Eso es el

silencio como límite: una conmoción final, un escalofrío o una carcajada; en definitiva, algo que permanecerá en los fosos de la sensibilidad después de haber leído.

Hemos hablado anteriormente de subgénero. Permítanse-nos unas palabras sobre dos conceptos necesarios, dos conceptos genéricos que han alumbrado las pretensiones futuras de un buen número de miembros de este curso: la novela y el cuento. En primer lugar, porque muchos de los relatos presentes (por no decir todos), son susceptibles de formar parte secuencial de una novela. Y en segundo lugar, porque la segunda etapa de este nuestro proyecto podría consistir en convertir algunos relatos breves en novelas (eso, lógicamente, lo dejamos a la deriva de la libre inspiración, de las ganas y del esfuerzo de nuestros autores). No sabemos cómo, cuándo ni cuántos estarían dispuestos a arremangarse y aceptar el desafío, pero estoy convencido de que se aprovecharía un terreno que, en mi opinión, ya está suficientemente abonado para entrar en proyectos de más hondo calado. Todo es cuestión de tesón y de dedicación sistemática y esforzada. Tiempo y ganas.

Hagamos una breve incursión por el soporte teórico de algunas opiniones críticas y académicas, recogidas de nuestros antiguos estudios. Con frecuencia se ha sostenido que la novela es un género aglutinador de cuentos. Queremos decir que aquella, la novela, viene a ser una sucesión de relatos breves unidos por un espacio compartido o por un elemento organizador, que bien podría ser un personaje, un objeto o una idea. Hay quienes piensan que la novela y el cuento se distinguen sólo por la extensión. Sea como fuere, las dimensiones de la obra condicionan, eso sí, la forma en que el autor ha podido servirse de los motivos de la historia para realizar el paso de esta a la trama. No van desencaminados quienes esto defienden. El cuento es, por lo general, una historia que contiene una sola línea narrativa y que va siguiendo una cadena de situa-

ciones nucleares de manera continuada y recta, sin inserciones extensas ni detenciones prolongadas en los motivos libres; por el contrario, en la novela es frecuente la exposición retrasada, las transposiciones temporales, la repetición de motivos destacados funcional o semánticamente, y también los cambios de localización –cuando los haya– y la intencionada variedad de distancia entre el narrador y los personajes. La novela permite introducir motivos libres con mayor o menor profusión o divagaciones y descripciones que detienen la narración, porque son motivos estáticos. Es lo que tantas veces hemos referido: en una novela nos podemos permitir abrir pasillos perpendiculares a la ruta principal y, tras ensamblarlos y contextualizarlos en esta, volver de nuevo al argumento central. Por otra parte, el cuento es, pues, una narración más o menos sencilla, de corta extensión y de desarrollo generalmente lineal, progresiva o regresivamente, que suele desarrollar una anécdota. Normalmente, su final suele ser sorprendente. Tomachevski lo caracteriza frente a la novela por el final inesperado y cree que cuando la novela adopta un final sorprendente es porque está influida por el cuento. Gabriel García Márquez venía a describir de una forma expresiva la diferencia entre ambos géneros: “el cuento es una flecha en el centro del blanco y la novela es cazar conejos”. Estos dos desplazamientos metafóricos aplicados a ambas modalidades narrativas (la diana y los conejos), son completadas con la cita siguiente: “La intensidad y la unidad interna son esenciales en un cuento y no tanto en la novela, que por fortuna tiene otros recursos para convencer. Por lo mismo, cuando uno acaba de leer un cuento puede imaginarse lo que se le ocurra del antes y el después, y todo eso seguirá siendo parte de la materia y la magia de lo que leyó. La novela, en cambio, debe llevar todo dentro.”

Para Baquero Goyanes, las relaciones entre ambos géneros han suscitado innumerables confusiones y polémicas, hasta el

punto de que obras tan paradigmáticas como el *Lazarillo* han llegado a ser consideradas novela, novela corta o incluso como cuento o conjunto de cuentos. Así, según Baquero (de quien tomamos prestadas sus propias palabras), conviene deslindar los ámbitos de ambos géneros utilizando criterios, no sólo dimensionales, sino intencionales: *Para muchos lectores el cuento no es sino una novela reducida o un fragmento novelesco*¹.

Dábamos por sentado que todos los autores de estos cuentos que presentamos tenían —y tienen— las indudables prerrogativas del interés y de la avidez. Y aunque no podemos afirmar que vivamos tiempos propicios para la ensoñación, la tensión impetuosa de cada uno de aquellos llegó con una pasión por desvelar mundos silenciados y con la huella sonora de miles páginas previamente leídas. Quiero decir que cada uno vino arrastrando sus gustos literarios y sus afanes. E imaginamos que no pudieron disimular su devoción por las obras de García Márquez, de Juan Ramón, de Isabel Allende, de Steinbeck, de Vila Matas o de vaya usted a saber. Así es que un empujón interior les estimulaba a mimetizarse con quienes consideraban sus modelos o, sencillamente, eran sus modelos, sin tener plena conciencia de ello. Ese es, en nuestra opinión, el primer acto del proceso creador. El segundo consistiría en la búsqueda de unas historias que contar y, sobre todo, en la aspiración por conseguir un estilo propio.

Algunos ya lo traían puesto como complemento de su personalidad, como aditamento de su formación académica o como suplemento de su propia competencia creadora. La mayoría de ellos ya eran escritores *in pectore*. La tierra estaba en condiciones de ser abonada y cuidada, pero el poco tiempo de que disponíamos no nos permitía hacer milagros. De hecho, en este campo los milagros no existen: todo depende del esfuerzo y de la re-

¹ Recordemos la desafiante y ocurrente afirmación de Borges, según la cual “un cuento es una novela sin adjetivos”.

ceptividad personales. Así es que tuvimos que ir sorteando esta mala ventura, diversificando las tareas o mutilando las teorías. En treinta días escuetos (45 horas presenciales, más o menos), la cosa daba para poco: nos limitábamos a cargar las pilas con la maquinaria de la palabra bien ensamblada y nos poníamos a escribir en casa, lejos del mundanal ruido. Lo demás era echar de menos las tardes de los jueves. Las clases se convertían en una paráfrasis de un cargador de energía. Porque durante la hora y media de los jueves, pasaban pocas cosas, pero pasaba todo. Tanto, que el resto de la semana era una proyección para muchos agotadora de aquellas 45 horas. Entre todos llegamos a conseguir que ‘no hacer los deberes’, como confesaban jocosamente algunos, supusiera una pesada carga de remordimientos. En definitiva, aquellos encuentros venían a ser un vaivén trabajoso de correcciones, aplicaciones críticas, horas robadas al televisor, tiempo de satisfacciones íntimas, “esto no sale como lo presiento”, etc., y, ¡venga, a esperar otra semana!

Conforme el lenguaje se iba transmutando en solidaridad y la solidaridad en literatura, nuestros autores sobrenadaban todo lo que la vida les ponía delante y lo convertían en asunto artístico. Así, hubo quien compartió la literatura con el nacimiento de algún nieto, catarros de hijos, disgustos, alegrías familiares, viajes, brindis o monotonías. Iba pasando la historia y se iban trazando discursos que, en muchos casos, habrán quedado relegados al rincón inaccesible de los cajones de la mesa o, por el contrario, serán objetos de futuro, pues casi todos pusieron todo el empeño para hacer salir de sus fondos más íntimos una porción saturada de curiosidad y la pretensión definitiva de buscar las palabras que mejor definieran sus propios sentimientos estéticos o emocionales. Por eso sentirán la necesidad de sentarse cada día a poner en paz con sus propias conciencias creadoras todo aquello que les ha ocurrido durante el día. O durante la vida. Y si el arte llega, por fin, a cuajar en la trinchera

de la avidez, si el insomnio se resuelve acariciando un folio en blanco o leyendo un libro apetecido... entonces, digo, vamos bien: está naciendo el escritor; un escritor que no publica ni es reclamado por las editoriales, pero escritor al cabo.

Uno tras otro fueron discurrieron los cursos y una tras otra, las historias. Hemos llegado, pues, hasta donde nos interesa: a este libro que tienes entre las manos y que encierra unas pocas horas de convivencia literaria y muchas horas de silencio y fecunda soledad —o de retiro, mejor—. Aquí tienes el fruto de parte de lo que hemos hecho y de lo que han sido quienes firman cada segmento argumental de las hojas de papel que soportan su mundo interior. Y todo lo que vas a leer ya no se parece en nada a aquello que escribieron García Márquez, Juan Ramón, Isabel Allende, Steinbeck Vila Matas o vaya usted a saber. No. Todo lo que leerás se parece —¡vaya perogrullada!— a lo que escriben sus propios autores, a sus estilos perfectamente definidos e identificables. Que ellos son muy suyos y, a partir de ahora, muy de todos. De todos los que hemos tenido la fortuna de leer y de leerlos. Porque no nos quepa duda: en este libro que tenemos entre las manos hay calidad. No es retórica. Esta colección de inesperadas osadías literarias (algunas primeizas, otras más cuajadas), por mucho que no hayan superado el umbral de la gran literatura, nos harán pasar momentos de lectura placentera. Parte de esa noble casualidad salió de la incesante lucidez de las ‘horas libres’ y de las familiares tardes de los jueves, de 19 a 20:30.

Porque, claro, ninguno de los autores es escritor profesional, a pesar de que, en nuestra modesta opinión, algunos podrían llegar a serlo, a poco que el tiempo, la vida y la suerte se lo permitan. Claro que *primum vivere, deinde filosofare*. A quienes hemos puesto de nuestra parte para que veamos estas páginas publicadas, nos queda la satisfacción de haber conocido el soporte mágico y voluntarioso en que se apoyan Albertina Rei-

nón Martínez, Amador Cuadrado, Carlos Fernández García, Cristina Fernández Picazo, Dolores Gil Alcayna, Eloy Escuer, Gio Croatto, José Miguel Rubio Polo, Miguel Ángel Díaz Pintado, María Ángeles Cebrián López, Maite Hernández Serrano, Manuel Lineros Tello, María Ángeles Hernández-Gil Bordallo, Mercedes Chereguini Olmos, Silvia Nortes Manjavacas.

Nos falta afirmar —y no es asunto menor— que, independientemente de todas las circunstancias que rodearon su llegada a este conjunto de amigos de las letras, los componentes del mismo se han convertido también en amigos: amigos que comparten intereses comunes y, sobre todo, nobles intereses. Y por parte de quien esto escribe, diré que me queda la satisfacción de constatar que todo cuanto ha quedado de esos días, ha venido a convertirse, además de en un escenario de participación en la Escuela de Escritores, en un afecto recíproco, en una amistad. Ha pasado con el grupo presente y con todos los que ya desfilaron por estos cursos. Así, pues, ha pasado una etapa que, a pesar de los impedimentos de la cotidianeidad personal, se ha convertido en un *divertimento* de intereses lúdicos, intelectuales y emocionales en donde cada uno ha contado, sentido, admirado y criticado lo que le ha dado la gana. Vistos con mirada histórica, parece que aquellos años de hace cuatro años pertenecían a la edad del trueno. Para aquellos que fundaron la Escuela de Escritores, el mundo era ‘ancho y ajeno’. Imprevisible. Pero lo que es la vida: desde entonces, a pesar de que ha habido lluvias y sequías, todo ha pasado con la celeridad de un relámpago o con la premura de un parpadeo.

Cuatro años, y vamos para el quinto. Hace cinco años que la Fundación Trinitario Casanova, por medio de Natalia Herrero, me propuso coordinar un curso que, más que académico y solemne, tendería a convertirse en una reunión familiar de reciprocidades artísticas y confidenciales con distensión amable y contenido ameno. Lo he dicho: un *divertimento*. Y así, poco

a poco, fuimos jugando a proponer asuntos que los asistentes convertirían en historias.

Digo que pasaron los años, cuatro ya, y hoy aquellos primeros esbozos se fueron llenando de contenido hasta cumplir casi un quinquenio y alumbrar cuarenta y siete relatos en total. Nada menos.

Los últimos quince relatos que forman parte de este volumen son depositarios de una calidad que procede del esfuerzo y del afán de sus autores. Los hay espléndidos.

• *Tatuaje*. Su autora, Alberta Reinón Martínez, tiene oficio y capacidad para contar historias tan llamativas e intensas como la historia de Gladys, una mujer resolutive y de gran personalidad. Haciendo un perfecto equilibrio entre la peripecia y la descripción, en *Tatuaje* se encuentran la lujuria, el alcohol, y la venganza. Mundo sórdido de prosa brillante, escrita con la admirable claridad y sencillez de quien sabe de qué va eso. Queremos decir que lo admirable de este cuento es que se da una rara complicidad entre la serenidad de un estilo limpio y claro, y la turbulencia de la historia. Es lo que decíamos: bellas descripciones, casi líricas (la escritora es, fundamentalmente, poeta), junto a una historia sombría, en la que leemos que un personaje “... se había grabado a fuego en la parte posterior de la muñeca izquierda un pequeño reloj con la inscripción: *“Todo puede cambiar en un instante”*. Contiene el relato pasajes en los que asistimos a hermosas digresiones descriptivas propias de la novela negra, creadas estas con un estilo impecable y una deliciosa ambientación. Todo acorde y adecuado al contenido del relato: “El taconeo de Gladys acompasaba el ruidillo del agua en los desagües y la luna jugaba entre las nubes ya clareadas en aquella madrugada húmeda y pegajosa. De cuando en cuando, pasaba un coche deslumbrando a los pocos transeúntes que circulaban a pie sorteando los charcos.”

- *Avatares*, de Amador Cuadrado, relata unos hechos ocurridos durante la guerra civil española y la postguerra. Se trata de una historia intrigante, escrita con una prosa limpia y llena de guiños que nos conducen a la realidad: lo narrado presenta toda la apariencia de un caso real. Son muchas las historias que hemos escuchado sobre acontecimientos de nuestra pasada guerra. Una de ellas es la que nos relata Amador Cuadrado: durante la guerra civil española, el alcalde de un pueblo vive con un secreto sellado con el silencio más leal y admirable: el secreto de haber sido el autor del rescate de una imagen del Cristo de la iglesia, a pesar de que su ideología entraba en conflicto, según las circunstancias de la época, con esa actuación. No obstante, por delicadeza personal, lleva a cabo la referida acción y guarda el secreto, aunque podría haber solucionado los inconvenientes que sufrió durante la postguerra contando la verdad del rescate de la imagen. El lector es transportado por el fluir de un discurso bien trazado, se deja guiar por la impaciencia y se sumerge en la historia, hasta el punto de que desea saber con urgencia cómo se resuelve el conflicto. La intriga se mantiene a través de una acción que circula alrededor de ese anecdótico recurrente que pasa por los anales de los pueblos y de las familias, con sus rencillas, desafecciones y despropósitos.

- *La pianista*. Este hermoso relato de Carlos Fernández García narra la historia de un amor ficticio entre un periodista y una pianista, Nicole (nombre fingido). La protagonista, los amores, los desamores, los hijos, las ciudades, las salas de conciertos y los lugares descritos son reales y, por tanto, pertenecen a la historia de la música, si bien los nombres propios elegidos por el autor son apócrifos. Transcurre por el relato una cascada de emociones, tratadas con sabiduría investigadora y competencia narradora. Es un estudio espléndido de la condición femenina y de la historia de la música. También es notable el aparataje crítico del narrador, que en ocasiones dicta unas apreciaciones

atinadas de musicología clásica. Por tanto, se desprende del contenido del cuento la doble aptitud del autor: la literaria y la musical. El estilo es suntuoso y, a través de una adjetivación de ecos rubenianos, los acontecimientos van acompañados de vibraciones poéticas y pensamientos colmados de enjundia: "... escondí mis lágrimas con un cierto dolor en un pergamino de esperanza [...] y me aferré a su vida tanto como ella, convencido de estar ante una persona única y ejemplar. [...] Aquella tarde descubrí cómo Nicole sabía interpretar la vida con las prontas manos de la sencillez."

- *La percepción del percebe*, por Perceval Pérez. Este sorprende título, presidido por una aliteración abrupta muy expresiva, ya da pie a pensar en que algo hilarante subyace al mismo. Perceval Pérez es el narrador explícito representado, a la par que protagonista. La autora, Cristina Fernández Picazo, ha elaborado un relato homodiegético muy interesante desde el punto de vista narratológico. Y desde el punto de vista de su contenido, contiene una disparatada e inteligente sucesión de genialidades cómicas inesperadas. El narrador-protagonista se dirige a un único lector. La mayoría de los personajes pertenecen a una familia estrafalaria. Ya desde el arranque, el relato sorprende por su fuerza y expresividad, y dicha sorpresa consiste en una llamada de atención a nosotros, lectores, para que nos predispongamos a reír casi a carcajadas cuando vayamos descubriendo el sarcasmo, el ingenio y la mordacidad de la autora. El relato está poblado por unos personajes redondos, complejos, como la tía Trini, la madre Rita Pérez, el desaparecido Arthur, Fifi o Manolito (lo mismo da), Fausto, el monitor de gimnasio, Tomasa la portera y Vicentico, el abogado. El hilo argumental está trazado a partir de una trama inteligente.

- *El sueño*, de Dolores Gil Alcayna. Relato escrito en primera persona por la narradora y protagonista, Marie-Thérèse Walter, la que fue amante y modelo de Picasso. El título del cuento

to coincide con el del retrato. Dolores Gil Alcayna acuerda dar vida al personaje en una espléndida prosopopeya y éste –el personaje–, contemplando el espacio que se extiende debajo del retrato, piensa, habla y es testigo de los diálogos de tres personajes: James Collins, Andrew y Justin. Las palabras de la retratada configuran una obra que contiene un lenguaje insinuante, poético y culto. La protagonista-narradora del *Sueño* picassiano contempla el transcurrir de la vida desde una plataforma privilegiada: una “elegante y sofisticada chimenea”. Es observada y observa un espacio exiguo que, por obra y gracia del acierto de la autora, se convierte en dilatado, en artístico. Historia su-
gerente, llena de implicaturas hermosas, por las que el lector asiste a una lección de notable cultura. Es obligado leer atentamente para no dejar escapar ni un solo momento de la historia y, al mismo tiempo, saber en qué momento de la historia se encuentra. *El sueño* es un texto de lenguaje lírico, bello, sensitivo.

• *Calor de otoño* es una analepsis interesante de Eloy Escuer. *Calor de otoño* es la primera de las seis secuencias que da título a este relato. La primera de ellas es una declaración del narrador, en la que confiesa su desesperación por no vencer la resistencia con la que choca la búsqueda inútil de las palabras. Tras pasar dos horas frente a un folio en blanco y adoleciendo de esterilidad creadora, el protagonista mira por la ventana e hilvana pensamientos y recuerdos mientras cae la tarde en el Mar Menor. Finalmente, encuentra el hilo conductor de su desolación con dichos recuerdos. Estos llegan a ser el motor de una estructura narrativa que va ensamblando el pasado en una historia intrigante y de transcurrir colmado de evocaciones, oscuridad y miedo. Las aludidas secuencias tienen que ver con el recuerdo de un amor que no pasó del intento, con un cuadro de mucho valor (‘El cuadro’), con el que comienza la historia intrigante de un “in medias res” trenzado con mucha habilidad. Lo demás, transita por escenarios nacidos de una especie de trama negra y

turbadora. Son las secuencias tituladas ‘La mudanza’, ‘El incendio’ y ‘La muerte de don Juan’.

- *Una familia italiana.* Gio Croatto, autor de este cuento, nos introduce en la trama partiendo de tres personajes, miembros de la familia Ponzani. Todos ellos protagonizan acciones distintas (en realidad, Enrico sólo es entrevistado: la entrevista sería el marco de integración global); el lector, por tanto, asiste al complejo mundo de cada uno de ellos, protagonista de su correspondiente secuencia narrativa. Se pueden leer estas de forma independiente y autónoma. Por un lado, Tiziana, estudiosa e investigadora del arte es invitada a dar una conferencia en Londres. No diremos más, pues dejamos que cada uno se sorprenda con un desenlace inesperado. Otro personaje interesante es Carla, quien, empujada por la nostalgia, vuelve a una pequeña isla (Millefiore), donde pasaba sus vacaciones de pequeña. La isla ha cambiado. Busca encontrarse consigo misma, busca un hotel, busca su propia infancia. Por último, el político y empresario Enrico Ponzani es entrevistado. Así de sencilla es la trama de esta secuencia. También el final de la entrevista nos depara una nueva sorpresa. Gio Croatto escribe con mucha soltura y con no menos oficio, desvelando de forma magistral el interior de sus personajes, y reservando dotes de creador cuando los finales dan un salto inesperado en la lógica del ‘aurea mediocritas’ del discurso.

- *Historia de dos corbatas.* En su afán por ser descriptivo y funcional, José Miguel Rubio Polo titula su relato de esa forma, porque no quiere despistar al lector. Es obvio que el hilo conductor del cuento es precisamente esa prenda de vestir, insertada en dos espacios distintos. No queremos desvelar el asunto de ambos espacios, porque el autor va dirigiendo, como guía experto, la ruta de la lectura en todo momento. Quiero decir que el texto tiene modalizaciones y guiños suficientes. Esa una de las características de Rubio Polo: con frecuencia se dirige al

lector o alude a él sutilmente. La segunda secuencia del relato nos obliga a preguntarnos: ¿cómo se puede llegar a la melancolía contemplando a Mr. Paine usando una corbata como la que lleva? Con grandes dotes de observación, nos adentra el autor en el relato y nos sorprende con un buen puñado de detalles, de gracia, de sutileza. Contiene pasajes muy hermosos; el lector se desplaza con el protagonista a Londres y se dispone a respirar un aire británico que lo sumerge en la nostalgia. El relato es una mezcla de pormenores y remembranzas que desembocan en un final a lo Boris Pasternak. Concluyamos diciendo que el estilo del autor es inconfundible y muy peculiar. 'Muy suyo'. Perfectamente identificable en este y en otros relatos.

- *Sandokán Emilio Salgari 78 pesetas.* Manolillo contempla en el escaparate de una librería el libro que lleva por título el mismo del presente relato de Miguel Ángel Díaz Pintado: *Sandokán Emilio Salgari 78 pesetas*. Aprovecha la ocasión el autor para rendir un homenaje al afán por la lectura. Manolillo quiere ese libro, ahorra, va consiguiendo con renunciaciones juntar las monedas que necesita. Manolillo es pobre y es hijo de una familia pobre. La pobreza obliga al chico a madurar. Y hablando de pobreza, hay un episodio que, personalmente, me obliga a pensar que las dotes narradoras de Díaz Pintado son destacables. Se trata de un momento en que el portero de la casa de Manolillo, un gruñón de tomo y lomo, le permite hacer algo que no estaba permitido a los niños menores de catorce años en la comunidad de vecinos. Manolillo se enterará del porqué de esa permisividad un poco más tarde. El manejo de estas catáforas y pausas en el discurso es lo que nos obliga a pensar que el autor atesora hechuras de escritor avezado. Es obligado citar la hermosa y ocurrente relación de Manolillo y el pintor. El lenguaje fresco y gracioso de sus acuerdos y desacuerdos estéticos nos hacen pensar en Antoine de Saint-Exupéry. Dejémoslo aquí.

• *Parada*, de María Ángeles Cebrián López, es un bello guiño al lector. Tomando como referencia argumental un viaje repetido y habitual en un autobús, mezcla una serie de asuntos sentimentales con una guía de lecturas espléndida. Junto a la ensoñación amorosa y platónica de Estrella, la protagonista, hace un recorrido interesante por los libros que la propia narradora conoce. Esa mezcla de amores soñados (“Desengáñate, Estrella, eso solo pasa en las novelas francesas, en el cine o en el mundo de los sueños”) y de lecturas cumplidas hacen que el relato cumpla la ley del ‘decorum’, es decir, el conocido principio horaciano del ‘docere et delectare’: enseñar y deleitar. Estrella es una chica que trabaja en servicio doméstico. María Ángeles Cebrián cita *Manual para las mujeres de la limpieza*, de Lucía Berlin. La cita de esta colección de cuentos y las conversaciones de la protagonista con sus compañeras de viaje componen un mosaico interesante de observaciones, realismo y coherencia. Al mismo tiempo, se mezclan unas miradas furtivas que se ahogan en la improbabilidad. Tímida, indecisa y desesperanzada, Estrella se cae de la nube de las ensoñaciones viajeras. El final del cuento me trae a la memoria el término el poema de Cervantes: “Y luego, in continente, / caló el chapeo, requirió la espada, / miró al soslayo, fuese, y no hubo nada”.

• *Jugadas del destino*. Este título descriptivamente abierto, sitúa al lector ante la incertidumbre inicial de a qué se referirá su autora, Maite Hernández Sánchez. Pues bien: se trata de un cuento-cuento, tradicional y con un toque de costumbrismo melodramático y moral. El tema incide en el archisabido principio de que exigirse a sí mismo, esforzarse en conseguir unas metas nobles, es el principio del logro final. Cuenta la autora cómo Isabel, la protagonista de la historia sueña con progresar estudiando en la ciudad. Para empezar, digamos que existen ciertas concomitancias entre *El camino* de Miguel Delibes y *Jugadas del destino*. Se distancian ambos relatos -aparte de que se

trata de dos modalidades narrativas distintas: novela y cuento-en el manejo del tiempo y, sobre todo, en las actitudes de los protagonistas: Daniel el Mochuelo, por un lado, e Isabel, por otro. Uno está triste por tener que marcharse del pueblo, y la otra está deseando salir de él. Tras la partida de Isabel, su vitalismo y sus ansias de conocer y saber la conducen por historias repletas de generosidad, de amores platónicos, de recuerdos. El estilo es claro, funcional, ameno. No dudamos de que muchos lectores quedarán ‘enganchados’ a la obra, pensando si cuanto se lee en ella será autobiográfico (aunque solo sea en parte) o ficticio, si responde a la realidad o se trata de la conquista intelectual y cultural de unas apetencias anheladas.

• *La camioneta y otros relatos o huellas de la memoria.* Manuel Lineros Tello atesora tanto conocimiento, estilo, gracia y perspicacia suficientes como para hacernos respirar el aire de la Andalucía profunda que presenta, sin necesidad de emprender el viaje hasta la tierra que vio nacer a Platero. Se nota que ha leído lo que no está escrito en los escritos. Nada costará al lector maduro revivir viejas rutinas de aquella arcaica tradición, alimentada por el terror a los demonios que hablaban a la oreja. Observará el lector que Lineros es un hombre enamorado de su tierra, de sus gentes, de su historia y de sus historias. Ese enamoramiento está pasado por el crisol de un distanciamiento en el que se igualan la ternura y cierto sarcasmo divertido y pajarero. Ofrece un testimonio del pasado, no para combatir el naufragio del paso del tiempo, sino porque atesora una memoria prodigiosa. Al mismo tiempo, nos transmite la memoria de tantas vidas y sucesos. Pegados como lapas a la roca se quedan los lectores cuando el escritor retrata el alma y los modales del primo Paquito, las cosas de la tía Concha o la gracia de Pepa ‘la Cañera’. Y nosotros empezamos a quererlos, al tiempo que admiramos la pulcritud con la que Manuel Lineros los rescata del olvido. Gracias a ese efecto contagio, los lectores se quedarán con las ganas de co-

nocer a más personajes y vivir más episodios de esa Andalucía que, de forma tan hermosa, cuenta Manuel Lineros.

- *El silencio de las palabras*. Ya el título es un oxímoron hermoso de resonancias semiológicas (Umberto Eco, *Lector in fabula*). Lleva razón la autora del relato, María Ángeles Hernández-Gil Bordallo: tras las palabras pronunciadas, suele haber grandes mutis, desaliento no confesado, desconcierto o temores. Damián, Luis, Raúl, convocados durante los primeros lunes de cada mes por Luz, una psicóloga clínica y amiga, pretenden llegar a la liberación personal mediante los relatos de fragmentos de sus propias vidas o de sus experiencias puntuales. Uno, Damián, está obsesionado con sus pesadillas recurrentes. Otro, Luis, se siente incómodo consigo mismo; siempre fue un chico arropado por el 'aurea mediocritas familiar', y resulta que todo era un engaño. Luis viene a ser un don Pío Coronado, el entrañable personaje galdosiano de *El abuelo*: "¡Qué malo es ser bueno!". Y Raúl, inexperto y desconfiado, envidioso de la felicidad conyugal de sus padres, defiende que lo que se espera es más gratificante que la llegada de lo esperado. Deja caer la autora pensamientos hondos enmarcados en una prosa de eficacia comunicativa intensa. Y lo hace lentamente, con notable mansedumbre formal, a pesar de que debajo de esa superficie, se encuentran turbulencias de tipo existencial narradas con un estilo muy interesante e inteligente.

- *Selva*. Esta es la aportación de Mercedes Chereguini Olmos a nuestra experiencia narradora. Se trata de un relato que cautiva. Siguiendo la teoría volteriana del extrañamiento y recordando a Rousseau, la autora nos introduce en la vida de Daniel, un chico que, en primera persona, cuenta los efectos que produce en su espíritu el regreso a la civilización, después de haber pasado diez años de vida salvaje. Su madre se esfuerza en tratar de que Daniel recupere la memoria de aquel pasado en el que vivía en la ciudad, antes de marchar a la selva. Todo

en el chico es primitivo y elemental. Su principal fuente de reconocimiento es el olor. Por eso huele tanto a las personas como las comidas, la bondad y hasta la belleza. La gente se ríe de su tosquedad primitiva indómita. De todas las instrucciones, tanto lingüísticas como costumbristas, por las que la madre de Daniel se esfuerza en rescatar la memoria de su hijo, le pregunta un buen día: “¿y de Malala, te acuerdas de Malala, que venía a jugar contigo todas las tardes?” Y en esas estamos: en el rescate de lo inaudito por medio del amor. Todo está contado de forma sencilla y muy delicada, con saltos dados en muy pocas líneas y que transportan a los personajes del ayer lejano en la civilización, a la selva y nuevamente a la civilización. En esos saltos y en lo novedoso de los descubrimientos de Daniel reside la originalidad, y la belleza de este argumento. Hay en el cuento una especie de estribillo lleno de ternura que atrae por su sencillez y su dulzura: “¿Te acuerdas...?”

• *Irresoluto y carencia y el modo en que dejaron de serlo*. Ya el título de este relato de Silvia Nortes Manjavacas llama la atención por audaz. Dos nombres comunes, funcionando como el reverso de sendos arquetipos y una referencia a la acción del cuento. Y eso es solo el aperitivo. Los personajes se asoman de modo alternante por entre el cortinaje de sus presencias hilarantes y henchidas de desparpajo. La estructura lógica subyacente recorre un trayecto pendular. ‘Carencia’ es una soñadora, una PAS (‘persona altamente sensible’). Sus ‘sueños’ son inmaduros, cómicos e inteligentes. Lo que hemos leído de Silvia Nortes nos ha parecido un prodigio de imaginación, de gracia. Para colmo, el lector atento observará que su sintaxis es impecable, lo cual no es asunto menor. Algunas de sus ingeniosidades ocasionan más de una carcajada. ¡Ese desparpajo, esa desenvoltura...! Por otra parte, ‘irresoluto’ es un personaje extraño, cuya característica consiste en que “deja las cosas a la mitad”. Imagine el lector que alguien sube tres pisos en ascensor y otros tres andando, que se

apea a mitad del recorrido en el metro, que se come la mitad de la comida o escribe medios e-mails. Quiere mandar a paseo su trabajo en la radio y dedicarse a terminar la capa de payaso que dejó su padre a medias cuando murió. Y como a todas estas cosas hay que darles una solución, acude a una psicóloga que diagnostica Trastorno de Final Ausente. Hay gracia ocurrente a raudales, diluida en un lenguaje fresco y sin tapujos.

Dedicamos el último apartado de este prólogo a Nuria Díaz, la ilustradora del libro. Dándole vueltas a lo que nos sugieren las ilustraciones del mismo, pensamos que lo mejor sería prestar la voz a la propia autora, quien se autorretrata de la siguiente manera en su propia página web:

“Estudí Bellas Artes en la Universidad de Vigo, y mi vida profesional se encaminó hacia el diseño gráfico. Mientras buscaba lo que realmente me gustaba fui heladera, camarera, infógrafa, maquetadora, diseñadora... y al terminar mi último trabajo por cuenta ajena fue cuando volví a reencontrarme con el dibujo. Desde entonces he trabajado en diferentes ámbitos de la ilustración, desde ilustración infantil hasta ilustración de producto.

Me encanta la sensación de enfrentarme ante un nuevo proyecto, ver cómo las hojas en blanco de mi cuaderno van cogiendo vida poco a poco. Mis ilustraciones son sencillas y poéticas con cierto aire naïf. Me muevo entre lo tradicional y lo digital y mi trabajo es una mezcla de ambas técnicas. Siempre fui un poco rara. Antes me importaba pero ahora me encanta.

No me gustan las multitudes, ni las judías. Soy un poco desconfiada, miedosa y estoy continuamente preocupada. También soy silenciosa, curiosa y observadora y desde que era pequeña me expreso mejor con imágenes que con palabras. Y eso lo convertí en mi profesión. Para mí la ilustración es una forma de comunicar. Es narrar de manera gráfica un concepto o idea.”

LA PIANISTA

CARLOS FERNÁNDEZ GARCÍA



PRESENTACIÓN

Yo fui el protagonista, de estrecha figura infantil, que correteaba por la Plaza del Teatro Vicente jugando al “marro cadena”, clavando chinches de zapatero y subiéndose al gallinero de su casa, paraíso en la cumbre de su barrio, desde donde divisaba otros universos por explorar. El mocoso que, entre pasquines y escuelas, carteleras de cine y maestros, vivió su inocencia y la perdió cuando, un beso pueril debajo de la mesa de camilla, alumbró su travesura. Y soy el soñador empedernido que, en sus noches divinas de tazón de sopas de leche y de sábanas almidonadas dulcemente por mi madre, entre dos camas vigías de sus noherniegos hermanos, buscaba una explicación a aquella maravillosa forma de existir.

También fui el titán de impúber estampa que, fulgurante, dibujaba todas las estancias, amplias o mínimas, sus habitantes y sus acaecimientos; y el que con agudeza, prendía todos sus detalles, sus voces y sus sonidos armoniosos o disonantes. Y aún soy el chico de las noches paternales del “Estudio uno” y de la Enciclopedia que irradiaba veredas de sensatez, perspicaz diana para alcanzar unos nobles corolarios. Y, sin duda, conservo muy dentro aquella mocedad y los amoríos veraniegos, mi música y el libre albedrío del que surgían por doquier las suficientes pequeñas cosas para plasmarlas en un diario o en las cuerdas de mi guitarra.

Además, encarné al mozalbete de provenida galanura que, buscando su fundamento para el futuro, inició su andadura donde más tarde le dieron licencia a su gnosís y a su fijeza colegial. Y seguidamente, fui el actor formado en botica, droguero de futuro quehacer, que no se enroló en la tuna ni de tunante ejerció; aunque al menos implicó a su existencia en

dar remedios a gentes y a generar legatarios, ejemplar labor.

Y por fin yo, ese otro a la sazón, de testa sobre los hombros, "Ocupado" de profesión, sustituto de John Lenon, amigo de los Beach Boys y fiel compañero de un tal "Juanra", onubense de Moguer; sí, aquel que se casó con Zenobia y que Nobel lo premió, aquel que se fue a América y que nunca ya volvió.

Hoy, quien suscribe es ese otro que, retirado de su púlpito, el mostrador, se va escapando por este corredor donde suena aún en el piano aquella viva melodía que me recuerda a "Los ojos de la española" y por el que se llegaba al placentero "fumo" de mi padre (poeta particular), su Monte Parnaso anhelado donde Talía y Polimnia se disputaban la inspiración.

Y por qué no decirlo, gobierno un hermoso navío, producto de una utopía, nebulosa y arcadia a la vez y poseo una dueña, propietaria de mis sentidos, barbecho donde florece la extensa planta de su insaciable ternura. Y por fin confieso que tengo una desazón que desemboca en alegría y avidez que invitan a reír, a soñar y a palpar la palabra con su verdadera morbilidad.

Declaro que ayer, mi diario estuvo repleto de anécdotas e intensidad en pábulos para los demás y que no fue azar, ese ayer, cualquiera lo diría, fue ternura al alba.

Sin embargo, llegará el día del estío en que, muy de mañana, pisaré descalzo el suelo para sentir en las plantas de mis tercetos pies, las huellas de los que sostienen mi "día a día" y caminaré toda la tarde hasta el otoño. Después, sentado en la "mesa de camilla" de mi cuarto de estar, conversaré con mi dueña las cosas propias de dos proyectos retirados de lo laboral y le recordaré que hasta hoy subíamos los peldaños de dos en dos y ahora lo hacemos de uno en uno y no es por la artrosis; ¡es viernes! Y que hasta hoy los bajaba de cuatro en cuatro y ahora de uno en uno y no es párkinson; ¡es viernes! Luego al llegar la primavera... Quizás, ya en primavera, esperaré el esplendor sentado en mi colina.

LA PIANISTA

A quien me mostró la poesía.
A quien despertó mi escritura.
A quien leyó mis palabras

“...Gracias si queréis que mire,
gracias si queréis cegarme;
gracias por todo y por nada;
sea lo que Vos queráis” ...

J. R. Jiménez

La conocí cuando ella tenía diecisiete años; entonces mi carrera periodística era incipiente ya que a los veintitrés años sólo me permitían cubrir para el diario cortos artículos de páginas interiores. Me asignaron media plana para escribir sobre promesas musicales. Ella, a los quince años, ya había ganado un concurso nacional de piano y yo no sumaba más de cinco entrevistas. Al entrar al gran salón de la casa, la encontré sentada al piano y a medida que me acercaba a ella, el entorno se iba convirtiendo en un lugar placentero. La tierna imagen de una muchacha apuesta de piel tersa, pelo rizado castaño oscuro y brillante, ojos grandes y llamativos, ocupaba toda mi atención. Comenzamos intercambiando inofensivos mensajes. Me expresó que era el primer periodista que conocía, que su padre le advirtió de mi visita aleccionándole acerca de sus posibles respuestas a mis cuestiones y que era buen amigo del director de mi revista. Le pedí que tocara el piano excusándome en que, de esa manera, mi artículo podría contener vastas emociones musicales y se reía reflejando

una misteriosa alegría esquiva, propia de su mocedad. Con voz sedosa me indicó que comenzó sus estudios de piano a los cuatro años y dio su primer concierto a los once y descaradamente, me anunció el Vals para piano en Mi bemol mayor de Ludwig van Beethoven y comenzó a interpretar. Con los ojos bien abiertos, apoyado sobre la cola de su piano, fui descubriendo a la mujercita del vestido rojo plisado y con mis oídos atentos, que la vibración de las cuerdas de su piano era reflejo de la caricia de sus dedos.

Completada la interpretación, dejó su banqueta y dirigiéndose a mi lado mientras le aplaudía, me anunció la gran noticia que debía divulgar: había sido invitada por el Conservatorio Tchaikovski de Moscú para perfeccionar su técnica. Le indiqué entonces que lo publicaría como un merecido regalo para impulsar su trayectoria musical y que en adelante reservaría espacio para dar a conocer día tras día sus avances en la ciudad moscovita. Ella se entristeció y aferrándose al crucifijo que colgaba de su cuello, me confesó el temor a viajar tan lejos. La animé recordándole sus orígenes cuando, siendo muy pequeña, su familia emigró hasta París y se consolaba añadiendo que siempre había conservado el coraje que aprendió de su madre en aquellos momentos tan difíciles, así como el agradecimiento por haber llegado hasta esta acogedora tierra.

Finalmente me acompañó hasta el zaguán de la casa y al despedirse añadió: *“Mon cher journaliste, esperaré impaciente todos sus artículos y me convertiré en su mejor lectora”*. Esas palabras avivaron más aún mi ya frenético quehacer narrativo de todo lo que pudiera acontecer en el trascurso de su estancia fuera de París.

Nicole viajó hasta Moscú días después de nuestra entrevista y tras su promesa, comenzamos a cartearnos.

Recibí sus primeras letras al mes de su partida con las que me expresaba un gozo inédito para ella. La tierra de Tchaikovski le estaba enamorando y paulatinamente comenzaba a percibir un brillo especial en las notas de su piano. A medida que avanzaba con sus clases, una nueva potencia en sus dedos iba cambiando su temperamento, aunque en todas sus cartas me recordaba que siempre conservaría la transparencia musical de su origen francés.

En su larga ausencia nos escribimos casi a diario trasmitiéndonos tantos sentimientos como noticias y yo sentía plenamente que mi devota lectora, leía y disputaba con el tiempo palabras y pensamientos de este elegido escritor y a la vez compartía conmigo sus ojos y su destino. En su procesión de leer, este ferviente escribiente, prestaba embriagada atención como el oidor de su fresca voz. Era la lectora divina, la deseada madrina de este dócil narrador, “*mi prodigiosa diva*”, mi musa.

Tras nueve años de duro trabajo volvió a París. Yo también había progresado en el periódico y publiqué en mi columna diaria “*Le retour de Nicole*”.

Su padre organizó una recepción invitando a un gran número de personas influyentes del espectro de la música. Tras el gran evento, emanaron gratas oportunidades. Aquella prodigiosa niña que a los seis años dio su primer concierto y que a la sazón debutó tres años más tarde en el *Théâtre des Champs-Élysées*, había adquirido el necesario virtuosismo que no pasó desapercibido para los grandes directores. A los veintiocho años fue invitada por Karajan a actuar con la filarmónica de Berlín y por Barenboim con la Orquesta de París. Tras esta turné por Europa, viajó a Estados Unidos a interpretar con la Filarmónica de New York, dirigida por Zubin Mehta. Paulatinamente fueron prodigándose otros muchos seguidores abrazándola en

sus éxitos; mientras, yo los reseñaba fielmente en mis artículos.

Esperé serenamente un nuevo encuentro para cuando pasaran aquellos triunfos, para mí turbulentos, pero, por sorpresa, se anunció su matrimonio con un importante escritor parisino mediante una reseña de otro diario, competencia del nuestro. Entonces "*París dejó de ser París*" para mí. Sin esperar información alguna de "*mi admirada diva*", el desasosiego me llevó a pedir un expedito traslado a otra ciudad consiguiendo un puesto en la redacción de un diario de Burdeos.

Después de un año de ausencia, por sorpresa, recibí un mensaje de Nicole desde París. Acababa de nacer su hija Paulette y me solicitaba una reunión con discreción sin especificar el motivo de la misma. Acudí con premura y nos vimos en un restaurante fuera de la capital. La encontré más bella que nunca y advertí que al saludarme, lo hizo con una palpable pasión que definiera su gran aspecto; eso me animó a pensar que en este encuentro iban a estar ausentes las trivialidades del pasado. Sus primeras palabras fueron: "*Mon cher journaliste, necesito huir del mundanal ruido*" y tras ello me explicó que el matrimonio pactado por su padre estaba destruyendo su vida y que necesitaba de mi colaboración. Me confesó que siempre fui para ella una persona que le aportaba serenidad y ahora me necesitaba más que nunca para superar sus dificultades. Me propuso ser su manager para los próximos años exponiéndome su programa de conciertos pendientes y sus perspectivas. Prosiguió hablando del futuro de su familia aludiendo a su padre como el mejor manager que ha conocido y los problemas avenidos con su marido como consecuencia del nacimiento de Paulette. Finalizó exclamando: ¡*Mon cher journaliste, sáqueme de esta oscura caverna donde se ahogan to-*

dos mis sentimientos! El brillo en sus ojos que no vi en nadie más, fue ese toque especial tras el que asentí a su petición sin condiciones. Creo que interpreté perfectamente su necesidad de encontrar la paz y la tranquilidad interior que le permitiera emerger de aquella sima emocional.

Volví a París a mi periódico y también me puse al frente de sus intereses gestionando y organizando sus actuaciones. Entre conciertos, Nicole se reunía conmigo para abordar no solo los aspectos profesionales, sino que me participaba de las condiciones de su futura separación y de las relaciones con su hija. En una de las primeras visitas a su domicilio tuve ocasión de asistir a una tierna escena entre madre y adolescente, una clase de piano que no quise interrumpir acomodándome y dejándola proseguir; aquella escena se definía sola: “Mater et magistra”. La discípula incipiente sonreía recibiendo de su madre toda su fortuna musical mientras ejercitaban al unísono unas escalas procurando mejorar la coordinación de sus manos. Yo pensaba en la suerte de la infanta y me atreví a asegurarle el esplendor que suponía ejercer la tarea de estar junto a Paulette en esta etapa de su vida. Finalizada la lección, la chica dejó su asiento y vino hacia mí como ejerciendo de anfitriona de aquella misteriosa vivienda poseída por las dos náyades de la Música. La madre me auxilió ante sus preguntas revelándole el secreto de la destreza en la interpretación. Ambas debatían ante mí sobre la necesidad de sentir que aquella habilidad no era más que un método de lucha para someter con el pulso de sus manos a la sonoridad del piano.

Al cabo de unos meses, transcurridos entre sus apasionados viajes por el resto de Europa y sus conciertos con otros grandes directores, comenzó a contar las cosas hermosas que había compartido con otros colegas e hizo hincapié

en un nuevo violonchelista llamado Jérôme. Se sentía dichosa al hablar de él y lo hacía en cada uno de nuestros encuentros. Llegó a proponerme la organización de una serie de conciertos a dúo asegurándome que trabajar con él era muy emocionante porque defendía fervientemente las obras más raras que otros músicos desdeñaban y que, al ser tan creativo, se involucraba en proyectos originales.

Al poco tiempo se originó la separación de su marido con el correspondiente periodo de forcejeo emocional. Mi arbitraje determinó un grato final tras el que Nicole afirmó que por fin dejó de sentir “el mundanal ruido” en sus frágiles oídos.

Toda su vida era la música, y mi vida, una larga espera. Yo sentía su gran admiración hacia mi persona, pero jamás tuve ese estrecho acercamiento que me hubiera permitido expresarle mi ventura. El otoño se fue acercando y los conciertos con Jérôme iban a comenzar. Uno de ellos era en San Petersburgo y yo me adelanté unos días antes para ultimar los detalles de las tres sesiones. Acudí al aeropuerto a esperarla y venía acompañada de un señor que me presentó como su compañero de avión, un nuevo amigo al que debía de entregarle invitaciones para sus conciertos. Esa noche salió a cenar con él. Yo permanecí en el hotel con mi desdicha.

Al día siguiente quedamos para recorrer los lugares de los conciertos. Durante nuestro viaje en taxi me expresó su entusiasmo por Antoine al que bautizó como “su nuevo camarada”. No esperaba que me confesara que ese hombre era el que siempre ansió tener. Seducida extrañamente tras aquel flechazo aéreo, interpretó los conciertos más bellos que nadie recordara.

Tras su éxito volvieron juntos a París. Yo quedé unos días en la antigua capital tratando de entender esta incier-

ta situación. A mi vuelta, me incorporé a la redacción del periódico donde me esperaba una noticia más sobre Nicole. No pudo ser más rauda la presentación de Antoine en los círculos parisinos. Ambos fueron vistos en las noches de París y me reservaron las fotografías para publicarlás con mis obligados comentarios. Leal a mi compromiso con ella, publiqué su nueva amistad con aquel importante galerista de arte. Por un momento pensé abandonar mi cargo de apoderado, pero fui cobarde; algo muy profundo me inclinaba a no dejar de verla, su presencia daba sentido a mi vida.

Su matrimonio fue un abrir y cerrar de ojos. Tuve que ocuparme de otros temas como los referentes a Paulette; llegué a establecer una familiar relación al tener que ayudarla a asistir periódicamente al conservatorio y, cómo no, a presentarla en los círculos donde su madre me había indicado. Paralelamente organizaba diversas salidas por el país para Nicole y Antoine, su devoto compañero.

Pronto hubo descendencia. Nació Adrien que, como el brote de un manantial, supuso su segunda experiencia maternal que ella definió como muy gratificante, como el bebé que ansió desde cada escenario, el niño que estuvo muy presente en lo que llamó “su segunda vida”. Con él vivió obsesionada para no perderse ni un solo minuto de su felicidad interpretando al piano. Siempre recordaré sus palabras acerca de su hijo: “A Adrien lo amamanté con la música de cada uno de mis conciertos”.

Nicole fue adquiriendo el reconocimiento mundial y decidió disfrutar de una larga etapa de serenidad en París. Resolvió ejercer por primera vez la dirección artística del acreditado Festival de Piano del *Théâtre du Beauvaisis* con el ánimo de popularizar la música clásica. Y lo consiguió. Dicen que *“una mujer segura es la inseguridad más*

grande de un hombre" y así me encontraba yo, a los pies de *"mi fascinante diva"*.

Al asentarse de nuevo en la capital, nuestros encuentros eran frecuentes y nombraba a menudo a su padre, del que andaba algo distanciada. Sabedor del efecto que en ella producía esa zozobra, yo trataba de disipar aquel malestar contándole anécdotas como las ocasiones en las que tuve el placer de compartir con él las tertulias en el Café de la Paix, tanto cuando ella estaba ausente de París como durante su carrera en Moscú.

Pero en París, cada día te acechaba una sorpresa. La mañana en que Jérôme, ese músico inusual del que Nicole aprendió mucho, apareció por mi despacho para programar el nuevo concierto en el que debíamos incorporar un violín al dúo, discutimos acerca de la elección de los auditorios y de su denominación; al final acordamos llamarle *"Trío Shubert"*, tal y como lo deseaba Nicole. Seguidamente Jérôme me confesó que ella le hizo pasar los mejores momentos de su vida. Yo, cortésmente, le confirmé el gran aprecio que ella le correspondía, relatándole lo sucedido en un almuerzo en el Restaurante *"La Coupole"* de Montparnasse. Allí, le dije que Nicole me reveló que para ella, él fue ese virtuoso amor con el que pudo saborear la música y los placeres espirituales más fabulosos y que tras ensalzarle de esa manera, suspiró y sonriendo exclamó: *"Mon cher journaliste, c'est la vie"*. Al escuchar esto, Jérôme no supo disimular su emoción y sus ojos brillaron como le sucedía en el escenario en otras ocasiones tras finalizar sus actuaciones con ella. He de reconocer que Jérôme conoció a Nicole cuando esta se encontraba en el clímax de su carrera y que ella nunca expresó haber establecido con él unos lazos distintos a los puramente profesionales, aunque más tarde, con ocasión de la organización de la

“tournéé” por Estados Unidos, ante mis dudas sobre su presencia, ella fue tajante y más tarde, en privado, me confesó que la compañía de Jérôme por América podría hacer peligrar su nuevo matrimonio aludiendo a las rarezas de su marido. Nicole no sabía que yo seguía muy de cerca y discretamente todos los acontecimientos; tampoco conocía de mis entrevistas con él acerca de la búsqueda de un violinista para organizar el famoso trío ya que el repertorio para la vuelta de New York iba a ser una sorpresa.

El inicio de la *“tournéé”* por América fue publicado en la prensa internacional y su éxito fue total. Ella consiguió que Antoine y Adrien acudieran a New York durante toda la ronda. Su estancia fue tan excepcional que decidió alargarla tres días más para enseñar a su hijo la gran ciudad y disfrutar del eco del éxito obtenido visitando los lugares donde actuó con Zubin Metha y de los agradables paseos con su padre.

Una mañana programó la visita al *“Central Park”* con Adrien, queriendo evocar los maravillosos momentos vividos en el pasado. Comenzó explicándole que aquel lugar no era un parque natural, sino que fue proyectado por grandes arquitectos en 1860 y que se emplearon diez años en su construcción. Tras un largo paseo por aquella idea-da Naturaleza, por prados, senderos y lagos, atravesando puentes, países maravillosos y castillos, arribaron hasta un banco en donde estaba grabado su nombre y le explicó que su abuelo, que era un hombre inmutable, apadrinó el banco con su nombre y le hizo prometer volver con su familia. Durante más de una hora, la pianista explicó a su hijo algunas cosas de su linaje y le hizo prometer visitar alguna vez aquel banco en memoria de ella y de su abuelo.

Para la vuelta, teníamos programados conciertos en varias ciudades francesas habiendo elegido París como

colofón. Durante la gira americana y tras una de las reuniones de coordinación, me pidió que le acompañara a su suite para expresarme que estaba preocupada por un continuo y extraño cansancio no habitual. Yo le insinué suspender una de las actuaciones para que se repusiera, pero no aceptó. Me pidió guardar dicha confidencia e insistió en terminar la “*tournée*”. Entonces me permití rogarle estar más cerca de ella animándola a hacer los recesos necesarios para mitigar aquella preocupante debilidad. Aproveché los íntimos momentos para confesarle una vez más mi admiración y traté de hacerle ver que mi vida se había convertido en una larga espera a su lado. Empleando una vez más su virtuosismo, como si de una egregia interpretación se tratara, me agradeció ese inmenso amor oculto que le había profesado toda mi vida y que siempre lo percibió. Vislumbré un fabuloso mundo con aquella Nicole tan cercana. Era consciente de que mi personalidad se había forjado en la fidelidad y el formal compromiso de un prudente mayordomo recordando la pregunta que siempre me hice de por qué nunca la cortejé. Le expliqué que su intuición era una realidad, la estuve amando toda la vida. Aquella escena la turbó momentáneamente y al sobreponerse, respondió: “*Mon cher journaliste, también gran parte del amor que yo he podido dar en estos años ha sido para usted*”. El ruido de la llave de la puerta zanjó nuestro impalpable idilio. Adrien y su padre llegaron eufóricos contando su último paseo por “*The fifth avenue*” y portaban unas bolsas repletas de regalos. Yo me retiré inmediatamente aludiendo que quedaban algunos detalles para el viaje de vuelta a París.

Durante el vuelo escuché a Nicole sugerir a Antoine el deseo de acudir directamente a su residencia de verano aduciendo que necesitaba descansar y ensayar algunas

ideas para sus próximos conciertos. Se iba cumpliendo mi augurio sobre el estado de salud que recientemente me comentó y al que quitó importancia. Al despedirnos en el aeropuerto me anunció que cuando estuviera repuesta me llamaría para diseñar las actuaciones, recordándome que seguía necesitando “*huir del mundanal ruido*”.

Días después, ya en París, le anuncié mi visita indicándole que le llevaría, muy adelantado, el programa que ella había denominado: “*De Varsovie à Paris*” y los autores elegidos eran Chopin, Tchaikovski, Liszt, y Schumann. Esta vez me recibió en el salón sentada en su “*chaise longue*”, junto a su piano de cola. Me senté a sus pies, le expuse muy resumidos todos los eventos venideros y tras escucharme atentamente, me inquirió con sus atentas palabras acerca de su biografía. Me sorprendió que, en un momento como aquel, quisiera hablar de ese tema, pero comenzó con su disertación relatándome que el piano fue el destino en su vida y que deseaba dejar plasmadas en el papel sus relaciones con aquel instrumento a través del cual fue conociendo a los grandes de la música. Siguió hablándome de su efímera y desgraciada experiencia con el padre de su hija Paulette y de sus escasas atenciones durante su niñez. Se hizo el silencio y se levantó, caminó hacia su piano y buscando una partitura en el atril, se dirigió hacia mí insinuándome con voz cansada que su vida había estado muy marcada por Chopin. Volvió a su banqueta, se sentó e inició la interpretación del Nocturno op.9 N°2, relatándome a la vez que el piano era el instrumento romántico por excelencia y Chopin su gran mecenas; que, descifrarlo, para ella siempre significó la expresión de un sencillo dúo de amor y que tras explorar con su piano todos sus nocturnos pudo corroborar que Frédéric fue un hombre ardiente a pesar de que lo tacharon de tibio sexual.

Por momentos, ese insólito mundo que ella había creado en su salón me tenía absorto. Su naturalidad y expresividad iban dibujando una personalidad aún desconocida para mí y para el mundo de la Música. Nicole estaba contándome que su vida no era más que una melodía emanada de la Música; yo no podía adivinar si estaba conversando conmigo o asistía a un diálogo entre tres: el autor, ella y el espectador (yo). Me describió, mientras seguía interpretando, que el compositor no sólo piensa en el intérprete, sino que sitúa al espectador en lo alto del estrado de su tertulia sonora. Con innegable vehemencia me repetía que siempre había sentido que el autor y ella se fundían en una dualidad, como dos naturalezas, para llegar al tercero. Tras los últimos compases de aquel concreto nocturno, quedó inmóvil y murmuró: *“Estos compases finales son como una caricia que gratifica todo mi trabajo”*; luego, en silencio, quedó mirando fijamente a la ventana situada a la izquierda del piano mientras yo sentía que aquel espacio de tiempo fueron unos segundos eternos que se reflejaban en sus grandes y cansados ojos.

Volvió su mirada hacia mí pidiéndome que llamara al servicio para que nos sirvieran *“un café et un cognac”* como habitualmente lo hacía con sus invitados. Me llevó hasta el mirador del jardín donde se disponían dos anchos sillones y una mesita. Tomamos asiento y presurosamente le dirigí unas palabras en un tono delicioso, como nunca lo había hecho. Tras interesarme por ese cansancio de días atrás, me respondió: *“C'est passé”* y me abordó claramente diciendo que era consciente de sus errores del pasado acerca de sus relaciones conmigo y pensaba en mí en numerosas ocasiones porque me conocía bien, pero su padre estaba empeñado en enlazarla con un hombre acaudalado e influyente; todo lo contrario de lo que ella deseaba; dijo

textualmente: “Yo quería un hombre sencillo, irresistible y ardiente”. Después me miró fijamente y me confesó que yo poseía esa silueta y que por eso siempre me quiso mantener muy cerca de su verdadera vida interior, que basó en un romanticismo insondable donde yo ocupaba lo más importante de su corazón.

Ya no cabían más dudas, aquello era cierto, pero yo no era el mozalbete veinteañero y enamorado. Tuve mis desencuentros, aunque siempre acudí a su llamada y hoy una vez más tenía que asirme a mi responsabilidad dejando que “mi amada diva” prosiguiera con sus confesiones. Estaba seguro que me abordaría con tantas cosas que debía afinar mis oídos para escuchar más que unas vagas notas de su corazón en aquel idílico momento. Allí se produjo la confirmación de que ella me seguía necesitando; ¡una extraña forma de amarme!

Me reveló que había recibido muchas bofetadas de las personas en las que confió y que nunca contestó con revanches a quienes la dañaron, cosa que aprendió de su madre. Por el contrario, compensó siempre con armonía, la verdadera fuerza de la música. Tuve la tentación de preguntar sobre su segundo matrimonio, pero reaccioné a tiempo al darme cuenta de mi deformación profesional, de ese periodismo audaz que tanto profesaba día tras día. Entonces, proclamándome como quien ella me había considerado, fui directo al corazón; la rodeé con sencillas cuestiones acerca de su amor por Antoine, de su elección en aquellos momentos tan abrumadores de San Petersburgo. No fue una sonrisa iluminada, más bien una risa contenida declarando que ella estaba segura de que aquel acto y aquella elección tuvieron que herirme, pero no mortalmente; volvió a mirarme fijamente y dijo: “*Mon cher ami, ambos necesitábamos estar muy cerca el uno del otro*”. Y entonces

me repitió que Antoine para ella era el hombre maduro que dio estabilidad a su vida familiar, que se lo hizo fácil sin exigir nada a cambio, confesándome que a veces ella se sentía una obra más de su "*Galerie d'Art*"; hacia su marido, solo sentía el aprecio de quien le había dado un hijo como Adrien y la había tratado exquisitamente.

Pude recomponerme después de aquellas declaraciones y para enfriar el ambiente abordé sus relaciones con aquellos músicos que aportaron cierta trascendencia a su carrera. Ella se volvió a levantar y se dirigió hacia la suntuosa exposición de arte que ocupaba el gran muro del fondo del salón. Yo pensaba que aquellas obras le inspirarían para su disertación. Fue un corto viaje de ida y vuelta y dirigiéndose al piano de nuevo se apoyó sobre su cola y comenzó a platicar sobre Schumann; este se casó con una pianista en la que ella había pensado muchas veces porque nunca pudo entender cómo alternaba el piano con la de ser madre de ocho hijos y profería que en el siglo XIX todo era posible musicalmente hablando. Schumann para ella representaba el romanticismo trágico y por eso creaba siempre un ambiente tenso en la sala. No pude contener el nombrar a Jérôme, su gran amigo y me habló de él como el gran colega cuya presencia era una garantía de éxito, así como un manantial de alegría.

Nos trajeron una bandeja de plata con un café expreso italiano y unas galletas crujientes de mantequilla que ella apreciaba. Dejó de hablar para saborear aquel exclusivo tentempié y elevando su rostro pensativo y su mirada en la lejanía, yo auguraba la llegada a mis oídos de otro relato u otra circunstancia más aciaga. Fue un gran silencio consustancial, el sonido de una música convertida en una partitura indescriptible. Intuía que se acercaba el final de mi visita y ese río de aguas mansas parecía desembocar

en una catarata de pasiones. Durante toda mi estancia fui recordando las situaciones descritas por Beethoven en su Pastoral y ahora me situaba en el cuarto movimiento y el *“allegro”* me hacía presentir la tempestad. Mi intriga tuvo pronto una respuesta. Se dirigió a mí de nuevo y como un canto de acción de gracias susurró: *“Mon cher ami, no es el momento de perder el tiempo en divagaciones, pensemos en esa “tourné” venidera tan importante para los dos”*. Pasados unos segundos, finalizó transmitiéndome su intención de dejar definitivamente de realizar más giras para poder dedicar el resto de su carrera al desarrollo de un segundo Festival de Piano del *Théâtre du Beauvaisis*. Realmente era admirable por su invisible ingenio, voluntad y empeño en aprender, enseñar, descubrir y crear; sus humildes y constantes tareas.

Sentía que la tarde llegaba a su fin, aunque ella continuaba alabando mi valor y mi entereza; agradeciendo mi compañía y hablándome de sus manos, que nunca fueron mejores que las del afanoso labriego, ni que habían interpretado mejores sinfonías que las de su labranza; que ambos luchaban por la igualdad y la supervivencia. Finalmente, un poco agotada, me deleitó con unas hermosas palabras: *“Mon cher ami, me alegro de estar en el bando de la resistencia esperando sentada ante mi piano la voluntad sobrenatural que me deje glosar una última partitura”*.

Tras su sentida fábula, escondí mis lágrimas con un cierto dolor en un pergamino de esperanza, en el papel de mi volátil cuaderno, y me aferré a su vida tanto como ella, convencido de estar ante una persona única y ejemplar. Pude sentir una vez más, especialmente, su virtuosismo, y ayudarle a pasar las hojas en el atril de su piano. Aquella tarde descubrí cómo Nicole sabía interpretar la vida con las prontas manos de la sencillez.

Días después la llamé para presentarle las condiciones de la “*tournée*” por Francia. Le expliqué que eran muy llevaderas y que confiaba en aprobarlas rápidamente. Se alegró de mi eficacia y me citó para el día siguiente por la mañana, no sin antes pedirme que no contara con Antoine para el tour y que Adrien asistiría a un par de recitales. Así mismo me insistió en que reservara hoteles discretos, que yo era su único acompañante en habitación contigua y que no quería entrevistas con la prensa. También me pidió que alojara a su hijo en otro hotel.

Esta “*tournée*” de otoño, de norte a sur y de este a oeste de Francia comenzó en las condiciones más sencillas que nunca. Debíamos actuar en siete hermosas ciudades durante treinta días. Mi trabajo consistió en organizar, acompañar y hacer las crónicas para mi diario.

Tal y como Nicole había dispuesto, nuestra llegada a Burdeos fue delicadamente discreta y tras alojarnos en un hotel de las afueras, salimos a cenar a un restaurante cercano situado frente a “*Parc Bordelais*”. Allí sentados en silencio durante unos minutos, escuchando a la Naturaleza, ambos tuvimos la misma sensación, un gran interés por aquel mundo que nos rodeaba, la frondosidad de los grandes árboles dibujando el horizonte con sus “*multipintos*” pámpanos otoñales. Con su murmullo me formulaba que por fin podía disfrutar de mi compañía y de plácidos momentos; entonces comencé a entender aquellas discusiones con su marido en las cenas que compartíamos donde ella reclamaba cambiar ciertas costumbres difusas instituidas por él. Esa noche se iniciaba una relación no tan voluble como antes y se iba revelando una ventura cierta. Tras aquella discreta cena, la primera velada me pareció muy breve.

Al día siguiente la esperé en el café del hotel para hacer la visita y el ensayo del concierto de esa noche. Se pre-

sentó transformada con una ropa desenfadada, fresca y no habitual en quien siempre se había presentado con una imagen muy cuidada. Vino a recogernos el agente del "*Auditorium de Bordeaux*" y nos dirigimos al mismo circundando el río Garona. Nicole se interesó por la actividad musical de Burdeos y por las nuevas promesas de esta ciudad.

Durante toda la "*tournée*" esto fue lo habitual. Ella se encontraba muy relajada y me agradecía continuamente mi compañía. Hubo momentos muy importantes para ambos en donde primaba el silencio y las palabras justas para expresarnos aquel bienestar que nadie podía franquear.

El último concierto antes de París se programó en el "*Théâtre de la Tête Noire*" de Orleans. Unas instalaciones muy precisas con un escenario muy coqueto en donde ella iba a decir adiós a las ciudades galas. Fue una delicada despedida con el repertorio más escogido y sutil que nunca hubiera realizado; esa noche dejó en el auditorio el gran emblema de su vasta carrera pianística.

A la mañana siguiente hice que le sirvieran el desayuno en su habitación con todos los diarios franceses disponibles donde aparecían las gratas reseñas que esperábamos y que había proyectado. Me llamó emocionada y me pidió que la acompañara. Al entrar a la suite me recibió con un fuerte abrazo diciéndome: "*Mon cher ami, esta mañana han acudido a felicitarme a esta misteriosa estancia todos los músicos de mis sueños*". Aliviado, agarré sus manos y le expresé que ella merecía ese homenaje.

Una hora más tarde vino a recogernos su chofer y regresamos a París. Durante el viaje estuvimos hablando de su próximo proyecto en el Festival de Piano del *Théâtre du Beauvaisis*. Ella planeaba reunir semanalmente a todos

sus colegas amigos. Su objetivo era difundir que la música clásica nos debe acompañar todos los días en nuestra vida y en especial transmitir a los jóvenes lo que ella definió como "*L'esprit Beauvaisis*". Estaba decidida a hacer una temporada para no olvidar.

Sin esperar un solo día más, anunciamos nuestra visita al director de Asuntos Culturales del *Théâtre du Beauvaisis*. Nos recibió y no tardó en agradecer la elección de Nicole para la inminente temporada. Le explicó que para este festival íbamos a elaborar un programa para piano en todas las modalidades, con el máximo número de compositores y que estimulara la asistencia de los jóvenes de París. Entonces fue evocando muchos de sus grandes momentos para repetir y hacer vibrar el patio de butacas. Comenzó a nombrar a todos los colegas que deseaba citar y continuó: "*y una vez más, serán Schubert, Debussy, Chopin, Liszt, Tchaikovski, Schumann y Beethoven nuestros eternos invitados*". Ella había diseñado su despedida de tal manera que para el colofón quería reunir a sus cuatro amigos de siempre, gentiles colegas y díscolos músicos y sentarlos al piano en tres banquetas interpretando a *Lavignac*. Emocionada finalizó asegurando que ese espectáculo haría vibrar al patio de butacas y concluyó aseverando: "*Tengo la seguridad de que, en este emblemático Teatro, se inmortalizará una forma de ser y de interpretar con nuestro inquieto instrumento: el piano*".

Comenzado el Festival, se esperaba que aquellas diez semanas de duración iban a ser llevaderas para Nicole porque ella solo interpretaría una pieza en cada sesión. Los éxitos se iban prodigando cada semana.

Una noche, al regresar a casa con su familia, se sintió mal y acudieron al Hospital. Hubo que ingresarla para realizarle las pruebas pertinentes. Antoine me llamó y acudí inmediatamente. Estaban Paulette y Adrien tam-

bién. Me informaron que todo se produjo después de un fuerte dolor gástrico que no remitía. Cuando me lo permitieron, entré y, al verme, extendió su mano, la estreché y susurró: *“Mon cher ami, estoy algo cansada, pero me repondré”*. No quise perturbar aquel momento con mi tristeza y sonriendo le dije: *“Mi admirada diva, pronto llegará la Primavera”*. Cerró sus ojos apaciblemente y no contestó.

Tras varios días de hospitalización, Antoine me llamó por teléfono para darme la noticia médica: *“Nicole padece de un tumor y sólo la cirugía podría estar indicada”*. Quedé turbado por un instante y reaccioné preguntándole si estábamos a tiempo de curación. Me contestó que debíamos tener prudencia. Ese día me retiré pronto a casa. Allí con una copa de coñac enjugué mi desdicha repitiéndome que nadie se ha preguntado lo que habrá sentido su corazón al verse enferma.

La noticia de su enfermedad se publicó inconcebiblemente al día siguiente en un periódico parisino y yo tuve que comunicar, de parte de la familia, que Nicole se encontraba bien y que pronto volvería a sus conciertos. Y así sucedió; al estar algo repuesta, fue dada de alta y acudió al siguiente concierto recibiendo un estruendoso aplauso al aparecer en el escenario y al finalizar su interpretación.

Durante la actuación, Antoine acudió a mi palco, donde siempre asistía a los conciertos. Allí me comunicó que Nicole no era consciente de la gravedad de su enfermedad. Sus doctores habían valorado la importancia de que esa información podría perjudicarle mucho psicológicamente, que estaban llevando con toda precisión cada una de las actuaciones y aconsejaban que ella continuara con toda normalidad su trabajo.

Ella siguió ejerciendo su papel de anfitriona del Festival. Yo echaba de menos las entrevistas de meses atrás

pero pronto desapareció aquella incertidumbre. Una tarde me citó en su casa aludiendo que Antoine y Adrien habían salido de viaje e intenté persuadirla de que aceptara cenar conmigo, pero ella insistió en que quería más intimidad.

Acudí a la cita; al entrar en el salón tan recordado aprecié que había dispuesto una mesa para dos comensales. Hizo el ademán de levantarse de su *"chaise longue"* pero le pedí que no lo hiciera. Entonces, comunicándome que había ordenado preparar una ligera cena fría, me pidió que descorchara la botella de champán y sirviera dos copas. Tras cumplir su petición, me acerqué y con ambos cálices en nuestras manos, de inmediato elevó un brindis por los dos; yo me estremecí y ella sonrió. Aquel vino inundó mi boca con la certeza de que nos queríamos. Sentados a la mesa fue ofreciéndome todos y cada uno de los menudos manjares que había encargado para aquella esperada noche. Creo que ella intuía que las cosas no iban a ser fáciles en adelante y que por eso me elogió haciéndome una petición a su estilo: *"Mon cher journaliste" estoy preparada para que me haga una entrevista, le confesaré todo lo que me solicite, pero le pongo una condición: que no la publique hasta que yo se lo permita.* Le contesté: *"Querida Nicole, hoy no debo trabajar, hoy quiero sentir intensamente estos momentos"*. Y le señalé además que para mí, su vida es un diario escrito ya con todo mi corazón. Ella también se estremeció, preguntó qué hacer ante este futuro tan incierto, me aseguró que su estado de salud empeoraba minuto a minuto y me pidió que sustentara a su familia cuando ella no estuviera.

La velada prosiguió hasta muy tarde. Una larga lista de encargos fluyó de su boca con los continuos ruegos de que no dejara de cumplirlos. Todo iba dirigido a las personas que habían participado en el "desarrollo de su es-

píritu", así me dijo. Evocó varias anécdotas de su anciana profesora Sophie a la que no pudo agradecer nunca sus magistrales enseñanzas. Nombró a su colega Vladimir con el que interpretó tantas veces a cuatro manos y me confesó, sonriendo, que le hubiera gustado participar en sus discretos conciertos de jazz y ayudarle a realizar uno de sus sueños versionando el "Mack the Knife" de Bobby Darin. Y así hizo un recorrido por otros muchos para que yo lo tuviera muy presente para el futuro si en algún momento decidía escribir su biografía y volvió a recordarme que a Jérôme lo situara en una página especial de su vida.

Nicole tenía la intención de finalizar el Festival y de anular los conciertos contratados para la primavera, cosa que le recomendaron sus médicos. Repasando todas las fechas me sugirió dejar abierto el concierto programado para junio en el *Théâtre des Champs-Élysées*, donde ella debutó. Con una trémula voz me insinuó: "*Mon cher ami, sacaré fuerzas para llegar a junio*".

El doce de junio de 2012, tras una tortuosa vereda de frágiles esperanzas vitales, Nicole ejecutó su actuación en público en el *Théâtre des Champs-Élysées*, interpretando el *Concierto para piano de Schumann* acompañada por "*L'Orchestre de Chambre de Paris*". Allí, donde se había estrenado medio siglo antes cuando todavía era una niña, ahora se despedía por una larga temporada rodeada de todos sus colegas.

Con ella, todos sus díscolos camaradas, como lo hicieran en otras ocasiones, finalizaron habitualmente, sentados en tres banquetas, interpretando "*Le grand galop pour 8 mains*" de *Albert Lavignac*.

El teatro, lleno a rebosar, ofreció el justo homenaje a Nicole con los aplausos más sonados de la historia de la Música en Francia. Mi amada diva lloró durante la ancha ovación, mientras sus amigos la rodeaban y la abrazaban.

Paulette y Adrien acudieron al escenario con sendos ramos de rosas rojas y blancas para su madre. Y esta, adelantándose hacia el público, hizo aquel gesto con las palmas de sus desprendidas manos para pedir silencio y se dirigió al auditorio: *“Mes chers amis, la Música es como la oración, algo que está más allá de nosotros y lejos del mundanal ruido. Gracias por esta velada tan maravillosa”*.

Una vez más salió de sus labios aquel verso del poema de Fray Luis de León, de quien era devota y empedernida lectora y que guardé como un secreto prometido: *¿Qué descansada vida / la del que huye del mundanal ruido / y sigue la escondida / senda por donde han ido / los pocos sabios que en el mundo han sido!*

Tras la primera cirugía, Nicole fue mejorando hasta el punto que le permitió seguir con alguna discreta actuación entre sus amigos. Los demás estuvimos pendientes de su total recuperación, pero no dábamos crédito a la evolución de su dolencia. Unos meses más tarde, el veintidós de junio de 2012 fue intervenida de nuevo de urgencia. Estuvo en cuidados intensivos durante una semana y por fin pudimos visitarla. Una vez más solicitó a Antoine entrevistarse conmigo.

Acudí al hospital con una rosa blanca entre mis dedos. Al llamar a la puerta de su habitación, acudió su hijo Adrien y, dándome la bienvenida, me aseveró que su madre quería verme en privado. Yo, haciendo un tosco gesto de llaneza, propicié involuntariamente que Adrien me consolara con una palmada en mi hombro.

Quedamos los dos solos en aquel lugar desierto de tristezas, repleto de anhelos. ¿Qué inundaba su pasión y la mía? Como dos locos extraviados, nos mirábamos entre aquella benéfica bruma que impedía manejar el espíritu. Como dos traviesos amantes, entrelazamos nuestras ma-

nos con la única verdad que conocimos y nos besamos entre palabras de afecto. Pasaron minutos, quizás una hora, y ella ya no dijo nada. Dejó de oprimir mis manos y, cerrando sus ojos, sentí su adiós y unas notas de su piano que me recordaron un nocturno de Chopin. La dejé y salí trastornado. Caminé muchas horas por las calles de París. *“París dejó de ser París”*

Esa misma noche, tras un fracaso cardíaco, falleció. No era posible aquella noticia que tuve que escribir y que al día siguiente quebrantaría el mundo de la Música. Fueron las últimas letras que escribí sobre ella en mi diario. Abandoné mi trabajo y me dediqué a escribir su biografía. Ni siquiera asistí a su funeral en *“Notre Dame”* ni acudí al cementerio de Montparnasse. Preferí cambiar las flores por la música que siempre surgió de sus manos. Me aparté del “mundanal ruido”, del universo que ella desdeñaba y ese fue el título de mi última reseña.

El domingo catorce de octubre de dos mil doce, a las seis de la tarde, comenzó su homenaje en *“L’Théâtre du Beauvaisis”*. Su hijo Adrien inició el acto con un breve discurso. Al nombrar a su madre como la “Madrina del Festival”, sonó el estruendo esperado, los mismos aplausos que a ella le dedicaban. Allí estaban todos los habituales, como siempre lo hicieron cuando la pianista volvía a su templo, porque ella siempre se dirigió de esa manera al referirse a *“L’Théâtre du Beauvaisis”*. Presente en las mentes y corazones de todos los enamorados de su música, Nicole hubiera estado encantada y orgullosa de esta edición anual, como lo estuvo de todas las anteriores, siempre rodeada de su familia y sus amigos.

Adrien, quiso dejar patente los momentos y palabras que vivió con su madre; recordó que Nicole lo definía como “una experiencia maternal gratificante” y que él

“fue el bebé que ansió desde cada escenario”; el niño que estuvo muy presente en su segunda vida”. Por un momento se estremeció y mirando hacia lo alto, pronunció las palabras que ella hubiera querido escuchar: *“Nicole, contigo no perdí ni un solo minuto de tu felicidad”*. Y cerró su intervención con las palabras que había escuchado en numerosas ocasiones en las tertulias de su madre: *“A Adrien lo amamanté con la música de cada uno de mis conciertos”*.

Para finalizar, se apagaron las luces y se la recuperó en una gran pantalla traduciendo las partituras de Chopin con sus ágiles manos que, reflejadas en el espejo frontal de su piano de cola, llenaban de música el salón de su casa. Tras el silencio que provocó la aparición de aquellas imágenes, sonó la ovación y Adrien volvió al escenario acompañado de Jérôme para poner colofón al acto. Ambos portaban una copa de champán y brindando por su madre fallecida unos meses atrás, Jérôme la recordó en su última velada declarando que *“Esa noche jamás un piano cantó tanto”*.

Nicole fue galardonada por la sociedad francesa con los Honores y Méritos más apreciados en numerosas ocasiones de su vida. El Presidente de República celebró públicamente su gran coraje y su entusiasmo por divulgar la música clásica.

Nota del autor

Ha sido este un relato de ficción de quien se considera rendido admirador de la pianista francesa Brigitte Engerer, que nos dejó en 2012. Desde la plataforma privilegiada que constituye este epílogo, quiero consumir mi “delicadísimo homenaje” al amor que ya no está, como la expresión profunda de un vacío sentido en cada momento de mi existencia. Se hizo breve el viaje en su compañía, pero mi fervor sigue vivo para siempre y, aunque ya no precise traslados ni reservas, sino lo visible, lo real, no sentiré jamás necesidad alguna de detener mi reloj. Pero sí que acaricio la esperanza de reencontrarme algún día con Nicole junto a su piano.

TATUAJE

ALBERTA REINÓN MARTÍNEZ



PRESENTACIÓN

No sé por qué razón siempre he leído los periódicos al revés, o sea, comenzando la lectura en la última hoja y avanzando como avanzan, o retroceden, los cangrejos.

Pues fiel a mi costumbre, comenzaré estas breves anotaciones preliminares de mi relato.

El desinterés se ha apoderado de mí en la etapa por la que atravieso, como si atravesara un desierto en donde en el paisaje no cupiera más que el color monocromático de la arena.

El suave viento de principios de otoño hacía temblar las hojas de los álamos del parque, aquella tarde. Había decidido tomarme un respiro después de tanta incertidumbre; era cuestión de hacerse a la idea y afrontar un nuevo reto; al fin y al cabo, ya había vivido lo mío, sería mejor acomodarme a la nueva situación y sacarle el jugo a los minutos que cada día viviera.

Cuando ya estaba todo medio en orden, el Intruso llegó aquella tarde a mi casa. Hacía tiempo que me avisaba de que, en el momento más inesperado, tendría el gusto de quedarse conmigo, entre nosotros, para no dejarme disfrutar de la tranquilidad que da el sosiego, después de mil batallas libradas y muy pocas victorias. Y así llegó. Penetró una tarde de otoño por la ventana que descuidadamente había dejado entreabierta, por donde penetraban los acordes de aquel álamo viejo, cuyas hojas temblaban al llegar el otoño, movidas por el viento templado de poniente.

Decidí exprimir la vida, sin bastón donde apoyarme. Cada amanecer sería luminoso y cada atardecer, escucharía la música de Mozart mientras volaran palomas cruzando el cielo, buscando su refugio bajo las tejas de mi torre en ruinas.

No temería temblar como las hojas del álamo del parque en

este otoño mío, porque el tronco de mi vida era todavía firme y fuertes sus raíces. Pronto quedará solamente el recuerdo. Un mago encontrará el remedio y llenará el mundo de sonrisas.

Retrocediendo un poco en el tiempo, me observo ya jubilada, no por imperativo legal, sino por considerar que cuarenta y dos años dedicada a mi profesión ya merecía un buen descanso. Y, para descansar, lo mejor sería cambiar de actividad según los viejos cánones.

Pues heme aquí, no solamente cambiando de actividad, sino multiplicándola considerablemente.

Siempre fui hiperactiva, y al final de la jornada, me quedaba la insatisfacción de no haber cumplido mi agenda, complicándome siempre la vida hasta el final. Pues bien: al final ha sido la vida la que me ha complicado a mí.

Esa soy yo, con mis luces y mis sombras, con mis aciertos y mis errores, en continuo caminar por el tortuoso sendero de mi existencia.

Tengo el Título de Maestra, la Licenciatura en Filología Hispánica, y la Diplomatura en Alimentación y Nutrición.

Me interesa mucho la Psicología y los comportamientos humanos y me preocupan en exceso el deterioro de la Naturaleza y la crueldad.

Me crie con mis abuelos, en cuya casa comenzaron mis primeros conocimientos literarios, al descubrir un arcón lleno de libros en la parte de arriba de su vivienda en el pueblo, a la que yo accedía en las sobremesas estivales, mientras mis tíos, ya de vacaciones, discutían o hablaban, alargando la sobremesa familiar.

En aquel desvencijado arcón convivían la vida de S. Benito con Las Moradas de Sta. Teresa y el Quijote.

Formaban también parte del tesoro de aquel viejo baúl, El Guerrero del Antifaz, Las aventuras de Roberto Alcázar y Pedrín, Tintín con su perrito Milú y Las mil y una noches; álbumes

de Disney y futbolistas; folletos con romances y canciones de ciego; en fin, toda una “melé” de historias, que hacían viajar mi imaginación a mundos fascinantes y contrapuestos.

A mis seis o siete años, nunca pensé que aquello lo escribiera persona alguna, sino que estaba en aquel rincón del granero desde la eternidad; ni mucho menos, que algún día, yo pudiera escribir cosa alguna que a nadie interesara, y aún hoy lo sigo pensando.

Pudiéramos decir que mi afición por escribir es relativamente reciente, aunque en primero de Bachillerato me dieron un Premio Regional por una redacción que la profesora de Lengua mandó a un concurso de Coca Cola. Aquello quedó en el olvido.

Mi vida ha transcurrido estudiando y trabajando en exceso, con poco tiempo para mí. Siempre ligada a las letras por mi profesión.

Me gusta mucho leer todo lo que cae en mis manos —no importa el tema—, pues soy de una curiosidad enfermiza. Considero el acto de leer como un acto de abstracción total, que te transporta a otros mundos, a otras vidas, a otros universos.

Desde niña fui una persona intuitiva y curiosa del saber, inquieta y tenaz, desgraciadamente desordenada.

Abrí los ojos al mundo cuando marzo mediaba y los trigales ya empezaban a encañar.

Me recibieron mis padres como una amapola en aquella incipiente primavera que llenó sus vidas de alegría por ser yo primogénita familiar, poniéndome mi padre el nombre de mi abuela paterna.

Me colocaron Alberta, el nombre más bonito del mundo —según mi padre— y es que, sobre gustos, no hay nada escrito.

Hago un gran esfuerzo por vivir en el presente; en el Aquí y Ahora.

Utilizo la poesía como terapia.

Confieso que nunca he estado en Gales.

TATUAJE

No hacía mucho tiempo que había dejado de llover, los Nadoquines rezumaban todavía hilillos de agua que discurrían hacia abajo para ir a parar a la tapa herrumbrosa de aquel alcantarillado en medio de la calle.

El taconeo de Gladys acompañaba el ruidillo del agua en los desagües y la luna jugaba entre las nubes ya clareadas en aquella madrugada húmeda y pegajosa. De cuando en cuando, pasaba un coche deslumbrando a los pocos transeúntes que circulaban a pie sorteando los charcos.

Había sido una velada para no olvidar, planeada desde hacía meses, en aquel encuentro fortuito, en el ascensor del décimo piso de un edificio de oficinas; fue allí donde lo conoció, y desde aquel momento se habían puesto en marcha todas las posibles complicidades para el reencuentro.

Pasaron días y meses esperando aquel momento único en su vida; mujer de tradiciones arraigadas, vivía una existencia gris carente de pasión, en la rutina que fluye cotidiana más allá de su trabajo profesional en una Consultora Financiera.

Gladys levantó el cuello de su gabardina y apresuró el paso, tenía el leve presentimiento de que alguien la perseguía y esa sensación hizo que el corazón acelerara su ritmo y su respiración se hiciera jadeante, miró el reloj: las tres, demasiadas emociones concentradas en aquella inolvidable noche.

Había tenido el valor de acudir a la cita tiempo atrás planeada, elaborando todos los detalles del encuentro.

Habrían de encontrarse a medianoche, cualquier medianoche de tormenta, sin fijar ninguna fecha determina-

da, como un ritual mágico, minuciosamente preparado, y allí llegó.

Como en su imaginación, encontró el ambiente: leve música de tango argentino, champán francés en la heladera y unas cuantas rosas amarillas sutilmente colocadas.

Sus cuerpos se fundieron en un abrazo sin límites y sus ardientes labios sacaron la pasión dormida, contenida durante el tiempo de la espera, como agua retenida en presa de altos muros, dejándose llevar por los acordes de aquel tango que sonaba en la habitación contigua, filtrando sus notas por la puerta entreabierta; no dio tiempo a más, de repente, aquellas galantes palabras callaron en un instante de angustia.

*

La cara del caballero se volvió pálida y su cuerpo se deslizó quedando de rodillas; después, tendido en la alfombra. La música había dejado de sonar y un helado silencio inundó el ambiente.

Con sangre fría comprobó que nada se podía hacer por aquel cuerpo sin aliento, yerto, derrumbado en el suelo; Gladys cogió una copa, bebió con calma un sorbo de champán, limpió minuciosamente toda huella existente, respiró hondo, cogió la gabardina, miró a través de los cristales, comprobó que había dejado de llover y dio por terminada su cita.

Nadie la había visto llegar aquella madrugada en aquel lugar nunca antes visitado, tampoco nadie la vio salir a las tres de la mañana; solo la húmeda noche y la tormenta fueron testigos de aquel encuentro planeado tiempo atrás, en el ascensor del décimo piso de un edificio de oficinas.

*

El día amaneció espléndido, el sol lucía radiante y los árboles del parque rezumaban todavía gotas de agua como perlas albergadas en sus ramas a causa de la última tormenta.

Gladys se despertó tarde aquella mañana de septiembre, no había descansado lo suficiente aquella noche; sus piernas le pesaban; estaba un poco aturdida; le costaba trabajo separar la realidad de la ficción; por un momento pensó en que todo había sido un sueño y el día le daba la bienvenida con esa luz que se filtraba a través de los visillos blancos del balcón de su alcoba.

Como era habitual en ella, tomó una ducha caliente y, envuelta en su albornoz, se dirigió a la cocina, puso la cafetera y encendió la radio; minutos de música clásica y noticias recientes de la mañana; el corazón le dio un vuelco en el momento que escuchó:

—Ha sido encontrado muerto en su domicilio, el empresario argentino Raimundo Montenegro.

*

Raimundo Montenegro vivía a caballo entre Buenos Aires y Madrid y era conocido en amplios círculos sociales vinculados a los negocios de Comercio Internacional relacionados con la Industria Papelera. Poco a poco, Gladys fue tomando conciencia del alcance de su visita la noche anterior al apartamento de lujo en aquella avenida de la gran ciudad.

Raimundo Montenegro no tendría más de cincuenta años, era moreno, de profundos ojos color azabache, alto y delgado, gustaba vestir elegante. De cuando en cuando, sacaba la petaca del bolsillo interior de su chaqueta y

bebía un trago. Nunca llevaba reloj; en contraposición, se había grabado a fuego en la parte posterior de la muñeca izquierda un pequeño reloj con la inscripción: *“Todo puede cambiar en un instante”*, casi imperceptible por el puño de la camisa, siempre impecable.

Aquella mañana su asistenta lo encontró tendido en la alfombra e inmediatamente llamó al teléfono de emergencias:

— Vengan rápido por favor, he encontrado a mi jefe in-móvil en el suelo, con el rostro amarillo, sangrando por la espalda. Creo que está... muerto.

Pocos minutos tardaron en oírse las sirenas de los servicios de emergencia en el lugar de los hechos; vecinos y curiosos se iban acercando a la ambulancia, preguntando unos a otros.

— Circulen señores, circulen —decía uno de los agentes policiales.

El portero de la finca cuchicheaba con el vecino del quinto y ambos no daban crédito a lo sucedido; aquel señor tan elegante que saludaba siempre con amabilidad, con ese melodioso acento extranjero arrastrando las palabras, como se arrastran los pies al bailar un viejo tango en su lejano y añorado Buenos Aires.

La brisa de la mañana movía las cortinas del ventanal entreabierto y abajo la prisa y el tráfico inauguraban un nuevo día cargado de misterio

*

Gladys había nacido en Gales, su padre formaba parte de la cuarta generación de propietarios de una antigua imprenta ubicada en uno de los barrios históricos de la ciudad de Cardiff. La imprenta había sido modificada en su interior, pero quedaban restos del pasado en la antigua

placa de metal que coronaba el arco de piedra de la entrada: DRAGÓN ROJO 1853.

El dragón rojo era el símbolo de su país, también era el símbolo del negocio familiar heredado, así como el símbolo que llevaba tatuado en la espalda Thomas, el padre de Gladys.

Julia era española, estudiante del último curso de Medicina en una Universidad de Madrid; conoció a Thomas a través de su hermano Daniel, al que le unía una gran amistad. Fue durante las vacaciones de verano en la Costa Brava. Ambos se enamoraron, con la fuerza que da la juventud, y ambos se juraron amor más allá de los límites, encadenando sus cuerpos y sus almas en una noche de luna y alcohol al borde del mar.

Seis meses después, Julia voló al país de los amaneceres brumosos, el cielo gris y los altos acantilados sobre un océano plomizo en contraste con los múltiples verdes de sus prados.

No fue sola, dentro de sus entrañas ya latía un pequeño corazón. El recibimiento no fue como ella lo había soñado, la familia de Daniel y Thomas la admitieron con frialdad en consonancia con aquella tarde lluviosa y húmeda de principios de marzo.

A pesar de todo, Julia mantenía su corazón esperanzado en aquel ambiente, emocionalmente inhóspito, lo que debilitó su cuerpo y su alma instalándose en ella la melancolía y el desencanto, hasta el punto de que sólo la animaba a vivir allí el ser que llevaba en sus entrañas y que ya estaba a punto de llegar al mundo, a ese mundo que Julia odiaba y que se arrepentía de haber conocido.

Las ausencias repetidas de su marido encendían su impaciencia. Deseaba saber, preguntarle algunas dudas que a diario la inquietaban; de las respuestas de Thomas dependía su decisión de volver a su país, antes de que su

hija naciera, pero en mala hora decidió aquel momento.

Thomas regresó muy tarde aquel día, los empleados de su empresa habían empezado una protesta laboral y habían estado negociando hasta altas horas de la noche. Después había tomado alcohol y su aliento olía a distancia. Julia esperó nerviosa hasta la madrugada y una catarata de reproches salió de su boca al verlo aparecer en tal estado.

—Thomas, quiero que me despejes ciertas dudas que me inquietan.

—Apártate Julia, no está la noche para aclarar dudas. Anda, tráeme un trago, que vengo seco.

Julia sollozó un instante.

Un trueno desgarrador y la fuerza bruta de Thomas se hicieron cómplices en aquella aciaga noche, abriendo de par en par la puerta a la tragedia,

De un empujón la hizo rodar escalera abajo quedando inconsciente, tirada en el suelo, demasiado tiempo para poder salvar su vida.

Ya al amanecer la embriaguez de Thomas había ido remitiendo, hasta darse cuenta de que aquel cuerpo en el que tropezó al querer incorporarse era el cuerpo de Julia, su mujer, al pie de la escalera y con un hilo de sangre corriendo por su frente.

Pronto Thomas corrió al teléfono.

—¡Daniel, hermano, te necesito con urgencia! Julia se ha caído y temo haberme metido en un gran problema.

Por el tono de voz, su hermano, adivinó que algo grave había ocurrido en el domicilio de Thomas y no perdió tiempo en solicitar ninguna otra explicación aclaratoria del suceso.

Lo conocía demasiado, se refugiaba en el alcohol cuando tenía problemas y a consecuencia de ello se ponía violento y agresivo. La ginebra le trastornaba la cabeza. Ya se lo había dicho en varias ocasiones.

—No temas, voy enseguida —contestó Daniel.

Sólo el tiempo necesario para vestirse y coger su male-tín de médico, Daniel acudió a toda velocidad.

Ya en el Hospital, no pudieron salvar la vida de Julia, pero sí la de la pequeña que estaba a punto de venir al mundo.

La prensa local informó del suceso acaecido.

Se dijo que fue un accidente al precipitarse por la es-calera al sufrir un mareo, estando en avanzado estado de gestación; así constaba en el parte médico del hospital al que llevaron a Julia desangrada por dentro y así constó en el certificado de defunción.

Era una familia influyente y la autoridad judicial no hizo más pesquisas.

*

Gladys creció pegada a la tragedia que marcó su vida; estuvo siempre al cuidado de personas emocionalmente ajenas a su inocencia bajo la vigilancia de su padre, que la veía crecer y convertirse en una mujercita de cabellos color de azafrán y grandes ojos soñadores, que le recordaban los días vividos con su madre aquel lejano verano en la Costa Brava junto al mar.

Acompañaban la soledad en la que Thomas se sumergió el trabajo y el alcohol.

El poco tiempo que dedicaba a su hija, la acariciaba con sutil obscenidad, y poco a poco, a medida que Gladys crecía, crecía en su padre el deseo enfermizo de la lujuria, como crecen las olas del océano en una noche de tormenta, sin que nadie pudiera contener el mar embravecido del instinto enfermizo hacia aquel cuerpo frágil de niña adolescente.

Fue una noche lluviosa en la que el huracán bruscamente azotaba con furia los cristales, como tantas noches en aquel otoño infernal de viento y bruma, cuando nuevamente Thomas llegó a su casa ebrio de ginebra; con voz entrecortada y ronca llamó a la puerta de la habitación de su hija.

Gladys se despertó sobresaltada, al tiempo que su padre entraba bruscamente, como fuera de sí; se abalanzó sobre ella no dándole tiempo a reaccionar. La muchacha se encogió aterrorizada, enmudecida por la fuerza bruta de su padre, que mancilló su adolescencia besándola con animal obscenidad, de manera violenta, dejando su huella en el frágil cuerpo forzado de su hija que enmudeció de puro terror.

Después se dio la vuelta, dejando al descubierto de su torso desnudo el dragón rojo tatuado en su espalda. La misma imagen que quedó grabada a fuego en la mente de la joven para el resto de sus días.

Caían los otoños por la vida de la joven Gladys como caen las hojas de los sauces, refugiándose en el estudio para eludir la presencia siempre amenazante de su progenitor.

*

Thomas hacía años que había vuelto a formar pareja con una mujer de su círculo de amistades y llegó el momento en que Gladys decidió volver a Madrid, una vez terminados sus estudios; conservaba allí una vivienda heredada de sus abuelos maternos.

Aquella joven galesa de ojos soñadores y pelo color de azafrán siempre mantuvo en secreto la infamia, nunca olvidaría aquella profanación de su infancia y eso le dificultaba enormemente para mantener relaciones con hombres que se enamoraban de su exótica belleza; clausuró su corazón a cal y canto para todo enamoramiento ya no tan

juvenil y veía a los hombres siempre recelosa, muy cortés y amable en el trato, pero no dejaba penetrar en su emoción ningún pequeño resquicio de confianza.

Gran profesional, aparentemente altanera, llamaba la atención por su estilizado cuerpo y su ondulada melena cobriza, siempre subida en altos tacones que aumentaban su natural elegancia.

Aparentemente había borrado de su cabeza la injuria y su país natal, al que nunca desde entonces volvió; haciendo lavado de sus recuerdos, vivía relacionada con su familia materna en un barrio céntrico de la ciudad.

EPÍLOGO

Después de escuchar la noticia, Gladys salió a la calle camino del trabajo. Respiró profundamente el aire fresco de la mañana; el sol empezaba a calentar y el rugir del tráfico de la gran ciudad dejó de molestarle. Por un momento se cruzaron imágenes de su lejano y brumoso Gales y una sonrisa amarga se desvaneció en su rostro.

Gladys abrió su bolso y allí estaba el puñal, minuciosamente envuelto en un pañuelo de seda rojo; rojo, como el dragón tatuado en la espalda musculosa de su padre.

Levantó la cabeza, siguió caminado al tiempo que una lágrima escapó rodando por su mejilla.



EL SUEÑO

DOLORS GIL ALCAYNA



PRESENTACIÓN

Carta a un amigo desconocido:

Si estás leyendo este puñado de letras... sí, sí, es a ti. Quiero contarte una breve y pequeña historia, la de una niña y su Unicornio mágico:

“Nací con un Unicornio de color azul debajo de brazo izquierdo, cerca del corazón. Estábamos muy unidos. Los dos vivíamos en nuestro propio cosmos celeste. Cada día trazábamos caminos con palabras fascinantes que nos llevaban a bosques encantados, todo era posible... Luego nos internábamos dentro: grandes y exuberantes árboles extendían sus enormes y amables ramas para acogernos en un cálido abrazo de bienvenida. Los gnomos salían de sus casitas subterráneas a dedicarse cada cual a su oficio: restauraban estrellas caídas y les daban de nuevo su fulgor, con las gotas de rocío que se posaban sobre un manto de hojas escarlata, tallaban rogatorias cristalinas a la naturaleza, cuidaban del maná de la tierra y mantenían sanas sus raíces. Los duendes alados hacían lo propio, además de acicalar su hogar al levantarse hasta que regresaban a dormir; vivían dentro de unos zapatos de corteza de roble que ellos mismos fabricaban, y siempre revoloteando a su alrededor, una cohorte de mariposas de luz. Entre el espeso bosque de las extraordinarias secuoyas, el sutil canto tintineante y ancestral de los elfos y las hadas guardianes de todas las criaturas y del espacio selvático. Mi Unicornio añil y yo jugábamos hasta bien entrada la tarde. Cuando los dondiegos de noche se avivaban y se impregnaba el aire con su fragancia, cuando los pájaros dejaban su canto y se unían para descansar, entonces las luciérnagas, muy protec-

toras y ceremoniosas nos alumbraban los caminos de vuelta a casa, la luna comenzaba a desperezarse, batía su aura de plata y flotando sobre nuestros cuerpecitos, nos acunaba con amor hasta que nos quedábamos dormidos.

Mi Unicornio índigo me hizo prometer sólo una cosa: que no dejara de colorearle cada noche con la gama de los tonos azules. Y así fuimos creciendo. Yo no mantuve mi promesa, y mi Unicornio celeste quedó olvidado, y mis sueños también, ocultos en un lugar recóndito de mi corazón.

*Un día, aquel Unicornio de mi infancia resurgió de **entre mis cosas**, estaba muy deslucido, pero aún conservaba aquella mirada cobalto y una sonrisa tan tierna, tan fiel... me invitaba a retomar nuestro maravilloso juego infantil. Me subí a su grupa. Ahora recorreremos los mundos seductores y hechiceros de **los libros**, necesitamos alimentarnos de ellos, atesorarlos. Y así, quizá, poder dibujar nuevas y vigorosas rutas de renglones azules que nos guíen y nos lleven a crear otros cuentos, nuevas historias. Porque nunca es tarde para **cumplir sueños**... y en este caso, mostrarlos y compartirlos".*

P.D.: Mi máximo respeto a todos aquellos que tienen el maravilloso y difícil «oficio» de escribir. Y un millón de gracias a la Fundación Trinitario Casanova por este magnífico proyecto. En especial, a Juan Cano Conesa y a mis compañeros: he aprendido mucho de vuestro «universo creativo», y espero que tengáis mucha suerte.

Gracias, gracias a todos. Y tomando prestada una especie de cita que una tarde parafraseó nuestro profesor, os digo: ojalá nos volvamos a encontrar en *alguna esquina del mundo*.

EL SUEÑO

«Soy Marie-Thérèse Walter. Cuando Picasso me atrapó, yo tenía solo 17 años. Estuve siete con él y le di una hija, Maya. Dicen que fui la más sensual, cariñosa y dulce».

Sí, así fui yo. Una jovencita enamorada de un seductor hombre mayor. Nos conocimos a finales de 1927. Yo salía del metro de Galerías Lafayette cuando el famoso pintor me abordó: “Tienes una cara interesante, me gustaría hacerte un retrato, creo que vamos a hacer grandes cosas juntos, soy Picasso”.

Vaya si lo hicimos. Me pintó y esculpió muchas veces, antes que dejara de ser objeto de su deseo. Poseyó hasta mi alma valiéndose de sus pinceles metamórficos y del universo de su enigmática personalidad: parecía que tuviera el poder de traspasar a otras dimensiones sutiles y alcanzar transcendencias a niveles *cuánticos*. Lo intentó una y otra vez hasta conseguirlo. Traspasó mis emociones y se instaló en ellas sin límite a sus deseos.

De tal manera que un día, mientras estaba dormida... se fusionó conmigo y se materializó este cuadro que nos catapultó a la fama mundial. Morí hace muchos años, pero créanme si les digo que mi espíritu vive inmortalizado dentro de este cubículo de 130 x 97 centímetros: «El Sueño».

Siempre estoy colgada en lugares muy lujosos o bajo cámaras acorazadas. A mí me gustaría estar apoyada en un acogedor y confortable mueble de salón de una familia humilde, donde hubiera calor de hogar. Pero no, la gente sencilla no puede llevarme a su casa. Y es que soy una de

las pinturas más caras del mundo; mi valor es de 155 millones de dólares. *Nunca pude imaginar en vida que costaría tanto muerta.*

Por lo pronto, me han sacado de mi ´relajo´. Voy en un camión de mudanzas, camino de no sé dónde. ¿Qué me encontraré en esta nueva etapa? ¿Qué lobo malherido o hambriento depredador, qué loco estúpido o frívolo me adquirirá? Mi anterior dueño casi me cuelga en salas de striptease en Las Vegas. En una de esas noches de borrachera de alcohol, orgías y, dios sabe cuántas otras cosas más, casi me manda a la eternidad de la nada de un codazo mal dado.

Estoy oyendo al conductor hablar con su acompañante:

—Sí, ahora nos dirigimos a la mansión de James Collins, un célebre periodista y escritor neoyorkino de origen irlandés. Está podrido de dinero y su casa es un auténtico museo de obras de arte. Tendrá cerca de los setenta, divorciado y, al parecer, con una hija y una exmujer que le odian. Es todo un personaje.

—Sí que sabes de este tipo —dice el copiloto.

—Bueno, llevo en Mudanzas Mex-Excellent cinco años; Collins es cliente habitual y muy conocido. Además, no hay más que ver dónde y cómo vive para imaginar su estatus. Tú acabas de aterrizar, pero cuando lleves tanto tiempo como yo, conocerás sobradamente a estos ricachones ególatras y excéntricos. Toma nota, lo vas a necesitar. Te enfilan por cualquier mínimo error.

—Ahora centrémonos en lo que nos ocupa —prosigue el chófer—. Tomaremos la Quinta Avenida; vamos casi al extremo oeste de Manhattan, al 548 de la calle 22; allí es donde vive el millonario de las letras.

Instalada quedo en la elegante y sofisticada chimenea minimalista del afamado literato, reportero y periodista

neoyorkino de origen irlandés, James Collins.

Cada día descubro algo más de su vida y milagros: cuando habla por teléfono con su hija, con su exmujer; en las reuniones con los amigos; la manera en que trata al personal de servicio, cuando habla solo... Es autor de novelas policiacas y un polémico articulista en "The New York Times". Sus libros han logrado ser *best-seller*. Estudió periodismo en la Universidad de Columbia y ganó el premio Pulitzer por su trabajo documental como reportero en la guerra de los Balcanes. Dicen que, desde entonces, anda muy tocado. ¡Menudo currículum!

Es un hombre extraño, controvertido; con rasgos de muchos perfiles. Un personaje que nunca sabes cómo afrontar.

De rango aristocrático, de joven dicen que fue de naturaleza entusiasta y defensor de los derechos y la igualdad de todos los seres humanos. Convencido adepto del movimiento hippie, en 1969 alzó la bandera del arco iris y los símbolos de la paz en el maravilloso y caótico Festival Pacifista de Música y Arte de Woodstock. Allí conoció a la que sería su mujer y madre de su única hija. Una quinceañera de rasgos dulces coronada de flores. Fue en las últimas horas del festival, justo en el momento en que el mítico músico guitarrista, Jimi Hendrix, hacía los honores de broche final. Por lo visto, el novelista siempre fue un enamorado del arte en todas sus vertientes y disciplinas. Ahora es un estúpido misógino, ácrata, hedonista, seductor y libertino. Estudioso concienzudo de dos "grandes": Arthur Miller y Picasso. Así es como siempre los califica. James Collins es un tipo enjuto, alto, huesudo; amplias entradas, pero abundante pelo ondulado; su mirada es turbadora, tiene un color violáceo como el del fruto de la endrina. (Yo diría que guarda un parecido físico con el de

su admirado Miller.) Collins estuvo en el Theatre Award de Londres cuando Miller fue elegido como el mejor dramaturgo del siglo XX en los premios Lawrence Olivier. Le resultó muy emocionante estar tan cerca de su idolatrado escritor. Accedió a tan célebre evento gracias al hermano de un compañero fotoperiodista que estuvo con él en la guerra; éste formaba parte de la organización de los galardones.

Siempre que tenía ocasión contaba ese hecho como algo extraordinario y sanador en una época (recién llegado del horror de la guerra) muy nefasta para él. Venía herido por dentro y por fuera, aunque nunca solía hablar de lo que le ocurrió. Desde entonces, además de las heridas del alma, arrastra una cojera permanente que le ha derivado en una “poliartrosis” que se va acentuando con el tiempo. Necesita la ayuda de un bastón para poder equilibrar su cuerpo, que parece un puzzle descabalado; esto le provoca grandes dolores, cada vez más agudos, contribuyendo muy negativamente a su amargado carácter. Atesora en su haber una gran colección de bastones: de maderas nobles, de caña, de metal, y los rematan todo tipo de empuñaduras.

Ya llevo tres años encima de la austera y glamurosa chimenea de la casa mansión. Conozco su intendencia y el trasiego de la misma.

Collins tiene dos amigos: Andrew y Justin. Forman un fiel triunvirato de intelectuales. Los tres se conocieron en la fiesta de la ceremonia de los premios Pulitzer, cuando a James le fue concedida la medalla. Se reúnen aquí, en la mansión, muy a menudo; y cada dos meses, más o menos, tienen establecido un juego-reto: escribir un relato de la misma temática para los tres y que esté alejado de los dominios y habilidades de sus respectivas plumas. De

estos desafíos literarios están saliendo magníficas historias, pero también una rivalidad manifiesta. La última vez acordaron hacer un cuento con guion teatralizado de género gótico y que fuera muy grotesco y muy gore. Harían la escenificación en este salón. Se trataría de cuando los protagonistas principales (en este caso ellos, cada uno con su historia individual), entran en sus respectivas casas y se encuentran con una situación inesperada. Ello les obligaría a improvisar soluciones, sin tener tiempo a meditar la más acertada.

Andrew, de Phoenix (Arizona) es un apuesto hombre maduro, tiene pinta de rudo y seductor vaquero. Guionista y productor de series de televisión y escritor de cuentos eróticos. Durante ocho años fue amante de Collins. Ahora son dos amigos que se quieren y se odian. Mantienen un pulso constante porque mientras que James querría tener algo más con Andrew, este tiene una relación maravillosa con una reputada actriz de teatro, Elisabetta. Según dice, esta es su alma gemela. James siente un odio de muerte por la mujer; cree que, si no fuera por ella, Andrew y él estarían juntos. Justin, mucho más joven que los ex-aman-tes, apenas había cumplido los dieciocho cuando se cruzaron sus vidas. Luce un aspecto de sabio despistado, entre pícaro e ingenuo. Nacido en Nueva York, ejerce de periodista y también es escritor de libros de cómic. Apasionado de los *grafitis*. Ha viajado por el mundo entero retratándolos con la vieja *Leica* que le regaló su padre. Los tiene perfectamente archivados digitalmente y también en álbumes, clasificados por lugares, autores y fechas; los utiliza como referente para sus propias ilustraciones. De carácter sereno, bastante neutro y asexuado, todo lo contrario de sus dos amigos y colegas, que dan la sensación de ser muy vehementes e impulsivos. Son tan distintos

entre sí, que nadie hubiera apostado un centavo por su amistad. Pero no existe el orden coherente de las cosas; más bien un orden de causalidades que da lugar a unos resultados de efectos y afectos extraños (si no, que me lo digan a mí.). Por cierto, llaman a James el “cojo picassiano o cojo cubista”, porque anda con pasos desarticulados debido a la enfermedad de los huesos. A menudo bromean abiertamente delante de él a cuenta de su *patachula*, pero, curiosamente, no se enfada. Son las únicas personas en el mundo a las que Collins quiere y respeta sin fisuras, y con las que en el fondo no podría enojarse seriamente.

Hace tiempo que Collins comentó a sus amigos que le encantaría tener un bastón con la empuñadura de una calavera de cristal. Así que estos, aprovechando una ruta *grafitera* de Justin por Europa, pactaron encargarla al gusto de James en el centenario y popular comercio de Madrid “Casa Diego”. El bastón es una maravillosa pieza elaborada artesanalmente: cuerpo de madera de sauce diamante, anilla de cuero de chinchilla y la deseada empuñadura: una calavera tallada en cristal, hecha en la Real Fábrica de Cristales y Vidrios de La Granja de Segovia y esculpida por los mejores maestros sopladores de vidrio.

Ambos esperan la ocasión especial e idónea para entregarle tan preciado obsequio.

¡No vean lo que diviso y aprendo desde mi atalaya!

Desde hace unos meses observo que James se manifiesta más vulnerable y desmejorado, si bien no ha perdido la *mala leche* y la animadversión por los demás. Cada día está más aislado del mundo exterior; suerte que Andrew y Justin le sacan de ese retraimiento y lo aferran a la vida. Hoy Collins está un poco más animado que de costumbre. Los tres amigos cenan y charlan distendidamente en el salón.

¡Oh!... ¡Me miran!... ¡Se acercan a mí!

— ¡Qué maravilla de obra!... Qué título tan sugerente: “El Sueño”. Es la representación del erotismo en estado puro. De todas tus adquisiciones de arte, esta es la joya de la corona. Hiciste una buena compra, James — dice Andrew.

— La verdad es que sí. No cabe duda de que Picasso fue muy prolijo en todas sus etapas y estilos, y la genialidad omnipresente en todas ellas... a la misma Marie-Thérèse la pintó muchas veces de mil formas y maneras, pero este cuadro tiene algo muy especial. No solo está la mujer, sino que él, aparece mimetizado y en perfecta sincronía en las formas de ella. Para mí, es la “obra” de Picasso, con permiso del Guernica y del maestro, claro... La *mujermusa* por excelencia fue como opio embriagador de fecundidad para el genio, le activó todos los resortes del alma, del cuerpo. Y debía estar en un estado de gracia sublimado cuando lo creó.

— ¡Y muy salido! Vaya pieza. Y siempre con jovencitas — contesta Andrew, provocando un momento de hilaridad entre ellos, que hicieron gestos cómplices y afirmativos con la cabeza.

— Creo haber leído en algún sitio que él decía algo así como que: “Un hombre tiene la edad de la mujer que ama” — sigue Andrew —. Por lo tanto, cabría pensar que podría haber muerto en los brazos de su última amante siendo un joven imberbe, como en el cuento de F. Scott Fitzgerald: ‘El curioso caso de Benjamin Button’.

— Hoy estás travieso, Andrew, o ¿son las burbujas?, que siempre te causan el mismo efecto — suelta Collins, que ya empieza a mostrarse algo molesto por los comentarios de su querido amigo.

— Perdona, James, y no te pongas tan serio, ¡vamos...

estoy bromeando! No es mi intención faltar el respeto a alguien al que admiras tan profundamente —replica Andrew.

—De acuerdo —dice Collins.

—Y la relación entre Arthur Miller y Marilyn Monroe, ¿cómo crees que sería? —sigue Andrew, en un tono más reflexivo y considerado, pero teniendo la secreta intención de ahondar en los sentimientos de Collins, mostrando un semblante evocador de lo suyo con él. Éste lo capta y, de manera inconsciente por parte de ambos, comienza un juego de cortejo y atracción con las miradas.

—Cuando eso ocurrió, Andrew, yo era muy pequeño —dice James—, pero me habría gustado verles por el ojo de una cerradura. Y no pretendo que esto parezca un cotilleo barato o un burdo *voyeurismo*. Ambos me provocan una gran ternura y respeto. Se trataba de dos personas con personalidades muy complejas. Miller dijo de ella en diferentes ocasiones cosas muy hermosas: *“La conmoción que provocaba el movimiento de su cuerpo recorrió todo mi ser, una sensación en contradicción con su tristeza”*... o *“Era un torbellino de luz, toda ella paradoja y misterio tentador, algunas veces vulgar y otras, elevada por una sensibilidad lírica y poética que pocos conservan después de la adolescencia”*... ¿Os dais cuenta amigos?, Arthur Miller estaría hipnotizado por el sensualismo deslumbrante que irradiaba esta mujer. Marilyn era mucha Marilyn. ¿Sabíais que tenía un coeficiente intelectual de 165?, superior al del sabio Einstein. Pero su trayectoria nunca indicó que fuera capaz de gestionar tan alta capacidad, pienso.

—Hace tiempo leí una biografía suya. La verdad, me emocionó. Poca gente debe saber lo mal que lo pasó en la infancia. Sólo se veía de ella la imagen frívola de una sex-símbol, pero en el fondo, se trataba de un ser torturado

y frágil que descubrió que su cuerpo era una herramienta que, bien usada, podría conseguir el amor y la compasión de los demás, pero se equivocaba. Y así fue como Norma Jean Baker llegó a pisar la alfombra roja de Hollywood convertida en Marilyn Monroe. Sobre todo, no tenía ni idea de su exquisita sensibilidad y su capacidad poética —dijo Justin, con delicado respeto, destacando más a la persona que a la artista.

—Sí, es así, yo también he leído sus poemas; eran buenos. Por cierto —siguió Collins—, hay una anécdota de la eterna rubia y el sabio Einstein (que no era rubia sino pelirroja, cosas del cine), de cómo ella se acercó al genio de la ciencia en una fiesta con una curiosa propuesta: «Qué dice profesor, deberíamos casarnos y tener un hijo juntos. ¿Se imagina un bebé con mi belleza y su inteligencia?» Bueno, esto es lo que se dice, pero desde luego estaría dentro de lo posible. ¿Os imagináis la insólita escena?, la Monroe hablando de tan descabellado asunto con el genio. Igual se le erizó más el pelo o sacó descontroladamente su satírica lengua...

—La relación de estos opuestos, *Miller y Monroe*, fue una montaña rusa de pasiones desenfrenadas y desencuentros hasta que ella le fue infiel con el actor francés Yves Montand mientras rodaban la película 'El multimillonario'. Siguieron juntos, pero ya no fue lo mismo. Después, Miller escribiría para ella el guion de 'Vidas Rebeldes'. La amaba tanto, que quería que la genta la conociera como una actriz seria, y supongo que también lo haría en una acción desesperada para reconquistarla. En esta película, dicen que estaba carcomida por una fuerte depresión y desencanto. A veces he llegado a pensar que Arthur Miller se enamoró de lo que ella representaba. Él retrataba en sus obras a perdedores y excluidos de la sociedad

salvaje y enferma estadounidense. Buscaban desesperadamente un lugar en el mundo donde hubiera valores a los que asirse... y Marilyn era el prototipo perfecto de esa sociedad. En mi opinión, siempre la quiso y la deseó, pero también es como si él quisiera salvarla de sí misma, del tormento de su carácter auto-destructivo. Pero no lo logró. Creo que esa frustración la arrastró siempre. Y la conclusión que saco de esta historia y, respondiendo a tu pregunta, mi querido Andrew, es que fueron unos amantes muy desgraciados al borde de un vertiginoso precipicio, quizá como...

James no termina la frase, baja los ojos, se muestra triste. Parece tener la necesidad imperiosa de transmitirle un mensaje a su amado Andrew y aprovechando la coyuntura de su pregunta, acerca de los artistas, se lo lanza. Siente que sus historias tienen un paralelismo abrumador. Los amigos se miran conmovidos. Los tres saben a qué se refiere Collins, sobre todo Andrew. Al unísono hacen un gesto de pesadumbre con el rostro, sin añadir ni una palabra más. Collins se recompone y se dirige a Justin para que le dé su opinión acerca del cuadro, cortando de cuajo la compacta y pesada tensión.

—¿Tú qué dices Justin de esta obra de Picasso? —alude James.

—Bueno, ya sabéis que a mí me mueve más el concepto y la impronta del “Arte Urbano”, la irreverente reivindicación de cualquier tema mediante esta disciplina creativa de inmediatez, de efímero. ¡Ah!, y aprovecho para deciros, que éste también es un arte inmenso y cautivador, y en ocasiones, muy arriesgado. Aunque sé que a vosotros no os llama la atención... La verdad es que los *grafitis* me suscitan un cosquilleo interno muy estimulante. Lástima que esté tan infravalorado; pero bueno, son

cuestiones que ahora no vienen al caso. ¡Uf!, perdonad, me pongo a hablar de este asunto y no paro. Bien, a lo que iba, no penséis que no sé apreciar que estamos delante de una pieza maravillosa. Porque eso es lo que creo. ¡Es soberbia!

—Por supuesto, Justin, y no te disculpes, nos gusta la pasión que muestras, ¿verdad Andrew? —dice James—, cómo argumentas y transmites los méritos y el esplendor de esta disciplina de arte, mal llamado *callejero*, dicho sea de paso. Sabemos de tu buen gusto por las cosas bellas. Y por eso, a mí, personalmente, me alegra mucho más oírlo de ti. Me gustaría que me instruyeras sobre el mundo de los *grafitis*. Un día, deberías traer tu colección de álbumes, donde los tienes fotografiados y empezamos la tarea.

—Gracias amigo. Te tomo la palabra —asiente Justin, con gesto agradecido.

—La ensoñación de la *reinadíosacubista* en el tablero-lienzo del genio: reclinada en un cómodo sillón grana (me introduce a una sensación muy sutil del erotismo de la tauromaquia). Veis... se pueden observar varias perspectivas del mismo rostro, magistralmente expuestas. ¡Sí señor, muy hábil! Fijaos cómo esas facciones parecen llevar impresas toda una suerte de turbadores códigos secretos. En una de las dos mitades, se aprecian unos ojos cerrados emanando una dulce placidez; los labios transmiten sensualidad, provocan un impulso activador del deseo. La otra mitad de la cara son dos glúteos divididos por una delgada sombra oscura por donde emerge el semblante voluptuoso y pasional del miembro viril. Las cuentas del collar aparecen dispuestas en una grácil curva para llevarte por el camino inequívoco del lecho. Las manos cercanas al sexo, indican el placer onírico y poderoso hacia el hombre que está presente en el subconsciente de

la joven. ¡Oh! ¡Me parece maravilloso! —Collins respira extasiado, se relaja.

—Sabéis que hay estudios que apuntan —añade Andrew— que “El Guernica” es la biografía personal de Picasso. De ser cierto, “La Madre” doliente ante las bombas, no existiría, sino que sería su amante clandestina, Marie-Thérèse, la que aparece con la lengua afilada hacia él: “El Toro”, o sea, Picasso; y en sus brazos, la hija de ambos, Maya. Eso es lo que señalan estudiosos del pintor. No sabemos si será una realidad alternativa de coincidencias con la vida del autor, o si realmente fue así.

No lo creo —replica James—. Ciertamente, la imagen de Picasso ha sido siempre controvertida: de luces muy resplandecientes y de sombras muy oscuras. Pero supongo que tenía la imperfección propia del ser humano, como todos. En cualquier época o tiempo de la historia, estos genios levantan muchas pasiones encontradas, envidias y polémicas. Y siempre habrá voces exponiendo teorías, sean o no ciertas, criticando su vida y obra; bueno, más su vida que su obra, porque su obra es intachable.

Se hace un silencio de bienestar... brindan ufanos. Se les ve disfrutando de la velada. James mira nuevamente a Andrew, con ojos arrobados repletos de guiños y complicidades. Justin, reconoce esas miradas y con perspicacia interrumpe el momento:

—Bueno, chicos, ¿se os ha ocurrido algo para nuestro nuevo reto? ¡Sois unos malditos cabrones!, cada día me lo ponéis más difícil. Yo que hago cuentos para críos, y vosotros me obligáis a salir de mi zona de confort con vuestras ocurrencias —dice Justin con mucha sorna—. Estoy pensando... ¿Y qué cosa podría sorprenderme al entrar en mi casa? Quizá un espíritu travieso y maligno que viva dentro y que de repente se revuelva contra mí y quiera

acabar conmigo, que saque sus garras y me reclute hacia el lado de las tinieblas, o que pille a unos ladrones robando y me maten, o... que sea yo quien asesine brutalmente, en un brote de locura, a Florinda, la mujer de la limpieza, y me la coma a trocitos como un auténtico caníbal, o que pesque a mi amante in *fraganti* con otro, y les rebane el cuello de un navajazo, por ejemplo... ¡eso sería gore del bueno! ¡Je, je, je, pero Justin, si tú no tienes una amante, o sí... y nosotros sin saberlo! —dice Andrew, dándole una palmada en el hombro.

—Tomémoslo en serio, chicos —apunta James—. Tenemos las directrices básicas. ¡Echadles imaginación y huevos! ¡Sorprendámonos!

¡Vaya con los intelectuales! He de reconocer que me han conmovido. Han dicho cosas maravillosas de mi retrato. En cambio, yo, desde la panorámica del tiempo, la distancia y todo lo vivido, saco una lectura bien distinta: me veo dormida en un sillón incómodo con la cabeza casi despeñada, el rostro fracturado en dos, con un gran y enorme pene rodeándome sin que yo pueda hacer nada por evitarlo; los ojos cerrados a cal y canto transmitiendo una especie de aceptada mansedumbre; como si no quisiera ver cuando *mi viejoamoroso* hacía uso de su vigorosa hombría.

Pero la verdad, es justo decir que estaba encandilada por Picasso, que mi supeditación fue extrema y reconozco que hice y hubiera hecho todo cuanto me pidiera. Estaba embrujada, abducida por el *hombregenio*. Yo le amé descarnadamente, mucho más allá del dolor de la vida y la muerte. Por eso cuando falleció, yo no pude soportar este mundo sin él. Mi interior se inundó de un llanto silencioso, y de forma voluntaria fui a su encuentro envuelta en calma y abnegación a seguir con su cuidado.

Aún recuerdo con nostalgia incurable y abrumadora aquellos días de misticismo indómito en estado primario. Su pincel no podía evitar anexas los trazos en filigrana de las dos figuras etéreas en un mismo cuerpo de fuego: «el suyo y el mío».

“Tiempo de rojísimas rosas y entusiasmo sin medida: las contracciones del vientre en el deleite de nuestros cuerpos cuando fagocitábamos el veneno y su ambrosía entre las mezclas del bouquet de los sutilísimos efluvios de la absenta y la pintura de los pinceles alquimistas”.

Seguidamente me decía:

«Flor más dulce que la piel MT eres mi fogata».

Y yo, seguidamente le decía:

«Ámame eternamente o dame la fórmula del antídoto».

Collins y Andrew me retrotraen a esa memoria antigua que tengo guardada en el interior de la noche de los tiempos. Son como Picasso y yo. Tuvieron y tienen una relación extraordinaria, más allá de lo común. Cada vez que Andrew viene hablan de ello en términos muy pasionales. James insiste en no entender por qué lo dejaron.

Recuerdo un día que me impactó especialmente su conversación.

—Tú y yo, James, tú y yo, ¿recuerdas? Siempre lo repetías. Desde la fiesta de los Pulitzer... cuando nos dimos la mano al presentarnos, nuestras almas quedaron imantadas de por vida. Fue como la mixtura de una magia febril que compactó nuestros cuerpos que se electrizaran solo con mirarnos... Pero tuvo que aparecer ella. ¿Qué tiene esa furcia? ¡No lo puedo entender! Te gusta provocarme, me llevas al límite y luego, luego te vas con una sonrisa burlona dejándome solo; te confieso que algún día voy a cometer una locura —le decía Collins a Andrew entre lágrimas y con una gestualidad corporal de total abatimiento y vulnerabilidad.

—James, la historia no es exactamente así... y tú lo sabes. Y yo no te provooco. Procuro mostrarme con asepsia quirúrgica para no dar lugar a situaciones incómodas. Es más, a veces, me gustaría abrazarte o tener muestras de cariño, pero es imposible. Todo lo tergiversas, lo sacas de contexto y lo distorsionas a tu antojo para buscar el conflicto.

—Eres muy cruel, Andrew.

—No es cierto, James. Y lo que tengo con Elisabetta es un amor tranquilo y sosegado. Me da la paz que necesito. En cambio, contigo... perdíamos la razón cuando estábamos juntos. Parecíamos dos salvajes con el trofeo de su presa en la boca. Era una pulsión encarnizada. Nos destrozábamos, James. Recuerdo aquella noche en el hotel de Estambul: tus ojos libidinosos fuera de sí me lanzaban miradas de afilada violencia, cómo arañabas las sábanas y cómo tu respiración parecía salir de las fauces de un animal enjaulado. Y todo por... Agotador, demasiado agotador y tóxico, James, y dolía, dolía mucho.

Collins se ausentó unos minutos del salón. Yo me quedé muy impresionada. Sentí en la estancia la furiosa energía de las fuerzas contrapuestas por un amor sincero, pero también destructivo que hurgaba en las entrañas de dos seres humanos irremediabilmente derrotados. Andrew lanzó su pensamiento en voz alta como una lengua de fuego: “Aún te quiero, James... desearía que estuviéramos juntos y cuidarte. Sé que ahora me necesitas más que nunca. Y perdóname, si a veces no puedo evitar mirarte con amor o deseo, o decirte algo que yo mismo me prohibí”.

James Collins lleva meses inyectándose morfina y esnifando coca, además tiene todo un arsenal de estupefacientes que también toma de manera indiscriminada. A

veces se queda dormido en el sofá, delira o habla solo, pero parece que se enzarza en discusión con alguien y le diera órdenes; aunque aún no sé a quién. Seguro que lo descubriré. Mi paciencia es tan infinita como mi sueño eterno dentro de este cuadro.

¡Dios! Creo que el *pene* de mi *viejoamoroso* que abarca mi cara está sufriendo un deterioro. Parece una burla del destino, ya que era la parte de su cuerpo que siempre estaba en impecable puesta a punto; para estado de revista, vamos. A ver quién lo restaura. Al fin y al cabo, mal que me pese, es mi rostro: mis ojos, mi boca... Es extraño que 'el cojo picassiano' no se haya percatado de tal inclemencia, con lo maniático y perfeccionista que es. La verdad, tal y como está el asunto, casi prefiero que no se dé cuenta aún. Sería capaz de culpabilizar a la servidumbre y vete a saber qué represalias tomaría con los pobres empleados de la casa.

Collins está descontrolado. Quiere sorprender a sus amigos a costa de lo que sea. Anda todo el día muy nervioso e inquieto. Está obsesionado con el relato acordado, además de sus otras obsesiones; esto unido a su delicada salud, lo están convirtiendo en un perturbado esclavo de sí mismo, llevando su mente a un punto de 'no' retorno. Anoche nombró a un tal Orestes. Orestes Wilson, si no me equivoco, es el protagonista de su novela, 'El Mensajero de la Muerte', uno de sus libros más vendidos. Lo sé porque los amigos y él han hablado de esa obra como la más genial de todas sus obras, pero también la más maquiavélica. Orestes es un refinado asesino a sueldo de Nueva Orleans al que la policía le pisa los talones continuamente, pero que siempre les burla y se zafa de ellos astutamente; un *gentleman* de la muerte: yonqui, racista, mujeriego, homófobo... y con un montón de "virtudes" por el estilo.

Hoy hace un frío espantoso de pleno diciembre; Collins sufre un dolor insoportable. Se inyecta una dosis muy potente de morfina en el muslo izquierdo de su pierna sana; necesita descansar de esa tortura. Tiene una mirada de nostalgia, como si en lo más profundo y recóndito de sus ojos albergara un sueño lejano, de hogar, de familia, de amor, de calma. Se echa en el enorme sofá negro de piel, recubierto con pieles naturales de cebra. Pone su cabeza y su pierna tullida sobre unos enormes cojines enfundados en una tela de satén rojo magenta, rematados en los bordes con un adorno de cenefa con sus iniciales bordadas. De fondo se oye una de sus músicas preferidas: La Sinfonía N° 8 de Mahler... El apoteósico final de esta obra lo eleva a una sensación de muerte plácida y plena, entrando en una redención del alma exenta de dolor o miedo.

James se queda dormido. Comienza a hablar solo, en voz alta. Parece que delira: “¡Chico... ven, quiero verte! Te busco desesperadamente... pero no te encuentro, no te veo, quiero que me hables, quiero que me digas: ¿dónde te quedaste?, ¿dónde estás ahora? Chico bondadoso y amigable... ¿acaso aún corres dándote patadas en el trasero huyendo del hijo de puta de tu padre? Sé que te doblegó y te hizo tomar elecciones equivocadas. Te recuerdo siempre contento, lleno de buenas virtudes y valores; el que siempre tendía su mano, aquel muchacho que creía en la igualdad de todos los seres humanos; en la lucha por la justicia y la paz en el mundo...

Se despierta sobresaltado y muy dolorido; cada vez necesita dosis más altas de droga. Se levanta con mucha dificultad, ayudado de su bastón de ébano y empuñadura de bola de nieve con un trineo de navidad dentro. (Collins nació a las 00:15 de la madrugada del 24 al 25 de diciembre, pronto será su cumpleaños. Su hija le regaló

este bastón cuando hizo los cincuenta.) Lo acaricia con ternura, agita la pompa de *fantasía* para que se muevan los blanquísimos copos mágicos, tiene la sensación de que así cobra vida y que el trineo, que va cargado de regalos, acelera sus pasos hacia algún árbol de Navidad de algún entrañable hogar. Recuerda con mucha nostalgia aquella cena familiar con doble celebración. Se sirve un whisky y lo toma con pastillas. Se vuelve a dormir. Al rato se escucha una voz muy potente y segura, con un tono perturbador, maligno, se parece mucho a la de Collins, pero no es la de Collins.

—Será tu mejor obra. La chimenea nunca se enciende, es el lugar perfecto. Socavarás un profundo agujero, un espacio suficiente para tres personas, quizá cuatro; harás un conducto de aire. La primera en ocupar el zulo será Elisabetta. Hazla venir. Muéstrale preocupación por su amante; sabes que haría lo que fuera por él, no te será difícil convencerla para que acuda. Se supone que durante un mes estará en Londres de gira con su nueva obra. Para cuando Andrew se dé cuenta de que algo ocurre con ella, ya habrá pasado todo. Quiero que imagines que ya la tienes delante, que la reduces con una fuerte dosis de drogas y la introduces en el habitáculo. Que le suministras agua y poca comida hasta el límite de sus fuerzas. Y así la tienes narcotizada hasta el gran día. Llegado el momento hará todo lo que le digas para salvar el pellejo. Cuando os reunáis, deja que Andrew y Justin sean los primeros en escenificar su relato; aparenta interés, es importante para crear una atmósfera de confianza. Dales de beber y tú finge que bebes: brindad, brindad, brindad... brinda con ellos hasta que muestren signos de embriaguez... Cuando sea tu turno, necesito que estés sereno. Da con tu bastón tantos toques como sean necesarios encima del hoyo para

despertar a esa zorra, y prepárate para cualquier reacción de tus infelices invitados. A continuación, ya sabes lo que tienes que hacer. Además, yo estaré a tu lado susurrándote al oído, llevaré encima la pistola. Hemos estado toda la noche repasando las instrucciones, ¿te acuerdas?

— ¡No podré, no podré, Orestes! ¡Haré todo lo que me pidas! ¡Pero eso no, por favor, por favor! ¡Pídeme otra cosa! ¡Hagamos otra cosa! ¡No puedo hacerles daño a mis amigos, ni siquiera a Elisabetta! — articula con mucha dificultad la voz desdibujada de Collins.

— ¡Estúpido cobarde, engreído!, ¿de repente te ha entrado un ataque de flojera y bondad?

— Primero me creaste para ser un criminal sin escrúpulos, luego me nombraste en acto de vasallaje como tu alter ego; me dabas órdenes exigiéndome que hiciera lo que tú no te atrevías. ¡Soy tu obra, James Collins!, ¡un puto asesino drogadicto, al que has vuelto loco! ¿Y ahora, quieres que olvide mi naturaleza? ¡He matado a cientos de hombres!, ¿acaso me preguntaste si quería hacerlo?, ¿si quería ser esa clase de personaje? ¡No me diste opción! ¡Es hora de que recibas tu propio boomerang! ¿Quieres que te recuerde lo ocurrido en la guerra? ¡Ahora me toca a mí divertirme! ¡Además... je,je,je... este relato gore me viene al pelo, cojo de mierda!

¡Estoy horrorizada! Sólo soy un pobre espíritu perpetuado en este cuadro. ¡Sólo eso! He vivido y soportado de todo; pero nada comparable con algo tan espantoso. Veo la silueta de Collins, cianótica y más desfigurada. En cambio, Orestes ha cobrado una inquietante forma corpórea. Es como Collins, pero no es Collins. Cuando yo pensaba que el ‘cojo picassiano’ hablaba solo es porque ni se adivinaba la sombra de Orestes y pensaba que desvariaba por el efecto de las drogas. Hasta que comenzó a ser un

esbozo de líneas irregulares; después, una neblina fría y angosta, etérea, que fluctuaba al lado de James. Ahora, ya es un horrible monstruo hecho realidad con una fuerza sobrehumana.

Han pasado casi dos semanas, sigo aquí suspendida en el mismo lugar. Tengo miedo. Elisabetta está seminconsciente debajo de mí, en el boquete-tumba. A veces llora desesperadamente pidiendo auxilio; entonces Collins baja y la vuelve a sedar. Mañana es el día acordado.

La mujer lanza gemidos casi imperceptibles, sollozos entrecortados. Collins está tumbado en el sofá, no puede moverse por la “cojera” y por el aturdimiento que le produce la morfina. Se está difuminando, desaparece por momentos. ¡Orestes se superpone sobre el cuerpo de James! ¡Orestes es como Collins, pero no es Collins! *OrestesCollins* baja al zulo.

Hoy es el día del encuentro de los tres amigos:

—Pasad, pasad. Estoy impaciente por ver vuestra creación. Seguro que estará a la altura.

OrestesCollins cerca a los invitados como lo haría un animal cuando marca el dominio de su territorio: su mirada son dos puntas de sílex a los ojos de los hombres, las aletas de su nariz se dilatan, y sin disimulo lleva su olfato a sus nucas; huele su desazón y su incipiente miedo; mientras, les va hablando y acaricia la mejilla de Andrew.

—Hola Andrew, que guapo estás hoy con ese pelo engominado hacia atrás. Te veo más *hetero* que nunca, querido... Muy interesante.

—¿Y tú, Justin, has bajado de las nubes, has aparcado tus viajes mochileros a la caza de pintadas subversivas?... Esta noche te quiero lúcido y concentrado. Lo vamos a pasar de “miedo” —dice *OrestesCollins*, con pose y sonrisa félida.

Los amigos venían tan ilusionados, hasta habían traído el bastón, pues la noche era propicia y perfecta para hacerle un regalo tan especial. Ambos se miran perplejos, James no utiliza esa clase de sarcasmo con ellos.

Mientras el inquietante *OrestesCollins* les habla y prepara las bebidas, Justin le dice a Andrew en voz baja: “¿Qué está pasando aquí?, Collins no es Collins! ¡Está irreconocible! ¿Has visto cómo se dirige a nosotros?... ¡Es extraño, no lleva bastón y, no cojea!... ¡Éste no es nuestro James!”

De repente, se oye un sonido distorsionado, espectral, que parece venir de las mismísimas entrañas del infierno, desde los márgenes de otra realidad.

Justin y Andrew se quedan paralizados, sienten un escalofrío terrible, funesto, estremecedor... reconocen ese lamento.

Todas las instrucciones de Orestes a Collins se desvanecen entre sombras ocultas. *OrestesCollins* está al mando.

LA PERCEPCIÓN DEL PERCEBE

POR PERCEBAL PÉREZ

CRISTINA FERNÁNDEZ PICAZO



PRESENTACIÓN

No recuerdo el nombre de aquella maestra que me felicitó por una redacción que presenté en el colegio. “Escribes muy bien”, me dijo. En ocasiones, un comentario sin demasiada importancia influye decisivamente en los derroteros que uno toma en la vida. A mí me ocurrió. Digamos que yo era una niña que no destacaba especialmente en nada, a excepción de en una cierta facilidad para el dibujo. Mi otra afición era la lectura. Todavía recuerdo con emoción aquellos libros en los que me adentraba para vivir todo tipo de aventuras en compañía de corsarios, mosqueteros o exploradores. También me acuerdo de cómo mi hermana y yo, en cuanto cogíamos la paga de la semana, nos íbamos pitando a comprar un libro de bolsillo de la colección de Agatha Christie. ¡Los teníamos todos!

Aquella maestra cuyo nombre no recuerdo —qué pena— me hizo sentir que ¡era buena en algo! Qué importante el trabajo que realizan nuestros maestros. Más tarde, elegí estudiar una carrera que tuviera que ver con la escritura. Pues sí, estudié Periodismo ¡Qué sorpresa! Cuando cogí el autobús para Madrid, mi padre me preguntó: “¿Estás segura? No te he visto nunca con un periódico en las manos”. Era verdad. Pero todo se aprende. Y escribir se convirtió en una profesión.

La verdad es que me lo he pasado bastante bien siendo periodista, aunque nunca me he sentido del todo identificada con este nombre. Pero sí cómoda, porque creo que es un buen oficio para alguien con un poco de curiosidad, con algo de disposición para el asombro y con una cierta

tendencia a la contemplación. A veces tengo la sensación de que la vida pasa ante nuestros ojos como si fuera una película y nosotros, los espectadores, tuviéramos la capacidad de reír, llorar, emocionarnos... pero no pudiéramos cambiar las escenas que ya han sido rodadas, montadas y están siendo proyectadas (hasta el mejor director puede tener una mala cinta en su filmografía).

Esa es también la percepción de la vida de Perceval Pérez, el protagonista de este relato, quien decide observar a quienes lo rodean y compararlos con los percebes, unos bichejos marinos de lo más interesantes, vaya por delante. Además, he aprovechado la importancia de este crustáceo en la vida de Perceval para introducir algunos personajes inspirados en '13, rue Percebe' de los tebeos que tanto me gustaban de pequeña. En fin, un poco disparate. Pero he disfrutado escribiéndolo y espero que eso se note.

Respecto a mis gustos literarios, tengo que reconocer que he sido una lectora anárquica y con poco criterio. Leía casi todo lo que caía en mis manos. Por eso, a lo mejor mis gustos no son muy coherentes. ¿Un escritor? Diría, a lo mejor, que Oscar Wilde. ¿Un libro? Puede que 'A sangre fría', pero muy cerca de 'Matar a un ruiseñor' (tan próximos y diferentes como lo fueron sus autores). ¿Un movimiento literario? Quizás, el realismo mágico, pero también el sucio. ¿Un tipo de novela? La negra (soy muy fan de Dennis Lehane). ¿Un libro para tener en la mesilla? 'Alicia en el país de las maravillas'. ¿Una lectura pendiente? ¡Tantas!... Por eso, he agradecido mucho las recomendaciones de Juan Cano, nuestro profesor/guía/coaching de este curso.

Aprovecho esta introducción/semblanza que nos han pedido para agradecerle a Juan Cano, precisamente, que haya compartido con nosotros su sabiduría y nos haya

transmitido su pasión por la literatura. A la Fundación Trinitario Casanova, por organizar el curso y llevar a cabo esta publicación. Y a todos los compañeros, porque ha sido muy enriquecedor compartir esta experiencia con ellos. ¡Gracias!

LA PERCEPCIÓN DEL PERCEBE,

por Perceval Pérez

I

¡Un lector! Qué alegría me proporciona usted. Confío en que detrás de su anonimato no se oculten mi madre o mi hermana, ya que no me hablo con ellas desde la misteriosa muerte de la tía Trini y el escandaloso reparto de su herencia, hechos que le relataré más adelante para escarnio de esas arpías. Pero vayamos por partes.

Si usted está leyendo estas líneas es que sin duda ha oído hablar, seguramente mal, de mi célebre tratado ‘La percepción del percebe’, por Perceval Pérez. Tristemente famoso, he de confesar. Porque fueron tantas las críticas negativas que coseché en los círculos literarios, las crueles descalificaciones en el ámbito científico y los despiadados insultos en las redes sociales, que mi humilde estudio terminó por convertirse en un fenómeno editorial. Todos querían un ejemplar del que quizá fuera el peor libro publicado en décadas.

Por ello, desde mi privilegiada situación de escritor de éxito y sin dignidad alguna que defender, puedo reconocer sin tapujos que ‘La percepción del percebe’ es el excremento al que algunos aludían de una forma más soez. Ahora bien, los acontecimientos que rodearon su escritura y, en definitiva, mi singular existencia, me han animado a escribir este humilde relato. Confío en su paciencia y, aunque la vida no me ha dado motivos para ello, también en su benevolencia.

Comenzaré confesándole la sensación de extranjería que siempre me ha acompañado desde que abrí los ojos en este mundo, como si el orden cósmico hubiera sufrido un cortocircuito en el momento de mi nacimiento y me hubiera sido asignado un útero materno equivocado. El inhóspito útero de doña Rita Pérez, para más señas. A menudo me pregunto cómo le irá a esa otra persona que está viviendo mi vida, la que realmente me hubiera correspondido en un universo sin equívocos. Porque no cabe duda que lo mío fue un error. Es lo que debió pensar mi madre cuando le dieron la enhorabuena por haber tenido un hijo varón. ¿Es posible que recuerde la cara de asco, hasta de espanto, con la que me miró por primera vez? ¿No? Pues yo le digo a usted que sí. Que mi cerebro ha guardado esa imagen nítida donde almacena todo aquello que conviene recordar de vez en cuando, a modo de advertencia.

Mi madre. ¡Ay, mi madre! Su pequeña figura, delgada y oscura, me acechaba constantemente desde su silla de ruedas, como si fuera a saltar sobre mí de un momento a otro. En la penumbra, sus ojos brillaban con un destello inhumano, como el de una fiera en su guarida, mientras sus manos huesudas retorcían con nerviosismo un pañuelo que, ante mis ojos, se transformaba en el pescuezo de algún animalillo indefenso. Cuando de niño tenía pesadillas, no podía llamar a mi madre, porque era ella quien me las provocaba. ¿Cómo sería antes de ser lo que era? Sé que hubo un tiempo en el que “anduvo y hasta bailuvo”, como bromeaba la tía Trini, quien antes de palmarla regentó una protectora de animales, ilegal a la par que insalubre, en el piso de arriba.

—Rita era una muchacha guapetona y alegre, pero cambió cuando conoció a tu padre, el inglés. ¡Qué hombre! —suspiraba la tía— Arthur era tan buen mozo, tan

gentleman, tan fino, tan *polite*, como ellos dicen, que tu madre pensaba que todas estábamos loquitas por él. Vivía consumida por los celos. Después de nacer tú y tu..., bueno, lo que viene a ser a efectos prácticos tu hermana, ella ya no fue nunca más la misma. Todos los días montaba un numerito, rompía varios platos de la vajilla que le había enviado su suegra desde Inglaterra y le dirigía al inglés una retahíla de insultos, que yo no sé de dónde los sacaba ¡Qué boca! ¡Qué repertorio! ¡Cuántos sinónimos para referirse a una misma cosa! Menos mal, que el pobre Arthur no entendía de la misa la media.

— Tu padre desapareció un buen día. Sin dar cuentas a nadie — en este punto, la tía se afligía y hasta dejaba escapar alguna lagrimilla — . Aquel día tu madre se volvió loca perdida. Para mí, que ayudó el que se bebiese una botella entera de vino de Jerez que guardaba el inglés para una ocasión especial. ¡Y vaya si lo fue! Tiró lo poco que quedaba de la vajilla por el balcón y con medio cuerpo fuera gritó: “Piratas ingleses, devolvednos el peñón. ¡Gibraltar, español!”. Con tanto sentimiento patrio y tan mala suerte que la barandilla cedió y se estampó contra el suelo. Menos mal que era un primer piso y que el toldo de la tienda del Sisebuto amortiguó la caída, que si no, se nos mata.

Y así, poco a poco, fui descubriendo que mi madre odiaba a todos los hombres en general, pero a mí en particular, como una extensión natural de su aversión hacia mi padre. ¡Ah, mi padre! Él tuvo la valentía y la audacia suficiente para huir a tiempo. Y la tenacidad para no volver a dar señales de vida. Todo ello denotaba un carácter, sin duda, decidido que yo en ocasiones, muy pocas, he vislumbrado en mí mismo. Aquel hombre, al que recuerdo alto y delgado, elegante, de pelo zanahorio y piel lechosa, y con una expresión de permanente asombro, ha sido mi

única referencia en la vida, mi único ejemplo a seguir. Por eso, cuando mi madre me dice con desprecio desde su silla de ruedas que soy “igualito que el maldito inglés”, yo me siento halagado.

Para ponerle en antecedentes, le contaré, además, que mi padre era originario del condado de Gloucestershire, donde según algunos estudios podría haber estado ubicado el legendario reino de Camelot. Y motivo por el cual, tuvo la ocurrencia de llamarme como uno los caballeros de las historias que me contaba cuando yo era muy pequeño. Decidió que yo fuera una versión, así como a lo *espanglish*, del legendario Perceval. También conocido con el nombre de Persefal. Pero no, ¡tuvo que ser Perceval! De esta forma, se aseguró de que yo nunca olvidara quién era, aunque fuera por equivocación. Ese fue, junto a su pelo zanahorio, el gran legado que me dejó. Y mi particular cruzada.

Porque, ¿qué sabían los demás niños de leyendas artúricas, textos medievales o tradiciones celtas? La respuesta, como se imaginará, es nada. Y como consecuencia de la pueril ignorancia de mis condiscípulos me convertí en “el Percebe” de la clase, Percebe Pérez, el receptor inequívoco de collejas y burlas, que yo recibía con la superioridad y el estoicismo que me confería saberme heredero del espíritu de aquellos que un día partieron en busca del Santo Grial.

—Eh, Percebe, ¿tú qué eres, un molusco o un crustáceo? —me preguntó un buen día Andresito Alcalá, el espalda plateada de mi clase de sexto de Primaria, en un acceso de curiosidad intelectual del que él mismo se sorprendió. Para disimular, no fuera que le tomaran por un empollón, me colocó una papelera en la cabeza a modo de capuchón y empezó a gritar como poseído: “¡He pescao un percebe! ¡He pescao un percebe muy feo y colorao”!

Sin saberlo, el bruto de Andresito abrió en mi mente la puerta de la curiosidad sobre cuestiones relacionadas con la condición y naturaleza tanto humana como del percebe. Fue entonces, con doce años, cuando distinguí claramente el paralelismo entre hombre y crustáceo. Porque el percebe, como seguramente sabe, es un crustáceo, de una infraclass, no se lo voy a discutir, pero crustáceo, al fin y al cabo.

Aquel día llegué a mi casa eufórico, pues sentía que el Cosmos se había redimido haciéndome partícipe de una revelación. Después de consultar el Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano y memorizar algunos datos, busqué a mi madre para hacerle partícipe de mis descubrimientos.

—La próxima vez que te comas un percebe —le comuniqué— piensa que no sólo estás degustando un crustáceo capaz de trasladar a tu paladar todo el sabor del mar concentrado en solo un bocado, lo que ya constituye en sí mismo un pequeño milagro, sino que además es un ser extraordinario en el que nos podemos ver reflejados. Porque, ¿qué dirías tú que tienes en común con los percebes? ¿No dices nada? Bueno, tampoco me mires así, que ya te lo digo. Los percebes viven inmóviles y adheridos a las rocas toda su vida adulta. Como tú a la silla de ruedas. ¿Nunca lo habías pensado? —expliqué atropelladamente.

—Desde luego, hijo, hay que ser percebe para decir tantas tonterías juntas, percebe como lo era tu padre, ese maldito inglés- me contestó ella negando con la cabeza y poniendo la misma cara de asco que cuando nací. Vaya, que si me acuerdo.

—¿Y yo? ¿Tengo algo en común con los percebes? —escuché la voz burlona de mi hermana a mis espaldas.

Y aquí es cuando entra en escena y procedo a presentarle a mi adorable hermana Fifí. Cada vez que la susodicha aparecía ante mí, con sus volantes, lazos, tules y yo

qué sé qué más adornos y distracciones para la vista, me quedaba como pasmado durante unos minutos. El tiempo suficiente para que ella me diera un fuerte empujón y me llamara “atontao”. Y es que Fifi no fue siempre la niña más repipi del mundo mundial que era entonces. Cuando nació, mi madre gritó: “¡Otro hijo de la Gran Bretaña!”. Y, aunque yo era muy pequeño, recuerdo a aquel bebé llamado Manolito, que lloraba y lloraba sin que nadie le prestase demasiado caso. Entonces, mi padre desapareció. Y mi hermanito, también. Al menos eso pensé, porque su lugar fue ocupado, como por arte de magia, por una niña robusta a la que mi madre dedicaba carantoñas y vestía con cursilería.

Yo había aceptado aquel cambio de identidad de una forma natural hasta que un día leí, sin terminar de comprender, que “el percebe es un animal hermafrodita, con dos sistemas reproductores: el masculino y el femenino”. Me picó la curiosidad e inicié una minuciosa investigación basada en la observación de Fifi y sus costumbres. Así, descubrí que mi hermana se bebía a escondidas el jarabe de las lombrices con sabor a fresa; que un día se peleó a puñetazos con Vicentico, el hijo de Tomasa la portera, porque se negó a besarla; que se decoloraba la pelusa del bigote con agua oxigenada; que guardaba los cromos de la Selección Española, que previamente me había robado, en una caja rosa debajo de su cama; y que tenía la habilidad de mear de pie.

—Disculpa por el símil, pero ignoro si eres crustáceo o molusco —le expuse a la candorosa Fifi—. O acaso hermafrodita como el percebe. A mí eso me da igual. Pero como vuelvas a robarme un cromo de la Selección, le voy a decir al hijo de la portera que no se le ocurra besarte porque la boca te huele a jarabe de lombrices.

Después de propinarme un golpe en la boca del estómago que me dejó sin respiración, mi hermanita me respondió con voz grave y sin ningún resquicio de su habitual dulzura:

—Aquí el único percebe mamonazo eres tú, así que si abres esa bocaza tuya te voy a meter el jarabe de las lombrices por el mismísimo culo y luego diré que eres tan tontolhaba que creías que así te hacía más efecto.

Comprenderá usted que, con una familia como la mía, yo haya desarrollado algunas carencias afectivas que ahora no vienen al caso. También entenderá que siguiera estudiando lo que se esconde tras la engañosa percepción de hombres y crustáceos, si no en secreto, sí al menos en silencio.

II

Pasaron los años y me convertí en un hombre. Mi hermana Fifi, también. No me malinterprete, me refiero a que también se hizo mayor. Menuda pareja hacíamos. Imagínenos. Fifi me sacaba una cabeza, ¡sin tacones!, y su espalda era el doble que la mía. Por aquel entonces, llevaba el pelo rubio platino a lo Marilyn; no encontraba fácilmente prendas de su talla, por lo que la ropa le queda muy ajustada y repicorta; se pintaba de rojo intenso unas uñas que ya quisieran para sí los percebes; y hablaba muy bajito, como susurrando. Excepto cuando me insultaba, porque entonces empleaba una voz ronca y profunda. Yo seguía mirándola con sorpresa, con mi pelo zanahorio y con un ‘look’ intencionadamente inglés: ya sabe, traje de tres piezas, pajaritas algo excéntricas, bombín, paraguas aunque no lloviese, ... “Cómo me recuerdas a tu padre en feo y en delgaducho”, me decía suspirando la tía Trini, quien ha-

bía amasado una considerable fortuna con su protectora de animales.

Y es que resulta que, durante los últimos años, la tía estuvo enviando perros callejeros a Alemania, donde le pagaban un precio más que considerable por ejemplar, sobre todo, teniendo en cuenta que en algunos casos se trataba de cruces de razas cuyo resultado era difícilmente imaginable a priori. No obstante, me va a permitir que no ahonde sobre este negocio, porque yo tampoco lo he comprendido nunca. El caso es que la salud, la mala, obligó a la tía Trini a cerrar la protectora. Encamada como estaba, era atendida por dos enfermeras que se encargaban de cambiarle la sonda por la que se alimentaba. Yo, cada vez que la veía conectada a los tubos, no podía evitar pensar en que los percebes se alimentan por filtración y me resultaba, por deformación de pensamiento, una acción similar. Pero ella me sacaba de mis cavilaciones pseudocientíficas para hacerme partícipe de sus confidencias.

—He llamado a mi abogado para hacer testamento, Perceval, porque quiero que todo lo que tengo sea para ti. Tú serás mi heredero cósmico. ¡Te pareces tanto al pobre Arthur! No quiero que las dos brujas de abajo toquen nada de lo mío. *Fuck them*. Prométemelo, *darling*.

Y yo se lo prometía claro, aún a sabiendas de que no estaba tan mal y de que mi madre preguntaba todos los días por la salud de la tía Trini con el único interés de que pronto se hiciera realidad aquello de que el muerto al hoyo y el vivo al bollo. “Está en las últimas”, le mentía yo y ella me contestaba: “Me quedo más tranquila”.

Pero mientras no llegase la esperada herencia, mi madre se veía obligada a seguir recibiendo huéspedes en nuestra casa, que ya era conocida como la Pensión Rita. No siempre suponía un sacrificio, especialmente para Fifi,

que encontraba así, fácilmente, de quien enamorarse locamente y desenamorarse dramáticamente varias veces al año. Todos sus amores iban y venían, como las mareas que oxigenan a mis queridos percebes y que son tan necesarias en la vida para no caer en la rutina y el aburrimiento.

Sólo uno se quedó. Y ese fue Fausto, monitor de gimnasio, al que mi madre hacía una rebaja a cambio de que entrenase a la niña para que se le afinase la cintura y se le estrechase la espalda. Fifi esperaba sus clases toda fitness, dispuesta a disfrutar del espectáculo, que siempre estaba garantizado. Porque si Fausto llevaba mallas ajustadas, no es que marcase paquete, es que dejaba entrever toda una oficina de correos. Si por el contrario, vestía pantalones cortos pero holgados, sólo había que esperar el ejercicio adecuado para que asomasen entre sus piernas unos atributos que si bien no eran como los del percebe, sí estaban muy por encima de la media de sus congéneres.

Porque el percebe, oiga usted, es también un ser excepcional desde el punto de vista sexual, ya que ostenta el honor de tener el pene más largo en relación con su propio cuerpo de todo el reino animal. Tanto es así que, si esa proporción se aplicase a los humanos, los varones tendríamos que ir cargados con un pene de 2.70 metros. ¿Se imagina usted? A mí me da la risa cuando lo hago. Por otro lado, no es fácil mantener relaciones sexuales cuando uno está anclado a una roca, pero seguramente el Fausto de los percebes podría fecundar con su extraordinario miembro a otros percebes que estuvieran cerca. Y si me apura, sería capaz hasta de autofecundarse. Pero los Faustos de cualquier especie son una excepción, por lo que los percebes del montón, como sería mi caso, expulsan el esperma al agua y dejan que las corrientes marinas hagan el resto.

Y teniendo a un Fausto cerca -fecundando, autofecundando o expulsando semen a diestra y siniestra- ¿quién iba a hacer caso del insignificante Perceval? Hasta mi madre se vio atrapada por sus encantos, que en mi opinión era uno solo, y hacía lo posible para agraderle. Dejó de vestir de negro, se maquillaba y sonreía de una forma extraña, por la falta de costumbre seguramente. Yo escuchaba el chirriar de las ruedas de su silla en el pasillo a media noche, pero no me atrevía a salir de mi habitación porque me imaginaba sus ojos como brasas encendidas en la oscuridad. Por la mañana, madre e hija se miraban con desconfianza. La primera, despeinada y con una medio sonrisa, y la segunda, ya vestida a lo Jane Fonda para recibir su clase.

En esas estábamos, cuando la tía Trini estiró la pata. Me dio pena, no me juzgue mal, pobrecilla y todo eso, pero por otra parte no dejaba de pensar que si yo era su único heredero, el universal que no cósmico como decía la difunta, podría por fin poner viento en polvorosa, como hizo mi padre. Incluso, me planteé viajar al condado de Gloucestershire para intimar con la rama de mi familia paterna que pudiera habitar en aquella legendaria tierra. Me sentía más unido a ellos sin conocerlos que a las dos arpías en celo con las que convivía. Pero cuál fue mi sorpresa cuando no se halló testamento alguno en el que la tía expresara su última voluntad. De hecho, el día después de su repentino fallecimiento se presentó el abogado que había llamado para redactar el documento. Todo en esta vida prestada me llegaba tarde o mal. Mi madre era, por lo tanto, la heredera de la tía Trini, única e, incluso, cósmica. Tanta casualidad me dejó con la mosca detrás de la oreja.

A la tía Trini le hubiera gustado su entierro. Estuvo muy concurrido y muy animado. Se dijeron las típicas frases de

todo funeral que se precie, como aquella de “hemos venido a esta vida a sufrir”, “se ha muerto, así como de repente”, “se nos van los mejores” o “se está muriendo gente que nunca se había muerto antes”. Además de mi madre, que no podía disimular su euforia, de Fifi en su faceta más ñoña y del portentoso Fausto, andaban por allí Tomasa la portera y su hijo Vicentico, el abogado de la tía, amigos animalistas de la difunta, algunos ingleses y varios alemanes.

Ya de regreso a casa, mi madre abrió una botella de vino de Jerez. Yo cerré el balcón por si acaso. El alcohol le soltó la lengua y comenzó a despotricar contra la tía, hecho que a mí me incomodó bastante porque la pobrecilla estaba, como quien dice, aún caliente.

—Qué puta eras, Trini, hija mía. Robamaridos, calientapollas, mala pécora... ¿No querías tanto a Arthur? Pues, hala, corre a reunirte con él. Os he dado a los dos vuestro merecido. Y, además, ¿quién se acuerda ya del maldito inglés? Este sí que es un hombre —decía mirando con lujuria al monitor de gimnasio—. Tú sí que sabes lo que necesita una mujer, Fausto mío. Te daré lo que acordamos por ayudarme y todo lo que tú quieras, a cambio de que sigas haciéndome así de feliz.

—Pero, ¡qué cosas dices, mamá! Una cosa es que Fausto te ayudase con lo de la tía y otra que te lo beneficies. No me puedes hacer esto. ¿No ves que estamos enamorados? Te puedes quedar con mi parte, pero deja a Fausto para mí —protestó Fifi.

—Tranquilas, mis niñas, que aquí hay Fausto de sobra para las dos —las animó el aludido—. Sois mis campeonas, sois mis guerreras. ¡Arriba, equipo! Vamos a conseguirlo, es nuestro reto. ¡A darlo todo, chicas!

Yo miraba alternativamente a las arpías y al portento, como si estuviera en una obra de teatro, relacionando

hechos, sacando conclusiones y alucinando en colores. Hasta estuve a punto de aplaudir con la arenga de Fausto, aunque mi madre y Fifi no parecían muy dispuestas a compartir aquel prodigio de la naturaleza. No obstante, a este vodevil todavía le faltaba una escena final. Alguien llamó al timbre de la puerta y corrí a abrir con la esperanza de que la Policía Nacional hubiera encontrado una huella dactilar de Fausto en la almohada de la tía Trini y viniera con una orden de detención contra él y contra sus dos compinches. Pero no, era Vicentico, el hijo de la portera, que irrumpió en casa llamando a Fifi a gritos.

— ¿Dónde estás, diosa del amor? No te escondas de mí. Durante años, te he amado en secreto. Desde que me diste aquel puñetazo en las costillas no te he podido olvidar. Y hoy, cuando te he visto en el funeral de tu tía, con esa cinturita de avispa que se te ha quedado, el corazón se me ha desbocado como un corcel al galope. Vamos, que me he empalmado. Belleza supina, deja que te dé ese beso que por vergüenza e inexperiencia te negué hace años.

Vicentico se puso de puntillas y besó castamente a Fifi, que inmediatamente lo atrajo con ímpetu hacia ella, introduciéndole la lengua hasta la garganta mientras le abrazaba y manoseaba como si no hubiera un mañana.

— Que le den por culo a Fausto — exclamó Fifi sin aliento—. Vamos, Vicente, que aquí estamos de más. Y, ojito, que ya sabes cómo me las gasto cuando me enfado — bromeó mientras empujaba al incauto hacia su habitación.

De nuevo, tuve ganas de aplaudir aquella magnífica representación a la que estaba asistiendo como único espectador, constituyendo en mí mismo un público escaso pero completamente entregado, se lo puedo asegurar. Preferí, no obstante, retirarme sigilosamente para culmi-

nar mi tratado sobre 'La percepción del percebe'. Desde mi cuarto podía oír los gritos de Fifi, amortiguados por la música de reguetón que sonaba en el salón, donde Fausto bailaba con mi madre, haciendo girar su silla de ruedas.

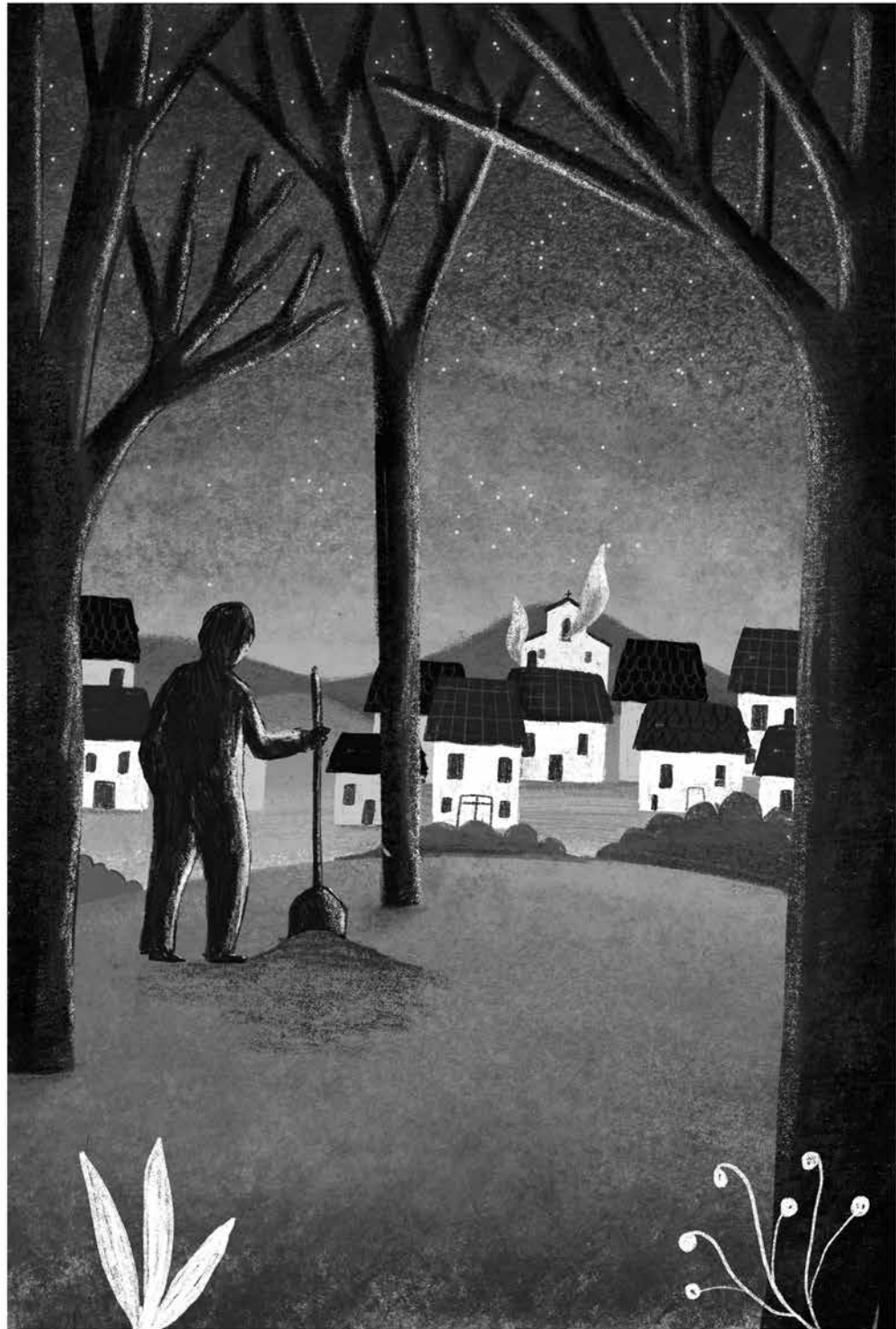
Pensará usted que tuvieron un final feliz, pero yo estoy convencido de que no fue así, no por mucho tiempo al menos. A ellas les gustaba más el romper de las olas que el mar en calma.

Aquella misma noche terminé mi tratado. Metí algunos recuerdos en una vieja bolsa de viaje, entre ellos un arrugado mapa del condado de Gloucestershire, y abandoné aquella casa donde nadie me echaría de menos, si es que alguien se percataba de mi ausencia. Desde la calle, miré por última vez hacia balcón por donde mi madre se había caído hacía treinta años. Recordé la última conclusión que había plasmado en mi estudio, la misma con la que voy a finalizar este relato y despedirme de usted, no sin antes manifestarle mi agradecimiento:

“He constatado aquello que tanto me temía y que podría parecer desde un punto de vista científico imposible: algunas personas, como los percebes, carecen de corazón”.

AVATARES

AMADOR CUADRADO



PRESENTACIÓN

El relato que sigue a esta presentación es la representación de una historia real. Ha sido la Fundación Trinitario Casanova la que, por medio del buen hacer del coordinador del curso de escritores, Cano Conesa, ha ayudado y, en parte, ha contribuido un tanto a poner negro sobre blanco dicha historia.

Se trata de los AVATARES de una familia que, como tantas otras, vivieron y experimentaron en sus propias vidas los terribles sucesos de nuestra cruel guerra civil y su posguerra.

Aunque el relato termina en la Navidad de 1944, valga este breve relato como epílogo de la historia de esta familia.

Transcurridos dos años de los hechos relatados, la familia emigró a Cataluña en busca de mejores oportunidades y mejor calidad de vida. Con el transcurrir de los años, cada hijo formó su propia familia, adaptándose a nuevas formas y costumbres de vida, sin perder la esencia de sus raíces andaluzas.

De este modo accedieron a una buena educación que, con el paso del tiempo, permitió a algunos de sus miembros fundar nuevas empresas. La familia aumentó con sus respectivas adhesiones de nuevos miembros y fruto de los diversos vínculos conyugales, nacieron diecisiete hijos que hicieron las delicias de los abuelos. Ese clima de paz y concordia alegre se manifestaba, especialmente, en las numerosas reuniones familiares que se llevaban a cabo y, especialmente, en las fiestas navideñas, donde se llegaban a reunir en torno a Baldomero y Doña Consuelo —ese era el nombre de los venerables abuelos— más de cuarenta personas, una de las cuales, tenía un doble acontecimiento que celebrar: la Navidad y el cumpleaños. Y hablando de cumpleaños, nos estamos refiriendo a la celebración del aniversario de aquel niño que nació en la madrugada del veinticuatro al veinticinco de diciembre, y que no es otro que el autor de este relato.

AVATARES

Las llamas de la Iglesia de aquel pequeño pueblo de la Campiña Sur cordobesa, con sus calles oscuras y solitarias, daban un aspecto dantesco al lugar en los últimos días del mes de julio de 1936. Las puertas de las casas permanecían cerradas, atrancadas, y todos los moradores refugiados en su interior. Solo un hombre, transitando con dificultad por los tejados y con la imagen de un Cristo a sus espaldas, trataba de ponerlo a salvo con improvisadas energías de un pavoroso incendio.

Era el alcalde del lugar, que, aunque se declaraba no creyente, intentaba salvar de la quema aquella imagen articulada del Cristo, propiedad de la familia de su esposa desde hacía más de cien años y que se sacaba en procesión en las distintas celebraciones religiosas de la localidad.

Jamás llegó a imaginar las consecuencias que aquella acción tendría en su vida durante toda la sangrienta guerra civil y la posguerra que asoló España.

Puesta a salvo la talla del Nazareno que enterró en el monte protegiéndolo con unas lonas, comunicó a la familia de su esposa el lugar exacto donde lo enterró. Llegó a su domicilio, se aseó, y a las diez de la mañana se dirigió al ayuntamiento donde se había convocado un Pleno Extraordinario, a fin de evaluar la situación creada tras

el incendio de la iglesia. Fue una reunión tensa y exaltada donde los unos responsabilizaban a los otros de lo sucedido en la anterior noche. Nadie sabía nada de la talla del Cristo o, al menos, no se hizo mención alguna a lo que pudo haber ocurrido con ella. Los integrantes de la C.N.T., que estaban en minoría, acusaron al resto de concejales del PSOE que, junto con el alcalde, adscrito a la U.G.T., conformaban la mayoría absoluta del Consistorio. Estos fueron acusados de blandos y traidores, y el pleno acabó entre insultos y gritos.

Días después, y una vez se limpiaron los restos del incendio, al no encontrarse rastro del Cristo entre los escombros del interior de la iglesia, empezaron a circular diversas suposiciones y conjeturas sobre la misteriosa desaparición de la imagen. Conforme iban aumentando las versiones, los indicios fantaseados y los presentimientos interesados, el misterio iba agigantándose.

Mientras las tropas franquistas proseguían su avance con ímpetu (corría el mes de noviembre de 1936), el Gobierno de la República, presidido por Manuel Azaña, se trasladó a Valencia. Por entonces, el Comité Comarcal Republicano decidió que Baldomero, el alcalde que evitó la quema del Cristo, se dirigiese a la ciudad del Turia con su esposa y sus tres hijas. El viaje resultó largo, peligroso y lleno de dificultades por las circunstancias que suponían los inevitables avatares de la guerra. Finalmente llegaron a la localidad de Alcira y allí se instalaron. En dicha ciudad Baldomero montó una barbería, pues, como podrá deducir el lector, su oficio era el de barbero.

Transcurrían tiempos de relativa calma y tranquilidad, durante los cuales, Doña Consuelo dio a luz a su cuarta hija. Todo parecía indicar que la familia podría quedarse a vivir para siempre en aquella localidad valenciana,

pero a principios de febrero del 38, las circunstancias de la guerra cambiaron y el gobierno republicano se trasladó de nuevo, en esta ocasión de Valencia a Barcelona. Los bandos adversarios estaban enzarzados en feroces y sangrientas luchas, entre la que destacó la que denominaron “La Batalla de Teruel”. Participaban, por el bando republicano, unos 80.000 hombres, 100 tanques, 400 piezas de artillería, 120 cazas, 80 bombarderos y 100 aviones de ataque y reconocimiento. Por el bando de los sublevados concurrían 104.000 hombres, 500 piezas de artillería, 140 cazas, 100 bombarderos y 110 aviones de ataque y reconocimiento. Las bajas fueron numerosísimas, alcanzando cifras perturbadoras: unos 20.000 muertos y 14.000 prisioneros por el bando republicano, y, por el bando franquista, 17.000 muertos y 33.000 heridos.

Baldomero, que ya no ostentaba cargo político ni administrativo alguno y que nunca fue movilizado, decidió volver a su pueblo natal. Con la ayuda de los familiares de su esposa regresó con los suyos y decidió reabrir su antigua barbería, que estaba situada en una habitación que disponía de entrada por la calle. Transcurrieron varios meses de aparente tranquilidad, no exenta de murmuraciones y aprietos, coincidiendo con la instalación de una nueva barbería, esta propiedad de un excombatiente del bando sublevado que había sido herido de gravedad y licenciado. Los clientes empezaron a acudir a la nueva barbería, en parte por congraciarse con los que ya se vislumbraban vencedores, en parte por puras rencillas ideológicas hacia el ex alcalde y por sus ideas políticas.

Una mañana de noviembre, se personó la Guardia Civil en la barbería y se llevó detenido a Baldomero. En el juicio se le acusó del incendio de la iglesia, de ser “un rojo desafecto al régimen” y de la mayoría de las tropelías que

en aquellos días se habían cometido allí, condenándole a 20 años y un día de prisión. Fue trasladado a la Cárcel Provincial de Córdoba.

Hacia el mes de junio del 39, dos meses después del fin de la guerra, se le concedió la facultad del primer encuentro vis a vis, que, a partir de entonces, mantendría una periodicidad mensual. Fruto, pues, de esas concurrencias íntimas, Doña Consuelo quedaría embarazada.

Hacia el mes de agosto trasladaron a su esposo al Penal del Puerto de Santa María, desconociendo este que volvería a ser padre por quinta vez. Ella misma, su mujer, le comunicó la noticia cinco meses después, durante una de las escasas ocasiones en que tuvo ocasión de visitarlo.

Durante ese tiempo, Doña Consuelo se dedicó a coser para las señoras de buena posición y, durante la recogida de aceitunas, formó parte de los grupos de mujeres que iban detrás de las cuadrillas de aceituneros recogiendo las que quedaban esparcidas por entre los surcos de la tierra labrada. Estas aceitunas, sobrantes de la cosecha, eran cambiadas por un poco de aceite, pan y algo de embutido.

El día uno de abril de 1940, nació el único varón del matrimonio. Fue el primer niño que vino al mundo en la localidad, coincidiendo con el “Primer Año Triunfal”, que era la denominación con que el nuevo régimen designaba el aniversario de la victoria sobre el régimen republicano.

Al conocerse la noticia del nacimiento del niño, las Damas del Auxilio Social y la delegada de la Sección Femenina de la F.E.T. y de las J.O.N.S (léase Falange Tradicionalista y de las Juntas Obreras Nacional Sindicalistas.) acudieron presurosas a llevarle obsequios y le ofrecieron una canastilla para el bautizo en la que no faltaría detalle que permitiera cubrir las necesidades y cuidados del recién nacido. Propusieron que, dada la feliz coincidencia

de la fecha del nacimiento, el niño debería llamarse Victorino o Victoriano en honor del primer aniversario de la Victoria.

Dispusieron todo lo necesario para que Doña Consuelo, el bebé y una delegación de las Damas, viajasen al penal donde cumplía condena el padre, para que este conociese a su hijo y diese su aprobación al nombre por ellas elegido. Al llegar a dicho penal, y como medida de privilegio, permitieron que los padres tuviesen un encuentro a solas. Se abrazaron y lloraron emocionados por la alegría de poder verse después de tanto tiempo. Baldomero presentaba un aspecto limpio, pero mostraba un semblante demacrado, como consecuencia de las duras condiciones de la estancia en aquel horrible penal. No obstante, se sentía feliz y contento de poder ver y abrazar a su esposa y a su primer hijo varón. Doña Consuelo le contó la cantidad de regalos que le habían hecho y lo de la canastilla para el bautizo, pero no le mencionó lo referente al nombre que querían ponerle al niño. Transcurrió más de media hora cuando entraron las Damas y, después de darle los parabienes al padre, abordaron la cuestión del bautizo.

—Mira Baldomero, hemos pensado que dada la fecha en que nació el niño, el nombre más adecuado sería Victorino o Victoriano, el que más te guste. ¿Tú qué opinas?

Baldomero las miró fijamente. Su cara no denotaba sorpresa ni enfado ni siquiera malestar; era el suyo un rostro inexpresivo, imperturbable. Con una firmeza impropia de un hombre que vivía una dramática situación, respondió:

—Mi hijo se llamará... ¡se llama Baldomero, como su padre!

El viaje de vuelta fue tenso, las Damas no pararon de reprochar y difamar la actitud del preso. Doña Consuelo

permaneció quieta y en silencio, pero con una dignidad rotunda y definitiva. Las Damas arremetieron con más vehemencia en sus reprimendas y reconvenciones. Tan pronto llegaron al pueblo, comunicaron a la madre, con un tono de reprobación, que ya no habría canastilla, ni celebración ni nada de nada.

—Pasaremos a recoger todos los obsequios.

Doña Consuelo movió Roma con Santiago cuando sus hermanos le confesaron que fue su esposo quien evitó la quema del Cristo. Escribió muchas cartas, suplicó a todas las estancias, organizaciones y entidades que pudo y, por esas casualidades de la vida, a finales del año 1942, llegó a oídas del párroco del pueblo la historia del Cristo rescatado. Este habló con doña Consuelo y con sus hermanos y, una vez estuvo al corriente de toda la historia, escribió a José María Bulart Ferrándiz, capellán y confesor del general Franco durante más de treinta años. No recibió respuesta, pero el caso es que en otoño del 43 fueron puestos en libertad unos cuantos cautivos del penal, entre los que se encontraba Baldomero.

Al regresar a su localidad natal, después de cinco años en prisión, el ex alcalde no pudo reabrir su barbería al no obtener los preceptivos permisos municipales. El hombre tuvo que simultanear los trabajos de jornalero en el campo, piconero en el monte, dedicado a elaborar esa clase de carboncillo que se empleaba en los braseros para mitigar las bajas temperaturas del frío invierno cordobés, a la par que visitaba las casas de algunos lugareños que solicitaban sus servicios como barbero. Su esposa seguía dedicándose a la costura y Asunción, la hija mayor de la familia, que ya había cumplido los catorce años, se fue a servir a casa de uno de sus tíos maternos. Esa fue la única ayuda que Baldomero aceptó de su familia política, co-

necedor de que esta gozaba de excelente posición social y económica.

Así, con evidentes dificultades, pero sin grandes privaciones, la familia pudo subsistir en aquellos terribles años de la posguerra.

Doña Consuelo volvió a quedar embarazada a principios de abril del 44 y, en la madrugada del 24 al 25 de diciembre, dio a luz al benjamín de la familia de quien la hermana mayor y, en cierto modo, memoria histórica de la familia, hizo el siguiente relato: “A primeras horas de la tarde, nuestra madre comenzó con los dolores y contracciones. Vino la comadrona y empezó el ajetreo propio de un parto. Llegada la noche y acercándose la hora de la Misa del Gallo, “Mama Sensión” nuestra abuela materna, que, a pesar de las tenues protestas de papá había acudido a ayudar a su hija, nos arregló a todos y nos fuimos a la iglesia. Al regresar, nuestro hermanito acababa de nacer. Pasamos a la alcoba y mostrándonos al recién nacido, dijo la abuela:

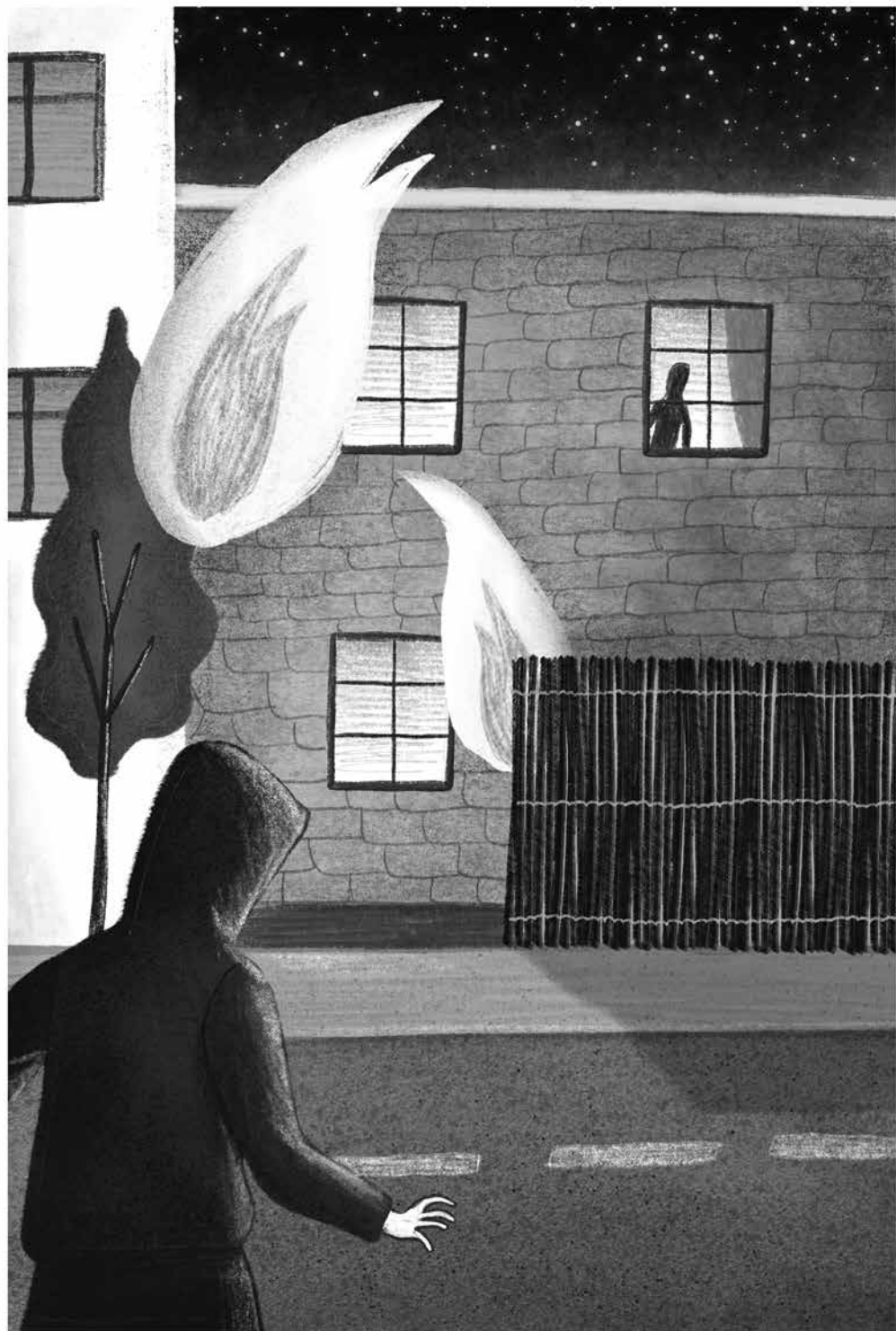
— ¡Mirad niños, mientras nosotros estábamos en Misa, aquí nos han dejado otro Niño Jesús!

— Abuela — exclamó Araceli, la pequeña nacida en Alcira —, el niño Jesús de la iglesia era rubito y muy guapo, y este tiene el pelo negro y es muy feo.

Las risas y la alegría reinaron en aquella alcoba por la ocurrencia de la niña y, lógicamente, por el nacimiento de aquel niño, que sería el último hijo de Baldomero y Doña Consuelo”.

CALOR DE OTOÑO

ELOY ESCUER



PRESENTACIÓN

Me piden mi semblanza y me asusto. Me asusto porque, si vergüenza me produce el simple hecho de escribir, imagínense qué me puede suponer la composición de unas pinceladas íntimas o esa especie de panegírico que, al cabo, viene a ser la semblanza personal o el autorretrato. Vergüenza, pues, es lo que siento.

Ya me gustaría a mí comenzar diciendo que “Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla, y un huerto claro...” Pero, ni soy Machado ni sevillano ni nada que se le parezca. Nací en Bullas un 4 de octubre, día de la conmemoración de Virgen de hace cerca de 65 años. Me crie sin padre, aunque no puede decirse que fuera huérfano. Me protegieron mi madre, los abuelos, las abuelas, los tíos: una tribu. Así, pues, más de veinte personas fueron mis referentes, gente inmejorable a la que tuve la oportunidad de admirar e imitar. Y ahora, en el tercio final de mi vida, escribo cuentos. Seguramente serán malos, pero los escribo y me gusta hacerlo.

Quisiera homenajear desde estas líneas a mi Pilarín y al maestro Juan. Sin ellos esta aventura hubiese sido un desastre. Ojo. No digo que sea una maravilla, pero al menos se deja leer.

En la dedicatoria debería citar a muchísimas personas, pero no lo haré, porque quiero ser justo y no olvidar a nadie. Sí quiero brindarle esta obra a mis nietas, tan cercanas y tan lejos físicamente. Las disfruto en la distancia desde hace solamente tres meses:

—Elena, Laura... os adoro. Perdón hijos míos, a vosotros también os quiero.

Termino, citando de nuevo a don Antonio: “Si bueno es vivir, todavía es mejor soñar, y, lo mejor de todo, despertar”.

CALOR DE OTOÑO

Debo enmarcar perfectamente en una historia creíble la serie de acontecimientos extraordinarios que he protagonizado en los últimos tres días. Son tantos los frentes abiertos, que tengo miedo de tirar por la borda lo maquinado hasta ahora. Todos los detalles debo cerrarlos convenientemente.

La muerte de don Juan. El incendio. La mudanza. El cuadro. El reencuentro con Ana.

Debo memorizar hasta el mínimo detalle. Mejor escribiré estas vivencias para no olvidar nada. De otra manera, no conseguiré mis dos propósitos: recordar, engañar. Sobre todo, engañar.

Los últimos tres días han sido frenéticos y estoy extenuado psíquicamente. Tengo que serenarme o alguien notará que estoy fingiendo. Ahora que ya ha pasado lo más duro y con la perspectiva que facilita el tiempo, valoraré cada detalle y decidiré qué hacer y sobre todo qué decir en lo sucesivo.

De momento he decidido venir a La Manga. Poca gente, casi nadie y mucha tranquilidad. Estoy sentado más de dos horas frente a un folio en blanco y no encuentro la palabra con la que comenzar a escribir. Sólo miro por la ventana y veo el mar. Está tranquilo, sin olas, azul casi gris. Cae una fina lluvia en este atardecer de otoño en el Mar Menor. A lo lejos un sol de fuego que se deja mirar

directamente y desaparece tiñendo de rojo el azul casi gris que veía hace tan solo unos minutos. No hace nada de frío.

Es muy duro tener tanto que trasladar al papel y no conseguí revolver nada de lo que llevo dentro. Por otro lado, sé que de no expulsar mis pensamientos me volveré loco. Llevo tres días sin dormir. Hasta que no comience a escribir algo no conseguiré dormir.

He decidido comenzar cronológicamente, con un matiz importante. Lo haré desde los acontecimientos más cercanos en el tiempo hasta el día que comenzó todo. Hace nada realmente.

EL REENCUENTRO CON ANA

Ayer vagaba atormentado y sin rumbo por el barrio de la Catedral y pasé por la calle donde vivía Ana hace cincuenta años. Realmente se llamaba Ana María, pero todos la llamaban Ana, y yo también. Espero que aún esté viva.

Fue como un bálsamo para mi atormentada mente por los últimos acontecimientos vividos. Recordé tantas cosas de mi adolescencia, que estuve durante un par de horas vagando por las callejas antiguas de mi ciudad, envuelto en los agradables pensamientos de antaño. Olvidé momentáneamente todo lo sucedido en los últimos días. Recordé vivamente la adolescencia: paseos a escondidas, el primer cigarrillo, el humo boca a boca, sujetarnos las manos en el cine de verano, primer baile rozando su cuerpo, primeros abrazos, primeros celos. ¿Besos? ¿Primer te quiero? Hace tanto tiempo, que no recuerdo todo exactamente. Puede que algunos detalles sean actualmente una ensoñación de enamorado.

Me percaté que andaba sin rumbo, pero siempre llegaba a la puerta de su edificio. Fue una terapia para descan-

sar de todo lo sufrido. El escape mental a un intrincado laberinto del que no veo la salida.

Fue entonces cuando apareció en el estrecho callejón que une su casa con la torre de la catedral. Tan estrecho, que, abriendo los brazos, casi podían tocarse las paredes de los dos edificios con las manos. Ya había anochecido. Nos cruzamos y nos reconocimos debajo de la farola de la esquina. Los dos frenamos nuestras marchas durante un momento inapreciable. Continuamos caminando esquivando nuestros cuerpos, como si tal cosa, como si nada. Hace veinte años nos ocurrió lo mismo. Nos cruzamos en la puerta de una cafetería. SANBE se llamaba el local. Estaba en la calle San Benito. No le dije nada y me convertí en cliente asiduo del local con el propósito de verla nuevamente. Pero no lo conseguí. Ahora reaccioné y me giré para tocar en su hombro y susurrar su nombre con una suave interrogación. Ella se giró, sonriendo, y me transportó medio siglo atrás en el tiempo. Seguía teniendo la misma sonrisa alegre que ocultaba sus ojos negros y hacía que sus mejillas se abultasen. Sonreía y te hacía feliz. Los dos habíamos cambiado, aunque no mucho. Básicamente éramos mayores. Solo eso. La esperaban. Esta vez, nos dimos los números de teléfono para llamarnos dentro de diez días. Salía de viaje y antes no podríamos vernos. Creo que nuestro encuentro la alegró sinceramente.

Se me agolpan los recuerdos de nuestras primeras citas en el inicio de aquel otoño, aún caluroso, de la Murcia de final de los años sesenta del siglo pasado. Uniforme colegial, falda gris, camisa blanca, suéter azul marino, zapatos negros con calcetines azules y una ancha cinta blanca para sujetar su pelo negro.

Nos conocimos en verano, esos veranos largos de La Ribera: playa, pinada, bicicletas, balneario, risas y sol,

mucho sol. Su piel tomaba un tono cobrizo oscuro, marrón muy suave. Como su tacto. Este tipo de recuerdos se magnifica con el tiempo. Cuando más tiempo pasa, más endiosamos a la persona que amamos un día. Nos citábamos para ser nosotros. El mundo no tenía la menor importancia. Hacía calor. Calor suave. Calor de otoño.

Nuestros encuentros tenían lugar en el Centro Gallego — creo que ese era su nombre —, un local al que se accedía por una estrecha escalera y cuyo balcón daba a la Iglesia de San Lorenzo. Era nuestro sitio. También veo como si de una foto en blanco y negro se tratara, ‘Casa Rambla’, un bar restaurante antiguo, en uno de cuyos aposentos tomábamos Coca-Cola. Creo recordar que no hablábamos, sólo estábamos, sólo por juntar nuestras manos, sólo por tenernos cerca, sólo por ser nosotros. No llegamos a nada, pero estuve enamorado. Estos recuerdos para mí son muy gratos.

EL CUADRO

Esta mañana me llamaron por teléfono desde la galería de arte. El cuadro es auténtico y para gestionar su venta tendría que aportarles alguna documentación demostrativa de que soy el propietario actual. Hice una fotocopia a la tarjeta que acompañaba al cuadro y taché las frases que no tenían nada que ver con la obra pictórica. La entregué a la marchante y le pareció aceptable en principio. Tenía que consultar el asunto con la Policía. Mañana iré para conocer la cuantía de la tasación, que me dará por escrito. Me preocupó la consulta con la policía.

El cuadro es un auténtico Picasso. La valoración podría ir desde medio millón a varios millones de euros. Para una economía modesta como la mía, se trate de la valoración mínima o de la máxima, es una fortuna. La valo-

ración máxima supondrá mi retiro dorado; incluso con la mínima podría dejar de trabajar y vivir holgadamente el resto de mi vida hasta mi jubilación. En realidad, me queda poco tiempo laboral, casi nada.

Una cosa tengo clara: la venta es segura. Nadie deja colgando en una pared el boleto de lotería premiado. No me quedará el cuadro.

Ha sido un regalo de don Juan, un viejo follonero y mal encarado, familiar lejano de mi abuela materna con el que he compartido casa hasta hace dos días. Yo vivía en el bajo y él en el primer piso, en pleno centro de la ciudad. En la época de la especulación inmobiliaria, antes de la crisis, nos ofrecieron una pequeña fortuna por la casa, que además tenía un huerto, con lo cual poseíamos un solar de más de mil metros cuadrados. Desde ese momento las relaciones se agriaron. Yo quería vender y don Juan no consintió. Al principio todos creímos que estaba sobre-precando nuestro solar, pero no. Realmente no quería vender. Por más que le argumentaron y yo le rogaba para que vendiésemos, él se obcecaba en decir que no, y así fue. Nuestra casa quedó en medio de grandes edificios de diez o doce plantas. Era casi ridículo, pero don Juan tenía tomates, lechugas, patatas y todo cuanto se le ocurría plantar. De vez en cuando me dejaba una caja de madera con hortalizas en la puerta de la cocina, pero no hablábamos. La última vez que cruzamos alguna palabra fue para discutir sobre la instalación eléctrica del edificio. Surgió el problema al instalar en la escalera una sillita eléctrica para acceder cómodamente a su casa. Estaba tan decrepito que no podía subir los veinte peldaños de acceso a su vivienda. Como tenían que sujetar en mi pared algunas piezas, por fastidiar le dije que no. Después introduje debajo de su puerta la autorización firmada.

Me ha dejado la cocina en dos ocasiones anegada y creo que lo hace por fastidiar. Cuando instalaron la silla mecánica para acceder a su vivienda los técnicos nos informaron de que la instalación eléctrica estaba en mal estado, pero no consintió cambiarla. Le hicieron firmar un documento exonerando a la empresa que realizó la instalación de posibles incendios o averías.

Otra vez estuvimos sin hablarnos durante meses. Consulté con un abogado y me aconsejó que alquilara mi vivienda a unos individuos que él conocía para aburrir a don Juan y desesperarlo dándole de su propia medicina. No lo hice. Y al mes ya estaba arrepentido.

Poco a poco se fue instalando en mi corazón una gran animadversión hacia el viejo, que se fue convirtiendo en odio, y decidí matarlo. Era la única solución. Además, lo merecía. Hace ya más de seis meses que está sentenciado.

LA MUDANZA

Anteayer, después de comer, llegaron con un camión cuatro o cinco trabajadores con guardapolvo, el nombre de la empresa de mudanzas grabado en el pecho y sus propios nombres en la espalda, como si fuesen futbolistas. En poco más de una hora estaba todo embalado y los muebles desarbolados y cargados en el camión, todos envueltos en mantas color marrón oscuro. Confirmaron la dirección y me consultaron sobre si había alguien esperándolos en el piso en el que iba a vivir. Al decirles que no, me solicitaron la llave y se despidieron de mí.

Deambulé por mi casa pensando en los momentos amables que había disfrutado entre estas paredes de madera desvencijada. Recordé a mis hijos cuando eran niños correteando por el jardín. Recordé a mi esposa, la mujer

más serena que he conocido y me entretuve un par de horas pensando. Sobre todo, especulé con la muerte de Don Juan. Era un ahora o nunca. Al mudarme, lo perdería de vista y el aborrecimiento dejaría paso paulatinamente al desprecio. Después lo perdonaría. Tenía que actuar rápido, esta misma semana le daría muerte.

Cuando llegué al piso, después de tres horas, estaba todo montado y en su sitio. Se despidieron y yo me dediqué a urdir la muerte de don Juan. Sería esa noche. Regresé a mi casa en bicicleta y cronometré el tiempo para en la madrugada ir a provocar un incendio en mi despacho y quemar al viejo malvado e insociable como una tea. Antes de salir, observé que en un rincón del comedor había una de las mantas de la mudanza cubriendo una caja fina y rectangular. Mañana vería qué ocurría con ese olvido. Creo que esa caja no es mía.

EL INCENDIO

El viaje fue muy corto. En apenas cinco minutos, llegué a la casa. Había dejado días atrás unos cables sueltos en mi despacho, al desconectar el equipo informático para el traslado y así tener un punto ideal para que se iniciase el incendio. En el suelo algún objeto que no quise llevarme al piso y muchos papeles viejos desperdigados que arderían con facilidad, siendo imposible sofocar el incendio una vez transcurridos tres o cuatro minutos. El personal de la mudanza entró al despacho varias veces y vieron perfectamente los cables, los trastos y los papeles.

Comprobé que al rozar los cables saltaban chispas y abrí la ventana. Desanduve el camino cronometrando nuevamente. Lo hice en algo menos de cuatro minutos. Toda la “operación” podría estar resuelta en menos de diez.

En mi nuevo vecindario nadie me conocía aún, lo que me otorgaba un valor añadido para pasar desapercibido. Saldría a la 1:40 de la madrugada, esperando a que hubiesen pasado los servicios de limpieza y retirado las basuras. Por experiencia sabía que desde esa hora hasta las tres o cuatro de la madrugada no hacían su ronda la policía o los noctámbulos jaraneros que volvían de vuelta a sus hogares. Las calles estaban desiertas. Por otra parte, había colocado dos o tres meses antes un cañizo para preservar la intimidad de mi jardín. Antes de su colocación llamé tres o cuatro veces a la policía comentándoles que había “alguien” mirando hacia mi casa y merodeando por la acera. Esta barrera visual me protegía para entrar y salir tranquilamente sin ser visto. También tenía el portón del huerto que daba a una calle sin tráfico, pero su uso no era aconsejable. En cuanto oscurecía, aparecían drogadictos, camellos, chulos, putas y algún mendigo sin techo que dormía amparándose en el acceso al huerto que tenía un pequeño tejadillo. Alguien me vería y podría recordar algún detalle delante de la policía.

Decidí que la ida para provocar el incendio debía ser más lenta y, de ese modo, más segura. Tenía tiempo de sobra y evitaría cruzarme con algún vecino escondido entre las sombras o detrás de los árboles. Sobre todo, cerca de casa, ya que probablemente me reconocerían.

El corazón me latía muy fuerte y sudaba abundantemente. Ya estaba dentro del jardín junto con la bicicleta. Aún no entiendo los motivos, pero entré en la casa por la ventana del despacho y comencé a rozar los cables para encender el fuego. No funcionó, no producían cantidad suficiente de chispas para que prendieran los papeles. Se apagaban como los fuegos artificiales antes de caer al suelo. Tuve que buscar unas cerillas en la cocina y prender

con una de ellas los papeles que había en el suelo. Guardé la caja y la cerilla usada en uno de mis bolsillos.

Salí ahora por la puerta. Anduve media docena de pasos y me giré. Comencé a temblar y a sudar nuevamente. En una de las ventanas de su piso estaba Don Juan.

Procuré serenarme. No podría reconocerme; la oscuridad y la capucha de la sudadera que me había puesto para la ocasión me cubrían, a pesar de que estábamos a diez metros el uno del otro. Tenía que sacar la bicicleta sin que me viera. Conocía perfectamente mi afición a pasear en bici. Las llamas ya se percibían desde el jardín y comenzaba a oler a quemado. Don Juan, inexplicablemente, se dio la vuelta y aproveché ese instante para sacar la bicicleta y, escondido tras la valla, andar hasta el siguiente edificio. Me giré un momento, el fuego comenzaba a verse desde la calle y don Juan portaba una escopeta con la que apuntó hacia donde yo estaba. No llegó a disparar. Yo había rebasado el edificio colindante y, montando en mi bicicleta a toda prisa, comencé a pedalear frenéticamente.

LA MUERTE DE DON JUAN

Evidentemente, no dormí en toda la noche. Cuando clareaba, los ojos se me cerraron y desperté a las ocho como siempre, como si hubiese estado toda la noche dormido. Mi cuerpo se despertaba a la misma hora que todos los días. Hoy no me molestó, pero los días festivos y los de vacaciones me crispaba ese pertinaz ritmo de periodicidad exasperante. Estaba siempre de mal humor durante dos o tres horas. Estuve pendiente de los ruidos, las sensaciones, los olores, los rumores que me proporcionaba el piso nuevo y pensé que había sido fácil el tema del incendio. Tenso, pero sencillo. Muy tenso, a decir verdad y con mucha

suerte. No me crucé con nadie al entrar en el garaje para guardar la bicicleta en el trastero, ni tampoco en el zaguán. Evité el ascensor subiendo las cinco plantas andando.

Otra noche en blanco. La pasé mirando los nuevos paisajes nocturnos que las ventanas de mi piso nuevo me ofrecían. Salí a la calle para despejar mi mente y desayunar. Tenía hambre, me dirigí al bar que había en la plaza. Vi el quiosco, me acerqué y compré el periódico. Actuando con estudiada normalidad, no lo abrí agitadamente, buscando la noticia del incendio de mi casa. Pedí un zumo de naranja y una napolitana de chocolate. Instalado en una de las mesas, comencé a leer tranquilamente o al menos eso pensaba que aparentaba mi supuesta calma. Pasaba una página y miraba sin leer durante un rato. Luego otra página y otra. Hasta que llegué al final. Nada, no existía el incendio.

Al regresar a casa vi aparcar un coche de policía en la puerta del edificio. Al entrar al zaguán me preguntaron si vivía en el inmueble. Les informé que, desde ayer, y cometí un error. Les dije directamente que no podía ayudarles. Se extrañaron, y me miraron por unos segundos. Se encogieron de hombros y pronunciaron mi nombre. Les confirmé que era yo y me informaron de que mi casa había ardido la noche anterior. Me sobresalté y disimuladamente, pregunté alterado:

— ¿Cómo ha sucedido?

Me informaron de que aún no se sabía nada en concreto y que mi vecino había muerto camino del hospital. Fue un mazazo tremendo. Me desvanecí. Pensaba que me habían reconocido y que, intrínsecamente, me estaban acusando. Venían a detenerme. Me ayudaron a reponerme y me tranquilizaron. Me citaron para dentro de tres horas en comisaría para firmar una declaración, no sin antes in-

dicarme que todo era puro formulario habitual.

Efectivamente, declaré sudando y disimulando mis temores como buenamente pude, y amablemente me despidieron. Por suerte para mí, el viejo no articuló ni una palabra. El humo caliente le había destrozado las cuerdas vocales.

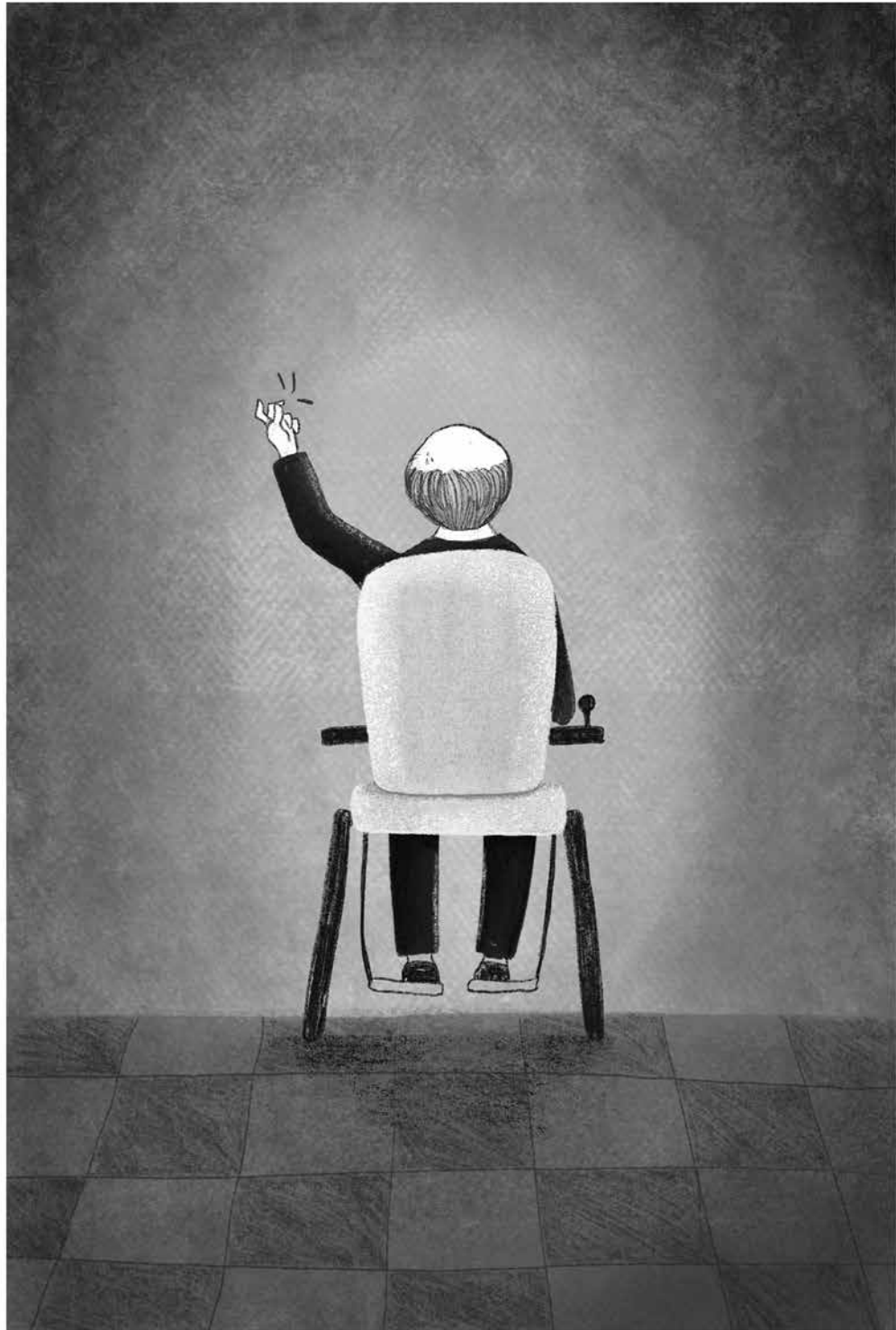
Pasé por mi casa Ya antes de llegar se olía a chamuscado, a quemado antiguo, quemado sin humo, quemado húmedo. Era un espectáculo desolador, un montón de cenizas y escombros. Una pira funeraria gigante ya extinguida. La pira de don Juan.

Cuando llegué al piso, me fijé de nuevo en la caja abandonada, quité la manta y saqué de su interior un cuadro bastante hermoso, al menos en el colorido. Era cubista y parecía un Picasso. Venía con un sobre que abrí. Comencé a leer la tarjeta manuscrita que contenía. Como movido por un resorte me dirigí a la comisaría y entregué la tarjeta con gran preocupación. Estaba tan nervioso, que estuve a punto de informar de que yo era el asesino, de que la muerte del viejo no era un suicidio. Me contuve. Cuando salía del despacho del comisario le oír releer entre dientes por cuarta o quinta vez la fotocopia que hicieron de la tarjeta. Mientras tanto, mi corazón se podía oír a dos metros: bum, bum. No sabía si reír o llorar. Logré salir sin más contratiempos que un leve temblor de piernas oyendo la lectura de nuevo. Palpé mis bolsillos hasta localizar el tarjetón y lo volví a leer nuevamente. Era mi seguro de vida.

—Vecino, para que luzca en su nueva casa le regalo este cuadro. Quiero que sirva, este obsequio, como desagravio por todas las maldades a las que le he sometido durante estos años. Estoy enfermo y en tres o cuatro meses moriré. No sé qué hacer con este resto de vida que me queda. Posiblemente mi muerte se produzca antes de los tres meses que vaticinan los médicos.

UNA FAMILIA ITALIANA

GIO CROATTO



PRESENTACIÓN

Por perniciosas influencias familiares, desde que tienes memoria has deseado ser artista. Maldita la hora, porque no has hecho más que ir dando tumbos por la vida, chocando una y otra vez con la jodida realidad. Evidentemente, algo ha fallado, pero quien sabe la causa: ¿Falta de talento? ¿Poca convicción? ¿Escasa dedicación? o, como se dice ahora, ¿mala gestión de la inteligencia emocional?

Quizás, simplemente tendrías que haberte centrado en una disciplina artística concreta (pintura, música, fotografía o literatura) en lugar de, como un adicto, querer probarlo todo. Ya lo dice el refrán: 'quien mucho abarca...'

Sea como fuere, tus mejores años han volado y tras tantas vueltas en la noria, querido amigo, ha llegado el momento de abandonar los sueños adolescentes. Es un poco triste, la verdad, pero reflexiona: ¿de qué te sirven ya? No te ofendas, pero te estás transformando en un ser insomne que vive angustiado por la paradoja de no conseguir expresar esa misma angustia... Y eso ni es positivo ni resulta demasiado productivo.

No lo niego, es un panorama algo desalentador y el tiempo juega en tu contra. Sin embargo, te puedo ofrecer una pequeña consolación: aunque no lo creas, fuera hay muchos otros seres inquietos como tú; personas anónimas con historias que contar, almas sensibles a los pequeños detalles del caos que nos rodea, animales nocturnos perdidos en esta ínfima esquina del universo...

Podrías salir de tu agujero e ir a su encuentro, podríais intercambiar visiones y silencios, sentir juntos el desafío del vacío y el vértigo de la hoja en blanco...

¿Qué me dices? ¿Te animas a seguir soñando?

UNA FAMILIA ITALIANA

1. Tiziana

En los últimos tres años, Tiziana Ponzani Schultz había recorrido medio mundo. Sus investigaciones sobre los Carracci y las obras de sus discípulos habían ocasionado una pequeña revolución en la élite del arte. Un mundillo que todavía no se había repuesto del shock que suponía cuestionar la autenticidad de algunas de las obras más influyentes de la pintura del siglo XVI. Desde la publicación de aquel primer ensayo, su vida había dado un vuelco radical. Todo había ocurrido muy deprisa, pero Tiziana había sabido manejar astutamente las circunstancias, aprovechando todos los medios a su alcance para promocionar su figura y su trabajo. Esta estrategia le había ocasionado más de una crítica, pero a ella no le importaba lo más mínimo. Era joven, ambiciosa y tenaz. Nadie le iba a impedir seguir escalando hasta lo más alto de su profesión, para ocupar ese lugar privilegiado al que aspiraba desde siempre.

Ya desde sus tiempos de estudiante, había sido una mujer competitiva y magnética, que no dejaba indiferente a nadie. Todo en ella emanaba un aire extraño, andrógino y algo sombrío. Muy alta y delgada, sus largos cabellos oscuros enmarcaban una tez tan blanca que parecía transparente. Sus rasgos eran delicados, pero tenía una mirada penetrante que pocos podían aguantar. Una belleza que distaba mucho de los cánones tradicionales.

Curiosamente, algunos aspectos secundarios de su vida habían contribuido a su creciente fama. Después de sonados fracasos sentimentales con artistas y empresarios de variada estampa, desde algunos meses compartía su residencia en Milán con una conocidísima periodista televisiva. Este cambio de orientación en sus preferencias eróticas le habían dado gran notoriedad entre un público que desconocía por completo sus logros, pero que seguía con devoción cada paso de la pareja. Tiziana decía detestar que se hablara de ellas en los programas frívolos y las revistas de papel couché. Pero en realidad todo el ruido que las rodeaba le estaba viniendo de maravillas a su carrera.

Todo parecía marchar perfectamente hasta el día en que recibió una inesperada oferta. Se trataba de viajar a Londres para un encargo poco habitual. Un importante coleccionista había organizado en su residencia una conferencia a puerta cerrada, un evento privado para nuevos inversores. La altiva Tiziana no solía aceptar encargos de particulares. Pero era una oferta muy atractiva económicamente y, sintiéndose algo cansada de universidades e instituciones, aceptó romper la rutina y de paso engrosar notablemente su cuenta bancaria.

Como amaba tener todo bajo control, planificó su viaje al milímetro. Sin embargo, surgieron varios indeseables imprevistos. La noche anterior no había podido conciliar el sueño y por la mañana, para dar fin a una estúpida discusión con Sara, había llamado apresuradamente un taxi, plantándose en el aeropuerto con tres horas de antelación. Furiosa, en la sala de espera había podido comprobar que su equipaje estaba incompleto: faltaban la Moleskine con el guion, las imágenes para proyectar, el viejo cronometro-amuleto que acostumbraba apoyar en el atril... En otras circunstancias, hubiese llamado para que se lo lle-

vasen todo, pero no tenía ganas de continuar la guerra. Intentó relativizar, mientras cavilaba un plan alternativo.

Al fin y al cabo, aquello no era más que una charla en un círculo privado para unos pocos aficionados forrados de billetes; no habría expertos entre el público, ni estudiantes, ni grabaciones, ni traducción simultánea... Simplemente, se trataba de dar una lección magistral en un exclusivo salón a algunos privilegiados, introduciéndoles por unos minutos en el complejo mundo de la familia Carracci. Sólo era cuestión de mentalizarse. Pan comido.

Sin embargo, se sentía inquieta y durante el vuelo no consiguió relajarse. Pidió un primer whisky con hielo y empezó un segundo que no logró acabar. Al aterrizar, algo aturdida, creyó por unos momentos no haberse movido de Milán: hacía la misma temperatura y un idéntico manto gris cubría de aire denso el cielo de la capital. Quizá esas dos ciudades estuviesen unidas por un gigantesco cordón umbilical por el que se había deslizado imperceptiblemente su avión...

En la salida de Heathrow le sorprendió que el mismo lord Bentley hubiese acudido a recogerla. No tardó ni un segundo en reconocerlo. Era el perfecto estereotipo del gentleman, un hombre de otra época. Vio su mano enguantada alzarse discretamente entre el gentío del aeropuerto. Le flanqueaban sus guardaespaldas, dos rusos de traje oscuro plantados como murallas a su lado. La recibió con una calidez inusual. Lord Bentley hablaba italiano con un acento algo ridículo, pero construía sus frases con exquisita corrección. No en vano había sido el más joven embajador británico en Roma, durante los tiempos gloriosos de la dolce vita. Ahora, más de treinta años después, disfrutaba desempolvando ese idioma que tan buenos recuerdos le traía.

El tráfico de Londres era infernal a esas horas, pero aquella mole al volante sabía muy bien cómo desenvolverse en la jungla. Bentley aprovechó el trayecto para exponer el plan de la noche. Todo estaba cronometrado: el cóctel de bienvenida, cuarenta minutos, el concierto de cámara, una hora y diez, y finalmente su ponencia, a la que no impuso límites temporales. Para crear expectación, estaba previsto que Tiziana no asistiese a los eventos anteriores.

Al llegar se alojó en un apartamento que ocupaba la primera planta del lujoso palacete de su anfitrión, un espacio reservado a sus más ilustres invitados. Un atento mayordomo le explicó el funcionamiento de las instalaciones, particularmente el sistema de circuito cerrado que habían preparado para la ocasión: una gran pantalla de televisión en el dormitorio, que conectaba con las cámaras de la mansión. De esta forma, Tiziana podría controlar la sala y disfrutar del concierto previo a su intervención.

La velada empezó a la hora definida con la inevitable puntualidad inglesa. Mientras tanto Tiziana, sentada en la cama, iba perfilando los apuntes de su charla. Con letra nerviosa e irregular, trazó un esquema general. Dudó con algunas fechas que dejó entre paréntesis, e intentó concretar cómo explicaría obras pictóricas tan complejas sin disponer de una miserable imagen para proyectar.

Se levantó para darse unos retoques frente al espejo, aplicando delicadamente un polvo blanquísimo que había comprado en Tokio. Estaba cada vez más nerviosa. Miraba de reojo la pantalla. Debía de haber acabado el cóctel porque la gente empezaba a llenar la sala, hasta completar unas cincuenta personas. Al cabo de unos instantes aparecieron los músicos con sus instrumentos. Empezaba la cuenta atrás.

Mientras sonaba el cuarteto volvió a sumergirse en sus apuntes. Estuvo trabajando con cierta concentración hasta que un extraño silencio llevó otra vez su atención a la pantalla. La música se había detenido. A contraluz por el largo corredor apareció la silueta de un anciano que avanzaba lentamente en silla de ruedas. Tiziana se quedó inmóvil sin poder reaccionar mientras aquella pequeña figura demacrada ocupaba un puesto en la primera fila. En ese momento lo reconoció, aunque no quería creérselo. La última persona del mundo que hubiese deseado ver en aquellas circunstancias estaría entre la audiencia de aquella noche.

Giulio Allessandro Radoni había ejercido una influencia decisiva en la vida de Tiziana. Amigo de familia, la había guiado durante sus largos años de formación y en los primeros momentos de su fulgurante carrera. El profesor, un erudito con pinta de senador romano, era venerado como el experto en pintura italiana más importante de su generación y en la península era conocido por doquier. De gusto exquisito y ojo infalible para las bellas artes, Don Giulio tenía fama de noctámbulo, amante de los buenos restaurantes, el lujo y las jovencitas. En la recta final de su brillante trayectoria, había volcado todas sus energías y su saber en su alumna predilecta, aquella pálida adolescente larguirucha con nombre de pintor veneciano. Su protegida. Fueron años inolvidables.

Pero esa relación se había ido deteriorando al ritmo de los crecientes éxitos de Tiziana. A partir de cierto momento, ella sintió que aquella sombra omnipresente la oprimía. Sentía que el profesor quería controlarla de forma obsesiva, quizá como contrapartida por los años de dedicación que le había regalado. La situación era asfixiante. Hasta que un accidente de tráfico dejó a Giulio incapa-

citado, propiciando el distanciamiento definitivo entre ambos.

Ahora no lograba apartar la vista de la pantalla. El grupo había retomado su concierto, pero la intensa música no hacía más que exasperarla. No podía asumirlo, qué diablos hacía allí el viejo profesor. No lo había visto en mucho tiempo, pero desde luego no lo había echado de menos.

Recordó la pesadilla de sus últimas sesiones de trabajo. Poco antes del accidente tuvieron una tremenda discusión. Giulio, lleno de cólera y quizá con demasiados Martinis en el cuerpo, la había cogido del brazo mientras la sacudía gritando como un poseso, que tú no entiendes nada de todo esto, que eres una niña consentida y desagradecida, que algún día me la pagarás...

Tiziana levantó resignada la mirada hacia la pantalla y se encontró con una imagen inesperada. La sala estaba vacía y ya no sonaba música alguna. Solo estaba el viejo profesor, estirando el cuello como un ganso desde su silla de ruedas. El hombre levantó un brazo y chasqueó sonoramente los dedos, como un César que ordena el comienzo de un cruel espectáculo. Ya podían traer a la ponente de aquella conferencia privada que tanto dinero le había costado contratar.

2. Carla

Por fin había llegado el verano. Carla, agotada por otro interminable año de trabajo, preparó un equipaje mínimo e, invadida por una nostalgia poco habitual en ella, decidió salir rumbo a Millefiore, la pequeña isla donde había veraneado en la infancia. Durante el viaje recordó aquellos tiempos lejanos.

Cada junio cuando acababa el colegio, la pequeña Carla experimentaba sentimientos contradictorios. Inevitablemente, se contagiaba de la alegría de sus compañeros el último día de clase. Sin embargo, mientras recorría el largo camino de vuelta, aquella sensación se iba difuminando; cuando traspasaba el umbral de casa, la felicidad se había desvanecido ya del todo. Ya lo sabía, pasaría lo que ya era habitual; lo imaginaba y se entristecía. En los días siguientes, uno a uno sus amigos del barrio se irían marchando, con destino al mar, la montaña o las colonias, mientras ella se quedaría sola, irremediablemente sola en las interminables tardes de agosto. Vacaciones. Esa palabra no entraba en el diccionario familiar, por lo menos no con el significado corriente. Por motivos que no alcanzaba a comprender, los meses estivales siempre acababan siendo una temporada de intensa actividad y trabajo para sus padres.

Ahora, veinticinco años después, los veranos seguían siendo sinónimo de soledad para ella, con la diferencia de que ahora anhelaba ese aislamiento y esa paz que entonces tenía que aceptar resignada. Subió la escalerilla. El viejo ferry parecía el mismo de su niñez. Era una tarde ideal para cruzar el Mediterráneo y se sorprendió al constatar lo bien que recordaba aquel primer viaje tan lejano en el tiempo.

Tenía buenos motivos para no olvidar el verano de 1986. Por una serie de coincidencias, su padre había conseguido un trabajo de dos semanas en la isla e inesperadamente decidió llevarse a la familia, es decir, a su madre embarazada y a ella. Por aquel entonces Enrico Ponzi buscaba la suerte en el mundo del espectáculo. Tras algunos intentos lamentables como actor, pensó que podría hacer dinero y establecer buenas relaciones como representan-

te de artistas. Se dio la circunstancia de que unos amigos habían abierto un pequeño hotel en la isla y deseaban ofrecer espectáculos nocturnos para sus huéspedes, principalmente adinerados alemanes de mediana edad que invadían el lugar en busca de alcohol y tórridas aventuras. El espectáculo ideado por Ponzi con poco tiempo, alguna idea e inexistente presupuesto, era un pastiche que incluía actuaciones cómicas, un cantante romántico y unos numeritos de magia, el todo aderezado por jóvenes bailarinas ligeras de ropa. Enrico había alquilado una vieja furgoneta para trasladar todo el tinglado. Allí metió todo con calzador, madre e hija incluidas, y así despegaron en aquel almacén rodante. Cuatro horas de autopista hasta el puerto y el ferry.

Mientras el barco llegaba a su destino, Carla recordó cómo aquel verano marcó el principio del fin para sus padres. Aunque las cosas ya venían torcidas, lo que ocurrió allí fue el empujón decisivo hacia el precipicio. Y aunque ella, con apenas ocho añitos, intentaba no enterarse, inevitablemente se encontraba en medio de las terribles peleas que explotaban en cualquier momento. Mientras reordenaba sus recuerdos, sin darse cuenta se encontró callejeando por Millefiore, en busca de aquel viejo hotel. Le hacía ilusión pasar la noche allí, aunque era improbable encontrarlo en aquel despropósito urbanístico en que se había transformado el lugar. Veinte años de especulación, pensó, dan para mucho.

Rememoró cómo entonces, pese a tener una habitación reservada, pasaron muchas noches en la furgoneta, aparcada bien cerca de la playa. Aquel vetusto furgoncino era el cuartel general para la niña y su madre, que amaban el sol y el mar y pasaban allí casi todo el día. Mientras tanto Ponzi estaba liado las veinticuatro horas

con su “gran show”. Carla hizo un par de amigas con las que pasaba las horas a remojo o explorando los alrededores de la preciosa cala de aguas cristalinas. La isla conservaba entonces un aire salvaje y misterioso. Para la pandilla aquel paraíso era como un refugio de piratas lleno de tesoros escondidos. Recordó esto con ironía, porque Millefiore era ahora el destino preferente de destacados narcotraficantes, bucaneros modernos que blanqueaban allí inmensas montañas de dinero. Imaginó a su madre, risueña leyendo revistas de cotilleos bajo la sombrilla, lecturas que sólo interrumpía cuando se lanzaba al chiringuito para telefonar al hotel, en sus intentos siempre vanos de localizar a Enrico, eterno mujeriego del que nunca se podía fiar.

Las noches eran diferentes. Ese clima de paz y sosiego se transformaba. Ponzi, factótum del espectáculo, iba de un lado a otro con los nervios a flor de piel y no era extraño verle gritar sonoros improperios a cualquier ser vivo que se cruzase por su camino. El espectáculo no estaba dando buenos resultados y los dueños del hotel estaban furiosos. En general, no se conseguía despertar el interés del público, que desconocía en su mayoría la lengua italiana. La tónica de indiferencia generalizada sólo se rompía momentáneamente cuando subían al escenario las cuatro bailarinas, que eran recibidas con desmedido júbilo, gestos groseros y gritos intraducibles. Para más inri la coincidencia con la final del mundial de fútbol propició el fracaso definitivo. Ponzi, en un gesto habitual en él, mitigó su rabia a fuerza de gintonics. Si no puedes con tu enemigo, alíate con él. Los días en la isla estaban contados, pero Ponzi, pese a no saber ni pizca de alemán, se unió al grupo de crucchi (alemanes) de mayor tasa alcohólica y salió de juerga cada madrugada.

La última noche, el jefe del espectáculo, que entraba y salía de los camerinos con desparpajo cuando las chicas estaban cambiándose, quiso despedirse a su manera de su soubrette favorita. La madre de Carla, que seguía sigilosamente los pasos de su marido, los pilló en fragranti, revolcándose como salvajes en el almacén del vestuario. Montó una bronca de la que se hubiese enterado todo el hotel, de no ser porque los alemanes, borrachos y enfurecidos por la victoria futbolística de Argentina, habían emprendido una batalla campal que hubiese demolido el establecimiento si no llegan los Carabinieri.

Carla pasó sus últimos días buscando el viejo hotel de la infancia, pero ya nadie lo recordaba. No lo encontró y se sintió defraudada por aquella ciudad irreconocible, llena de negocios vulgares, restaurantes de comida rápida, bazares y tiendas de chinos. No pudo soportar las plazas abarrotadas y aquellas calles llenas de edificios anodinos que conformaban una interminable colmena para turistas de fin de semana. Anticipó su viaje de vuelta con una sensación de insoportable amargura. Subió al ferry y mientras la isla desaparecía entre las olas pensó con cierto alivio en la montaña de trabajo que la esperaba en su despacho de Milán. Vacaciones... ¿quién necesita vacaciones? Ahora lo entendía.

3. Enrico

Nota: Muy a mi pesar y por una serie de coincidencias que escapan a mi control, vuelvo a entrevistar al onorevole Enrico Ponzani, en un contexto muy diferente al de nuestro encuentro anterior, hace más de un año. Tras una larga y brillante trayectoria empresarial y más de una década en la primera línea de la política italiana, Ponzi ha

regresado de forma totalmente inesperada a Settecolli, su pueblo natal.

Comienzo la entrevista preguntándole qué recuerdos afloraron al volver aquí; me sorprende el tono informal y afectivo de sus respuestas. Quizá por las circunstancias que rodean esta última etapa de su controvertida carrera, se muestra más abierto y cercano de lo habitual, y por primera vez habla de aspectos personales de su vida.

Supongo que no resulta muy original decir que aquí fui un niño feliz, pero es la pura verdad. Ahora las cosas han cambiado bastante, los críos de hoy en día no se conforman con nada, pero hace cuarenta años la infancia en un pueblo italiano te ofrecía todo lo que podías soñar. Nos pasábamos el día al aire libre, yendo con la bici de un lado a otro, jugando al fútbol en medio de la calle, haciendo gamberradas, pequeños alentados inocentes contra el orden público o la propiedad que nos hacían madurar; en definitiva, riéndonos mucho y metiéndonos en líos continuamente... ¡Qué recuerdos! Oh sí, cada día era una gran aventura. No cambiaría esos años por nada, fueron tiempos felices y luminosos, como una eterna primavera. Naturalmente, no tengo reparos en admitir que por aquel entonces el colegio no nos interesaba lo más mínimo. A mí en particular las clases me parecían un aburrimiento colosal. Cada mañana desde el primer minuto en la escuela empezaba mentalmente la cuenta atrás para salir corriendo de allí.

Interrumpo para señalarle que estas vivencias personales contrastan con sus anteriores declaraciones públicas, en la que siempre ha destacado la importancia de la escuela y de la vuelta a un modelo educativo tradicional, en la línea de la política promovida por su partido. Le pregunto si en los pocos meses que lleva aquí, los recuer-

dos de la infancia y el distanciamiento de la vida activa han cambiado su visión sobre estos temas. Le recalco que los periodistas siempre hemos notado ciertas disonancias entre su historia personal y las ideas que defendía con vehemencia.

No me interprete mal, no generalice mis experiencias personales; realmente lo que pasaba es que no tragaba a mi maestra, la signora Felisatti. Aquella cuatros ojos agria y estirada me tenía manía desde el parvulario, como mínimo. Quizá me odiase incluso desde antes de nacer, porque era vecina de mi madre y mamá era la soltera más atractiva y envidiada de la comarca, al menos hasta que se quedó embarazada. Menuda imbécil aquella maestra, con sus gafas ridículas, sus pañuelos de seda y su insoportable voz de pito. Se creía una estrella de televisión, pensaría que estaba en un plató y no en la tarima de una escuelucha de provincias, hablando de Garibaldi o los afluentes del Po. Yo intentaba sentarme siempre al lado de la ventana mirando la calle porque no la podía soportar. Cualquier cosa que pasase en el exterior me interesaba muchísimo más que ella; qué sé yo, el ruido del camión del lechero, un perro perdido que cruzase por allí, un pájaro en apuros, cualquier cosa...

Le pregunto por la relación entre estos recuerdos y los últimos desconcertantes acontecimientos de su vida personal y política, pero prosigue en la línea de las respuestas anteriores.

No saque lo que digo de contexto, por favor, son sólo anécdotas. Pero ya que insiste y para cerrar el tema, lo que realmente no soportaba de aquellos maestros era la prepotencia con la que nos etiquetaban. Se creían designados para encauzarnos, que si no sacas buenas notas no conseguirás jamás nada en la vida, que esfuérzate más,

que te estás jugando tu futuro y todo ese argumentario. Les encantaba machacarnos con sus sermones... ¿Acaso creían que el destino o el propio Dios nos castigaría por no atender en sus malditas clases? Yo sabía que todo eso eran sandeces, y me moría de ganas de demostrárselo a la Felisatti y a todos los demás del colegio, empezando por aquel director al que me mandaban tan a menudo, Buzzanti creo que se llamaba. Un tipejo patético. Decían que a veces, encerrado en su despacho, le daban unos tremendos ataques de pánico que sólo aplacaba la comida. Se rumoreaba que siempre tenía escondida una buena ración de espaguetis al ragú o algún otro plato succulento por si le entraba la angustia. No sé si sería verdad, pero no me extrañaría nada, pues el hombre estaba como un tonel y sus corbatas siempre parecían salpicadas de grasa o salsa de tomate...

Extrañado por el tono desdeñoso hacia sus educadores, le pregunto cuáles fueron entonces sus referentes en la infancia y juventud; concretamente, en quién se había inspirado para llegar a ser ese líder que se presentaba como un modelo a seguir.

Bueno, reconozco que pese a todo el director Buzzanti tenía autoridad, y tuvo cierta influencia en mí. En los momentos clave sabía hacerse respetar. Se rumoreaba que era un nostálgico y que guardaba una gran navaja de plata que el mismísimo Duce había regalado a su abuelo. Cuando te llamaban al despacho, pensabas que te podía sacar de golpe el cuchillo aquel y, claro, te helabas de miedo... Pero mis auténticos modelos eran otros. Me refiero sobre todo a algunos compañeros de clase. Sabe, la escuela de entonces no era como la de ahora, que consta de colegios clase A y colegios clase B; aquí en Settecolli había una sola escuela y allí cursábamos todos, desde el hijo del cam-

pesino al del dueño de la fábrica o el comerciante. Yo no digo que fuese mejor o peor que ahora, ni mucho menos. Eran otros tiempos. Pero estas diferencias te hacían sentir las diferencias, no sé si me capta.

Le pido que aclare mejor esa idea, que considero una tautología sin demasiado contenido.

Por ejemplo, uno de mis mejores compañeros de entonces era Pierin, el de las joyerías; un buen chico que intentaba disimular lo que todos sabíamos, que estaba forrado de dinero. Recuerdo como si fuera ayer la última vez que Pierin me invitó a su cumpleaños. Aquella tarde empecé a entender de verdad cómo funcionan las cosas en este mundo. Aunque ya había estado muchas veces en su gran casa del pueblo, el cumpleaños se celebró en su chalet de las afueras, en la ladera de la más bella colina de Settecoggi. Nunca había visto nada igual. Nada más llegar a la finca reconocí aparcados algunos de mis automóviles favoritos, esos que recortaba de las revistas para adornar mi cuarto; un DS, un Lancia, un Alfa Igualito el de Diabolik, el personaje de los tebeos. Y la casa era una mansión llena de objetos valiosos y cuadros, con un gran piano blanco en el salón y todo lo que puedas imaginar. Pero fue cuando salimos a la piscina que me descoliqué definitivamente, aquello me dejó fuera de juego...

Le pregunto si ese primer contacto con la riqueza material fue la causa de su desmedida ambición empresarial.

No, no en absoluto. Lo que realmente me impactó aquella tarde fue cuando a la hora del chapuzón apareció su hermana mayor en bikini. Perdón la banalidad, pero me enamoré al instante: fue una aparición, un sueño, una visión. Tendría como mucho un par de años más que nosotros, pero ya era toda una mujer, usted me entiende; los niños que estábamos allí captamos al instante el mensa-

je perturbador que emanaba de aquel cuerpo femenino. Bajó la escalerilla con calculada lentitud, para que todos pudiésemos observarla, y fue sumergiéndose en el agua muy poco a poco. Santa Madonna, ¡con qué estilo nadaba! Me quedé paralizado, no pude ni acercarme al borde; le mentí a Pierin diciendo que había olvidado el bañador en casa, aunque lo llevaba puesto debajo del pantalón. Imágínesse, yo era un niño flacucho, blanco como la nieve y con las hormonas a flor de piel, no estaba en condiciones para mostrarme ante aquella sirena, aquella diosa, aquella mujer del Botticelli...

Le pregunto sobre cómo concluyó aquel episodio tan importante.

Me quedé allí, sentado como un idiota, aturdido, avergonzado. Porque, aunque Pierin era mi mejor amigo, cada minuto que pasaba no hacía más que ensanchar el abismo que nos separaba. Cuando vi a Vanna en la piscina recibí el mazazo decisivo. Estaba claro: aquél era un mundo inalcanzable, un universo que no admitía las medias tintas y del que un chico humilde como yo no podía formar parte. Podría jurar que fue a partir de ese momento que decidí desafiar a mi suerte. Lo presentí. Algún día conduciría el Alfa de Diabolik, llegaría a mi mansión al anochecer, atravesaría el porche y un salón cuatro veces más lujoso que el de Tonín para llegar al suntuoso jardín con piscina en el que una Vanna diez veces más atractiva que Vanna me esperaría semidesnuda en la piscina, al ser posible con un Martini en la mano (risas).

Le pregunto si quiere añadir algo ya que nuestra entrevista está entrando en su recta final. Le explico que los lectores quieren saber su opinión actual sobre las sospechas de corrupción que planeaban sobre sus socios inmobiliarios, destacados dirigentes de su partido.

Mi historia ya la conoce toda Italia: mis negocios crecieron como la espuma y luego vino el salto obligado a la política. En este país es inevitable dar ese paso si quieres que los negocios sigan en marcha... Pero todo se puede resumir en que aquella tarde decidí que me iría del pueblo y que no volvería si no era como un triunfador.

Enrico Ponzani se detiene un instante. Hace como el gesto de llevarse un cigarrillo a los labios, pero en el lugar donde estamos ni tenemos tabaco ni está permitido fumar. Su rostro denota cierto cansancio tras estos dos primeros meses en Settecolli. Hace un gesto de resignación, casi imperceptible, da una última calada a su cigarrillo fantasma y mira el reloj de pared de la estancia gris en la que nos encontramos. Es hora de ir concluyendo y asume un tono casi filosófico.

Aunque he acabado siendo víctima de la envidia, no me voy a quejar. La envidia, no la ambición ni mucho menos el amor, es lo que mueve al mundo. Ya se ha hablado mucho sobre el complot que me ha hundido, ahora está todo sub judice y por eso estamos aquí hablando de los viejos tiempos, de piscinas y bellas mujeres. Pero la envidia es la clave, amigo. La envidia de la signora Buzzanti hacia mi madre, la envidia de los pueblerinos hacia los de la ciudad, la envidia del niño sin padre hacia el hijo del joyero rico. Es un sentimiento humano inevitable, ni bueno ni malo: la cuestión es cómo lo procesas, qué haces con él; puedes dejar que te corroa por dentro como un cáncer o hacer que te impulse como un cohete hacia tus sueños más inalcanzables. Ya sabe cuál fue mi elección. Irónicamente, esa opción ha hecho de mí el hombre más envidiado del país, de lo cual estoy encantado... Mantengo esa energía voraz y no he dudado en transmitirla mis hijas, Tiziana y Carla, y a la vista está el resultado: mis

pequeñas son las número uno en su ámbito profesional. Así son las cosas amigo; por eso ahora que estoy de vuelta en Settecolli, víctima de la envidia y de la infamia, sé que toda la gente del pueblo en el fondo me sigue admirando, matarían por estar en mi pellejo incluso en este difícil momento, por mucho que digan lo contrario...

En este momento llega el funcionario de turno y pone fin a nuestra entrevista. Nos saludamos amablemente. Me quedo por unos momentos pensando en sus últimas palabras. Pese a todo, Ponzani sigue encarnando el paradigma del triunfador italiano. Un modelo incluso para quienes lo hemos criticado duramente. En lo que a mí se refiere, tras esta entrevista no puedo dejar de pensar que quizás no haya sido suficientemente envidioso a lo largo de mi triste carrera periodística. Quién sabe. Echo un último vistazo a mis apuntes de esa tarde y escribo un titular provisional para este artículo antes de marcharme de allí: "El político y empresario Enrico Ponzani, recluso ilustre de la nueva prisión de Settecolli".

HISTORIA DE DOS CORBATAS

JOSÉ MIGUEL RUBIO POLO



PRESENTACIÓN

De origen aragonés, José Miguel Rubio Polo nació en San Sebastián (Guipúzcoa) en 1970, pero vive en Murcia desde 1981. Estudió Derecho y después de muchos empleos variopintos, ha trabajado como abogado para diversos grupos de empresas, asesorías, asociaciones empresariales, y también como profesor de Universidad.

Con sólo seis años de vida, sufrió un accidente por atropello de un autobús escolar, que le rompió una pierna y lo mantuvo tres meses en una clínica. En ese tiempo se aficionó a leer tebeos, y de esto pasó al dibujo y a otras artes, desarrollando su imaginación y un afán infinito de querer contar historias, recalando con los años en la lectura de libros, sobre todo de lance y de ocasión.

Y siguiendo más allá el tiempo, de tanto leerlos, pasó a querer escribirlos, haciéndolo medio bien alguna vez que otra, consiguiendo algunos premios y menciones en diversos concursos literarios. También ha obtenido trofeos, premios y menciones en concursos de fotografía, escultura, carteles, etc., pero lo que más le gusta es la literatura.

De vez en cuando escribe, pero siempre corto y escaso, pues sus ocupaciones vitales, léase laborales y académicas, le impiden dedicarse en cuerpo y alma a la literatura activa que tanto le apasiona, o cuanto menos sacar más días u horas, o acaso sea falta de empeño. Pero desde luego, iniciativas como esta de la Fundación Trinitario Casanova, son espléndidas para espolear a las musas, casi siempre dormidas, de este eterno aprendiz de escritor.

SOBRE ESTE RELATO

La *Historia de dos corbatas* se basa en dos cuentos originariamente separados, unidos por la excusa de las corbatas y por un cierto trasfondo inglés, en el que se le ha dado continuidad al personaje central masculino. Todo parecido con la realidad no tiene por qué ser siempre casual.

Se acusa al autor de un lenguaje un tanto retorcido y anticuado, quizá hijo de sus lecturas y querencias, pero él prefiere escribir de este modo, pues al hecho de escribir como habla cualquiera, con mil o dos mil palabras de máximo, no le encuentra más mérito ni más belleza digna de ser leída.

MÉRITOS ARTÍSTICOS

Premio Murcia Joven 1993 de Literatura. Relato. Comunidad Autónoma de la Región de Murcia.

Premio Creajoven 2001 de Literatura. Narrativa. Ayuntamiento de Murcia

Premio Concurso de Cuentos de la Familia. Concejalía de Bienestar. Ayuntamiento de Murcia. 1999.

Mención especial I Certamen literario Asociación cultural Campus 1999. Universidad de Murcia.

Finalista del Premio Don Manuel del Ayuntamiento de Moralarzal 2017.

Finalista del Concurso de Relatos Murcia en Bici 2016.

Seleccionado en varias ediciones del Concurso de Microrrelatos de Abogados del Consejo General de la Abogacía Española.

Ha obtenido trofeos, premios y menciones en concursos de fotografía, escultura, carteles, etc.

Cofundador y colaborador de la Revista literaria “Thader”.

Ha publicado relatos y artículos en algunos libros, periódicos y revistas.

Ha sido corrector de pruebas editoriales.

HISTORIA DE DOS CORBATAS

Es uno de los participantes en una escuela literaria de Escritores, cuyas reuniones tienen lugar en un antiguo edificio del centro de la ciudad, una de esas casas que cuentan con una vieja caja de ascensor de rejillas metálicas, con maquinaria a la vista. La escuela la promueve una Fundación creada por uno de los ricos hombres de España del momento, no se sabe si para hurtar impuestos legalmente al fisco, o por causas bellas de tipo humanitario y cultural, o un poco de cada una. Es un tipo de edad más que mediada, metido en carnes porque su actual empleo desde hace años no le permite andar, sino que debe viajar siempre automovilizado.

Como tiene un trabajo lejano que le ocupa de sol a sol, no tiene tiempo de mudarse y viene veloz en ropa de trabajo a esta escuela literaria. Su vestimenta de labor habitual incluye chaqueta y corbata, porque él es abogado de empresa, y aunque nadie se lo exige a diario, se siente un poco más metido en su trabajo vestido como se le supone a su profesión, y además siente que así se embrutece un poco menos en su empresa de salvajes. La corbata que nos ocupa es la que luce el hombre con un puntito de vanidad, de orgullo y de coquetería. Es una corbata verde clara con rombos azulitos, se diría que de seda, y si uno se fija por detrás de la tal, ocurre que en una etiqueta indica

discretamente el fabricante o el vendedor original, Mark & Spencer, del Reino Unido.

Y esto es porque la señalada corbata la adquirió el abogado escribidor en una cierta tienda de objetos de segunda mano, gerenciada por un señor negro, a cuyo local fue a husmear en busca de no se sabe qué cosa barata, y de improviso vio dos corbatas de buena estampa colgadas al tuntún, una de ellas de color verde con rombos azulones. Tras estudiarlas, las reconoció como inglesas y muy elegantes, pero despreciadas por el vendedor como producto marginal en el que no estaba especializado. Ya preguntado el precio, sin dudarlo se las llevó todo contento, por uno o dos euros simbólicos cada una.

Y esa almoneda se encontraba por donde el puerto de un pueblo mediterráneo con playa, junto al cual había una colonia-gueto de ciudadanos ingleses, ciertamente que a unos diez kilómetros tierra adentro, en una urbanización que bien pudieron venderles como “Bella Vista junto al mar”, tan lejos del agua que digo. Pero a los ingleses lo del agua como que les da igual, que lo que quieren es el bendito sol del Reino de España. Ellos, que se pasan la vida entre fríos, vientos, lluvias, nieves, hielos, nieblas y cielos nublados, con sólo poder reclinarse con la cabeza apuntando al delicioso sol español, ya se dan por felices.

Y uno de estos ingleses, marido de Mrs. Paine, tenía un par de corbatas en el armario de ropa usada y demasiado vieja, y demasiado poco puesta. Él, que se pasaba todos los días vistiendo camisas de flores, pantalones cortos, calcetines blancos y sandalias, no encontraba motivo para usar ninguna corbata. Así que su esposa, cansada de acumular tanta ropa desusada, decidió malvenderla, o bien a una de esas *charity shop*, tiendas de inglesas en las

que venden cosas de segunda mano para hacer actos de caridad a personas o animales, sobre todo a perritos, que vuelven locas a las damas inglesas mayores aficionadas a estos asuntos benéficos; o bien se la vendió a algún otro ropavejero blanco, que se lo acabó revendiendo a un tendero negro.

Y es que Mr. y Mrs. Paine vivían en una casita a las afueras de Londres, una de esas viviendas pareadas igual que las demás de su calle de estilo acaso eduardiano, de bello y oscuro ladrillo británico, con ventanas en guillotina, chimenea y mucho encanto. Cuando su cuñado, al que le tenía bastante estima, les invitó a la boda de su sobrina la mayor, Mr. Paine no tenía mucha ropa de protocolo, y los ingleses son muy ceremoniosos y muy tradicionales para sus ocasiones grandes. La señora Paine vio que su marido apenas tenía colgada en su ropero una única corbata de cuando soltero, ¿o acaso la de su propia boda? No, que esta se la perdieron los amigos el mismo y lejano día del casamiento. La corbata en cuestión colgada era una piltrafa arrugada, y muy pasada de moda, si acaso alguna vez fue de moda, roja con enormes y ridículas ranas verde-amarillentas. Así es que la señora Paine convenció a su marido para ir a comprarse una corbata nueva para el señalado y antedicho acontecimiento familiar.

El señor Paine se negó a ir a *Harrods*, los famosos, históricos y carísimos grandes almacenes londinenses, así es que optaron por ir a los un poco menos rumbosos, pero también históricos por victorianos, de *Mark & Spencer*. Tras marear a su marido por un par de plantas entre ropas de señora y de señor, llegaron a la sección de complementos de caballeros y rebuscaron entre las muy diversas corbatas. El señor Paine fantaseó con la posibilidad de comprarse una corbata de lazo, una pajarita, pero

entonces estas no estaban tanto de moda, aunque siempre mucho más en Inglaterra que en España. Incluso dijo de comprarse unos gemelos y hasta unos tirantes. La señora Paine le arrancó todas esas tonterías de la cabeza y le empujó a la zona de las corbatas clásicas. Interrogó al vendedor por una buena corbata, y el profesional le indicó las que tenían de seda. El señor Paine, poco ducho en estos complementos del vestir, sintió mareos de ver más colores que en el arco iris, no bien sabiendo cuál le gustaba más, o menos. La señora Paine le dio a elegir entre una roja con pequeñas anclas, otra azul con banderitas inglesas y otra verdosa con rombos en azul. El señor Paine se encogió de hombros, y a la postre fue la señora Paine quien eligió la tercera que ya sabemos.

Pero es que tiempo atrás ocurrió en esos mismos grandes almacenes, que estaba de inspección uno de los dueños principales del dicho negocio, el señor Spencer, suponemos que hijo de un conde, y se paseaba rebuscando como un cliente por las diversas secciones, acompañado por su hermana, la cual llevaba cogidos de las dos manos a sus dos hijos, sobrinos del anterior. Quería inspeccionar por sí mismo el estado de cosas del negocio de cara al público e iban fingiéndose clientes, si bien los empleados cuchicheaban por lo bajo sobre sus identidades, públicas y bien conocidas de todos. En un momento dado, la hermana se paró en la sección de complementos, se dio a toquetear de una manera absurda las corbatas hasta alcanzar las de seda, y sacó al azar una que le pareció bonita, de verdor con rombos en tonos azules. Se la probó por encima de la ropa al hijo mayor, William, como queriendo comprársela, y el señor Spencer le guaseó que el sobrinito todavía era demasiado pequeño para vestir esa tan larga corbata.

Fue así que la corbata se quedó donde estaba, para luego recorrer nuestra historia en orden inverso, porque la repudió la famosa Lady Di.

En Londres por lo suyo, cuando el señor Paine espera en la parada del autobús y no viaja con prisa, deja pasar muy de largo los modernos autobuses que van apareciendo, y procura tomar uno de los antiguos, de los que tienen lo menos medio siglo de circulación, a los que se sube y entra por la apertura trasera, donde espera un cobrador ya mayor, próximo a la jubilación, que lleva colgada una cartera de cuero para billetes y cambios. En los últimos años, conforme se jubilan los cobradores profesionales, están cambiando los clásicos autobuses londinenses de dos pisos por otros modernos, igualmente de dos pisos, pero más feos y menos encantadores, en un exceso de economía contrario a la nostalgia, autobuses a los que ahora se sube por delante y donde un conductor-cobrador lo hace todo a un tiempo, pero es más triste.

Siempre que puede se acomoda en el piso superior, salvo que esté lleno, pues disfruta así de un privilegio exclusivo de estos vehículos de dos plantas. Además, desde arriba se ve mejor el paisaje urbano, y aprovecha para revisar con los ojos las fachadas de las más bellas edificaciones de la ciudad inglesa.

Mas hoy le ocurre algo insólito. Otra vez va de camino a una tienda de corbatas por empeño de su esposa, que lo quiere elegante con otra corbata nueva y distinta, para el bautizo del último sobrino nacido. En la parada de *Trafalgar Square* sube una monja, y se sienta un par de filas por delante de él. Ya es raro de por sí encontrar una monja

en esta ciudad oficialmente anglicana de religión como es Londres. Más raro todavía resulta encontrar una monja en esta época descreída, donde las jovencitas prefieren hacerse cantantes, modelos o actrices, o cualquier otra cosa antes que tomar los hábitos, y si alguna osa decirle a sus padres que quiere hacerse monja, lo más normal es que la manden al psicólogo o al psiquiatra con carácter previo, por si acaso tuviera algún trastorno mental. Pero lo más llamativo es que lleva el hábito oscuro de su orden, más raro si cabe en esta Edad en que la mayoría de los curas, frailes y monjas, visten tan seglares que se confunden con la masa. Llama la atención y choca esta imagen medieval en un autobús, aunque este sea todavía del siglo anterior.

Pero lo que deja la garganta y el alma seca al señor Paine no es todo lo del párrafo anterior, sino la sospecha de que conoce a esa monja. Y no la conoce de haberla visto en ningún otro autobús ni en ninguna otra parte, sino en una vida anterior; anterior a sus hábitos de monja.

Si le pusieran una Biblia delante, juraría con la mano sobrepuesta que es ella, o que al menos se le parece. Aquella Helen que conoció lo menos un cuarto de siglo antes y que le robó el corazón, hasta el punto de hacerle comprender y compartir los más íntimos sentimientos desesperados de los suicidas.

Juraría que la monja es Helen. Está por levantarse, acercársele, mirarla más de cerca y con mayor convencimiento de lo que piensa, preguntárselo a bocajarro.

Pero le da vergüenza el sofocón que puede pasar si lo hace y si se equivoca. Y cuando tiene más avanzada su meditación, en una cierta parada la monja se levanta y se baja, antes de que el señor Paine tenga tiempo de reaccionar.

Sintiéndose como huérfano, llega a su casa sumido en zozobras, y aunque la señora Logsdale lo nota raro, él no

comenta palabra de su extraño encuentro. Sería absurdo contar sus inquietudes a la mujer más celosa del mundo, que es con quien está casado.

No quiere confesárselo ni a sí mismo, pues una morbosidad inconfesable lo lleva los siguientes días y las siguientes semanas, a tomar la misma línea de autobús demasiadas veces, más de las necesarias, con la secreta obsesión de reencontrar a la monja de sus sospechas.

A partir de ese día resuelve colgarse, para extrañeza de su esposa, la corbata más horrorosa que guarda en su armario, la de las enormes ranas amarillas y verdes sobre fondo rojo. Excusa a la señora Paine que es que, si no se la pone nunca, nunca se le gastará. Pero secretamente la viste porque es la que, en una emocionante noche de amor, se la regaló con todo su amor la ahora monja soñada, por muy ridícula que fuera la corbata, justificándose en que el joven Paine llevaba corbatas demasiado serias.

Y otra vez encuentra a la sor la semana que sigue. En esta ocasión cambia el lado de asientos para mirarla un poco mejor, con un reajo que amenaza con dejarlo bizco, hasta el punto extremo que la corrección y educación permiten mirar fijamente a una mujer, más aún siendo una religiosa.

Tiene que ser ella, Helen. Se le sube la sangre a la cabeza mientras recuerda la cultivada ocasión primera en que la conoció, si es que es ella, hará más de cinco lustros, en una exposición de la *National Gallery*, donde figuraban unos bocetos del siglo XVIII y que eran obras de aspirantes a ingresar mediante examen dibujado en la *Royal Academy*, y había dos tipos de prueba dibujada, llamados "*De repente*" y "*De pensado*". La tal Helen, seglar y sin hábito por aquellas épocas, se le acercó al entonces joven soltero Paine, y le preguntó por el significado posible de la dife-

rencia. De ahí surgió una excitante conversación cultural, si bien la timidez patológica del joven Paine, le impidió seguir más allá con la hermosa joven.

Como de un golpe despierta de la ensoñación, vuelve a la realidad y la monja 'es ida'. Se levanta brusco, corre por el pasillo del vehículo, baja hasta la puerta de salida, donde aferrado a la última barra, suma una nueva desolación por la pérdida de la monja soñada.

Tras una nueva semana de viajes obsesivos en autobús, vuelve a encontrar a la monja de sus deseos. Y esta vez se sienta en la misma fila de asientos que ella, pero al lado contrario del pasillo. Nuevamente requiebra los ojos para mirarla sin que se le note y se reafirma en que tiene que ser Helen.

Y sumergido en repentinos sudores enfermizos, rememora el segundo encuentro, también cultural, que mantuvo con ella en aquel otro siglo, pero esta vez en la Biblioteca del *British Museum* donde él, estudiante de Medicina entonces, preparaba su terrible examen de Anatomía. Ella lo reconoció y lo saludó. El salió de su puesto abandonando los libros a su suerte, que igual le diera si se los robaran. La cortejó nuevamente, y en medio de la renovada y dulce conversación, esta vez sí, arrancó a la bella una promesa de quedar al siguiente viernes, so la excusa de tomar un inocente té a las cinco.

Y otra vez devuelto al siglo del autobús, ha desaparecido la monja sin remedio. Pero a la siguiente semana, desesperado casi, vuelve a tropezársela en la misma línea de autobuses. Y sí tiene que ser Helen. ¿Pero es que ella no lo reconoce, que no parece inmutarse, y eso que lleva anudada su sentimental y horrible corbata de ranas?

Porque recuerda aquella cita cuando el otro siglo, de cómo una deliciosa conversación de seductor coqueteo y

flirteo terminó cuando él le confesó que había una cosa que le daba infinitamente más terror que un examen oral práctico de anatomía forense con un cadáver entre las manos. Y era confesarle cuánto le gustaba la hermosa que tenía ante sí, cuánto se estaba enamorando de ella y cuánto le gustaría besarla. Y acercando su rostro al de ella notó que no lo apartaba, y sus bocas se unieron suavemente, y ella lo recibió tal y como él se entregaba.

Y otra vez hoy se da cuenta a destiempo de que la monja ha vuelto a huir de su vida. Y pese a que sigue buscándola durante viajes y más viajes inútiles, con la corbata de ranas puesta, en la misma línea de autobús, no la vuelve a ver ni esa semana, ni la siguiente, ni la otra.

Y recuerda aquella hermosísima historia de amor donde él se enamoró de veras por vez primera, siendo inseparables durante varios meses, hasta que un desdichado día ella le confesó que tenía dudas, que ella lo que quería era trabajar y viajar, y no quería novios. Tras una conversación para él desesperada, ella le regaló una corbata de ranas a modo de recuerdo, y el joven Paine le pidió un beso de despedida al atardecer junto al muelle del Támesis, que fue tan tierno como triste. Y nunca más la volvió a ver.

Meses después del final, supo por terceros que Helen había abandonado el colegio católico de niñas donde daba clases como profesora de dibujo, y le aseguraron para su incredulidad, que se había metido a monja de clausura.

Nunca dejó de sentirse culpable por ella. Pero esta vez viene dispuesto a llegar al fondo. Retorna al colegio donde Helen impartió clases varias décadas antes. Ni la conserje ni nadie sabe darle razón de dónde fue a parar, si bien habían oído que ingresó en alguna orden religiosa.

Como no piensa cejar en su empeño, se dirige al párroco de la iglesia católica más cercana y le interroga de qué

orden puede ser un hábito de tal color y clase como el que llevaba la sospechosa del autobús. Dominicas, concluyen.

Y busca dónde pudiera existir un convento de esa orden por todo Londres, y lo encuentra, y se presenta como un ladrón en el claustro, luciendo la corbata de las ranas. Y pregunta a la monja portera por la Hermana Helen. “Se dice *Madre*”, le corrige la de las llaves. Se disculpa y la monja le asegura que no vive la tal en ese lugar. Tras diversas preguntas que más parecen de detective, El señor Paine le interroga si no cambian acaso las monjas de nombre al jurar sus votos, perdiendo el anterior y tomando uno nuevo. Si no sería otro el que llevaría ahora. La portera ya está a la defensiva, viendo algo extraño en el sujeto que tiene delante, un tanto enfermizo o demoníaco.

Frustrado y sin solución, el señor Paine abandona el convento y la búsqueda infructuosa, y toma un autobús para volver a su casa. Cuando arranca, ve apeada tras los cristales a la monja, la suya, la de las otras veces, intenta llamarla golpeando el cristal y ella le devuelve la mirada, esta vez sí, y por su gesto sabe que lo reconoce al fin, aunque sólo fuera por las ranas, como el joven Paine que fue, quien si acaso no le hizo enamorarse de él, sí que la trastornó lo bastante para echarse en brazos de la orden donde hoy profesa. Su mirada es lo más parecido a la Soledad cuando los antiguos amantes se van alejando conforme el autobús avanza.

JUGADAS DEL DESTINO

MAITE HERNÁNDEZ SERRANO



PRESENTACIÓN

Desde muy joven, casi una niña, empecé a escribir poemas. Necesitaba plasmar en papel todos mis sentimientos. Siempre lo hacía a escondidas de mi familia, pues no quería que nadie los leyera. Estaba segura de que se burlarían de mí.

En aquella primera etapa escribía sobre el dolor y las injusticias de nuestro planeta. Era mi modo de protestar. Siempre he sentido que había cosas por hacer. Yo era una joven que quería cambiar el mundo ¡Qué ingenua! Después con los años, el mundo me cambió a mí.

He seguido escribiendo poemas hasta hoy. Y lo curioso es que ya no me escondo, no me importa que los lean. Más tarde —pero hace ya bastante tiempo de esto— empecé a escribir sobre las cosas bellas que existen: el mar, los bosques, la nieve, el sol, la luna, los amaneceres y atardeceres. La naturaleza es la fuente de inspiración, el resonar de mi espíritu. También, cómo no, los sentimientos propios y los de la gente: al fin y al cabo, la poesía se nutre de sentimiento y emoción.

Casualmente me enteré de que existía un curso para escritores, ofrecido por la Fundación Trinitario Casanova en Murcia. No me lo pensé dos veces: me apunté al curso. Quizás fui un poco atrevida, pero ha sido una experiencia maravillosa y enriquecedora. Allí, mi osadía se acercó al mundo del relato. He conocido compañeros de los que he aprendido mucho, y, siguiendo una de los principios básicos de nuestro profesor, ando escribiendo todo lo que sale de mi alma. “Escribid, escribid sin recato ni timidez. No os detengáis en lo correcto ni en lo académicamente

perfecto, que siempre tendremos tiempo de releer y corregir", nos decía.

La conocida sentencia "nunca es tarde, si la dicha es buena", en mi caso se cumple perfectamente. Creo que no peco de inmodestia si confieso que, a mis setenta años, no me desenvuelvo mal creando diálogos o componiendo historias. Esto, para una niña que apenas pudo acudir a la escuela y que escribía poesía a escondidas, es una satisfacción muy grande

iii GRACIAS!!!

JUGADAS DEL DESTINO

Había nacido y crecido en un pequeño pueblo, donde todos los habitantes se conocían y saludaban al encontrarse por la calle. También se visitaban en casa, sin necesidad de que hubiera un motivo específico para hacerlo. Eran gentes muy trabajadoras y sencillas.

Isabel era una de esas niñas del pueblo, de familia numerosa y humilde, que compaginaba su asistencia al colegio con ayudar a su madre en los quehaceres de la casa.

Así fueron pasando los años. Era muy buena estudiante, los profesores aconsejaron a sus padres que debían hacer un esfuerzo y enviarla a la capital a estudiar una carrera universitaria. No estaba claro el asunto. Su padre, categórico y contundente, se lo dejó muy claro a su esposa:

—Somos pobres, no podemos dar estudios a esta hija. También tendríamos que hacerlo con sus hermanos varones. Ya digo: no podemos. Además, las mujeres luego se casan y dejan de trabajar; en cambio, los hombres con carrera la ejercen hasta el final.

Su madre no pensaba igual. Sabía que sería un gran sacrificio para todos que su hija se trasladara a estudiar fuera, pero juzgaba que al menos debían intentarlo.

Llegado el momento de su mayoría de edad, Isabel tenía muy claro que iba a luchar por sus sueños y así se lo

expuso a su padre. Tras una dura conversación, llena de reproches, su padre sentenció:

—Si te marchas por esa puerta sin mi permiso, no vuelvas jamás.

Hizo la maleta y se despidió de su madre y hermanos. Jamás había sentido tanta amargura en su alma. Su decisión ya estaba tomada, había conseguido un trabajo de media jornada y plaza en una prestigiosa universidad: sus buenas notas le habían abierto las puertas a sus sueños.

Era una chica seria, formal y trabajadora. Pronto se acostumbró a su nueva vida. No era nada fácil, pero su espíritu emprendedor y su positividad, hacían más llevadera la vida sin su familia. A su madre la echaba muchísimo de menos. Su madre era una gran mujer, sometida a las órdenes de su padre.

Cada día cumplía con su trabajo y sus estudios. Su trabajo consistía en cuidar a unos niños, en las horas en que su madre trabajaba fuera de casa. Por las tardes acudía feliz y con ganas a la universidad. No era una empollona, pero disfrutaba mucho con sus estudios y esto pudo ser corroborado por uno de sus profesores.

Pasaron unos meses y el profesor Arizábal se convirtió en su máximo apoyo. Ella le había contado las dificultades que había tenido, para lograr hacer realidad su sueño de estudiar una carrera universitaria. Desde entonces, trató de ayudarla como tutor y amigo. Isabel se había convertido en su alumna preferida.

El profesor estaba felizmente casado. Sentía gran respeto y admiración por aquella joven: inteligente, trabajadora y luchadora. Es cierto que era una mujer atractiva, pero él la valoraba por sus virtudes, su elocuencia y pasión al tratar según qué temas de conversación. Estaba decidido a ayudarla y a potenciar todos sus valores.

Se impuso, como algo personal, que el futuro de aquella alumna dependía en gran parte de su ayuda y consejos. El reto merecía la pena.

Cada día de estudio, esfuerzo, trabajo y convivencia era una bendición para ella. Se sentía muy afortunada de poder llevar a cabo todas las tareas que requería su vida. No le importaban los horarios. Era joven, pero al contrario que a otras compañeras, no le gustaba perder el tiempo con banalidades. Cuando disponía de algún momento libre, le gustaba escribir poesía. Descargaba sobre el papel todo el dolor que le producía su situación familiar.

Llegado el verano, sus amigas y compañeras tenían planes para marchar de viaje con sus familias, a otras ciudades, al campo, o a la playa:

— Isabel, ¿dónde vas a pasar el verano? —comentaban con curiosidad.

—Tengo que decidirme con qué ONG me voy, tengo varias propuestas y cualquiera merece la pena.

Sus amigas la envidaban por la “libertad” de que disfrutaba. Por su juventud y algo de inconsciencia, no entendían que más que de libertad, disfrutaba de soledad.

— ¿Nos mandarás tarjetas postales?

— Por supuesto, tendréis noticias mías, chicas.

— Feliz verano a todas, y disfrutad con vuestra familia. “Sois afortunadas”.

Aprobó el curso con varias matrículas de honor. Ese año se decidió por la ONG “Mayores en soledad”. Siempre elegía viajar a cualquier país para cuidar de niños. Los niños transmitían mucha ternura, por lo cual se presentaban más voluntarios para estos grupos. En cambio, poca gente quería cuidar y acompañar a mayores solitarios. Los mayores contagiaban sus tristezas y absorbían la energía de los jóvenes. A ella los mayores le parecían unos pozos

de sabiduría, de los que siempre podría aprender algo. De algún modo, las personas mayores con las que trataba, le recordaban a sus padres, esos padres tan lejanos...

Ese verano la experiencia fue muy enriquecedora: conoció a personas mayores, marcadas por las desgracias y la soledad. Unos habían perdido a hijos o familiares, habían sido olvidados en cualquier residencia de ancianos. Sus hijos no tenían tiempo de cuidar de sus padres. ¡Qué injusta es a veces la vida! Ella no podía visitar su casa ni disfrutar de la compañía de sus padres; en cambio, aquellos ancianos se encontraban solos y descubrían en su presencia y buen trato un alivio para su soledad. Isabel se entregaba por completo a los demás. Se había propuesto hacerles la vida agradable y feliz y lo estaba consiguiendo.

También ella se sentía especialmente feliz ese verano. Había conocido a un joven médico que amaba su profesión y estaba dispuesto a ayudar a los demás siempre que lo necesitaran. Cuando lo conoció, sintió algo diferente; no era como otros chicos que había conocido en la facultad. Alberto era un chico atractivo físicamente, pero lo que más le llamó la atención fue el corazón tan grande que poseía y el amor que desplegaba hacia los más desfavorecidos.

Siempre que conocía a un chico nuevo, sin querer, lo comparaba con el profesor. Ningún joven salía bien parado con la comparación. El profesor era su hombre ideal. En cambio, el médico la había ganado por completo.

Cuando se presentaron el primer día, ella estaba un poco nerviosa:

—Hola, mi nombre es Isabel y soy voluntaria solo en verano, cuando mis estudios me permiten dedicar el tiempo libre a los demás.

—Yo soy Alberto, y me dedico a los demás todo el año. Soy muy afortunado. Poder ayudar a otras personas me produce una gran felicidad.

Aquel joven era su alma gemela. No pensaba en el dinero, ni en coches nuevos, en todo lo que piensan los jóvenes de su edad. A él hacer felices a los demás le compensaba de todos sus esfuerzos.

Aquel verano Isabel trabajó y participó en el proyecto con más ilusión que nunca. Sabía que no podía llegar a nada con él. Ella tenía que volver a España y terminar sus estudios, mientras Alberto se pasaba la vida de un sitio a otro, allí donde hacía falta. Fue maravilloso compartir el trabajo y charlar con él.

—Cuéntame Isabel, ¿cómo es tu vida fuera del voluntariado?

—Estudio y trabajo, como otras muchas jóvenes.

—Ya, pero ¿tienes por ahí a alguien especial con quien compartir tus ilusiones y proyectos?

—Si te refieres a un hombre, no. Aún no me ha llegado la hora de compartir proyectos con esa persona especial. O quizás ha llegado y no me he dado cuenta —se sonrojó al pensar en el profesor.

—Y tú, ¿tienes en algún lugar de los que visitas, un amor esperándote?

—Yo no puedo pensar en el amor, al menos hasta que me sitúe y esté centrado. Debo tener un destino fijo y una seguridad que ofrecer a mi pareja. De momento es muy difícil; con la vida que llevo, no puedo hacer planes.

Fue un verano inolvidable. Al despedirse, los dos sintieron que dejaban pasar una gran oportunidad de conocerse mejor, pero el mundo no se iba a parar por lo que ellos sintieran. Se dieron los teléfonos y prometieron mantener aquella bella amistad.

En el vuelo de regreso a su hogar, el avión se fue elevando y alejando poco a poco. Isabel volvía muy pensativa. A nueve mil pies de altura, las preguntas sin respuesta desataron un monólogo interior con furia:

—¿Y si Alberto hubiera sido un chico de mi ciudad?, ¿y si hubiera trabajado en un hospital cercano?, ¿podría haberlo dejado todo por él? ¿Y si, y si...?

Ya todo daba igual. De nuevo el amor le había dado la espalda. Ahora solo le quedaba volver a su trabajo y estudios, centrarse en su carrera y olvidar lo demás. Parecía que podía conseguir todo lo que se propusiera, pero el amor se le resistía.

Aconsejada siempre por el profesor, también había estudiado fuera unos años para perfeccionar los idiomas que incluía en su carrera. Deseaba tener una formación completa y lo estaba consiguiendo. Qué poco quedaba en ella de aquella niña que salió de su pueblo con el corazón roto y los bolsillos llenos de ilusiones.

Transcurridos unos años, Isabel se había convertido en una investigadora muy celebrada, autoridad académica y famosa conferenciante.

Había mantenido correspondencia en secreto con su madre. Le comunicaba las cosas buenas que le ocurrían. También a través de su madre sabía de sus hermanos. Con su padre no había vuelto a cruzar palabra. Por supuesto no había vuelto a pisar su casa.

La primera conferencia que dio tuvo lugar en una ciudad muy próxima a la suya. Los recuerdos le atenazaban la garganta. Salió segura de sí misma, pero con un gran dolor en el alma.

Acabada la conferencia, la obsequiaron con un vino español y con un sinfín de halagos. Estaba inmersa en la conversación, cuando le dijeron que tenía una visita. Vol-

vió la cabeza y se encontró con las figuras de sus padres. Sí, su padre y madre cogidos del brazo caminaban hacia ella, con lágrimas en los ojos. Se fundieron en un gran abrazo.

—Perdóname Isabel, perdóname —repetía su padre sin consuelo.

—Te quiero hija mía, siempre te he querido. Mi estúpido orgullo me ha impedido venir antes.

Isabel también lloraba y abrazaba a sus padres.

—No importa ya nada el pasado, padre. Ahora debemos aprovechar el tiempo y vernos con toda la frecuencia posible —su madre asentía con la cabeza.

—Hija mía, por fin podremos vernos y disfrutar tus triunfos.

Allí acababa y empezaba una nueva etapa de su vida. Desde ahora podría ir a visitar a su familia y disfrutar de sus padres los años que le quedaran de vida.

Le habría gustado contar este bonito reencuentro al profesor Arizábal, pero hacía años que no se habían visto, ni habían tenido contacto. El profesor había sido para Isabel como un padre, ese padre que perdió cuando se marchó de casa.

Había tenido algunas relaciones con hombres, pero ninguna llegó a buen puerto. A veces pensaba que ella era la culpable; otras en cambio, estaba segura de que, para algunos hombres, es muy difícil estar con una mujer inteligente y bien considerada. Creen que ellos salen mal parados, si se les compara con su pareja. Llegados a este punto, siempre recordaba al profesor ¿Por qué sería? Ella era feliz con su vida. No estaba cerrada al amor, pero tampoco obsesionada por no estar casada y tener unos hijos. Disfrutaba cada día de lo que la vida le ofrecía (que era mucho).

Empezó a viajar por el mundo, tanto por trabajo como por placer. Disfrutaba conociendo otras culturas, gastronomías, formas de vivir. Disfrutaba tanto el viaje como volver de nuevo a su hogar. Sentía que vivía en el mejor rincón del mundo.

Durante una conferencia que impartió en la capital del país, observó que entre el público del auditorio se encuentra su antiguo profesor universitario. Sintió un vuelco en el corazón. ¡Qué casualidad! Sus mejillas se sonrojaron, como cuando era una jovencita.

Al terminar la conferencia, ambos corrieron a saludarse y darse un entrañable abrazo.

—Isabel, ¡cómo me alegro de verte! —exclamó el profesor.

Isabel, por su parte, no podía articular palabra. Allí estaba, delante de ella, el hombre más importante de su vida. Sí, sin lugar a dudas aquel hombre había dejado en ella una huella imborrable.

Pasado el primer momento de emoción, Isabel le dijo:

—Profesor, yo también me alegro mucho de verlo.

—No me llames profesor, por favor, soy Jaime, tutéame.

Salieron a tomar un café y empezaron a dialogar sobre lo que les había ocurrido en estos años en que no se habían visto.

—Bueno Isabel, cuéntame, ¿qué es de tu vida?, ¿te has casado?, ¿tienes hijos?, ¿dónde vives?

Isabel era feliz con su vida. Tenía un buen trabajo, una buena situación económica, prestigio, amistades, vida social, viajes por el mundo, pero... en estos momentos, tener que reconocerle a su antiguo profesor que no se había casado, no había tenido hijos, ni formado una familia, le suponía como reconocer un fracaso personal.

A pesar de todo, le puso al día de su vida, tanto laboral como personal. Le contó que sus padres la habían visitado y sorprendido en su primera conferencia.

Jaime por su parte, se había quedado viudo hacía dos años. Un cáncer se había llevado a su mujer. Tenía dos hijos maravillosos: Laura, una gran diseñadora de moda y Alberto, un importante psiquiatra. Ambos estaban casados y tenían niños.

Quedaron en verse otro día. Se dieron el teléfono y se despidieron como dos buenos amigos.

Esa noche Isabel no pudo conciliar el sueño: el encuentro con su antiguo profesor, saber que estaba viudo... Todo daba vueltas en su cabeza. Ese hombre que durante años no pudo olvidar, volvía a su vida. Precisamente ahora.

Volvieron a verse más veces, salían a pasear. Era otoño, esa época en que los árboles pierden sus hojas y el color verde se convierte en dorado. A Isabel le entristecía mucho esta estación del año, todo lo que escribía era triste, aunque no sabía por qué. Ella adoraba el verano. El sol y el cielo azul le daban vida.

Cada nueva cita les unía más. A veces, ella se descubría canturreando sin darse cuenta. Se sentía feliz. Entre ellos existía una gran complicidad. Ella lo admiraba muchísimo. Era un hombre culto y todavía de buen ver. Tenía todo el cabello blanco, pero esto le daba un toque de seriedad y estilo. Le llevaba unos cuantos años. Esto, sin embargo, no le parecía motivo para dejar de pensar en él. Es más: nunca olvidaría todo lo que la ayudó en su juventud.

Jaime también se sentía atraído por ella. Ya no era aquella joven, que, partiendo de cero, se había propuesto realizar sus sueños. Ahora era una mujer bella, fuerte, inteligente, con don de gentes, que había conseguido rea-

lizar muchos de sus sueños. Un modelo de persona. Siempre la recordó con mucho cariño a lo largo de los años que no se vieron.

Aquel día en que Jaime la llamó para verse y tomar algo, pensó que era el momento de hablar sobre la vida de los dos. Se había acostumbrado a su presencia. Su conversación, su cariño, todo le parecía nuevo y hermoso. Jaime, incluso le había presentado a sus hijos y nietos. Estaban encantados de que su padre se viera con Isabel. Les parecía que estaba muy ilusionado. Reencontrarse con su antigua alumna le había cambiado el carácter un poco serio y triste de los dos últimos años.

Cuando se vieron, Jaime captó que algo pasaba. Isabel estaba más seria que de costumbre.

—Tenemos que hablar de nosotros Jaime —le dijo ella.

—Bien, hablemos de lo que quieras —le contestó él.

—Sabes que nos hemos visto varias veces, yo estoy empezando a tener sentimientos por ti...

—Espera, espera un momento Isabel. Debo ser yo el que dé el primer paso. Yo también siento mucho por ti. Para mí esto es algo nuevo. Creía que no volvería a sentirme así con nadie. Tengo a mis hijos y nietos que me hacen muy feliz, pero vivir un nuevo amor a mi edad es un regalo de la vida. Quiero estar junto a ti y quiero que seamos felices. Creo que los dos nos lo merecemos.

Al llegar a este punto, a Isabel se le hizo más duro lo que quería hablar con él.

—Déjame hablar, por favor. Me he comprometido con una organización internacional sin ánimo de lucro, para investigar y estudiar por diferentes países hispanoamericanos durante varios años. Quería dar más sentido a mi vida y ayudar a los más desfavorecidos. No esperaba volver a encontrarme contigo. No esperaba sentir esto por ti.

Ha sido una jugada del destino, que no me ha salido bien. No quiero que intentes convencerme para que deje todo lo que tengo proyectado. Pero tampoco te voy a pedir a ti que me sigas. Tú tienes a tus hijos y nietos, tienes tu vida aquí.

Jaime no esperaba esta noticia. Le costó reponerse del impacto que le había causado. Efectivamente el destino a veces es muy cruel con las personas. Pero no podía pedirle a ella que abandonara todos sus proyectos e ilusiones. Si ya se sentía enamorado, lo que acababa de escuchar reforzaba lo que siempre había pensado de ella: una gran mujer, luchadora, valiente, trabajadora y con un corazón muy grande. Esto era el fin.

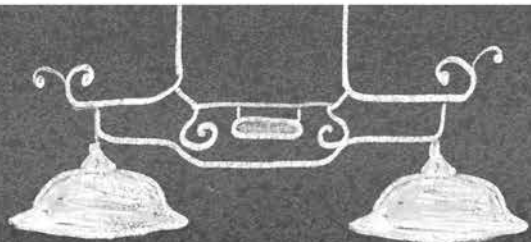
Llegado el momento de la despedida, se abrazaron y besaron. Sabían que no volverían a verse; por tanto, mantener el contacto por teléfono o escribirse solo aumentaría su tristeza y nostalgia. Bastante duro sería para ella volver a su vida cotidiana, sin la ilusión que la había mantenido tan cerca del cielo en las últimas semanas. Isabel le dijo:

—Si te sirve de algo, eres el único hombre que he amado en mi vida.

Salió corriendo sin volver la vista atrás. Las primeras lágrimas rodaban por su rostro descontroladamente. Después... vendrían muchas más.

SANDOKÁN EMILIO SALGARI
78 PESETAS

MIGUEL ÁNGEL DÍAZ PINTADO



LIBRERIA



PRESENTACIÓN

Pronto comprendí que la vida había tejido a mi alrededor una sutil e invisible tela de araña de la que me resultaría imposible escapar. Deber, responsabilidad, supervivencia eran barrotes más fuertes que aquellos hechos de acero.

Han transcurrido muchos años en esa cárcel.

Pero un día me descubrí enamorado de una palabra: era Maresía. Me pregunté qué extraña perversión sería aquella, mas debo proclamar mi inocencia: fue ella quien me sedujo. Yo aún no lo sabía, pero Maresía había venido a rescatarme. Tiempo después me despertó intempestiva una noche y me conminó insistente a que le escribiera un cuento. En los días y meses que sucedieron decenas de palabras hermosas acudieron en mi auxilio. Aún lo hacen.

Desde entonces libro una batalla sin cuartel contra mi encierro. Por primera vez creo que pronto seré libre.

SANDOKÁN EMILIO SALGARI 78 PESETAS

Se lunes, al llegar a la librería Virgen de los Reyes, Manuel detuvo su camino. Acercó su cara al escaparate y comprobó que el libro seguía allí: Sandokán y Emilio Salgari, dos nombres escritos en grandes letras blancas sobre una tapa de cartulina verde. En el centro, una ilustración de un pequeño barco de vapor que navegaba por un río, y en el que varios piratas disparaban contra un cocodrilo, le anunciaba la aventura que tanto ansiaba disfrutar. Encima del libro, en un trocito de papel cuadrado, se podía leer el precio: 78 pesetas.

—Ya solo quedan dieciséis días más. ¡Aguanta Sandokán, aguanta, solo dieciséis, pronto estaremos juntos! —dijo acercándose aún más al cristal y hablándole al libro como si pudiera oírle.

Manuel había pensado un plan y lo llevaba a cabo con decisión: ahorra tres pesetas con su ayuno en el instituto. Llevaba diez días ya sin desayunar y en dieciséis más lograría reunir las setenta y ocho pesetas que costaba el libro. Sin dejar de mirarlo, se colocó la mochila sobre su cabeza y antes de reanudar su caminata de vuelta a casa se despidió:

—Sandokán Emilio Salgari 78 pesetas, ¡dieciséis días!

Cerca de casa tomó un desvío para pasar por la puerta del taller del pintor. En el bajo de un edificio, Pedro tra-

bajaba con la persiana levantada para que entrara la luz y quedaba a la vista de los que pasaban por allí. Cuando llegó, Manuel bajó la mochila de su cabeza, la colgó al hombro y se quedó absorto mientras miraba en silencio cómo aquel hombre, al que tenía por un gran artista, pintaba el paisaje de montaña que le había visto hacer tantas veces.

Pedro lo miró y sonrió al observar la fascinación del niño cuando punteaba con el pincel, untado en óleos verdes y ocres, las brillantes hojas de los abetos sobre el fondo negro del bosque.

—¿Cuándo va a pintar el cervatillo? —preguntó Manuel.

—¿Otra vez, Manuelillo?, ¿cómo me preguntas siempre lo mismo?

—Ya, lo sé, pero... ¿falta mucho? —insistió.

—¡Quillo!, ¡si ya sabes que eso es lo último, Manuel! —adujo con paciencia Pedro.

—¿Por qué tiene que ser lo último? El cervatillo es muy importante y lo podría pintar antes.

—¡Manuelillo, que primero hay que pintar el bosque, hombre! —contestó el pintor con una sonrisa—, para que pueda correr y encontrar un sitio donde crecer y vivir, ¿comprendes?

Manuel no pareció muy convencido con aquella explicación y puso de nuevo la mochila sobre su cabeza.

—Bueno, pero... ¿mañana empezará a pintarlo? —se despidió mientras comenzaba a caminar de nuevo.

Minutos después llegó al portal de su casa. “¡Que no esté, que no esté!”, pidió para sus adentros. Al entrar buscó con la mirada a Francisco. “¡Jo!, ¡el gordo!” pensó con fastidio al verlo embutido en su minúscula garita de vigilante, con la cabeza gacha y la vista fija en el periódico. Nunca lo había oído hablar y eso a Manuel le inquietaba. Se le

antojaba que Francisco era como una estatua horrible que le había asustado una vez en la entrada de una catedral. Pensaba que la única misión de aquel portero inflexible era hacer que se cumpliese a rajatabla lo que decía una placa metálica en el ascensor: “Prohibido el uso a menores de 14 años no acompañados”. Miró a Francisco y probó suerte, retándole. Se dirigió hacia el ascensor hasta que el portero, sin levantar la vista del periódico ni decir una sola palabra, emitió su veredicto:

—¡Chist, chist, chist...!

Manuel resopló contrariado y renegó por aquella prohibición que le parecía estúpida y absurda. Dio media vuelta y subió por las escaleras los cuatro pisos hasta su casa, al tiempo que en su interior lanzaba un desafío: *“¡Cuando no estés subiré por el ascensor y no podrás impedirlo!*

De vuelta a casa desde el instituto, Manuel ponía sobre su cabeza la mochila llena de libros, cuadernos, bolígrafos y lápices que utilizaba en las clases y caminaba sin sujetarla con las manos. Se sentía orgulloso por lo que creía era un don y observaba que a veces los adultos le miraban de una forma que él interpretaba como una señal de admiración.

En su camino comprobaba todos los días que Sandokán Emilio Salgari 78 pesetas seguía esperándole, paciente, en su rincón de la librería Virgen de los Reyes, y él, a su vez, le informaba de los días que faltaban para estar juntos: doce, ocho, cinco, tres...; cada día veía cómo el cuadro se poblaba de pinos y abetos, se llenaba el lago glaciar con sus aguas gélidas y cómo Pedro completaba ese mundo alpino que le gustaba tanto; y terminaba su recorrido cuando perdía sin remedio el pulso con Francisco, guardián del edificio, y subía por las escaleras los cuatro pisos hasta su casa.

Manuel había descubierto desde pequeño que los libros le hablaban de héroes extraordinarios y de aventuras insólitas que leía con voracidad, y que los cuadros le mostraban lugares remotos y fascinantes con los que soñaba incluso despierto. Entre los cuadros y los libros Manuel construía un mundo de fantasía, alejado de aquel otro incomprensible de los mayores, en el que él era el héroe que vencía con su esfuerzo los obstáculos, ganaba las batallas y los retos y conseguía tesoros como premio, y en el que, casi sin darse cuenta, a veces encontraba respuestas a preguntas e inquietudes que bullían en su cabeza y en su corazón de niño.

Pero el mundo real de Manuel distaba mucho del de sus fantasías. Vivía desde muy pequeño rodeado de carencias y dificultades. Era consciente de que su familia pasaba con frecuencia por situaciones que no podía comprender, y de las que no entendía las razones por las que se producían ni cómo se solucionaban; comprobaba además que a sus compañeros y amigos no parecía que les ocurriera lo mismo y comprendió pronto que de esas cosas era mejor no hablar con ellos; sabía y aceptaba en silencio, como algo natural, que en casa sus deseos e inquietudes quedaban fuera de la lista de asuntos a resolver.

El día en que Manuel ahorró las últimas tres pesetas llevó a las clases de la tarde su tesoro: setenta y ocho monedas de una peseta guardadas en una bolsa en el fondo de su mochila. Al salir del instituto, a las seis de la tarde, empezaba a anochecer. Corrió hasta llegar a la librería Virgen de los Reyes y puso sobre el mostrador las monedas en montoncitos.

—Sandokán Emilio Salgari 78 pesetas —dijo—, y señaló con el brazo hacia el escaparate. El librero sonrió sorprendido por esa insólita determinación en un niño de

apenas doce años y por aquella colección de monedas de peseta.

Al salir de la librería puso de nuevo la mochila sobre su cabeza y, con el ansiado botín en la mano, comenzó a caminar erguido y de prisa hacia su casa. Quería llegar cuanto antes y empezar a leer.

Al llegar al taller de pintura, paró lo justo para mirar el cuadro y enseñarle con orgullo el libro al pintor.

—¿Lo has comprado con tus ahorros? —preguntó Pedro. Manuel le contó su ayuno durante veintiséis días.

—¿Por qué es tan importante, Manuelillo?, ¿merece tanto esfuerzo? —preguntó el pintor hojeándolo.

—¡Sandokán es el Tigre de Malasia, el mejor pirata! Le han quitado su isla y su familia y va a luchar para recuperarlo todo. ¡Tengo que saber cómo lo consigue! —contestó con ímpetu.

—¿Me irás contando, no? —pidió Pedro, sorprendido por la respuesta de Manuel y por la pasión con la que hablaba.

—Vale... ¡pero pinte el ciervo ya! —gritó Manuel mientras se alejaba.

Cuando llegó a su edificio ya era de noche. No quiso perder el tiempo con desafíos inútiles y comenzó a subir a su casa por la escalera. Había subido sólo unos escalones cuando oyó a Francisco.

—Chist, chist, chist...

Giró desconcertado la vista hacia el portero y vio cómo le señaló con la cabeza hacia el ascensor. Manuel se paró sin entender. Sin abrir la boca, aquel hombre al que tenía por una estatua de piedra volvió a indicarle por señas que subiera por el ascensor. Al mediodía se lo había impedido y se preguntó qué es lo que habría cambiado en apenas unas horas. “¿Será por Sandokán?” fantaseó con el libro en

sus manos. Le asustó oír hablar a Francisco por primera vez.

— Un niño no debería pasar por esas — dijo entre dientes, con la cabeza gacha y la vista fija en el periódico. Sin comprender qué había querido decir, entró al ascensor y subió a su casa.

Al tocar el timbre no sonó. Pulsó varias veces pero no se oía nada. “*Se habrá roto*”, pensó. Llamó con los nudillos y unos segundos después su madre abrió la puerta. Entonces supo lo que había cambiado de la mañana a la noche: la casa estaba totalmente a oscuras.

— Mamá, ¿qué pasa, otra vez no hay luz, mamá?

Oyó a su madre repetir cosas oídas ya en otras ocasiones, palabras que no entendió demasiado sobre recibos de luz sin pagar, de su padre, acerca de un dinero esperado, sobre el día siguiente. Esa noche Manuel, sus seis hermanos y su madre cenaron a la luz de una vela sacada del cajón de los rescates. Después, sobreponiéndose a su propia desolación, la madre transformó otra vez una noche de tinieblas en un escenario de juegos y la casa se llenó de gritos alegres y nerviosos, de carreras y pillados, de susurros de complicidad y risas infantiles. Los niños jugaron hasta que cayeron rendidos.

Ya en su cama, Manuel pensaba en su libro. “*¡Tanto tiempo esperando y ahora...!*”. Ahora, a tan solo un clic del interruptor de la pared, cuando solo tenía que abrir aquellas páginas para sumergirse en ese mundo que le fascinaba, Manuel no tenía luz para leer.

En su cabeza se mezclaron las imágenes de piratas malayos, barcasas y chalupas, brahmanes y ríos sagrados, tigres y selvas, territorios lejanos donde solo los hombres más valientes sobrevivían a los peligros y las adversidades, con las de su mirada esquivando la de su madre du-

rante la cena y rehuendo su cercanía en los juegos, con sus deseos de gritar con todas sus fuerzas, de golpear las paredes con los puños, de tirarlo todo por los suelos, de salir corriendo a no sabía dónde, *“quizá a casa de un amigo que tenga luz para leer”*, pensó. Se sentó en su cama y con Sandokán Emilio Salgari 78 pesetas cogido en sus manos, lloró de impotencia en silencio.

Su llanto y sus pensamientos quedaron de pronto acallados por una respiración desconocida. Se asustó, retrocedió en la cama y buscó el amparo de la pared en su espalda. Inmóvil y con el libro a modo de parapeto, la respiración contenida y el corazón latiendo delator, escuchó atento los sonidos y miró más allá de las tinieblas. Oía una exhalación animal, salvaje, repetida en una cadencia, como un rugido contenido; sintió un sigilo caliente a su alrededor; olió el hedor húmedo de la bestia que mero-deaba a su presa inminente; descubrió sobre unos ojos amarillos y reflectantes dos pupilas dilatadas.

—Soy el tigre de Malasia —le pareció escuchar en un rugido hondo que no supo si era real o provenía de su imaginación—. Devoro hombres... ¡y he venido a devoraros!

Paralizado y mudo, escrutó las sombras con sus ojos bien abiertos, queriendo ahuyentar el miedo y la oscuridad. Permaneció en vela mucho tiempo, hasta que la madrugada y el agotamiento le cerraron los ojos.

Manuel comprobó pronto que la bestia le acecharía desde esa noche muchas otras. Los días de luz cortada por falta de pago, o en los que la comida era escasa; cuando acompañaba a su madre a comprar fiado; tras las discusiones de sus padres escuchadas a través de sus oídos tapados; cuando la desolación enrojecía el rostro de su madre y vidriaba sus ojos... sabía que el tigre aparecería en la oscuridad de su cuarto y exhalaría su rugido amenazante:

—Soy el tigre de Malasia, devoro hombres... ¡y he venido a devoraros!...

Cada una de esas noches decidía, como ya había aprendido, que al día siguiente no contaría nada a sus amigos y compañeros sobre la oscuridad, ni sobre el hambre o los traslados de casa urgentes, ni de los gritos o la ausencia. Y tampoco de la fiera.

El alba le abría los ojos y en cada amanecer, sobre el cansancio y la tristeza, surgía en ellos el brillo de una avidez invencible, se dibujaba en sus labios una obstinación invencible y crecía en sus piernas una fuerza invencible. No se dejaría vencer.

Manuel comenzó a correr al salir del instituto al mediodía, con su mochila bajo el brazo, veloz como nunca antes.

Al pasar por la puerta de la librería veía el espacio, ahora vacío, donde había estado su libro y sin parar de correr, gritaba:

—¡Sandokán Emilio Salgari 78 pesetas!

Al pasar por el taller del pintor veía cómo Pedro todavía pintaba los bosques y las montañas, y sin parar de correr, gritaba:

—¡Quiero que pinte ya el ciervo!

Al entrar en su portal veía a Francisco, vigilante en su garita, y sin parar de correr entraba al ascensor y subía al cuarto piso.

Y en su casa, encerrado en su habitación, leía su libro con una pasión incontenible.

El día en que leyó la última página de Sandokán Emilio Salgari 78 pesetas, Manuel se dijo a sí mismo:

—¡Sandokán, Sandokán es el único Tigre de Malasia! Y tú —añadió lanzando un desafío a ese otro tigre que le acechaba algunas noches—, ¡tú eres un vulgar tigre de la selva!

Retomó su normalidad y esa tarde, al llegar con su mochila sobre la cabeza a la puerta del pintor, vio que ya había pintado el ciervo en lo alto de una colina. Pedro le dijo satisfecho:

—¿Ves, Manuel? ¡Ya está pintado tu cervatillo! —exclamó.

El niño observó el cuadro mientras se colgaba la mochila al hombro.

—¿Pero si casi no tiene cuernos! —dijo decepcionado.

—Claro, Manuel, es un ciervo muy joven, le empiezan a salir ahora.

—¿Y cómo va a defenderse con esos cuernos tan pequeños?

—¿Defenderse? —Pedro le miró extrañado.

—¿Y si se lo quiere comer el tigre? —volvió a preguntar.

—¿El tigre?

—Sí, el tigre —recalcó el niño.

—¡Pero Manuelillo, si en ese bosque no hay tigres!, los tigres están en Asia o en África, ¡qué sé yo!, pero no ahí. ¿Qué es eso del tigre?

—El tigre está en todos los sitios. Seguro que está escondido entre los árboles —afirmó, al tiempo que miraba a Pedro y señalaba el cuadro con su mano.

Pedro dejó de trabajar, escrutó con sus ojos de pintor a Manuel y percibió la tristeza de su rostro. Cogió un pincel y se lo ofreció.

—¿Te atreves a pintar? —le preguntó.

Desde ese día Pedro y Manuel pintaban juntos cada tarde y el niño le hablaba de las aventuras de Sandokán, de las apariciones del tigre, de las noches sin luz, de los desahucios, los gritos, las ausencias.

—Sandokán vive en una isla que se llama Mompracem —dijo una tarde mientras pintaba.

— ¡Quillo!, ¿por qué a los piratas les gustarán tanto las islas? — preguntó Pedro—. Porque me dijiste que Sandokán es un pirata, ¿no, Manuel?

— ¡Claro, es el jefe de los piratas! — exclamó—. Creo que es porque necesitan una isla para esconder el barco y para refugiarse de sus enemigos. Allí están a salvo de los peligros y no tienen que estar siempre huyendo. A Sandokán le fastidiaría mucho tener que ir a vivir a otro sitio que no fuese su isla.

— ¡La guarida del pirata, claro! — exclamó Pedro entre risas y mostrando con gestos su conformidad con la explicación. Ambos siguieron pintando en silencio y al rato Manuel habló de nuevo.

— En la selva, cuando aparece el tigre por la noche, todos los pájaros y los otros animales se callan y se quedan muy quietos para no hacer ruido.

— ¿Y para qué hacen eso, Manuelillo? — preguntó el pintor sin dejar de trabajar.

— ¿Para qué va a ser? Para que el tigre no los encuentre — contestó Manuel extrañado de que el pintor no supiera algo tan fácil de entender.

— ¿Y cómo saben los animales que hay un tigre cerca? Por los rugidos, ¿no? Porque si es de noche no...

— Lo huelen. Los tigres huelen que apestan — interrumpió—. Y son muy silenciosos, solo rugen cuando van a atacar.

— ¿Y tú cómo sabes eso, quillo?

Manuel dudó unos segundos.

— Yo también huelo al tigre antes de que se me aparezca.

— ¡Manuel! — gritó el pintor sin poder contenerse y dejando de pintar. Miró al niño durante un rato intentando comprender.

—¿Y en ese momento tú qué haces? —preguntó.

Manuel puso el pincel en el caballete y se limpió la pintura de las manos con un paño.

—Yo también me quedo callado y quieto en la cama para que no me encuentre —dijo al tiempo que cogía la mochila.

Pedro lo miró con un gesto de aprobación. Antes de reanudar el camino hacia su casa, Manuel añadió:

—Pero Sandokán dice que los tigres huelen el miedo de sus presas.

Mientras pintaba de nuevo junto a Pedro, días después, el niño le hizo una petición.

—¿Podríamos hacer el cuadro de otra forma?

—¿Cómo de otra forma? —inquirió Pedro intrigado.

—¿Podríamos pintar el ciervo en la isla del lago?

—¿Y eso para qué?

—Para que no se lo pueda comer el tigre, en la isla estaría a salvo —argumentó.

Pedro cogió a Manuel de los hombros y se agachó hasta que sus ojos quedaron a la altura del niño.

—Manuelillo, ¿ese tigre que se puede comer al cervatillo es el mismo que se te aparece rugiendo por las noches en tu habitación?

El niño afirmó con gestos. Pedro también asintió, percibiendo y sintiendo el temor y la indefensión de Manuel.

—¿A ti te gustaría vivir en la isla? —preguntó el pintor, pensando en lo que le había dicho.

Manuel no supo qué decir y se encogió de hombros.

—Manuel —dijo poco después—, el ciervo es un animal salvaje y está destinado a ser libre. Su libertad le obliga también a aprender cómo vivir y a defenderse de los peligros.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó.

—No sé, Manuel. ¿Qué hace Sandokán cuando se le aparece el tigre?

El niño volvió su mirada hacia Pedro. Un brillo espon-táneo afloró en sus ojos y las palabras brotaron impulsivas de sus labios.

—¿Sandokán? ¡Sandokán se enfrenta al tigre y acaba con él con sus propias manos! —gritó orgulloso y desafiante, levantando el puño al aire.

—¡Es lo que yo imaginaba! —asintió Pedro sonriendo.

El niño calló pensativo unos segundos.

—Pero Sandokán es grande y fuerte —objetó después.

—Tú también lo serás dentro de poco —añadió el pintor tras una pequeña pausa—. El tigre, Manuel, quiere atemorizarte por lo que pueda pasarte a ti y a tu familia. Es normal que tengas miedo. Si yo estuviera en tu lugar también lo tendría. Pero, ¿sabes?, cuando seas mayor el tigre te olerá y sabrá que ya no le tendrás miedo. Y entonces desaparecerá para siempre.

Pedro hizo otra pausa, pensando cómo continuar.

—Vamos a hacer una cosa, Manuel —dijo después.

—¿Qué?

—Pintaremos el ciervo en la isla. Así, como tú quieres, estará a salvo, ¿te parece?

—¿Y vivirá ahí para siempre?

—¡Quillo, pues claro que no, Manuel!, ¿te gustaría a ti estar siempre solo? Cuando aprenda a valerse por sí mismo, y le crezcan los cuernos y pueda defenderse de los peligros, entonces volverá a sus bosques para estar con los otros ciervos de su manada.

Manuel asintió satisfecho y puso la mochila sobre su cabeza. Apenas comenzó a caminar, el pintor le llamó.

—¡Manuelillo! —gritó.

El niño se detuvo y volvió la cabeza.

— ¿Sabes?, ¡a lo mejor en la isla encuentra a otros ciervos! — dijo sonriendo.

De vuelta a casa Manuel continuó poniendo sobre su cabeza la mochila que utilizaba en las clases del instituto y caminando erguido sin sujetarla con las manos.

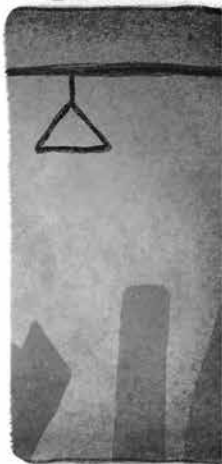
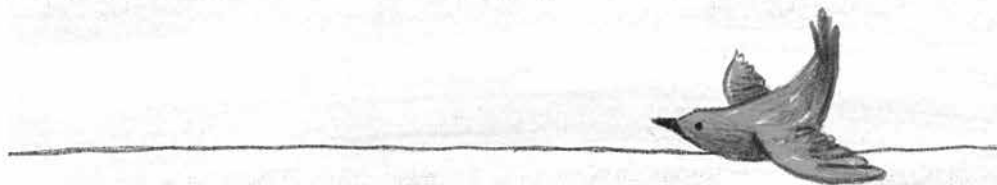
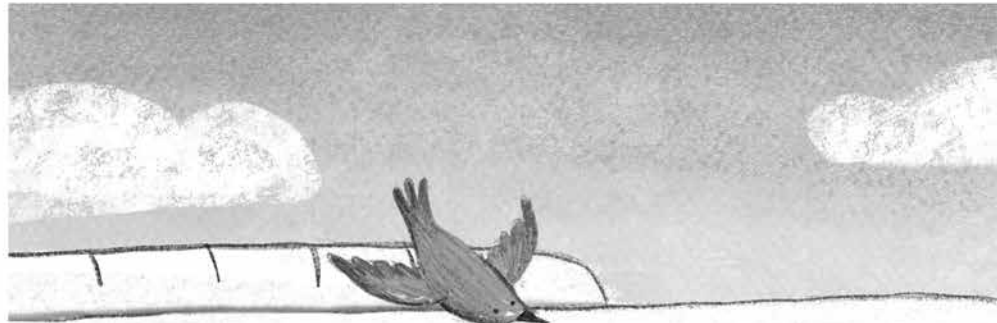
Al llegar a la librería Virgen de los Reyes pasaba de largo. Pero aquel viernes algo llamó su atención en el escaparate. Detuvo sus pasos y acercó la cara al cristal. Vio dos nombres escritos en grandes letras rojas sobre una tapa de cartulina de color blanco, y en el centro una ilustración de un hombre con barba, sentado en una cabaña y escribiendo en un pergamino. Encima, un trocito de papel cuadrado ponía 66 pesetas. Manuel entró en la librería y señaló el libro.

— ¿Puedo? — preguntó. El librero le dio permiso y Manuel lo ojeó y leyó la reseña de la contraportada. Después lo puso en su sitio y salió de la librería. De nuevo en el escaparate, alargó su mano derecha y la llevó al cristal, cerca del libro, como si quisiera acariciarlo, y permaneció de ese modo durante unos segundos. Tras poner la mochila en su cabeza, punteó una cuenta con el pulgar en los dedos de su mano y antes de comenzar a andar exclamó:

— ¡Robinson Crusoe Daniel Defoe 66 pesetas!... ¡Veintidós días!

PARADA

MARÍA ÁNGELES CEBRIÁN LÓPEZ



PRESENTACIÓN

La curiosidad por escribir se me despertó en un momento tardío de la vida, cuando los niños ya estaban crecidos, el trabajo estable y la hipoteca casi pagada. Pero de niña tuve la suerte de tener dos excelentes narradores en casa, mi abuelo y mi madre, y crecí inmersa en la escucha de sus cuentos. Mi abuelo, casi siempre estaba en cama, y cada tarde mi madre me enviaba a su habitación a llevarle la merienda, que solía ser yema de huevo batida, con vino y azúcar. Recuerdo el momento en que subía los escalones, muy despacio, y de vez en cuando, un sorbito, para que no se derramara ni una gota de aquel delicioso néctar. Luego arriba, mi abuelo me cautivaba con sus leyendas y cuentos de tradición oral: El enano saltarín, La flor de la lila, Guante, correa y sombrero... e igualmente hizo mi madre, nos estuvo contando cuentos, inventados a veces, casi hasta el final de su días. Mi afición a la lectura, y después a la escritura, nació del amor de esas narraciones de la infancia. A esto ayudó que mi hermana mayor (la pequeña después también trabajó el tema del cuentacuentos) se suscribiera al Círculo de lectores y en casa no faltaron lecturas; desde las aventuras de Los Cinco, al principio, hasta Marguerite Yourcenar, García Márquez, Kafka, Cortázar... más tarde.

Ahora escribir, para mí, no llega a ser un oficio, ni un pasatiempo, es más bien un viaje que se inicia cuando una palabra, una frase o una idea te atrapa, y empiezas a darle vueltas en tu cabeza, y luego viene otra, y ahora una imagen, una vivencia, y vas tirando del hilo hasta que de pronto tienes un entramado de historia que unas ve-

ces crece y otras veces, deshaces; con unos personajes sobre los que vuelcas tus propias emociones, sentimientos, frustraciones... con una voz narrativa que te guía... No es tarea fácil, ni obra sólo de las musas, hay que barajar muchos elementos, buscar un “incipit” que enganche, un final que no defraude, sin olvidarnos de dotar al relato de su misterio correspondiente. Pero cuando estás en medio de ese cóctel, de esa maraña creativa, tienes la sensación de que el tiempo parece desaparecer y puedes llegar a un estado de flujo, de suma satisfacción, que muy pocas cosas te pueden proporcionar. Es la magia de tejer con las palabras, su poder terapéutico.

Agradezco la magnífica labor de los talleres de escritura creativa, en particular la de la Fundación Trinitario Casanova y su entrañable coordinador. Su labor didáctica y la interacción de la lectura de relatos de los compañeros nos estimulan y ayudan a superarnos, a sacar lo mejor de nosotros mismos y a seguir, como Penélope, tejiendo y destejiendo, en esta osada expedición impulsada por nuestro amor a la literatura.

PARADA

El autobús corre veloz por la gran avenida hacia el centro de la ciudad, donde los alquileres de viviendas no están al alcance de mi bolsillo. Imágenes de escaparates comerciales retroceden en mi retina a la misma velocidad que el vehículo, como si buscaran puntos de fuga opuestos.

Tres chicos que van al instituto se apoyan ligeramente en los cristales de la ventana que, por cierto, están un poco sucios. Con sus mochilas en la base de sus pies, hablan entre sí del examen de química sin dejar de escribir en sus móviles. En un instante la mirada de uno de ellos se deja ir con un anuncio de fuera *"Aquí su oro vale más dinero"*.

Sentadas detrás de mí, dos amigas hablan del trabajo. Son también limpiadoras. Las conozco de coger el autobús a diario. Aurora cuenta a Pepa que son ya cuatro meses los que lleva en la casa de la calle *Julio Cortázar* y los dueños aún le dejan monedas en el frutero de la cocina para poner a prueba su honestidad. Al principio le incomodaba y estuvo a punto de dejarlos, pero el trabajo manda y tiene que llegar a fin de mes.

Mi señora de la calle *Madame Bovary*, a donde voy los lunes, también es un poco neurótica. Me dice que algunas de sus amigas no quieren empleadas de hogar porque

pierden intimidad. El mensaje es para mí. Lo sé. Pero ya no me indigno por esas cosas. Además, no sé cómo puede pensar que después de las innumerables tareas que me manda hacer, me puedo entretener en rebuscar por los cajones revistas porno o cartas de amantes secretos. Aunque la prefiero a la señora Merino, de la calle *Antonio Machado*, con sus manías zen que me repite constantemente: “deja siempre bajada la tapa del inodoro, por ahí entra la mala energía”, “vigila que la tira del papel higiénico no cuelgue nunca del lado de la pared”... Para estos casos echo de menos un “*Manual para mujeres de la limpieza*”.

Todas las limpiadoras o empleadas de hogar que conozco en esta línea de autobús son mujeres. En la parada siguiente subirá Estrella, mi amiga y compañera de trabajo. Juntas limpiamos dos oficinas bancarias. Luego ella va a casa de la señora Lucía, una agradable viejita que debió haber sido muy hermosa, según dice mi amiga. En busca de un marido que la cuidara en su vejez, había llegado a casarse hasta cuatro veces, y otras tantas enviudó. No tiene hijos y sus sobrinos la visitan con poca frecuencia. Pero no está tan sola, mi compañera va su casa todas las mañanas. La dos se hacen compañía.

Estrella dice ser afortunada porque le pusieron nombre de cielo y nació donde el Magdalena vierte sus aguas al Caribe, en la tierra que más grandes escritores y poetas ha parido. Siempre está con que si su *GABO p'aquí, que si su GABO p'ayá* y de ahí le viene a ella su afición a escribir relatos. A veces se pone muy pesada con la originalidad de sus creaciones. Me leyó uno sobre un joven estudiante que se transformaba en un monstruoso insecto. Mira, Estrella, no es por nada —le dije— pero esa historia ya se inventó hace un siglo. Su autor: Franz Kafka. —*¿Ah sí?* —respondió. —*¡Pues no sabía nada, carajo! Dicen que a veces*

las mismas ideas buscan a los autores sin que éstos se conozcan
—añadió encogiéndose de hombros.

Al subir al autobús llega excitada, risueña y, sin mediar saludo, encara el tema pendiente:

—¿Estás preparada? Hoy no nos puede fallar. Va a venir, ya lo verás.

Desde la semana pasada, todas las mañanas en esta parada de *Plaza Cervantes* sube al autobús un hombre de mediana edad, alto, moreno, bien vestido. Siempre lleva un periódico bajo el brazo, que suele hojear en el trayecto. Un día le sorprendí mirándome, sin pestañear, por encima del diario. Enseguida disimuló volviendo la vista al periódico, y entonces me detuve en ese breve instante en que arrugaba la frente al leer y elevaba ligeramente la ceja izquierda al pasar la página. A la vez mis labios se entreabrieron más de la cuenta, se aflojaron ligeramente mis mandíbulas y me sentí más boba que nunca cuando noté el pequeño codazo de Estrella incitándome a volver a la realidad.

Parecía un buen tipo. Yo notaba que buscaba siempre sitios cerca de nosotras, para observarme. Día tras día, se sucedía un juego de miradas disimuladas y furtivas, hasta que se bajaba cuatro paradas más adelante. Otro día me lanzaba una sugerente sonrisa que no sabía si corresponderle, y entonces Estrella me advertía de que mis mofletes estaban como la pulpa de una guayaba y que si no creía en el amor a primera vista ya debía ir aceptando un cambio de creencias.

Estaba claro que era una historia del tipo chica-conoce-chico y que había que ponerse a la tarea de hacer que el chico conociera a la chica o viceversa, más allá de miradas y sonrisas visuales. Pero si en materia de pasar la mopa o fregar los suelos soy muy arrojada y eficiente, he de reco-

nocer que en estos lances del amor soy como las pausas de los autobuses, es decir, parada. Mi timidez me juega malas pasadas y posiblemente a él también y por ello prefería seguir enfrascado en el periódico con el brazo en alto asido a la agarradera del autobús.

— Ve a preguntarle algo al conductor y, a la vuelta, finges que te desestabilizas y le empujas sin querer. Le pides disculpas y entablas conversación con él, ¡mi niña! — me decía Estrella para darle el punto de giro que la historia necesitaba.

Ella lo veía muy fácil pero ¡menuda agonía para mí! Siempre lo posponía. Además, ¿no es el hombre el que tiene que tomar la iniciativa en estas cosas?, ¿por qué tenía yo que asumir este papel? ¿Y si él tenía pareja y no quería complicaciones?

Fue hace tres días cuando supe que tenía que dar el empujón, o a él o a la historia, y estaba decidida a armar-me de valor.

Por la noche, antes de dormir, le daba rienda suelta a mi fantasía y construía mentalmente frases con las que abordarle. Unas me sonaban demasiado atrevidas a la vez que ñoñas: *Disculpe. Desde el día que le vi, no puedo dejar de pensar en usted. Le amo tanto, que podría amarle toda la vida. ¿Tiene algo que hacer esta noche? Otras más sinceras: Sin maquillaje no valgo nada y soy una humilde limpiadora, pero me sé de memoria todos los sonetos de Shakespeare y disfruto, como Ud., del placer de la lectura.*

Sin embargo, a la mañana siguiente, cuando llegamos a la Plaza Cervantes, bajo la marquesina de la parada, sólo una pareja de ancianos, cogidos de la mano, esperaba al autobús. Ni rastro del hombre del periódico.

Estrella aún tiene esperanza de que aparezca. El lector de pantalla anuncia ya la parada siguiente: *Plaza Cervan-*

tes. El autobús ralentiza su marcha y mi corazón se acelera cuando nos acercamos. Chasquido de gas. Apertura de puertas abatibles. Nadie sube al autobús. Sólo bajan los chicos del instituto.

—¡Ay jué madre, pero qué hombre tan cansón! Mira que hoy tampoco subirse al autobús.

En unos segundos la situación se me reveló clara, como si una gamuza pasara por el cristal sucio y empañado de la ventana del autobús disipando mis dudas. Le percibí a él, dominado también por sus vacilaciones. De nada sirvieron la atracción inicial, el coqueteo tímido y las sonrisas cómplices. Cada uno, cada día, íbamos dilatando el momento del encuentro porque los miedos que tenemos de enfrentarnos al amor nos paralizan. Imagino una voz dentro de él, incómoda y achantada, que le habla también de dar un giro a esta historia que ni siquiera ha nacido; un giro en otra dirección diferente a la que yo pretendía, una voz que le recuerda quizás otra historia anterior truncada, doliente. La voz que le hace replegarse y le impide compartir su mundo íntimo y secreto con el mío. Escucho mi propia voz que me amonesta: *Acabarás sola, como la señora Lucía* — dice —, y a la vez me consuela: — *Porque en el fondo la soledad nos evita los males del desamor* y así nos protege — sigue diciendo —. Pero también me anuncia que mi vida no va a desmoronarse por un indeciso y pusilánime hombre del periódico que ni siquiera ha tenido la cortesía de presentarse.

Estrella, al ver mi cara de decepción, no para de animarme. Se enfunda en su papel de Celestina tenaz y me dice que nos dediquemos una tarde a hacer pesquisas por la Plaza Cervantes y alrededores por si lo viéramos en alguna cafetería, dentro de algún comercio, nos lo cruzáramos paseando... O aún mejor, busquemos un domicilio

para limpiar, con vistas a la plaza; un lugar de vigilancia infalible — me dice en tono convincente—. Muy inspirada añade que fue mala suerte no habérsele caído en el autobús la cartera, algún ticket de la tintorería del bolsillo de su gabardina o una libreta (¡quizás que fuera roja! como en la novela de Antoine Laurain) con un nombre o una dirección para permitir su búsqueda.

—Desengáñate Estrella, eso sólo pasa en las novelas francesas, en el cine o en el mundo de los sueños — le contesto.

Me quedo pensativa mirando por la ventana. Las imágenes de los escaparates siguen buscando puntos de fuga opuestos. Los cristales parecen más limpios ahora porque una lluvia fina los lava y me concentro siguiendo la diagonal de la estela de sus gotas, que se apresuran en su final.

Tal vez la casualidad tenga nuevos argumentos y me presente otra ocasión de conocer a este hombre que igual que vino se fue. Pero quién sabe, lo mismo esta historia ya nació fallida, y como la de Justin Horgenschlag y Shirley Lester en el autobús de la Tercera Avenida de otra ciudad, se quebró antes de que fuera real.

LA CAMIONETA Y OTROS RELATOS
O
HUELLAS DE LA MEMORIA

MANUEL LINEROS TELLO



PRESENTACIÓN

Nací en Huelva hace más años de los que recuerdo. No porque la vida me haya tratado mal, al contrario, he sido muy afortunado. Hice mi Bachiller en la Escuela Francesa, laica y mixta, gracias al esfuerzo y a la decidida voluntad de mi padre, que la prefirió a los Maristas, el otro colegio posible. No tardé mucho en saber por qué. Tuve, por eso, la suerte de hablar francés correctamente con catorce años, que practicaba con tres compañeros más. En un colegio de 1954, las clases de literatura terminaban en “Con diez cañones por banda” y todo eso que sigue, que el lector conoce de sobra; lo demás, era silencio y olvido. Fuera del colegio, tuvimos la suerte de descubrir, como tres soles entre las tinieblas, a Juan Ramón, a Lorca, a Miguel Hernández. Soles que hicieron germinar, como en la tierra, las semillas que el destino había sembrado en nuestros corazones.

‘A las aladas almas de las rosas / del almendro de nata te requiero / que tenemos que hablar de muchas cosas / compañero del alma, compañero’. ¡Qué descubrimiento! ¿Cómo no emocionarnos, cuatro amigos de catorce años, íntimos, inseparables, ante tanta belleza, tanta sensibilidad?

Cada uno siguió, años después, su camino. Uno la sociología, otro la política, otro el teatro. Y yo, el mío.

Tengo la mujer que quise tener siempre, y eso fue decisión de los dos. Los hijos no se escogen, vienen y cada uno es como es. En eso he sido, y soy, muy afortunado. Casi todos tenemos una familia maravillosa, pero en mi caso, puedo afirmarlo con rotundidad.

Mis hijos son andaluces, mis nietos son todos murcianos. Llegué a esta ciudad cuando mi hija mayor tenía sólo catorce años, y la pequeña cuatro. La mitad de mi vida la he pasado en Murcia; en cambio, ellos son más murcianos que andaluces.

Escribo estos relatos de mis recuerdos juveniles, en los veranos de vacaciones escolares en Moguer, donde nació mi madre y toda la familia materna. He leído mucho, pero no he escrito nunca. Escribo por insistencia de mis hijos sobre personas que ellos no conocieron nunca. Casi todos los sucesos son reales, salvo aquellos que se someten a la libertad de imaginación de un escritor novel. Mis nietos sabrán que su abuelo también fue niño, que jugaba y leía, como ellos; escribía a mano, sin teléfono móvil, por supuesto.

A mis nietos
A mis hijos
A mi mujer,
sin la que nada de esto
habría sido posible

LA CAMIONETA Y OTROS RELATOS O HUELLAS DE LA MEMORIA

1. LA CAMIONETA

La camioneta amarilla se detuvo antes de cruzar el viejo puente sobre el río rojo que bajaba de las minas. Los escasos pasajeros bajaron, sin aviso alguno; con la misma rutina de cada día atajaron el puente, bordeándolo junto al pretil. Los hombres, con pantalones de deslucida pana raída, dejaban en la camioneta sus aperos y herramientas; las mujeres llevaban sus cestas de esparto, cargadas de verduras y frutas recién cogidas de las huertas de San Juan, y carne de cerdos sacrificados el día anterior en los pueblos de la sierra. Una gitana de pechos secos amamantaba sin pudor a su criatura de piel cetrina, que se agarraba a la teta devorando las últimas gotas de vida.

El niño que venía de la ciudad, vestido de otro modo, camisa limpia y pantalón por las rodillas, corrió por el centro del puente saltando a pie cojito por las viejas tablas, tan separadas que podía verse el río.

—Niño, ‘no cojas’ por ahí, que te vas a caer —gritaron voces asustadas.

Cuando todos los pasajeros cruzaron el puente, anclados al otro lado de la carretera, la vieja camioneta intentó ponerse en marcha de nuevo. El chófer introdujo la manivela en la boca del motor; a cada movimiento de su brazo le arrancaba sonidos guturales, como toses tísicas, hasta que, en un último esfuerzo, con un ronquido de viejo

achacoso y lanzando humo, logró su repetido propósito.

Más desconfiada y más despacio que los pasajeros, la camioneta emprendió la aventura de cruzar el puente de madera. Las corroídas tablas crujían bajo el peso, unas se levantaban, otras se hundían. Al otro lado de la carretera, las mujeres, entre 'ay, Dios mío' y suspiros, contemplaban los lentos movimientos de la camioneta; unas, cruzando sus manos, musitaban letanías entre los labios; otras, apartando la mirada, para no contemplar lo que parecía ser inevitable.

Por fin, culminada la hazaña, la camioneta volvió a pisar los adoquines de la carretera. Se detuvo, y los pasajeros volvieron a ocupar sus asientos, negros de suciedad y años de abandono. La carretera serpenteaba en curvas a izquierda y derecha, que la camioneta recorría con alegre velocidad, antes de emprender la segunda aventura que le esperaba de frente: subir la empinada cuesta que llevaba a los alcores, donde ya se adivinaba la blanca cercanía del pueblo.

Aventura menos peligrosa pero más agónica, que el sofocado motor abordaba con agitadas convulsiones, pausas y jadeantes acelerones hasta llegar al descanso del altozano.

Abajo el río, ya verde, anegado por las aguas de la mar de Huelva. En la orilla, los hombres con sus desnudas piernas hundidas en el fango como un cuadro de Goya, no luchaban entre sí, sino contra la corriente de la marea que los arrastraba río arriba. Erguidos de nuevo, se encorvaban hendiendo sus manos en el fango del fondo, para rebuscar las últimas almejas. Al frente, el clamoroso sol ardiente del verano iluminaba el paisaje de colores, como paleta de pintor mágico. Los sucios cristales de las ventanas de la camioneta empañaban tan asombroso espec-

táculo; pero a veces, a petición de algún viajante descreído, el chófer accedía a detener la camioneta, permitiendo bajar a forasteros no habituados a tanta belleza. El niño siempre se bajaba.

De nuevo, la camioneta emprendía la última etapa del viaje. Ya visible, blanco y encendido del sol de la tarde, el pueblo recibía al viajero con la insólita ironía de su primer edificio, el cementerio. A la izquierda de la carretera, el cementerio blanco. El niño, en algún día concreto de sus vacaciones veraniegas, acompañaría a la tía Concha al cementerio, llevando claveles rojos a un nicho blanco. Toda la cal de la tierra se había derretido sobre aquel cementerio blanco.

Por fin, la entrada al pueblo por la calle más larga, la calle Nueva. Las primeras casas de una sola planta, humildes, gemelas, blancas. La puerta de entrada en el centro de la fachada, una ventana a cada lado. No era extraño ver a alguna mujer, porque siempre eran mujeres, con algún palitroque de madera en cuya punta amarrada una especie de aljofifa terminaba de encalar, cal sobre cal, la ya encalada fachada. Después, fácil de distinguir cuando el niño iba creciendo en estatura y en conocimiento, las casas de los ricos. Todas de dos plantas, amplias fachadas con ventanas como miradores enrejados. No eran ventanas para asomarse, eran ventanas para estar, para ver, para ser vistos, para vivir. Dos umbrales de mármol blanco subían los suelos de las casas por encima del nivel de la calle. Sobre los portalones de madera, adornados con relucientes clavos y aldabones como manos gigantescas, lucían escudos heráldicos de falso linaje.

Una amplia entrada con zócalos de arabescos, y una puerta de cristal esmerilado, con arco ojival, abrían el paso al patio cuadrado, con columnas de mármol blanco

que soportaban los cuatro corredores del piso superior, entoldado con lona protectora del ardiente sol del verano. Y en el centro del patio, el pozo. El pozo era el verdadero blasón de la casa, signo del poder, la influencia o el dinero del propietario. Pozos de mármol blanco, cincelados con relieves de imágenes y flores, como renacentistas pilas bautismales.

La retahíla de casas ricas, algunas venidas a menos, desembocaba en la plaza del Marqués, donde la camioneta tenía su parada final. El niño veía a la tía Concha a través de la mugrienta ventanilla, vestida siempre de negro, pero siempre sonriendo. Al bajar, la tía lo apretaba en su pecho entre risotadas y besos inacabables.

—Qué alto y qué guapo estás, hijo.

2. LA 'PERONA'

Las muchachas del taller de bordados de la tía Ana estaban alborotadas. Se había ordenado, desde Huelva, bordar la mejor mantelería para obsequiar a una señora muy importante, que pronto visitaría el cercano Monasterio de La Rábida. No porque fuera una tarea inusual bordar aquella mantelería, sino por la mesa en la que, probablemente, sería lucida. O quién sabe si sería alimento de ratones, en algún destartalado desván donde yacen olvidados los objetos escapados de la memoria.

El taller era afamado por todas las familias ricas, que confiaban en la belleza de sus bordados para los ajuares de sus hijas casaderas. Almohadas, sábanas y manteles se bordaban con el mismo esmero y perfección, pero con diferentes dibujos. Sería insólito que dos muchachas lucieran en sus lechos nupciales sábanas idénticas.

Para evitar tal desastre, el primo Paco, al que todos llamaban Paquito, creaba sobre grandes láminas de papel adosadas a la pared, los bocetos y dibujos más delicados, un alboroto de flores exóticas enzarzadas en espirales; impensables frutas, más fruto de su desbocada imaginación que de la tierra. Luego, escribía en un ángulo el nombre de la familia a la que iba destinada su soñada criatura. El primo Paquito bordaba como las muchachas, hablaba como las muchachas, agitaba sus brazos y manos como las muchachas.

El amplio bastidor de madera se desplegaba por todo el zaguán de la casa; el tejido tenso y aferrado a sus orillas, y sobre él, la lámina que Paquito había dibujado. Las muchachas en derredor, en sus sillitas bajas, emprendían la tarea, como invitadas a un festín imaginario. Dedal, hilo y aguja. Tres sencillos utensilios, tan antiguos como el mundo, y unas manos de mujer bastaban para la obra de arte.

El gran salón de la casa parecía la alegoría de un museo. Arcones de madera repletos de bordados; imágenes religiosas, cuadros de la Virgen de Montemayor; sagrados corazones de varios tamaños sobre doradas columnas barrocas; medallas y escapularios; capillitas de vírgenes ambulantes; libros y revistas del Padre Damián de Molokai, que el niño leía, más por la fascinación de aquellas tierras exóticas, que por interés religioso. Una mezcla de olores y sahumerios invadía toda la casa, hasta la calle y las casas vecinas. El primo Antonio, con tantas lamparitas y tan pocas luces, era el obispo custodio de aquel museo catedralicio, su único empeño de vida.

La tía Ana era la madrina del niño, que nunca recordó un beso de sus labios. Era una mujer severa, cara adusta huérfana de sonrisas, escasas palabras, pero hirientes

como cuchillos. Las muchachas, que la llamaban la ‘maestra’, temblaban como varas de acebuche cuando las regañaban por algún minúsculo descuido, un alfiler o un hilo fuera de su espacio, invisible a los ojos de un halcón, pero no a los de la tía Ana.

No privaba a las muchachas de sus risas y paliques, o cantar coplas que se oían por la radio, siempre que no levantaran la cabeza de la tarea. Quizás aquellas risas y coplas fueran el ungüento que suavizara su agrio carácter, su soledad, su viudez, la tristeza de su corazón, el desolado futuro de sus hijos.

Cuando se conoció la identidad de la señora a la que iba destinada la mantelería, el apodo surgió de inmediato: la ‘Perona’. Maruja, que cantaba con estilo, era la encargada de animar el corro de las muchachas.

— Anda, Maruja, cántale a la Perona ‘Ojos verdes’

— No. Canta mejor ‘La bien pagá’, que le pega más.

Por el pueblo corrieron chismes sobre la ‘Perona’. Las mujeres en el mercado de la calle Vendederas; en la confitería La Victoria, entre piononos y milhojas que blanqueaban los labios; en la pescadería de la plaza de las Monjas, donde los albures, mojarras y plateadas sardinas del alba, brillaban sobre el mostrador de mármol blanco; en la taberna del ‘Canario’, cuando de noche, sentados a la puerta, los hombres bebían vino en un vaso donde sumergían rodajas de melocotón y comían altramuces salados. Aunque nadie del pueblo llegaría nunca a conocerla, la ‘Perona’ era ya el personaje más popular; más incluso que Don Narciso, el almidonado cura de capa y manteo, inquisidor de parejas, juez de sus besos y zalemas en las oscuras esquinas, a las que no dudaba en denunciar, por su nombre, desde el púlpito en la misa de doce.

Cuando amaneció el señalado día de la visita de la ‘Pe-

rona', la tía Ana se engalanó muy de mañana, como sólo lo hacía el Viernes Santo. Dispuso la mantelería en un estuche de cartón, con un mimo misterioso, atusándola con sus manos, como caricias de despedida. Luego, adornó el envoltorio con dos lazos de colores en cruz; uno, rojo y gualda, otro blanco y celeste. Acompañada de Maruja, la tía arrendó la carreta del 'Latero', tirada por dos mulas lustrosas; emprendió el viaje de legua y media al monasterio.

La carreta llegó a la Fontanilla de San Jorge, donde dice la leyenda que las carabelas embarcaron el agua. Cruzó Palos, el pueblo que, a mitad del camino, ya presagiaba la mar y el olor de las marismas. El paisaje era una telaraña de esteros y salinas; el río se fundía con su hermano, el río de Huelva, para morir los dos juntos, en uno solo, abrazados por inmensos pinares verdes. Desde el ajarafe, el monasterio de la Rábida: pequeño y humilde, pero orgulloso y cansado de contemplar la historia.

En el claustro mudéjar, una elegante señora de cabello rubio, enjoyada como una virgen de Semana Santa, tomó el estuche, y girándose, lo entregó a uno de sus edecanes. Con una sonrisa teatral, exhaló un escueto 'gracias' y siguió su paseo entre las azaleas y helechos que adornaban el claustro.

La visita a la señora había terminado. La tía Ana lanzó por su boca un escupitajo de palabras, tan certero como humillante:

—Esta tendrá mucho trigo, pero educación no tiene ninguna'.

El niño supo, años después, que la arrogante señora era Eva Duarte, esposa del general Juan Domingo Perón, presidente de la República Argentina. Había sido invitada por aquel señor bajito que mandaba tanto, para agra-

decerle las remesas del trigo que permitió a los españoles el lujo de dejar de comer pan negro.

3. EL PRIMO PAQUITO

El primo Paquito era una persona exuberante, disparatada. Un torrente de palabras fluía por su boca para describir cualquier cosa, por insignificante que fuera. Y si sus palabras no bastaban, las acompañaba con gestos de sus brazos volátiles y manos de bailarina tailandesa. Brazos y manos que fueron su modo de vida, porque poseía la singular habilidad de transformar, con un trozo de tela y cuatro alfileres, un maniquí desnudo en una elegante mujer.

Logró, sin esfuerzo, empleo en los Grandes Almacenes Arcos, en la sección de tejidos y moda. Las clientas acudían a él como en consulta de ginecólogo, para ellas mismas o para sus hijas. No había primera comunión o vestido de novia en los que Paquito no diera su autorizada opinión. Incluso se prestaba a acudir a la casa de la novia, para vestirla y colocar en su cabeza la mantilla, velos y tules que él mismo había creado o aconsejado.

Tal fue el éxito de su arte, que los Grandes Almacenes Arcos abrieron, para él, una exclusiva tienda de modas en un local más céntrico, en la calle Concepción. Allí, el primo Paquito exprimía su desbordante imaginación en los diseños de los dos amplios escaparates. Los decoraba de acuerdo a la festividad o época del año que se vivía. En Navidad, belén barroco y pequeños trozos de algodón, fingiendo copos de la nieve que nadie había visto nunca. En Semana Santa, morados nazarenos con cíngulos amarillos; esbeltos maniquíes cubiertos de negros brocados,

rosario de plata en la mano y peineta de nácar; infantiles maniqués con túnicas dalmáticas, como obispos enanos. Y por fin, en Pentecostés, el Rocío. Trajes de lunares, flores silvestres, las hojas rosas del ajonjolí, imágenes de la Virgen vestida de pastora y faldas rocieras, en una explosión de colores que la gente se apretujaba por admirar, alzando la cabeza en doble fila, como si fuera el bar 'En la esquinita te espero', donde se vendían cucuruchos de chocos fritos.

El primo Paquito tenía dos pasiones: la tienda y la cofradía de nazarenos que había ayudado a crear. Sus primos y amigos se ocupaban del paso del Cristo y demás asuntos de intendencia y organización; pero la virgen, la Virgen del Amor, era su privilegio exclusivo. Sólo él decidía cómo adornar el paso con candelabros y velerías, flores de cera engarzadas en los varaes, el palio y el manto; cómo vestirla y dejarla más bella de lo que era. A la Virgen del Amor dedicó el resto de su vida. En la parroquia del barrio del Polvorín, otra cofradía, más antigua y más rica, la de la Virgen de la Victoria, llevaba ventaja. Compraba en Sevilla los mantos bordados, sayas de la imagen, trabajos de los más afamados orfebres. De ello se ocupaba Monís, que tenía un moderno estudio de fotografía en la misma calle que la tienda de Paquito.

Fue inevitable que surgiera la rivalidad; entre cofrades, entre imágenes, entre el primo Paquito y Monís, el fotógrafo. La inevitable dualidad de los bandos, tan típica, tan española, en una ridícula carrera que sólo podía tener un ganador. La victoria sería para la Victoria. En aquellos tiempos oscuros, la victoria vencía al amor.

Quiñones, que trabajaba en un banco, era el encargado de llevar las cuentas de la cofradía. El niño nunca supo su nombre, porque todos le llamaban simplemente así: Qui-

ñones. El primo Paquito le mendigaba recursos para que se pudiera bordar el palio y manto de la Virgen.

—Este año no puede ser, Paquito. No tenemos dinero. Hay que terminar el dorado del paso de Cristo; no se va a quedar a medias. Ya veremos el año que viene —contestaba Quiñones, con una bondad en su voz que daba lástima.

Pero el primo Paquito era un huracán que todo lo arrasaba, no se acobardaba ante las adversidades.

—Pues si no hay dinero, lo bordo yo —le replicó con un arrebato de inaudita fortaleza.

Y emprendió la tarea de su vida. Compró el terciopelo verde, los hilos de oro, las pequeñas piezas de pedrerías, agujas y dedales; el enorme bastidor de madera que inundaba la casa, evocando los tiempos del taller de su madre, donde bordaban las muchachas. Pero esta vez, sería sólo obra suya. Bordaba con maestría tardes y noches, con candiles y palmatorias si se quedaba sin luz; bordaba con furia impaciente, sin apenas comer, hasta el agotamiento, inundado del vehemente deseo de terminar su obra antes del Lunes Santo.

Quiñones acudía a contemplar lo inconcebible. En silencio, observaba el desatado furor o el mimoso trato de los dedos del primo Paquito sobre el terciopelo verde; la exactitud de sus puntadas, calculando en su cabeza de contable las horas y días de bordados, deseoso de que acabara aquel desvarío del que se consideraba culpable.

A veces le acompañaba su hija Maribel, una muchacha de increíbles ojos verdes. Maribel era alegre y jaranera, opuesta al susurro cadencioso de su padre. Más adelante, cuando quiso dedicarse a la música, organizó, con unos amigos, un grupo que cantaba coplas mozárabes y andalusíes: lo llamaron Jarcha. Eran tiempos en los que el amanecer ya se asomaba, y una canción fue el despertar: “Li-

bertad sin ira". El grupo se deshizo, y Maribel voló sola, creándose una nueva imagen de estrafalarias peinetas y gafas negras, quizás para que el público se prendara más de su voz que de sus ojos. Un despropósito que, una mujer tan extrovertida, se llamara Martirio.

El primo Paquito completó su exclusiva obra a tiempo. La Virgen del Amor ya tenía su manto bordado, lo había concebido él, lo había bordado él, sin ayuda ni apoyo de nadie. La competencia con la Victoria seguiría por años, pero esta vez, el amor había ganado a la victoria.

La rivalidad estética entre el primo Paquito y Monís, tan ostensible en sus vírgenes, acababa fundida en el último eslabón de la cadena. El primo Paquito vestía a las novias y Monís las fotografiaba.

El niño, siendo ya adolescente, no llegó nunca a comprender que Maruja, la muchacha que bordaba en el taller de su madre, se casara con el primo Paquito. Criaron un hijo y una hija, a la que bautizaron con el nombre de AMOR.

4. LA TÍA CONCHA

A la tía Concha la llamaban en el pueblo 'la latera', el oficio de su marido. En un cuarto de la amplia casa de dos pisos, el tío tenía la latería; una desordenada mezcla de ollas y peroles; sartenes y cacerolas agujeradas; lecheras sin asas. El niño nunca pudo descifrar aquel laberinto de cacharros rotos, ni cómo el tío Latero podía conocer quién era la dueña de cada uno. Lo miraba absorto, de pie desde la puerta, en su trabajo de magia; aquel cuarto era su espacio cerrado, íntimo pero sonoro, que nadie podía invadir. Lo veía golpear, siempre con la cabeza baja, la

dentada rueda del chisquero, de donde surgía la centella que hacía brotar el fuego del soplete.

El tío Latero no hablaba nunca, por eso la tía Concha hablaba siempre, en un manantial de palabras y risas, con la extraña virtud de transmitir su bondad y su alegría a todos los que la rodeaban. Era incansable en los besos, en los halagos, en las palabras cariñosas. El niño nunca se había sentido tan querido como por la tía Concha.

Al fondo de la casa, el patio, al que se accedía desde la cocina o desde el comedor. El patio era el espacio preferido, sobre todo de noche, cuando adquiriría una dimensión distinta, casi idílica, invadido por la frescura del pozo de agua limpia y oscura, donde se encestaba la sandía para refrescarla; los grandes macetones de aspidistras y helechos; las pequeñas macetas de geranios y yerbabuena; el penetrante olor del entramado de jazmines que cubría toda una pared. El olfato es el único sentido que nunca se olvida; el niño jamás olvidó el olor de aquel patio, de aquellas macetas, de aquellos jazmines.

Sentados junto al brocal del pozo blanco, la tía desgranaba granadas sobre su falda, narrando sus historias de juventud: cómo se hizo novia del tío Latero, cuando él le tiró de la trenza negra que caía por su espalda, una noche de verano en la plaza de las Monjas.

—Hablabas menos que ahora, que ya es decir —reía a carcajadas la tía.

—Y tú, ¿qué hiciste, tía? —el niño sólo hacía preguntas.

—Pues le dije, ‘si quieres que sea tu novia, dilo, so ton-to’ —y vuelta a las risotadas.

En ocasiones, llegaba el cartero, sudando, con su grueso uniforme azul y su cartera colgada del hombro. Entregaba a la tía Concha una postal extraña, con figura de hombre y mujer, como novios, mirándose. El niño ya se

sabía los ríos y los cabos de España, pero esas postales llegaban de lugares que nunca había leído: El Dueso, Ocaña, El Puerto de Santa María.

Con una letra diminuta, como insectos enanos, que tenía que esforzarse en leer, la postal siempre tenía el mismo comienzo: ‘Querida hermana’.

En la redonda mesa camilla de la cocina, donde se espulgaban las lentejas esparcidas por todo el tablero, apartando las sanas de las agusanadas; y las chinas, que eran más abundantes que las lentejas, el niño leía la postal, y escribía luego cartas al dictado de la tía Concha.

— Querido hermano: me alegraré que al recibo de ésta, te encuentres bien, nosotros bien, a Dios gracias — escribía la tía en su cabeza.

— Tía, ¿por qué le dices hermano, si no es tu hermano?
— preguntaba el niño con la curiosidad que le persiguió toda su vida.

— No lo dejan escribir más que a sus padres y hermanos. Como no tiene, me escribe a mí, diciéndome hermana, pero es mi primo.

— ¿Es como si yo, a la prima Conchita, le escribiera diciendo ‘Querida hermana?’ — preguntaba el niño, tratando de descifrar aquel cambalache de ideas incomprensibles.

— Sí, algo parecido. Algún día lo entenderás — contestaba la tía, con ojos vidriosos.

— ¿Y por qué escribe con una letra tan pequeña? — preguntaba con curiosidad.

— Porque solo puede escribir en postal, no en carta. Escribe así para poder decir más cosas. Pero tú escribe como siempre, aunque sea en dos hojas.

El niño escribía lo que la tía Concha le dictaba; sucesos de cada día, nombrando a Dios con frecuencia: ‘Conchita

ya tiene novio, se acuerda mucho de ti y te manda muchos besos', 'la semana que viene, si Dios quiere, iremos a Palos. Le daré memorias de ti a Rosalía, como me pides'.

Un verano ya no llegaron más postales, ni el niño escribió más cartas. Iba al cementerio blanco, con la tía Concha, llevando un ramo de claveles rojos.

Acompañaba a la tía Concha en las compras de la mañana; a la pescadería de la plaza de las Monjas; a la panadería de pan oloroso y caliente, donde, a veces, llevaba bandejas con pescado, que el panadero introducía con una gran pala de madera en el horno repleto de leños rojos; a la tienda de Baltasar, que cogía el lápiz de la parte superior de su oreja para anotar en una libreta el importe de lo fiado. La tía Concha decía que había visto, alguna vez, a Baltasar arrancar hojas de esa libreta y romperlas.

— Anda, vete a casa de Don Francisco, que me ha preguntado por ti — dijo la tía —. Llévale este chorizo y estas tortas — que acababa de comprar.

El niño iba a visitar a Don Francisco, maestro sin escuela, a su casa de la calle del Sol, donde enseñaba a leer y escribir a otros niños en un cuarto luminoso con ventanas a la calle. Don Francisco, alto, delgado hasta el extremo, a pesar de su sombrío carácter, hablaba al niño con cierta emoción; quizás porque vio que ya sentía su misma pasión por la lectura. Le mostraba el secreto tesoro de sus libros, almacenados en dos alacenas horadadas en la pared, que el niño curioseaba.

— Estos, todavía no — le decía, quitándoselos de las manos.

— ¿Por qué no, si ya se leer bien?

— Los leerás cuando seas mayor, y lo comprendas. Ahora tienes edad de leer estos — y se acababa el debate. El gesto serio de Don Francisco no permitía porfiar.

Le daba libros de lectura infantil, las travesuras de un niño inglés que se llamaba Guillermo; ‘Corazón’ de Edmundo de Amicis, relatos de un maestro, que leían los niños italianos en las escuelas; ‘Platero y yo’ la historia de un burro escrita por un poeta del pueblo, al que la gente llamaba loco; libros de viajes por todo el mundo con Julio Verne, desde el fondo del mar hasta la luna.

Volvía siempre a casa con la alegría de lo nuevo, acompañado de los hijos del capitán Grant; del niño italiano que buscaba a su madre; de aquel pequeño burro que se había clavado una púa de pino en la mano. De noche, junto al pozo, narraba a la tía Concha lo que había aprendido. Ella le respondía, en un misterioso diálogo de fantasía y realidad, contándole la historia de Don Francisco, maestro sin escuela, y el porqué de aquel chorizo y aquellas tortas.

5. PEPA ‘LA CAÑAERA’

Pepa “la cañera” vendía cestos y espuelas de caña seca en el mercado de la calle Vendederas. Era una mujer, como casi todas, vestida de negro de pies a cabeza, maneras casi masculinas, voz aguardentosa, manos rudas y agrietadas, de mujer trabajadora.

La tía Concha, aunque no le comprara nada, siempre se paraba con ella para hablar y contarse sus historias de juventud. Se llamaban comadre. Entre ellas acordaron que el niño pasara unos días con Pepa.

—Pero cuídamelo bien ¿eh?, y que coma.

—Estará como en tu casa, Concha. Ya sabes lo que me gustan los chiquillos.

Cuando el niño le dijo a Don Francisco que iba a ir a

casa de Pepa 'la cañera', Don Francisco, por primera vez, sonrió:

—No es una casa, ya lo verás. Pero estarás muy bien; Pepa y su marido son buena gente. Llévate este libro — le dio su ejemplar de 'Platero y yo' —. Ya has leído algo, ahora tienes que leerlo todo, pasarás por los lugares que describe Juan Ramón y lo recordarás toda tu vida.

La mañana siguiente, Pepa colocó los aparejos y la silla, subió con destreza impropia de una mujer, a horcajadas de la mula, el niño a la grupa. Y emprendió el camino a su casa. Pasó por la calle del Sol, por la puerta de la casa de Don Francisco, cruzó la carretera de Palos, y siguió la ruta de Montemayor y Fuentepiña, donde había oído que estaba enterrado Platero. Volvía la mirada al pueblo blanco, que se hacía más pequeño alejándose; vio la esbelta torre de la iglesia, que el poeta decía que, de cerca, parecía una Giralda vista de lejos.

—Vamos a ir por el camino que cogen las carretas al Rocío, verás qué bonito.

La mula, lenta y sabia, trotaba a su aire, sin arreos, conocedora del camino que había andado tantas veces. Pepa llevaba las riendas sueltas, en silencio; solo a veces señalaba algún sitio concreto de especial significado para ella, por la belleza del lugar, o por sus recuerdos. A mediodía, llegaron a Bodegones. Pepa ató la mula a un pino, cogió agua donde nace el arroyo de la Rocina, que ya se iba a la madre de las marismas del Rocío. Los dos se refrescaron con el agua transparente, y comieron pan con chorizo, que Pepa cortó con una navaja. Cuando acabó el escueto almuerzo, Pepa se puso de pie, se dirigió a un inmenso pino, ancho y alto, de copa redonda, que dominaba sobre los demás. Se quedó inmóvil, con sus manos cruzadas sobre su vientre, como acariciándolo, clavó sus ojos en aquel

gigante que había cortado su vida. Después de unos minutos de silencio, Pepa se santiguó torpemente, y llevó sus dedos cruzados a los labios.

—Venga, vámonos, que ya queda poco.

Al atardecer, llegaron a la casa. Como dijo Don Francisco no era una casa, era una gran choza rectangular; cuatro troncos de pino, como pilares, en cada esquina; dos más, de jambas en la puerta. Las paredes eran un enjambre de leños y arbustos de las marismas; jara resinosa, donde se encolaban las flores de las adelfas; retamas y eneas; juncos y cañas secas que Pepa remendaba con sus propias manos. Las paredes interiores enlucidas de cal; el techo de grandes tallos de carrizo; un penetrante olor a romero y almoraduj por todas partes.

La choza tenía tres espacios, uno central que lo era todo, cocina, sala de estar, comedor; a izquierda y derecha, separados por cortinas de tela floreada, dos habitáculos que hacían las veces de dormitorios. La casa parecía haber surgido de la marisma en un vacío del inmenso pinar verde.

Una noche, al niño lo despertó un ruido de arañazos en la pared de retamas y juncos junto a la cama; un alboroto de plumas y cloqueo de gallinas. Y sonó un trueno. El niño saltó de la cama.

—No pasa nada, hijo, no te asustes. Es el tío que ha matado a una zorra que ha entrado en el gallinero. Acuéstate.

Pero el niño seguía temblando; de la humedad de las marismas cercanas, del susto del disparo, de la visión de la zorra agujereada y sangrante, con plumas blancas en la boca. Pepa salió fuera, se acercó a un matorral, y de un zarpazo, arrancó un puñado de hojas con flores azules y blancas. Puso en el fogón, todavía templado de la noche anterior, un cazo con agua; abanó los rescoldos y el fuego

surgió de nuevo, haciendo hervir el agua. Echó las hojas y flores en el agua hirviendo:

—Bébeteste esta yerbaluisa, verás qué bien te vas a dormir.

A la mañana siguiente, Pepa ya había arrastrado el despojo de la zorra lejos de la casa; lo demás, sería cosa de los alimoches

Por la tarde, mientras Pepa ‘la cañera’ urdía los canastos entre sus piernas, sentada en una silla de enea, doblando y tejiendo la caña en un laberinto perfecto, el niño miraba sus dedos rápidos y ágiles, llenos de cicatrices y arañazos. Con una ternura inconcebible en su voz profunda y grave contaba historias de las lagunas de las Madres, donde se escondía el sol, la luz del ocaso que se fundía con el vuelo de los flamencos rosas. Contaba que se había casado dos veces con el mismo hombre: con Paco, guardia forestal de día y cazador furtivo de noche.

—Pepa, ¿cómo dos veces? —la curiosidad sin límites del niño pedía explicaciones.

—Sí, verás. Nos casamos antes de la guerra, pero cuando estalló el movimiento, tuvimos que correr y casarnos otra vez, y yo ya estaba embarazada.

El niño no entendía nada de guerras ni de movimientos; de embarazos sólo sabía que a las mujeres se les ponía gorda la tripa. Demasiados misterios para su desmedida curiosidad.

—¿Qué pasó, Pepa? ¿Por qué corríste para casarte? —el niño ya intuía que se puede aprender tanto de las personas como de los libros.

—Mira: cuando estalló el movimiento, para la gente yo estaba soltera y embarazada; eso estaba muy mal visto y era peligroso. Hablamos con Don Narciso, para que nos casara, pero nos dijo que no.

—Don Narciso siempre riñe a las muchachas, les tendrá manía —le aseguró el niño.

—Pues imagínate a una que ya estaba embarazada —le dijo Pepa.

Pepa ‘la cañera’ sacó de sus entrañas el rencor y la angustia que llevaría escondidos durante años, y siguió hablando con su voz profunda y aguardentosa.

—Menos mal que el marido de tu tía Ana, que era un buen hombre, le convenció. Nos casó, a escondidas, a las siete de la mañana, sólo estaban tu tía Concha y el latero, que fueron los padrinos. Más que bendecir la boda, nos maldijo.

—Y tu hijo, Pepa, ¿dónde está? —el niño había encontrado una fuente de secretos, y estaba dispuesto a secarla.

—Se me estropeó. La mula tropezó, y me tiró contra aquel pino gordo, donde comimos el día que llegamos —la voz de Pepa no había cambiado, ni el rictus de rabia de su boca—. Don Narciso me dijo que fue un castigo del Señor.

Al niño las preguntas se le amontonaban en la cabeza, pero no se atrevía a seguir preguntando, ni le salían por la boca, viendo el gesto alterado y tembloroso de su cara. Pepa ‘la cañera’ escupió la sentencia que nunca pudo decir en público, y ahora la soltaba ante un niño.

—En la marisma hay muchos bichos, pero ninguno tiene sotana.

Quizás ya liberada, y más tranquila, se levantó de la silla y se sacudió la falda.

—Anda, ayúdame a encender la candela, que tenemos que comer.

Cogió una liebre, abierta por la barriga, y, en un parpadeo, la despellejó.

VI. LA NOVENA

A final de agosto y hasta el ocho de septiembre, se celebraban las fiestas del pueblo, o más bien, de medio pueblo, porque eran fiestas religiosas. Eran los días de esplendor para el primo Antonio. Por la mañana, el rosario de la aurora; por la noche, la novena.

El niño se despertaba con los cánticos de las mujeres, siempre y sólo mujeres; y con los campanillazos de Juanito, el monaguillo, hijo del 'Canario' el tabernero. Era, con Don Narciso y el primo Antonio, el único hombre. Juanito no dejaba de incensar con una mano, y tocar la campanilla con la otra.

El demonio a la oreja
Te está diciendo:
No reces el rosario
Sigue durmiendo,
Viva María,
Viva el rosario.
Viva Santo Domingo
Que lo ha fundado.

Asomado al balcón, veía al primo Antonio, con un gran escapulario cuadrado colgado de su cuello, dirigiendo el coro de las mujeres, halagándolas con simplezas o reprendiéndolas si no guardaban el orden de la fila. Las mujeres sonreían, sin hacerle caso, comentado entre ellas:

—Las cosas de Antonio. No le echés cuenta

A mediodía, el niño iba a jugar con Juanito al patio de los naranjos de la iglesia, separado del exterior por un alto seto de granados, rosales y zarzamoras. En el centro, un pozo del que brotaban cuatro azarbetas en ángulos rectos,

que regaban los naranjos amargos alineados en cuadrículas.

Por un hueco abierto en el muro de la iglesia, una escalera de piedra bajaba a la catacumba. La galería horadada bajo el suelo, sólo alumbrada en parte por el sol de la entrada, no dejaba ver su final; en las paredes, cuatro andanas de oquedades abiertas, como nichos, colmadas de huesos y cráneos. La iglesia había sido edificada sobre los restos de una antigua mezquita. Ahora, los moros y los cristianos habían dejado de batallar y quizás yacieran juntos. Juanito se manejaba tranquilo en aquel ambiente que tanto conocía. El niño sentía un frío penetrante en los huesos, de humedad y de inexplicable postración.

Juanito y el niño jugaban y leían juntos, comían los pimientos en vinagre que su madre preparaba en una profunda tinaja de barro; pero cuando lo veía, disfrazado de cura, incensar las calles o desenvolverse con aquella soltura entre despojos humanos, supo que uno sólo es igual a uno mismo.

Años después, Juanito era Don Juan, párroco del Polvorín, y el niño, un hombre que ya sabía de donde procedían aquellos huesos.

El primo Antonio dedicaba la tarde a preparar el escenario para la novena. Retiraba los bancos de madera, para dejar vacía la amplia nave central de la iglesia. Así evitaba la posibilidad de compañías no deseadas. Don Narciso estaría tomando café con pastas de la confitería La Victoria, en casa del alcalde; o en la de cualquier señora rica de la calle Nueva, consejero de sus hijas, de alguna de aquellas irredentas vírgenes ventaneras. Conocía de sobras las simplezas y despropósitos del primo Antonio, pero para el atrezo confiaba en él, porque era lo que había hecho durante años.

Colocaba el mantel, que había bordado su madre, sobre la mesa del altar mayor; cirios y lamparitas de plata, las flores que siempre mandaba la esposa del alcalde.

Abajo, frente a los tres escalones que subían al altar, los reclinatorios de las señoras ricas, forrados de terciopelo, inexplicablemente rojo, en apoyabrazos y rodillas. Como jefe de su propio protocolo, los colocaba por orden de importancia de su propietaria. Los conocía todos, sin necesidad de leer el nombre, que figuraba en la plaquita dorada del apoyabrazos.

Detrás, el resto de las mujeres sentadas en sus propias sillas, que llevaban desde su casa, por las estrechas calles que confluían en la amplia plaza semicircular de la iglesia.

Don Narciso, con túnica dalmática desde el púlpito, o se desvariaba en la mística, entre ángeles y querubines, haciendo cabecear de sueño al auditorio, que había madrugado para el rosario de la aurora, o lanzaba arengas contra los demonios de la carne, con voces que tronaban en los arquiteabes mozárabes que sostenían las columnas.

El ocho de septiembre sacaban a la Virgen de Montemayor en un breve recorrido por las calles céntricas del pueblo. Las callejas que salían al campo, en una oscuridad morada y miserable (había escrito el poeta treinta años antes) o no tenían derecho a ver a la Virgen o no tenían interés.

En la plaza de la iglesia, las gitanas vendían biznagas de jazmines, engarzados en una horquilla pinchada en la rama de una chumbera.

—A goooooorda... lo hajmineeeeeee —pregonaban.

Otras, vendían los higos chumbos pelados, gordos y amarillentos, frescos dentro de un lebrillo colmado de nieve. Para las gitanas, los tallos de las chumberas y los higos eran gratis, pero peligrosos. Los caminos estaban

repletos, sólo tenían que cogerlos esquivando sus punzantes espinas.

—Tía, cómprame higos — pedía el niño.

—No, que tienen muchas pipas, y además, tú eres muy estreñido — decía la tía, que nunca le negaba un capricho.

El niño sentía ante las chumberas sensaciones contrarias de atracción y miedo, como de adulto experimentó con las serpientes. Le embelesaban y atemorizaban sus grandes tallos verdes, como palas de panaderos, rodeados de flores rojas y amarillas, los higos abiertos, las afiladas agujas que los protegían de los intrusos.

Cuando la Virgen entraba en la iglesia, la banda de música, que dirigía el 'Canario', tocaba lo que se oía por la radio cuando terminaba el parte de las dos de la tarde, y decía:

—Viva Franco.

—Arriba España.

Los municipales, que el niño veía en la puerta del Ayuntamiento, se erguían firmes, como soldados en los desfiles; llevaban su mano derecha a la gorra, muy serios, con las barbillas erguidas para demostrar una autoridad que nadie les había concedido.

Al terminar la música, los guardias bajaban la mano:

—¡Viva la Virgen de Montemayor! — gritaba el alcalde.

—¡Viva! —contestaban las mujeres.

De pronto, los fuegos artificiales iluminaban el cielo de colores, despertando al sol, que estaría soñando casas de papel al otro lado del mundo. Las mujeres alzaban sus cabezas, asombradas, como si los cohetes salieran de su corazón; se secaban sus ojos de lágrimas; sus vivas eran más sinceros que los de la radio.

Los ojos del niño también se humedecían, pero no era por la música, los vivas o los fuegos. Sabía que esa noche

era la última. El verano de sus emociones había terminado, aunque los recuerdos quedarían para siempre.

A la mañana siguiente, subiría a la camioneta amarilla, en la plaza del Marqués, y volvería a cruzar, andando, el viejo puente de madera sobre el río rojo que bajaba de las minas.

Aquellos veranos de Moguer, fueron la semilla que plantó en el corazón y la mente de ese niño, su pasión por la lectura, la poesía, el teatro. Supo que, tirando de la primera cereza, Juan Ramón y Platero, muchas otras vendrían detrás; y vinieron, sacadas del inagotable cajón de la literatura.

El caminar de la vida lo alejó del pueblo durante años. Siendo hombre, volvió a presentar a la tía Concha a su primera hija, recién nacida. Había envejecido, pero su contagiosa alegría y la inmensa bondad de su corazón permanecían intactas. Mucho tiempo después vio que, en otra ciudad, existía la misma costumbre de presentar los niños a la Virgen.

SELVA

MERCEDES CHEREGUINI OLMOS



PRESENTACIÓN

Ante una hoja en blanco, invariablemente dudo de mi capacidad de escribir dos líneas con coherencia o de interés ajeno. Admiro tanto la Literatura, amo tanto los libros y su lectura, que me siento una farsante siquiera por pretenderlo. Creo que soy mejor lectora que escritora.

Desde que tengo uso de razón he soñado con escribir y siempre he encontrado mil justificaciones para no hacerlo. ¡Qué difícil trasladar la historia que pululaba por mi cabeza al papel! Me costaba hilar la historia, darle un sentido y qué decir de configurar un final contundente. También pasa que cuando una es un poco anárquica, le cuesta mucho centrarse.

No sé qué me iluminó para apuntarme a este Taller de Escritura. Bendita luz. Ha sido el pilar para que yo haya podido esbozar este relato que espero que os guste. Juan Cano, nuestro maestro y mentor, me ha inculcado la confianza, el empuje y la disciplina que me faltaban. El temor a defraudarle me obligaba a sentarme frente al papel y escribir una palabra tras otra. El mismo que me ha obligado a darle forma a este relato. Bendito temor. A veces algunas necesitamos un poco de mano dura, aunque sea imaginaria. No tengo palabras para agradecerle que compartiera con nosotros su cariño, su tiempo y su sabiduría.

Todavía no soy escritora, pero ya escribo.

SELVA

Si soy capaz de expresarme con corrección es gracias a mi madre. Silvana de Guzmán nunca perdió la esperanza de que nos encontraran y parte de nuestros intensos y ajetreados días de supervivencia los dedicaba a mi aprendizaje. Solitario, tal y como pasamos los últimos diez años de nuestra vida, sin más compañía que mi madre, la propia naturaleza y los animales que la habitaban, me era muy difícil imaginar la existencia de mis iguales de la misma manera que ella lo relataba. De mi existencia anterior en la civilización había olvidado todo o casi todo. Alguna vez soñaba o imaginaba retazos de una vida tan dispar a la que por entonces vivía, que rápidamente la apartaba de mi mente por ilusoria. Pero mi madre insistía e insistía en que la atendiera. Para ella era muy importante que no olvidáramos quiénes éramos y de dónde veníamos y cuando le relataba los sueños de mis vivencias pasadas, se emocionaba como una niña.

— ¡Muy bien Daniel, muy bien! ¡Te acuerdas! ¡Eso es, eso es, así es como vivíamos! — exclamaba entusiasmada.

Y me insistía:

— ¿Te acuerdas de los columpios que había en el jardín?, ¿y de cómo papá te aupaba al viejo roble de la entrada de casa?, ¿y de Malala, te acuerdas de Malala, que venía a jugar contigo todas las tardes?

—No mamá —le respondía yo cabizbajo—, de eso no me acuerdo. Y entonces ella callaba y asintiendo con la cabeza sonreía.

—No pasa nada —decía—, es normal. No tienes referentes.

Referentes, esa era la prosaica palabra mágica que para mamá lo curaba y explicaba todo. Estaba convencida de que en cuanto volviéramos a pisar la civilización toda la memoria infantil, que mi pubertad y adolescencia en la selva había borrado, retornaría intacta a mi cabeza. Mientras tanto, sus historias sobre las personas y cosas que habían formado parte de nuestra vida anterior arrullaban mis sueños cada noche.

No fue así por suerte. Los recuerdos continuaron sin acudir a mí, cuando pisamos de nuevo la civilización, y creo que eso propició que fuera menos doloroso el reencontro. Mi padre había fallecido, pero aparte de esto y del dolor que le ocasionó a mi madre, la vida a su parecer —yo no tenía parecer— seguía igual que siempre. Pero para mí la vuelta a la civilización fue un shock del que tardé mucho en recuperarme.

Me movía entre la inquietud y la curiosidad. Todo me era ajeno y, a diferencia de mi madre, no tenía la más remota sensación de recuperar una vida anterior que no recordaba. La inquietud me la provocaba sentirme siempre fuera de lugar y observado constantemente por los familiares y amigos que se acercaron a casa esos días a darnos la bienvenida. A pesar de haber pasado por las manos del barbero del pueblo, mi aspecto nervudo y robusto difería mucho de la complexión de los jóvenes que nos visitaban, más esbeltos y ligeros según la moda del momento. Y si irritante era el examen al que me sometían mis iguales, peor era la inspección y curiosidad que despertaba entre

el género femenino de cualquier edad. Las más elementales normas de educación y discreción que mantenían entre ellos eran traspasadas en lo que a mi persona se refería y cualquier excusa era buena para someterme al escrutinio público.

Lo que más me costó reprimir fueron los impulsos vitales que había desarrollado durante mi vida en la selva. Una vez más fue mi madre la que me adiestró para superarlo e inventamos una serie de palabras que ella decía cuando notaba que mi innata naturaleza salvaje me dominaba por sorpresa. Tantos años obligándome a oler un alimento antes de comerlo y enseñándome a rastrear un animal para cazarlo, no se borran de un plumazo. No podía evitarlo y, a pesar de las recomendaciones de mi madre, cada vez que conocía a alguien, mi primer impulso al saludarlo era olisquearlo alrededor del cuello y de su cara. Esto solía provocar carcajadas entre el público asistente, aunque no todo el mundo se lo tomaba igual de bien y más de una vez tuvo que mediar mi madre para que la situación no llegara a mayores. Todo lo olía: personas, comida, cosas.

Apropiado o decoroso, según la edad de quien viniera la apreciación, eran los dos vocablos que más oía referidos a mi comportamiento. Todos querían instruirme y erigirse en mis maestros anotando como un enorme triunfo el que yo siguiera sus normas de comportamiento.

—No es decoroso acercarse tanto a una jovencita — me recriminaba una tía segunda en cuanto tenía ocasión de llamar mi atención en un aparte.

—No es apropiado agarrar el cuchillo como si fuera un machete de monte — me reprendía el hermano mayor de mi madre, durante las comidas familiares, empeñado en ocupar el vacío de mi padre sobre mi instrucción social.

La curiosidad me salvó de hundirme en el desconcierto que sentí esos primeros días. A pesar del luto riguroso que mi madre se impuso por el fallecimiento de mi padre, la vida social de la ciudad circuló a nuestro alrededor durante mucho tiempo. La expectación que yo creaba entre los que nos rodeaban era mucho menor de la que ellos me creaban a mí. Me dedicaba a observarlos durante horas, aprovechando la venia tácita que me dispensaba de intervenir en conversaciones. Según sostenían, estas no me interesaban; menos aún los temas, cuyos asuntos me resultaban desconocidos. ¡Qué equivocados estaban! ¡Todo me interesaba, porque todo me era extraño! Lo que más me entusiasmaba era la forma en que se relacionaban entre ellos. El fingimiento y la doblez me parecían las pautas dominantes en la mayoría de las reuniones sociales a las que asistía. Yo las olía como se huele el miedo y esa ventaja, sobre lo que ocurría a mi alrededor, me procuraba una enorme satisfacción. No todo era malo, también olía la bondad y la belleza de otras muchas personas, pero, en la mayoría de las ocasiones, se me presentaban revestidas de afectación o mojigatería.

El reencuentro con Malala, la otra persona junto con la figura de mi padre, a la que mi madre recurrió durante esos años para traerme recuerdos a la memoria, no pudo ser más accidental y turbador. Yo me encontraba subido al viejo roble del jardín recostado indolentemente sobre una rama cuando un grito de mujer que no era mi madre me sacó de golpe de mi sopor.

—Daníeeel, bájate de ahí inmediatamente! —me ordenó con autoridad para luego romper a reír en sonoras carcajadas.

El respingo que pegué me hizo perder el frágil equilibrio que mantenía sobre la rama del árbol y cuando ya me

precipitaba al vacío, mi desarrollado instinto de supervivencia me forzó a asirme con una mano de una rama. Mi cuerpo quedó colgado, balanceándose torpemente a pocos centímetros de la cara de la intrusa responsable de tan ridícula escena.

— ¡Ay, por Dios!, ¡por Dios, lo siento, lo siento mucho!, ¡qué susto te has dado! No era mi intención, solo quería gastarte una broma. ¡Lo siento Daniel, lo siento, perdóname!

Su voz se atropellaba pidiéndome indulgencia y su cara, a cincuenta centímetros por debajo de la mía, se mostraba pálida y alterada. En cualquier otra situación, yo hubiera sido benevolente, pero el hombro se me había dislocado fuertemente al forzar el movimiento para agarrarme y el dolor me tenía paralizado el brazo impidiéndome desasirme de la rama. Además, me sentía terriblemente furioso y ridículo colgando del árbol a dos metros del suelo tan cerca de la cara más bonita que había visto en mi vida.

— Ayuda — acerté a gemir —. Necesito ayuda.

Mi cara lo decía todo y Malala, como una exhalación, salió corriendo hacia el interior de la casa, gritando a todo lo que le daban sus pulmones.

— ¡Ayuda, ayuda, Daniel necesita ayuda!

La irrupción en el jardín de tíos y primos, con mi madre a la cabeza, aumentó en tal medida el bochorno que sufría que, haciendo un soberano y doloroso esfuerzo, conseguí abrir mi mano de la rama que me sujetaba y caí al suelo con un profuso estrépito de huesos, gritos y exclamaciones familiares. No recuerdo nada más.

La convalecencia me procuró un poco de paz a mi alrededor. Aparte la fractura del brazo y magulladuras en el cuerpo, era en mi orgullo donde me sentía más herido y lo demostré negándome a ver a nadie durante las cuatro semanas que duró mi recuperación. En esos días,

yo ansiaba esa soledad de la que había disfrutado tanto durante nuestra vida en la selva. Me sentía apabullado por todo y por todos y mi talante de normal optimista y risueño se volvió taciturno y retraído. Pero mi madre no me lo permitió por mucho tiempo.

—Daniel, querido, ¡se acabó! No puedes esconderte eternamente a lamerte las heridas. ¡Fue un accidente! Vale —concedió— un estúpido accidente...

Yo notaba cómo su mirada se iba volviendo cada vez más burlona y de repente, cuando yo me estaba debatiendo entre ponerme más digno o aflojar de una vez, estalló:

—¡Es que estabas tan gracioso! —la risa se le ahogaba en la garganta y sus hombros comenzaron a agitarse—. ¡Si te hubieras visto! ¡Jajajajaja! ¡Parecías un mono! ¡Jajajajaja! —ya no podía controlar su hilaridad y, finalmente, yo también comencé a reír con ella.

Mi madre me mantenía al tanto de lo que pasaba en casa y de quienes se acercaban a preguntar por mi estado de salud. Malala lo hacía a diario. La sola mención de su nombre me hacía sentir el ser más estúpido de la tierra y el estómago se me encogía hasta sentir ganas de vomitar. Hubiera dado lo que fuera con tal de no volver a verla en mi vida.

—Te has enamorado Daniel —pronosticó risueña mi madre cuando le expuse mis síntomas por primera vez.

—Pero ¿qué dices, mamá? Si la odio..., bueno —transigí—, no la odio, pero solo de pensar en ella me pongo malo.

—Pues eso.

—Pues eso ¿qué? —comenzaba a exasperarme y a arrepentirme de haberle contado nada a mi madre.

—Que te has enamorado Daniel —volvió a sentenciar sonriente.

Puse los ojos en blanco y con todo el desdén que pude imprimir a mi rostro, me di la vuelta y abandoné la habitación. Sus risas llegaron en el momento de ir a cerrar la puerta y culminé mi menosprecio hacia sus palabras con un fuerte portazo. Fue a peor: pude oír sus carcajadas a través de los tabiques y abandoné furioso mi casa.

Malala vino a visitarme el primer día en que se notificó mi recuperación completa.

Mi madre se reincorporó a su vida anterior como si no hubieran pasado esos diez años de nuestra vida salvaje. De vez en cuando una exclamación de sorpresa por algún nuevo aparato eléctrico, que no existía anteriormente, parecía hacerle recordar que habíamos estado muchos años ausentes. De forma tácita, mi madre y yo acordamos, durante la noche de los viernes, hacer un fuego en el jardín cerca del roble de la entrada para recrear nuestra antigua existencia. Lógicamente hacíamos concesiones a la recién adquirida comodidad y no nos faltaba de nada. Pero, ¡cómo disfrutábamos esas noches! ¡Era el éxtasis! Volvíamos a comer con los dedos y olisqueábamos los alimentos, cuchicheando sobre todo lo que nos había pasado esa semana. Mi madre lloraba de risa con las imitaciones que yo hacía de los familiares y amigos más histriónicos que nos rodeaban cada día y, al final de la velada, recostados, eso sí, sobre unas mullidas mantas y cogidos de la mano, contemplábamos las estrelladas noches de nuestra Lisboa natal.

En esos momentos me miraba con toda la ternura y complicidad con el que puede mirar una madre y con ese espíritu feliz y animoso que nunca perdió, movía la cabeza sonriendo y me decía.

— ¿Te acuerdas, Daniel?, ¿te acuerdas?

EL SILENCIO DE LAS PALABRAS

MARÍA ÁNGELES HERNÁNDEZ-GIL BORDALLO



PRESENTACIÓN

Creo que hablar directamente de mí provoca una lentitud sofocante en lo que escribo. Una pared que cierra la habilidad conseguida en las tardes pasadas junto al grupo de escritura. Lo mejor es recordar las lecturas teñidas de pasión. Y en mi caso, la sensación de no ser narradora directa de lo que escribía, me proporcionaba una visión menos subjetiva: un resultado más seguro de mi trabajo. Que Juan se convirtiera en ese mago tranquilizador que ahuyentaba los malos espíritus fue calma total. Una buena idea. Pues las palabras se transforman cuando las escuchas. Muchas gracias, siempre.

Me incorporé tarde al curso, tan cohibida como silenciosa. Pasar desapercibida no es tan malo; se observa y se mantiene una alerta como principio del aprendizaje. Porque haber escrito toda la vida se rompió cuando empecé a escuchar otras voces diferentes, pero que tenían mucho en común con la mía. Y creo que ha sido este descubrimiento la pieza fundamental para empezar de cero.

EL SILENCIO DE LAS PALABRAS

— ¿Por qué sufro al amanecer? ¿Por qué me asaltan a esa hora las escenas negativas? ¿Por qué este desasosiego tan devastador? ¿A santo de qué todo esto...?

— Es en el despertar, cuando abro los ojos, después del descanso, donde están las claves de algo muy importante que tengo que resolver. Porque es en ese momento, de súbito, cuando mi mente origina toda clase de elementos terribles. Sí. Es como una respuesta a la continua intención de ser normal, obviando mi capacidad de ir hacia lo contrario, precisamente.

Todos callaron al oír las palabras de Damián.

Como cada primer lunes de mes, están reunidos con un intenso ardor humano: escuchar las historias de cada uno, aportando algo significativo. No es una propuesta de diseño intelectual: es un modo de dar salida a experiencias, con la naturalidad de haber sido vividas, de alguna manera. Y es que se han convertido en necesidad estas tardes de expresión oral, didácticas y comprometidas. Ha sido una buena idea poner en práctica este sistema privativo de ellos. Un ensayo salpicado de ironía que les va a ayudar a conocerse mejor. El relato es libre y confidencial, dentro de este espacio donde existe una responsabilidad tolerante muy particular. Tanto que hoy es posible que se rompa la formalidad con la que se inició. Es lógico que sea

un recorrido con secuencias cada vez más osadas, desde el punto de vista de espectador, sin rivalidad, más bien como algo que marque diferencia. Preparado para hacerles hablar y ayudarlos a salir de sus conchas. Es muy serio, y no deben echarlo a perder.

A Luz le encanta cómo se expresa Damián, ve más allá de sus palabras, da gusto, sabe narrar con estilo socarrón, desenfadado, muy personal e individualista. Niega la tragedia a pesar del dramatismo.

—Es una suerte saber indagar en el vacío existencial, y tú lo haces con mucha maestría, Damián. Eres muy buen contador de historias.

—Tú me conoces, son aventuras que no invento, las sueño. Las prefiero así, a vivirlas de forma real.

Luz calla. No quiere abordar sus neuras. Conocer el trasfondo de esos sueños expone a todos a entrar en polémica.

—Quizá tengas razón. Pero te entregas a la desolación casi de forma gratuita. Con una formalidad hecha y programada para algo..., no sé cómo llamarlo, ¿deprimente?

—Bueno, yo no lo definiría así, más bien aprendo a vivir desde el pensamiento cuajado de preguntas que con insistencia me hago. Y tengo un almacenamiento considerable. Y sí, es duro, pero te hace fuerte, se abre la mente y te mantiene alerta.

Damián se siente bien dando que hablar. Haciéndose un hueco entre la multitud, cuando la ocasión es propicia. Lo necesita. Es como su carta de presentación en la sociedad, puesto que le cuesta abrirse en público. No es su intención crear ese ambiente controvertido, pero ya que los demás lo interpretan de ese modo no se molesta, al contrario; es inútil explicar que su comportamiento es una faceta de su carácter y no una postura suicida. Pero es cierto

que aprovecha este espacio de los afortunados, que nunca se completa del todo en él. Una confabulación que con mucha frecuencia desvía su momento estelar..., casualidad que se repite como una insoportable invisibilidad. Y le gusta Luz traduciendo sus palabras, interpretando su papel; una chica lista, con su timidez atractiva. Si ella recibe con entusiasmo sus relatos, se da por satisfecho.

“ — Voy conduciendo por la vía paralela al río. Mi madre va sentada en la parte de atrás (ella hace casi veinte años que ha muerto) o a mi lado, exactamente no lo sé. Cuando vamos a pasar el semáforo, en la acera hay un grupito de jóvenes. Una de las chicas está pisando la calle mientras los demás continúan en la acera. Hay mucho tráfico y ella está impasible, sin moverse, no se aparta y yo casi no tengo espacio. Le doy una pequeña pitada de atención, y la chica cae hacia atrás como una marioneta. No la he rozado. Reduzco la velocidad, miro por el espejo retrovisor; allí sigue inmóvil, sin atender por nadie... En ese momento despierto por la fuerza de mi ansiedad al ver la escena con tanta precisión. Cuando esto pasa, no puedo obviar que es un sueño solamente; dar media vuelta en la cama, y, se acabó. Pero allí sigo, como la protagonista de mi historia, sin poder reaccionar, angustiado, buscando una explicación que dé claridad a ese cuadro, que ha producido una excitación atroz en mi organismo. Y, ¿qué hace mi madre en esa escena? No habla, ni comenta, ni grita; es un mero añadido, sin respuesta.”

Al terminar de contar su sueño está sudando, agitado todavía por la fuerza de lo vivido. No piensa en la reacción que puede haber provocado. En su garganta se ahoga un sollozo que sólo percibe Luz. Es verdad que el silencio lo dice todo.

— Esta tarde empieza con un sueño. No está mal saber

qué relación tenemos con el subconsciente cada uno... El esfuerzo ha llegado como un rayo que se estrella furioso causando impacto — acaba diciendo Luz, con síntomas de angustia.

Aún así, siente un pequeño vaivén. Damián salsea con mucha destreza lo que cuenta, cuando ahonda en su capacidad de relacionarse con el mundo. Transforma una simple pesadilla en un solemne ritual personal. Todo en él llega al límite, pasando antes por una depuración tan lúcida como voraz. Prefiere dejar pistas sueltas y que cada cual ate los cabos correspondientes. Un final abierto, propuesto para descubrir momentos brillantes. Sí, un mago en el arte de la seducción. Aunque también puede sacar de quicio fácilmente

— Está muy bien Damián. Hay algo mágico que produce una conspiración en nuestra mente, imposible de darle respuesta. Aunque estoy segura de que cada uno es capaz de vislumbrar un pequeño porqué en su conciencia — apostilla Luz, intentando suavizar la tensión.

— Tienes razón. En mi caso creo que son sobresaltos emocionales que salen disparados, cuando me relajo. Un juego de la mente que no se puede controlar — dice mientras se frota la cabeza —. ¡Y yo pienso que soy optimista...!

— Bueno, una cosa no quita la otra. Hablaremos más tarde.

Luis está impaciente. Con un gesto se abre paso para dar inicio a su turno, aunque antes quiere reivindicar su obsesión:

— Utilizar las redes sociales como vehículo para dar salida, precisamente, a estos relatos, es mucho más asequible y práctico, ya que es un método que se sostiene en el más moderno e inigualable formato — suelta arrogante. Una suerte de palabras enfundadas en la tecnología, no

aceptada allí.

— Ya dijimos que era mejor hacerlo de manera tradicional, ¿de qué nos vale complicarnos la vida utilizando otro sistema? Puede que llegue ese momento, pero, no ahora — puntualiza Raúl, que ha estado callado todo el tiempo.

— Bueno, ¡sois una pandilla en regresión! ¿Por qué nos tiene que parecer lo más correcto la audacia de algún escritor que con poca experiencia tecnológica, y escondiendo su ignorancia en los medios, haya ensalzado seguir en la línea del papel y lápiz? Y me seguís torturando con vuestra tiranía.

Acalorado por la subida de tono, se detiene un segundo, toma aire y pregunta inocente:

— ¿Puedo empezar ya?

— Sí, es tu turno. Pero antes, un detalle para aclarar tu memoria: aquí no utilizamos papel y lápiz..., son historias con-ta-das, simplemente, y co-men-ta-das después; esa es la condición. En casa que cada cual haga lo que quiera. Aquí no se deja constancia de nada.

Sentados alrededor de una mesa redonda, cómoda, donde es fácil observar los gestos que provoca la narración del otro, no existen papeles ni notas escritas. Luz aprovecha los minutos previos a la intervención de Luis para ir a la cocina. Con ademanes lentos alcanza del armario unos vasos limpísimos, de un cristal transparente y brillante; los coloca en una bandeja de carey con rodajas de limón, cortadas perfectamente, y unos cubitos de hielo. Llena una jarra de agua del grifo y la reparte entre los vasos. Con suma delicadeza los va colocando delante de cada persona, encima de unos posavasos planos, también de cristal. Lo hace de una manera minuciosa, como si hubiera servido el vino espumoso más excitante del mundo. Cuando se sienta a la mesa se repliega como una maripo-

sa preciosa y humilde. Atenta.

Luz ofrece su casa. Allí están todos al servicio de cada uno. Prohibido las malas artes, groserías, enfados o celos infundados. Se responsabiliza de mantener la paz entre sus amigos, evitando que pueda surgir algún malestar. Quiere llegar con este entretenimiento a conocer más a fondo a los chicos como propuesta personal, poniendo en común un proceso vital, que renueve la amistad entre ellos. Es el alma indiscutible de algo tan importante y práctico, como disponer de sus recursos culinarios con una creatividad tan simple, que mantiene en perfecto equilibrio el clima que se respira.

Luis espera que su amiga se siente. Es capaz de meterse en situaciones complicadas para tener un buen material. Necesita un desahogo, hablar de sus legajos de niño. Una fórmula eficaz en esta situación de arcaica madurez.

“—Siempre he buscado una vida impecable. He sido un niño inquieto y muy curioso. Quería atraparlo todo y aprenderlo todo. Pensaba que indagando estas leyes estaría ligado a las fórmulas de sabiduría oriental, que tanto me han atraído siempre. Encontraría la armonía, el orden y el sentido de las cosas, como vehículos correctos para lograrlo, sin reparar en los peligros que esa ligereza de pensamiento podría acarrear. Me encontraba bien en mi familia; protegido por un ambiente sin extremos opuestos. Sentía una gran admiración por mis padres, me cubrían de confort, sus muestras de afecto eran para mí la garantía de que el mundo era bueno, tanto como lo era yo mismo entonces. Cuando llegaba del colegio, cansado, mi casa alejaba las dificultades que encontraba fuera; allí todo estaba limpio, preparado para sentirme resguardado. Y yo me dejaba dominar por esa sensación placentera. Hasta los olores que desprendía la casa envolvían mi se-

guridad de niño.

Me gustaba mi vida rodeada de esa atmósfera familiar. No podía prever que el mundo tenía secretos ocultos, que aún no adivinaba. Todo me parecía lógico. No echaba en falta que mis padres me abrieran los ojos, aunque estoy convencido que más bien me los cerraban. Crecí tan resguardado de mi propia existencia, que, a pesar de todo, mi imaginación me llevaba hacia lugares insólitos, en los que me sentía como un prófugo que había desertado de la realidad

Hablo con auténtico recelo de lo que era mi vida. Porque ya en el colegio sufría toda clase de prejuicios al enfrentarme con los otros alumnos. Me daba cuenta de que me miraban con signos de burla contenida, que yo no comprendía. Me sentía apartado, incapaz de relacionarme de una manera normal.

Apenas un instante puede hacer cambiar esa inocencia. Aunque en mí fue un proceso más bien lento: uno encuentra el mal poniendo los medios, claro. Lo comprendí en el instituto. No sabía si era un progreso lógico del aprendizaje diario. Pero lo que con tanta pasividad me alejaba de hábitos inseguros, que me asustaban, se resquebrajaba en un deseo cada vez más sólido, de ir hacia esa libertad que yo ignoraba y suponía que otros chicos disfrutaban. En pocas palabras, empezaba a deshacerse dentro de mí la resistencia que manejaba lo imposible y que necesitaba romper en un instinto de compensar la balanza.

Mi relación con chicos nuevos empezó con un rechazo. Sabía que era peligroso acercarme a ellos, no estaba preparado; para un adolescente como yo era exagerado un cambio tan rápido que desafiaba los preceptos que me ayudaban a vivir en paz.

Esos muchachos eran de mi barrio. Huía de ellos cuan-

do coincidíamos en la calle, se les notaba que les iba la camorra, y no me gustaban. Pero en el instituto entablamos amistad por unos compañeros comunes. Lo más suave que me decían era la frase “tú eres un chico demasiado bueno”, y se reían abiertamente de mí. Luego se hablaba de fútbol claro, ellos, porque yo estaba tan humillado que no decía ni palabra. Me sentía incómodo, pero una cierta atracción me removía por dentro en su forma de comportarse: eran desenvueltos, arriesgados. Les dije a mis amigos que no me gustaba nada estar con ellos, que se reían de mí descaradamente, y que me sentía mal. No les gustó que dijera eso, ellos estaban encandilados con sus maneras audaces. A partir de ese momento no tenía otra opción que aceptarlos, si quería conservar a mis amigos, o seguir un camino al margen de todos ellos. Ninguno estaba por entender mi postura. Así que me dejé llevar, como un remiendo, atropelladamente, sin voz ni voto. Mi capacidad de acomodarme no se hizo esperar. Ya os he dicho que había algo en mí que me provocaba continuar. No quería ser distinto, y lo era. Deseaba integrarme a los otros, aunque para eso tuviera que apartarme de mi vida. Debía hacerlo. El mundo me lo estaba demandando; me decía a mí mismo que con esta forma de ser nunca llegaría a nada. Y con ellos estrené mi vida de adulto, que nada tenía que ver con lo anterior.”

—Y aquí estoy, comiéndome el mundo —dice, a modo de pausa, sonriente y debilitado por el esfuerzo psicológico que ha supuesto la confesión.

—¿No has dicho que estabas encantado con tu paz familiar?

—Cuando uno se aburre en casa...

Sabe que se ha despojado de una máscara que los demás no conocen, de forma exagerada “pero no está

mal” —piensa. No va a dar marcha atrás. Su capacidad de ser sincero lo ha puesto al límite. No sabe si debe continuar o es más que suficiente.

—Con qué rapidez cambiaste, chico. Nunca has contado nada de tu adolescencia —le increpa Damián sorprendido.

—Se me ocurrió que era buen momento para ponerlos al día, ya que no sabéis nada de mí. Las vueltas que da la vida. Todo lo que he contado es una puñetera verdad.

—¿Y tus padres? ¿Qué ocurrió cuando se dieron cuenta del cambio de su hijito? —preguntó Raúl, asombrado.

—Eso fue lo peor. Esa vida perfecta que yo percibía en casa era un engaño. Os he dicho que era muy inocente y, también, que recibía muestras de afecto, no de cariño; eso era exactamente. Conforme me iba adocenando con malas compañías, se me abrieron los ojos respecto a mis padres. Me di cuenta de que no existía tal perfección familiar..., yo me la había fabricado. Era una necesidad, más que un hecho real, en mi debilidad de hijo único. Y reaccionaron con indiferencia. Fue una frustración llegar a ese convencimiento.

—Y, ¿cómo lo resolviste después del golpe, que imagino sufriste?

—Vosotros lo sabéis mejor que yo. Vivir la vida, simplemente.

Luz hace la pregunta a pesar de conocer un poco la decepción tan fuerte que le produjo toda esa historia. Su estabilidad voló por los aires. En alguna ocasión habían hablado de esto, por encima. Sabía que era para él un hándicap que lo atormentaba. Sobre todo por la seguridad equivocada en la que vivía, a pesar de que siempre se había mostrado como un hombre abierto con los demás. Con mucho éxito entre las mujeres. Y un poco crápula a

veces.

— ¿Has terminado ya, o querías añadir algo más? Se ha hecho un poco tarde y tenemos algo que decir Raúl, y yo también.

— Pues yo me voy, lo siento. ¿Por qué no continuamos otro día? —dice con poca fluidez, con ganas de desaparecer. Con aspecto sombrío y la cara descompuesta, se siente como un pelele al que han vapuleado. Pero todavía saca fuerzas para reivindicar:

— ¿Os dais cuenta? Nos vamos todos y la próxima vez no recordamos nada de lo que hemos hablado... ¡Como no queréis dejar constancia de lo que aquí se cuece...! — afirma un poco airado, deprimido. No entiende lo que se pretende con estas tardes que se llenan de nubes.

Tampoco comprende la actitud de Luz. Parece que desea sacar los trapos sucios de cada uno y clavarlos en el cerebro. Y todos inocentes, han picado el anzuelo — “esta chica es muy rara” — piensa como si hubiera hecho un descubrimiento insólito.

Raúl ha llegado el último al grupo. Es un compañero de trabajo de Luz; un chico poco comunicativo, abrumado por la gran ciudad, puesto que hace un año que se trasladó, teniendo muchas dificultades al principio. Conocer al grupo ha sido casual; un espacio sin cubrir, donde ella es su eslabón; lo tiene protegido, quisiera convencerlo de muchas cosas a las que aún no se ha adaptado. Mucho más prudente y estratégico que sus amigos, reconoce que es imprescindible abrirse camino sin romper con su mundo anterior. Ha sido aceptado e integrado sin prejuicios, de la misma manera que él ha sabido adaptarse sin problemas. Pero reconoce sin acritud que, para sobrevivir en la sociedad actual, ha de mantener una alerta continua respecto a las reglas en uso. Y él es un recién llegado, inex-

perto y desconfiado.

—Raúl, ¿te apetece contar algo? —dice complaciente Luz, calmando su ánimo—. Hay tiempo y es mejor que hablemos todos. La tarde está siendo interesante.

—Bueno, ya que me he colado en vuestro grupo, es algo que os debo. Estoy un poco preocupado por la responsabilidad a la que me voy a someter. Seré muy breve. Así que estoy dispuesto a abrirme en canal.

Necesita relajarse en medio de la atmósfera cargada de insinuaciones sin llegar a ninguna parte. Sus recursos sociales con respecto a los otros son mínimos, y se siente muy observado; un tormento para él, conociéndose.

—“Mi vida ha sido sencilla, dentro de una familia normal. Mis dos hermanas y yo nos criamos con mi madre en un puerto de mar. Mi padre se pasaba meses sin pisar tierra; marino mercante, hacía una vida alejada de nosotros. Pero es importante que diga que nunca nos sentimos huérfanos respecto a esta circunstancia. Lo teníamos asimilado, lo llevábamos en la sangre, con una naturalidad que llamaba la atención. Con estas premisas comprendéis que el impulso que nos mantenía, venía de nuestra madre, y también de mi hermana mayor, que nos llevaba ocho años; porque Maite y yo somos mellizos.

Estudiamos en la universidad con becas y mucho sufrimiento, porque el cansancio de mi madre iba apagando su salud. Nosotros, en secreto, calculábamos el tiempo que le faltaba a nuestro padre para su jubilación, y comprobar si mi madre podría llegar hasta esa fecha, en condiciones para disfrutar de la vida en compañía de su marido. Pero fue mi padre quien enfermó y tuvo que volver a casa definitivamente, con unas fiebres cogidas en algún país, que destrozó su futuro, pues cuando regresó a casa, su estado era tan deplorable, que murió unos meses después.

De esta manera fuimos felices en la espera de mi padre, de su vuelta a casa, dispuesto a recompensarnos por su ausencia. La poesía de Cavafis "Itaca" muestra la importancia del camino que se recorre hacia la meta, más que la llegada en sí. Siempre he tenido la certeza de que es así la vida. Creo que mi padre cumplió su vocación, en un largo camino, confiado en el regreso. Y mi madre hizo lo mismo; consolidó una familia, sola, que pudiera ser disfrutada por los dos. Fue sencillo y duro comprender esta verdad, por eso no hubo demasiados cambios en nuestro día a día. Mi madre reaccionó con la misma dignidad que había vivido. Su amor por la familia dejó un sello impreso forjado a fuego, tan preciso y radical que, sin haber frustración, nos ha marcado a los tres.

Cuando terminé la universidad me casé con mi novia, idealizada, de toda la vida. Fue un fracaso total, por lo que os he dicho: la imposibilidad de una relación como la de mis padres, tan consolidada, tan estrecha, estaba presente, negando la oportunidad de un crecimiento en común."

Calla unos segundos, toma un respiro y termina sereno.

—Y aquí estoy desnudándome ante vosotros. Perdonad mi intromisión. La próxima vez, trataré de ser más animado."

Luz se retrae un poco —Vaya con Raúl, el chico guapo y desenfadado, que tan bien se ha integrado— se dice sin detener su pensamiento. Está desbordada como persona, que soporta sus sentimientos reprimidos, sin dejarlos asomar: —No estoy madura aún—. Hasta su alma siente un escalofrío —¡Vaya con Raúl!— no sabe qué opinar: tan humano, tan hermético. Su corazón palpita sin saber por qué, en este instante —estoy fascinada contigo, pienso

con frecuencia en ti, sin saber lo que pasa por tu cabecita inocente.

—Ha sido una historia preciosa, bellísima, diría con más precisión. La has contado de forma admirable: con unas palabras y una delicadeza asombrosas. No ha debido ser fácil para ninguno de los hermanos liberarse de un testimonio de vida, tan sólido, como el de vuestros padres — comenta Luz, a pesar de su decaimiento.

—¿Cómo te sientes después de haber hablado? — pregunta Luis, un poco impaciente

—Ha sido gratificante, mucho. No podía imaginar la sensación de contar algo tan íntimo, ha sido como descargar la mochila familiar. Me lo habéis servido en bandeja. Y si he utilizado la ocasión con alguna desconfianza, ahora estoy feliz.

—Genial, Raúl. Nos has dado una lección de vida difícil de olvidar, y nos has deleitado mientras el interés ha superado lo previsto —Damián está muy orgulloso de la tarde. Ha sido un experimento personal de gran solidez, y merece la pena seguir adelante.

—Nos queda escuchar a Luz —continúa— está cansada, se le nota. ¿Qué hacemos?, ¿cortamos y nos tomamos algo?

Suplicante, Luz desea cerrar el círculo. Presionada por su angustia se abandona, incapaz de ponerse en marcha. Necesita que la empujen. Por ella daría el carpetazo. Pero también los hombres consideran la tarde poderosa; están impresionados.

—Luz, eres imprescindible, y es muy importante completar esta esclarecedora tarde ¿No os parece? —es la invitación de un Damián satisfecho.

—Lo haré. A las mujeres nos toca siempre lo más difícil y la tarde ha puesto un listón muy alto. Había pre-

parado un pequeño guion, me interesa decir en voz alta los hechos que observo. Voy a decidir algo en mi turno... Horrible. Estamos con ganas de picar y beber, relajados después del esfuerzo que todos hemos hecho. Las cosas hay que hacerlas bien, y creo que la calidad queda reflejada. Nos hemos mantenido en un nivel de intriga bastante considerable, a pesar del efecto cansancio. Ha sido precioso. Recuerdo cuando pensé que sería interesante hacer una incursión en nuestras tardes de ocio; que fueran diferentes, que nos alejaran de lugares comunes, repetidos o aburridos, donde pudiésemos poner en funcionamiento los sentimientos y las emociones como un batiburrillo; serio, dinámico y, por supuesto, con mucho contenido... Historias contadas, en primera persona, con las estrategias utilizadas por cada uno, para hacerlas veraces. Relatadas pensando en agitar y conmover a alguien: los demás que las escuchamos. Lo curioso es que no se dijo de dónde saldrían esas historias, y está bien, porque dejando la elección libre, cada uno podría elegir su metodología personal, y ha sido una casualidad que habéis coincidido en contar la parte de vuestra vida, que puede ser el centro de vuestro atlas individual, y que ha influido en cómo sois.

Parece que todo tiene un sentido lógico, la carga emocional os la habéis proporcionado cada uno; es la vida de vuestras familias, y, en el centro, vosotros, recogiendo lo que habéis vivido. Habría que preguntar a los otros miembros de vuestro núcleo familiar cómo ha sido su desarrollo habiendo recibido las mismas influencias; en la casa, la escuela y etapas de la vida en común. Sería fundamental y habría coincidencias propias. Aunque aparte, cada uno recibiría otras que vendrían del exterior. Pero si los sentimientos de los otros os fueran ajenos, entonces

el plano sería diferente, os situaría como espectadores y la trascendencia no sería la misma. La relación humana queda afectada cuando las compuertas, que atañen a las personas del mismo grupo, quedan abiertas con sus valores, rutinas y otros aspectos característicos que se crean y mantienen allí.

Sabéis que soy psicóloga clínica, me interesa la familia como estudio de salud mental. Es lo que busco: conocer e investigar los patrones que se repiten en el ser humano. En el caso de Raúl, ha compartido intereses junto a sus hermanas, haciendo un proyecto para los padres, que no ha podido realizarse. Y no ha sido casualidad, que lo que ha planteado con tanto provecho, pues sé que no es fácil hablar de lo íntimo, haya tenido la misma incidencia en los hermanos, como una secuela psicológica. Y es que no existe en el mundo una batalla tan dura de librar como es la misma vida, exhibiéndose públicamente; expuesta como en un mercado público.

Mi parte sentimental está ligada a vosotros. Nunca os he hablado de mi familia, porque no la tengo. Mis padres murieron y mi hermano se mató en un accidente de moto. Esta situación me evade de hacer comparaciones. Estudiar psicología ha sido un apoyo para comprender mis neuras; como si fuera una paciente de mí misma. Y os digo que me cuesta aceptar que necesito ayuda.”

—Estoy improvisando. No sé si os habéis dado cuenta. No conocía vuestras intenciones, y de repente, hablo y hablo de mi trabajo, después de lo que he escuchado esta tarde. Ha sido muy conmovedor.

Todos callan, parecen meditar sobre lo que ha dicho Luz. Se sienten indefensos como niños cogidos en falta. Los vasos de agua están vacíos. Todos sin excepción necesitan reponer fuerzas, hablar de tonterías. Damián se le

vanta para llenar los vasos. El ruido de la cocina produce una sensación liviana muy oportuna. A nadie le gusta escuchar el silencio, y en ese momento cae como una espesa bruma que se resiste a ponerlos en marcha. Luis, ajeno a todo, respira despacio, mientras Raúl mantiene los codos sobre la mesa, y las manos posadas en la cara. No se les ocurre otra cosa mejor que hacer. Luz se levanta de un salto, con tanta rapidez, que provoca una vuelta a la existencia.

—Vamos, estáis bajos, ¡ahora no me digáis que ha sido estupendo el rollo que os he soltado! Os habéis quedado sin aliento y sin habla. Ya sé que no esperabais eso de mí. Os he hecho vomitar aspectos frustrantes, peligrosos y muy íntimos. Ha sido una jugada a traición. Y me siento un poco mal, de verdad.

Dice en voz alta, saliendo de la cocina mientras ayuda a Damián con los vasos de agua.

—Bebed, ya que vuestro amigo os los ha rellenado para que estéis bien hidratados. Ahora voy yo con un vino estupendo que nos ayudará a animarnos.

Como ninguno dice nada, ella vuelve a la carga con una reacción alegre.

—Chicos, hace unos minutos estabais ilusionados con la tarde, y ahora ¿qué os pasa? Eso no es lo se propone aquí.

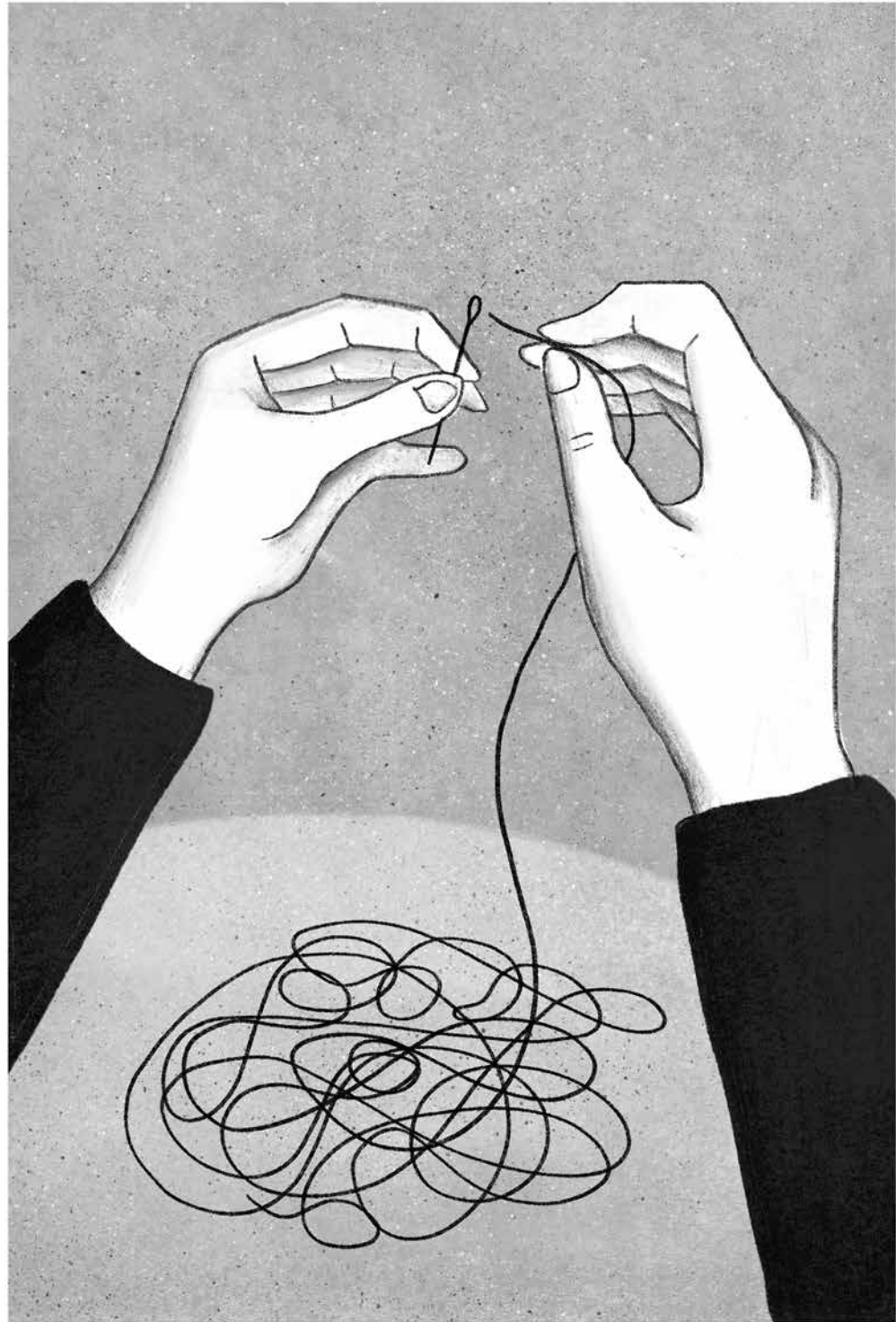
Entra y sale de la cocina, delgada como un junco, con movimientos muy bien controlados, y va dando trabajo a los tres hombres, con el pequeño frigorífico que ha preparado: una botella de vino tinto, un plato de canapés de salmón y una ensalada alemana para untar en las tostadas. Es necesario animar la tarde, han sido muchos altos y bajos. Y está contenta, agradece que la impresión producida haya tenido esa respuesta. Un éxito a pesar de todo.

Ahora es ella la que está cansada, se sienta en una silla de la cocina y reflexiona mientras acerca la copa de vino a los labios. Sus hombres han pasado de la depresión a un regocijo contenido, del que ella se aparta. Se abstrae de la escena. Los tres son fantásticos y han librado su batalla.

—“¿Quién será el que venga a mi lado?” — piensa convencida de que como en el juego de azar, él será el elegido. Ha llegado el momento, sin lucha y sin resentimientos. Y cree que cualquiera de ellos puede ser una buena elección. Al levantar la cabeza ve a sus hombres, radiantes, animados, mirándola... Esa es la respuesta.

IRRESOLUTO Y CARENCIA Y EL
MODO EN QUE DEJARON DE SERLO

SILVIA NORTES MANJAVACAS



PRESENTACIÓN

Qué sencillo resulta inventar la historia de tu próximo personaje, y ¡qué complicado hablar de la tuya propia!

La mía, supongo, empezó con los libros que leemos o, más bien, con los que jugamos cuando aún no sabemos distinguir una vocal de una consonante. Los libros que se tocan y se miran, los de figuras tridimensionales que emergían de las páginas como los géiseres que siempre salen en los documentales de Islandia.

De ahí, no recuerdo muy bien cómo, pasé a los tebeos, los TBO de tapa roja con las viñetas de Mortadelo y Filemón y Zipi y Zape, los unos resolviendo entuertos y los otros creándolos. Se ve que le fui cogiendo el gusto a lo de pasar páginas, porque me lancé incluso a editar mi propio periódico, una copia de *La Verdad* en cuartilla, con la cabecera, el editorial, los pies de foto... todo escrito a puño y letra por una *mengaja* que, quizá durante ese proceso, decidió que de mayor sería periodista.

Después llegaron clásicos infantiles y juveniles como *El Principito*, *Los cinco*, *Elige tu propia aventura*, *La historia interminable* y la colección completa de 'El barco de vapor' con *Querida Susi*, *querido Paul*, *Fray Perico y su borrico*, *El pirata Garrapata*, *De profesión, fantasma...* Aunque, si tengo que considerar a alguna historia culpable de mi enganche literario, ésa fue la de *Manolito gafotas*. Yo no sabía quién era Elvira Lindo ni me importaba, pero me partía de risa con las collejas que le propinaba a Manolito su madre y con los mote de los niños del barrio.

Con *Harry Potter* como saga de transición hacia la literatura adulta, empecé a descubrir a García Márquez,

Eduardo Mendoza, Oscar Wilde, Vargas Llosa, Isabel Allende, Agatha Christie, Virginia Wolf... los clásicos son clásicos por algo.

Nunca he sido de esas personas que dicen leerse más de treinta libros al año, quizá porque necesito más tiempo para asimilar la historia ya acabada o despedirme de los personajes como se merecen, así que, entre períodos de lectura, intentaba escribir algo serio, aunque casi siempre acababa divagando sobre lo poco que me gustaba el verano o componiendo poesía con comparaciones manidas al estilo “dientes como perlas” o “labios como fresas”. Y así, mediante el método científico del ensayo-error, he ido depurando los garabatos.

El resultado de esa depuración lo tiene en este libro. El relato que está a punto de leer es, como toda obra, una combinación de lo propio y de lo ajeno, de características, miedos, manías, que traspaso a los personajes como para resarcirme, y de frases, rasgos, gestos de los que me rodean y hacen de la vida y, por tanto, de la escritura, una *experiencia religiosa*, como decía aquél.

El espacio donde transcurre la historia es Murcia y, a la vez, Madrid. Murcia por su sol y por las calles estrechas de Santa Eulalia, propicias como pocas para enterarse de las conversaciones de cualquier vecino. Madrid por su rapidez, por las horas perdidas yendo de un sitio a otro y por esa sobreexcitación urbana que le hace a uno preferir, a veces, hundirse en el sofá.

Conocerá a dos protagonistas muy distintos cuyas vidas parecen ir en carriles divergentes. Ella es sensible hasta el hartazgo. Él, vociferante y con un trauma infantil que intenta superar. En torno a ellos, historias de payasos, acróbatas, sastres, rosas, consultas psicológicas, sacrificios personales, emisoras de radio... Le prometo que se va a

emocionar y, sobre todo, que se va a reír mucho. Es lo que más me gusta de escribir, imaginarme al lector soltando una carcajada repentina. Y, si resulta no ser así, tiene mi nombre para cualquier reclamación.

Espero de verdad que lo que va a leer sea de su agrado. Seguramente usted no sepa quién soy yo, ni tampoco le importe, pero me conformo con que, al menos durante los minutos de lectura, se olvide de cualesquiera que sean los sinsabores que arrastra.

P.D. Gracias a mis padres por leer todo lo que escribo y creer en mí. A mi madre, porque fue quien me inscribió en este curso. A mis compañeros, por ser fuente de inspiración y crítica de la buena. Y a Juan, por no dejar que me rinda y animarme a apretar bien fuerte la pluma.

IRRESOLUTO Y CARENCIA Y EL MODO EN QUE DEJARON DE SERLO

CARENCIA (I)

— ¡¡¡¡Que me la pela la audiencia y me la pelan los jóvenes cantautores y me la pela todo! ¡Que le he dicho al Julio que tenía que oír y punto!!!

Los gritos, ácidos como el ruido del metal, la despertaron. Se quedó un par de segundos así, agarrada a la sábana bajera que utilizaba cuando se quedaba dormida en el sofá, rebuscando en su cabeza lo que fuese que hubiese hecho esa mañana que la había dejado tan derrotada como para acurrucarse entre cojines y perder el conocimiento en ese lugar de la casa en el que la trayectoria del chorro de aire acondicionado se sentía como una tormenta polar.

Ah, sí. Un repartidor había llamado al timbre y, durante los minutos en que el viejo ascensor del viejo edificio de la vieja urbanización crujía y chirriaba para llevar al visitante a su destino en la cuarta planta, ella había estado imaginando que el repartidor le traía un ramo de rosas Black Baccara de algún admirador lo demasiado secreto como para no dejar ni una pista y lo demasiado instruido en el objeto de su admiración como para saber que las Black Baccara eran sus favoritas. Le gustaban por su tono rojo oscuro y porque no tenían perfume. Así, evitaba entristecerse cuando la flor dejase de oler.

Eso le pasaba muy a menudo, lo de imaginarse situaciones de novela romántica. Lo hacía, sobre todo, en la du-

cha. Y siempre mientras se impregnaba el cabello de suavizante, porque así era más fácil hacerse a la idea de que un amante con el porte de Cary Grant y el semblante de Paul Newman le masajeaba el cuero cabelludo tras una sesión desenfundada de otras acciones que no vienen al caso. Ella se lo creía; se lo creía indiscutiblemente, hasta que se enjuagaba el suavizante y las gotas turbias con olor a galán de noche se deslizaban por sus curvas para dar a parar al desagüe de la mano de ese amante de desaparición precoz.

El suavizante se le había acabado hacía días y empezaba a echar de menos a sus amantes novelescos. Cuando el repartidor llamó a la puerta, ella ya era toda fantasía. Pero no hubo admirador secreto ni rosas inodoras ni sueños consumados. Eran las pastillas de ácido hialurónico y colágeno que había comprado *online* siguiendo el consejo de Marta, del grupo de las *singles*, que le había dicho que más le valía empezar a tomar *nutricéutica* cuanto antes, porque el cuerpo llega un momento en que ya no asimila del todo los nutrientes y hay que poner remedio a la arrugas cuando aún no son un Cañón del Colorado epidérmico. Sabía que eran las pastillas, claro. ¿Qué iba a ser, si no? Pero le ponía tanto ímpetu a sus ficciones que llegaba exhausta a la realidad.

Con las fosas nasales ásperas por la corriente de aire, recordó por fin que había tirado la caja de píldoras al suelo y se había precipitado al sofá. Precipitado por lo inesperado y por esa forma de arrojar y dejarse vencer por la evidencia de que nadie, ni siquiera sus ficciones, la quería.

IRRESOLUTO (I)

El final de la canción era una mierda, ¿cómo la iba a dejar terminar? Suficientes pocos oyentes tengo ya, como

para ir perdiendo a los cuatro gatos que me escuchan. Así que, nada, la corté. Es que ahora los finales no se cuidan. Como las *pelis* esas que te dejan pensando si es que no has entendido nada o al montador le entró la malaria y no pudo terminar de cortar y pegar o si es que al director no le apetece pensar cómo acabar y la deja así y ya está. Ahora eso se lleva mucho, es como que eres mejor director si lo dejas todo en el aire. Woody Allen creo que lo hace, ¿no? Pues yo no seré Woody Allen, pero tengo un programa de radio y corto las canciones cuando me sale de los cojones.

Pues al Abellán no le gustó. Desde que le pusieron de director de la emisora va por ahí diciendo lo que le gusta y no le gusta y se cree que todos los programas hay que hacerlos para su uso y disfrute. Que un día le prohibió al de los boletines que metiera unas declaraciones del tío ese que se parece a Jesús Gil y que me parece que es Delegado del Gobierno porque, por lo visto, había tenido un lío con la mujer del Abellán cuando ella y su marido, el Abellán, aún no se conocían. El de los boletines lo mandó a la mierda estando en el aire. Y claro, así no hay manera.

Pues yo corté la canción a la mitad, le gustara o no, y punto. Y cuando el Abellán vino a hablar conmigo le dejé a medio de echarme la reprimenda, porque tenía que ir a casa de mi hermana Sara a terminar una falda *midi* que me había quedado a medio coser. No la terminé, al final. La disposición lumínica en casa de mi hermana es una indecencia, y no sé yo cómo leería los guiones de la radio si tuvieran que hacérmelos en Braille. Así que me fui a casa y me cené la media olla de lentejas que me había quedado del medio día.

Joder, luego tengo consulta. Espero que no me pinche para terminar de contar la historia esa que tengo a medio.

Está encerrizada con eso. Pues va lista si se piensa que voy a hablarle yo de mi vida así como así.

CARENCIA (II)

—Son diez con cuarenta.

—Ocho... cincuenta... —«Qué pequeño es el monedero este, joder»—. Nueve con treinta...

Siempre salía del Mercadona decidida a comprarse un monedero nuevo. De piel, que duraban más. Los últimos que ha tenido han sido de tela, o de plástico de ese que huele a falsificación y te deja la garganta árida.

—Tres...

Ha convertido el espacio final de la caja en un bodegón de la vida urbanita moderna, con cartones de leche sin lactosa y rulos de pavo sin sal, sin grasa y casi sin pavo salpicados de tarjetas de fidelidad, de bibliotecas, del gimnasio al que fue durante el mes después de la ruptura y del videoclub al que decidió afiliarse el primer día que lo visitó, que resultó ser también el último.

—*Jmmm...* —La cajera hincha las aletas de la nariz y aprieta los labios rosa fucsia al tiempo que tamborea la cinta transportadora con unas uñas esculpidas por alguna vietnamita del barrio del Progreso.

—Ay, pues nada, que no tengo. Por tres céntimos, ya ves tú. Te pago con tarjeta, entonces... —«Es que lo sabía. No tendría que haber cogido el aceite de argán». Procura calcular lo que le va a costar la compra antes de salir de casa para llevar el dinero justo. Hoy también lo ha hecho, claro, pero han movido el aceite de argán a la parte superior de la estantería y ahora te coincide con la altura de la vista y no hay que resista el brillo pajizo del potingue.

Tras unos minutos de fatiga, vergüenza y sentimiento

de culpabilidad por la señora que le seguía en la cola y a la que, a juzgar por el incipiente charco y el «no si... nos dan las uvas» se le estaban descongelando los lomos de merluza, consiguió pagar lo comprado y huir a casa con peor humor y la promesa de un cabello borracho de argán.

Las diez menos veinte de la mañana de un sábado y ya había recibido su primera dosis de antipatía. Aún le quedaban por delante, si sus cálculos no eran erróneos, unas quince demostraciones de indiferencia y entre siete y ocho miradas hirientes. Esa era la media. Tantos años de extrema sensibilidad le habían acarreado intensísimas jaquecas y una repentina capacidad para el cálculo probabilístico. Así, al menos, no se sorprendía al sufrir una mala contestación o un desprecio disimulado. Todo quedaba dentro de los límites de la probabilidad. Lo que no era probable, ni por asomo, era que ese sábado plomizo y de viento impertinente le guardara una sorpresa en forma de la sonrisa de un desconocido o la amabilidad de un camarero servicial.

Le encantaba la luz de su ciudad meridional, pero a la vez envidiaba a la gente del norte, tan acostumbrada ya a las corrientes borrascosas, a las nubes que casi tocas con la coronilla y al agua gris en los bajos de los pantalones. Eran, pensaba, personas imperturbables frente al mal tiempo, capaces de sentirse dichosas en un día de perros. Por eso, en verano, la alegría se les quintuplicaba y las olas gélidas y virulentas del Atlántico les parecían suaves vaivenes en la cuna de Poseidón. Pero en el lugar “donde vive el sol”, como decía el anuncio aquel para turistas que hicieron hace unos años los del gobierno regional, en cuanto el fogoso inquilino se hartaba de tanto halago y se tapaba un poco, sus terrestres admiradores se volvían

foscas, huraños, se les iba la cordura, las parejas más enamoradas eran las más incompatibles y los jóvenes más juerguistas se quedaban en casa bebiendo Cola-Cao.

—Somos unos *yonquis* del sol —le dijo a Esteban cuando la dejó por tercera vez—. Nos acostumbramos a lo bueno y, cuando nos lo quitan, nos volvemos espectros—. Y se levantó del banco y se fue a casa a tumbarse en el sofá en plena trayectoria del aire acondicionado para imaginarse que el sol había vuelto y que su amante de fantasía le enjabonaba la espalda. Tardó en dejar de ser espectro, aquella vez. Más que las dos anteriores con Esteban.

IRRESOLUTO (II)

Voy yo acordándome, camino de la emisora, del vestido aquel que llevaba Grace Kelly en *La ventana indiscreta*. Sí, ese que lleva cuando le planta un beso a James Stewart y le pregunta si le duele la pierna. ¡Qué vestido...! Era uno de los favoritos de mi padre. Cuando llegaba de misa los domingos, rara era la vez que no me pedía que le pusiera “una película de esas americanas que salen las mujeres con vestidos de los que no hay ahora”. La de Hitchcock tocaba, por lo menos, una vez cada dos meses, que ya se sabía los diálogos y hasta ponía la voz del Stewart, el tío. Bueno, la del doblador, que a saber tú quién sería.

Pues voy acordándome yo del corte de la falda de gasa a media pierna y de las cuentas que caían como racimos de uvas tintas desde el corpiño negro de escote en ‘V’. He leído en Internet que Hitchcock quería que se notase que el personaje era de cuna. Que era de buena familia, vaya, y por eso le hizo diseñar semejante obra de arte. ¡Qué tío! Mira cómo no puso a una fea de protagonista. Las de alcurnia son siempre las guapas, joder.

Pues voy yo a coger la línea 10 y no se me ocurre un lugar en el que sea más improbable encontrarme con un vestido como aquel. «¡Joder, señora!». Me cago en dios... es que me pongo malo con los que entran en el metro como si fueran las rebajas de El Corte Inglés. «¡Que luego viene otro, hombre!». No puede uno pensar en Grace Kelly tranquilo en esta mierda de transporte. Media hora llevo ya dando vueltas bajo tierra.

Ah, esta es mi parada. Bueno, en realidad no, lo que pasa es que yo me bajo a mitad de trayecto y hago la otra mitad en taxi. Al de hoy no le conozco. Cada vez hay más taxistas por ahí, macho. Se nota que los críos no tienen donde caerse muertos y terminan la mitad en esto, o llevando un Uber de esos que yo antes cogía mucho, hasta que una tarde unos de la Plataforma del Taxi o algo así nos tiraron huevos, que se quedó el coche *niquelao* para meterlo al horno y que saliera brillante como una empañada gallega.

— Hombre, Fulgen, ¿ya te has recuperado o qué? — Nada, el portero, que se pilló una gastroenteritis de caballo la semana pasada y tuvo que venir un sustituto que la verdad es que, como simpático, pues era más que Fulgen, que parece que le han *pegao* la boca y no habla ni para pedir, pero ya nos conocemos y me guarda siempre medio pan de Viena que hace su mujer y que me recuerda a las medias lunas que traía mi padre de la confitería La Peladilla y que yo me comía a escondidas a media noche.

Este es el piso. Bueno, en realidad no, el piso de la emisora es el séptimo, pero yo me bajo a medio camino, en el cuarto, y la otra mitad la hago por las escaleras. Por lo del deporte y eso, que tiempo para ir al gimnasio no tengo y ya lo de los cuarenta se va notando y, a veces, cuando circunloquio en el programa y no hago las respiraciones

oportunas, me quedo sin aire y tengo que meter a mitad de la charla así sin previo aviso el *Corazón Partío* para que los oyentes no se den cuenta de que me estoy sofocando y estoy ya del Alejandro Sanz hasta el *toto*.

Pues nada, ya estoy aquí.

—Nene, te dejaste ayer la cocina a medio recoger. — Esta es Marisa, que hace un poco de todo aquí. Cada día me recibe con algún apunte. El escritorio a medio ordenar, la puerta a medio cerrar, la papelería a medio vaciar...

—Coño, Marisa, para eso estás tú aquí, ¿no? Buenos días, por cierto. ¿Te hago un cafecito para alegrarte la mañana? ¿Mitad café, mitad leche, como los míos?

Mierda, ayer no acabé de elegir las canciones para el especial de música disco de hoy. Ah, eso, ya... bueno, supongo que te habrás dado cuenta de que siempre dejo las cosas a la mitad. Que no termino lo que empiezo, no, y que pobres las mujeres que hayan yacido conmigo. Pues eso precisamente me animó a buscar ayuda profesional. No ayuda profesional para las mujeres, que en Internet ya hay de todo, sino para un servidor. Porque luego le conocen a uno y ya te ponen el sambenito y no vuelvo a mojar pan ni en el potaje. Bueno, luego te cuento, que ahora me parece que le toca a la otra.

CARENCIA (III)

En su guarida era todo más sencillo. Estaban ella y la televisión, o ella y los libros, o ella y sus fantasías. Nadie podía atacar a su sensibilidad con contestaciones fuera de tono. En realidad, eso de ampararse en la soledad no era ni mucho menos parecido a todo lo que le habían recomendado. Así, estaba segura, lo iba a hacer peor. Pero, en días cargados como ése, hacerlo peor le sonaba a música celestial.

Tenía asumido que era PAS, pero aún no había aprendido a vivir con ello. Ser PAS es ser una Persona Altamente Sensible. Se enteró de la existencia de ese rasgo de la personalidad, que no trastorno ni enfermedad, mientras hojeaba el suplemento de los domingos. *El ejército de los sensibles*, se titulaba el artículo. Gracias a una lectura que fue como ver la Vía Láctea a través de un telescopio por primera vez, descubrió que había más gente como ella, que los PAS perciben un 10 por ciento más de información sensorial, que no era 'la rara' por sentirse colapsada en un concierto y tener que salir de la sala, que su sistema nervioso estaba muy desarrollado y que tenía todo el derecho a ir en pelotas —sentimentalmente hablando— por la vida.

Las lágrimas podían escapársele sin control alguno por infinidad de motivos. Los más habituales, según sus cálculos, eran las luces cenitales en bares y probadores de ropa o que la gente, cualquier persona, le acusara de estar mintiendo.

—¿Que no *tieneh* na? No te lo has *creío* ni tú, *desgraciá*.

—Estas palabras, surgidas de la boca de un *gorrilla* en la zona azul, le provocaron un abatimiento tal que vació el monedero y los bolsillos en el suelo mientras lloraba y gritaba que no le había mentido, que no tenía ni una moneda, y propinaba al *gorrilla* pequeños puñetazos de ira infantil en el pecho.

Detestaba los programas musicales de la radio. Tantos graves y agudos y mezclas y raps y *traps* y estrenos y colaboraciones y tantos sonidos perturbándole la cabeza. No entendía cómo alguien podía dedicarse a presentar algo así.

Le sacaba de sus casillas la gente que hacía ruido al respirar. «Pero, ¿cómo es posible que no se den cuenta de ese pitido infernal que les sale de la nariz?». Se cambiaba

de sitio en el autobús cada vez que un «respirador chillón», como ella les llamaba, se sentaba a su lado. Si no había sitios libres intentaba aguantar hasta que, dominada por la cólera, le decía al susodicho que si podía ser tan amable de sonarse los mocos o hacer lo que tuviera que hacer para respirar como un ser humano y no como una *minipimer*.

Por si vivir rodeada de personas de almas despiadadas y apéndices atronadores no era suficiente, aprendió también que la tendencia natural de los PAS es complacer a los demás. «De alguna manera, te regalas», había leído en el artículo.

—Churri, ¿no te das cuenta de que todos tus novios están contigo para utilizarte? Carlos consiguió que lo enchufaras en la consulta, Dani se acabó liando con tu amiga la de yoga, que era la que le gustaba desde el principio, Esteban te pidió más préstamos que a Caja Rural... —su hermana no era PAS, no era PAS para nada, y le decía las verdades con mucha razón y muy poco tacto.

—Eres como el Capitán América —le dijo Esteban la segunda vez que la dejó—. Siempre se puede contar contigo para todo. Siempre estás ahí para los demás.

«Sí, pedazo de cabrón, siempre he estado ahí para dejarte mil euros y pagarte la tintorería». No se lo dijo, claro. Una PAS no es brusca con los demás, no vaya a ser que se enfaden. Solo una vez se había extralimitado con el vecino de enfrente. Que no sabía ni qué cara tenía, ni en qué piso vivía, ni cómo se llamaba, pero tenía sus gritos incrustados en el cráneo. Pobre quien fuera que estaba al otro lado de la línea cuando hablaba por teléfono desde el balcón. «¡Váyase usted a hablar al puto cuarto de baño, joder!». Eso fue lo que le dijo y todavía, de vez en cuando, se sentía mal por haberle faltado al respeto.

IRRESOLUTO (III)

Hostia, aquella tarde sí que la lie. Estaba en el aire con el chaval aquel que acababa de sacar su primer disco. Era malo, el cabrón, pero le debía un favor a un compañero del colegio de toda la vida, Pedro Conesa ‘el chapas’, y le prometí hacerle un hueco a su sobrino cantautor.

—Quiero pelear por lo que me gusta hacer. Es que no sé hacer otra cosa, esto es lo que mejor se me da y con lo que más disfruto. Así que voy a seguir tocando y cantando hasta que me canse.

A Juli, que así se hacía llamar el chico, se le veía emocionado, la verdad. Pero es que la psicología barata esta de “si quieres, puedes” me toca mucho las pelotas, porque creo que están engañando a los chavales con automotivación y mierdas en escabeche y luego así pasa, que monta una empresa cualquier *desgraciao* pensando que solo le separan de su sueño una cuenta de Instagram y un plan de marketing y claro, luego vienen las depresiones y las plantaciones de maría en la azotea.

—Pues eso es una gilipollez, Juli, perdona que te diga —le corté a mitad porque me estaba poniendo negro. Yo veía a Chechu, el técnico de sonido, con los ojos muy abiertos y moviéndose como espantando un enjambre de abejas invisibles, pero ni caso le hice —sin padrino no vas a hacer nada, que no te vendan la moto. Mira, yo estoy en esta jodida emisora porque no me queda otra, así se dieron las cosas y con lo poco que me pagan pues me alquilo el piso, y una copa de vez en cuando me tomo. Pero no te creas esas mierdas de luchar por tu sueño porque aquí, el que no se enchufa, no llega a ninguna parte. Por muy bien que cantes, Juli, que no te digo yo que no.

A mis palabras les siguieron llantos de furia de Juli, calificativos bastante groseros de Chechu hacia mi persona sin haber previamente silenciado los micrófonos del estudio, llamadas telefónicas de oyentes al número del programa y de amigos a mi número particular... y no me despidieron porque fuimos *trending topic* y los seguidores en redes sociales subieron como la espuma. «Que hablen de nosotros, aunque sea mal», dijo el jefe. Total, que empezaron a llegarme mensajes de seguidores por el Twitter preguntándome qué hostias me pasaba con la gente emprendedora, que tenía que apoyar al talento joven, que pitos y que flautas. Así que un día me harté y conté en directo que yo no quería ser locutor de radio, que estaba hasta la minga de listas de éxitos musicales de ayer y de hoy y que yo lo que siempre había querido ser era sastre de payasos, como mi padre, y que me había quedado a medio camino, porque la gente ya no va al circo si no es al *Cirque du Soleil* de pitiminí para fardar, y que lo de las multinacionales no solo había jodido a los ultramarinos y los carpinteros, también a los payasos, los acróbatas, los bailarines y, por extensión, a los sastres de circo.

Y el Chechu, que hacía como que no lloraba, pero sí, me puso de fondo *Mamá, quiero ser artista* y ya me vine arriba contando los entresijos del taller de costura, de cuando los payasos carablanca venían a probarse los trajes y yo no les reconocía porque no tenían la cara pintada y les echaba de casa con toda la asertividad de un crío de diez años, de cuando mi padre entraba con cajas de lentejuelas y *strass* y de cómo me pedía opinión para las combinaciones de colores de las chaquetas. A mí lo que me pirraba eran los hombros abullonados, que parecían un soufflé o una teta de monja.

Aunque la especialidad de papá eran las capas. Que las mujeres empezaron a ir al circo solas, sin hijos ni nada,

solo para ver la capa de Ramón que llevaba el payaso ese día. Que ya podía salir un elefante haciendo el pino, o a la acróbata esa que se metía el dedo gordo del pie en la boca, que a las señoras se la traía todo al paio hasta que salía el carablanca con la capa de terciopelo o rayón en invierno, o de seda en las funciones de verano. Por algo estuvo más de 40 años cosiendo para el Alaska, nos ha *jodío*.

Mi padre quería ser como Gerar Vicaire, pero en España. Yo le decía que los payasos europeos no tenían nada que ver con los españoles. Que aquí somos más rústicos y que casi que nos hace más gracia ver a dos borrachos peleándose. Pero él iba a lo suyo. Le encargaban un traje para el circo de Villanueva de los Infantes y él empeñaba horas y horas en diseñar y confeccionar como si fuese a estrenar en el Folies Bergère de París o en el Circus Krone de Múnich. Tenía los dedos como ramas de melocotonero, tan delgados que los huesecillos se veían sobredimensionados, y las yemas justo de ese color, color yema, a veces naranjas, a veces rojas, que parecía que le habían nacido melocotones de esos dedos suyos, de tanto que bordaba.

CARENCIA (IV)

Prrrr prrrrrr... prrrrrr prrrrrr... prrrrrr prrrrrrr... el móvil repiqueteaba en la mesa. Lo solía tener en vibración, porque le resultaba menos invasivo que una melodía estrepitosa. En la pantalla del teléfono, la palabra PAPÁ era la promesa de una conversación que terminaría en disputa.

—Hola, papá —contestó, intentando disimular el desánimo.

A su padre le incomodaba la exposición excesiva de los sentimientos. Si notaba un mínimo síntoma de abatimien-

to, felicidad, emoción, enojo... hacía lo posible por escabullirse. Para él, la trivialidad era mucho más cómoda.

—Oye, ¿tienes coche disponible? Que el mío está en el taller y esta noche tengo la cena con los del puerto.

La pandilla de jubilados que pasaban los días sin pena ni gloria, pero con mucho pacharán, en los bares del puerto celebraba todos los viernes una cena en la que el plato estrella eran las sardinas a la plancha. Su padre no se lo podía perder, y menos aquel viernes que, por lo visto, le tocaba a él llevar las viandas.

—Sí, yo te llevo, no hay problema.

En realidad, sí que había problema. Tenía que esperar a que llegase el fontanero —el real, no el de sus fantasías— para solucionar una rotura de cañerías que llevaba arrastrando durante semanas. Pero nunca le decía que no a su padre.

—Ah, y también le tienes que hacer un hueco al primo Josemi. Dice mi hermana que está raro, que no come y tiene ojeras y no sé qué rollos más. A ver si hablas con él y a ti te cuenta qué cojones le pasa. Pero tú profesional, como si no te conociera. Como con todos los que van allí, ¿eh?

—Claro, le llamo y se lo digo. No hay problema.

También lo había, en este caso. Tenía la consulta a reventar. El otoño aviva las depresiones y la Seguridad Social no fue diseñada para las personas tristes.

IRRESOLUTO (IV)

Mi psicóloga, la Dra. Cabezas, dice que sufro de ‘Trastorno del Final Ausente’, que tiene un nombre muy poético y todo lo que ella quiera, pero yo no termino de creérmelo. Dice que es como que en el fondo de mi subconsciente se ha generado un rechazo a acabar cualquier

tarea, y lo achaca a la muerte de mi padre. Que ya ves tú qué tendrá que ver, si yo desde bien pequeño me dejaba siempre medio plato de espinacas sin comer, que mi madre le ponía vinagre como para fregar el suelo de Versalles y eso no había niño ni persona humana que se lo acabase.

—Me contaste que tu padre murió mientras bordaba una capa, ¿no? —me preguntó la quinta vez que le salí con lo de las espinacas.

—Sí, ¿y? —No tenía yo muchas ganas de hablar de aquello y le respondí grosero, como cuando algún oyente me piden una canción de Elvis Costelo.

—Pues que quiero que me lo cuentes otra vez, porque creo que ahí está el problema —me respondió sin un solo gesto de ofensa, la psicóloga.

La verdad es que es una mujer que sirve para el trabajo que hace. Llevo ya unos meses viniendo y me gusta bastante. Salgo de la consulta como más ligero, menos preocupado... como si me hubiera pegado una juerga, pero sin la resaca. Que me ponga ahí, a contarle mi vida, que lo más seguro es que le importe tres narices, y ella ni se inmuta, me escucha que parece que se le fuera la vida en ello. Los psicólogos son de otra pasta, como los toreros y los reponedores de supermercado.

—Pues no sé por qué va a estar ahí, pero bueno. A santo de qué ponernos ahora a hablar del hombre que ya ni pincha ni corta.

—Bueno, eres libre de abandonar la consulta si es lo que quieres. Aquí no se obliga a nadie a zanjar sus problemas. Créeme, tengo muchos más pacientes y no me voy a aburrir.

—*Cagiëndiós...*

Evité verbalizar que tenía razón, porque lo de dar la razón lo llevo también mal. Igual, hasta tiene también

que ver con la muerte de mi padre que, ahora, después de quince años muerto, está dando más trastornos que cuando había que limpiarle el culo.

— Con lo bien que habla usted en la radio, hay que ver lo poco que cuida su léxico en la consulta.

Me aguanté las ganas de contestar e incurrir en desacato a la autoridad. Supongo que, en una consulta psicológica, la autoridad es el psicólogo y, el paciente, o enfermo, o como narices se nombre al que va allí a contar su vida, es el subordinado, así que apreté los labios hasta parecer una puñalada en un tomate y respiré todo el aire que mis pulmones de fumador de medio paquete diario de Chester podían abarcar en una inspiración. Entonces me puse a contarle de nuevo lo mucho que quería a mi padre, el tiempo que pasaba con él, lo traumático que fue para mí su muerte y todo eso. Pero, al llegar a la parte de la muerte, no me veía capaz de terminar el relato y me daban los sudores de eso mismo. De la muerte, digo. Valga la redundancia.

— Pues eso, que... pues que entré en la casa... entré... en, en la casa y... — las dimensiones de mi lengua, hinchada y dura de repente como un entrecot de perro de esos que les ponen a los guiris en la Plaza de España, me hacían imposible articular más de seis palabras seguidas.

— Y lo encontraste en el sillón donde bordaba, ¿no?

— Sí. Sí, sí, claro. Ya estaba casi siempre ahí, bordara o no bordara.

— Vale, y dices que se quedó a medio de terminar una capa... una capa con un diseño que había imaginado cuando era pequeño o algo así.

— Sí, un diseño que hizo él en el taller de mi abuelo y que mi abuelo siempre le decía que era muy enrevesado y que no estaba bien diseñado y no sé qué más.

Joder, al final se lo conté todo. Tiene un algo esa doctora que te mira como si fueseis los únicos supervivientes de una catástrofe nuclear y la vida de los dos dependiese solo de lo que saliese de tu boca. Le solté cosas que nadie sabía, temas de la infancia que por lo visto no había olvidado y que me estaban retumbando en el presente. Le conté lo de que papá hablaba mucho de que quería hacer esa capa que diseñó de pequeño para darle en los morros al abuelo, aunque estuviera ya criando malvas. Que nunca tuvo tiempo de hacerla porque «los compromisos eran los compromisos» y la capa esa era «un capricho suyo». Que cuando ya no estaba para nada más que para no mearse encima se puso a bordarla y que cuanto menos podía más insistía porque quería terminarla antes de no poder terminarla. Y que al final no le dio tiempo y que la aguja se le quedó entre los dedos de melocotonero a medio de terminar una media luna.

No sé si pasaron dos o tres horas, durante las que vomité lo que llevaba dentro en su totalidad. Todo, todo y todo, como decía la cría del anuncio ese de los seguros. Salí de la consulta que parecía que me acababa de bajar de un toro mecánico, con el equilibrio etílico perdido. Pero dispuesto como nunca a cumplir de una vez con eso que había estado aplazando. Antes de nada, necesitaba hilo azul cobalto.

CARENCIA (V)

Había ido bien. Esa sesión había ido bien. Se había montado mil historias en la cabeza, había barajado diferentes tipos de trastorno que podían corresponderse con sus síntomas, había analizado cada frase y cada gesto de cada encuentro y creía que lo tenía casi casi diagnostica-

do. Pero la última sesión había ido bien, demasiado bien, y por fin veía las bambalinas de una fachada que nunca había percibido como real.

Habló durante horas, dos o tres, apenas interrumpido en un par de ocasiones. Se quedó vacío de rencores, penas y remordimientos y, cuando salió de la consulta, aun tambaleándose por la embriaguez de lo por fin contado, parecía un hombre nuevo, como poseído por un espíritu decidido y enérgico que no sabía de quién era pero suyo no, o al menos no lo había sido desde hacía años. En cierto modo, la sesión también la ayudó a ella. Ese paciente no le pedía ayuda, no le preguntaba por su coche ni si conocía al de Recursos Humanos de tal o cual empresa, ni siquiera le pedía que lo curara. Él quería hablar con alguien, hablarle *a alguien*, a unos ojos, a una cabeza ladeada, incluso a una boca incapaz de reprimir un bostezo de los que tiene la culpa el hambre, pero *alguien* con nombre y a quien le interesase algo más que las canciones que pinchaba en la FM.

Había dejado colgado a su padre con un «Papá, no puedo llevarte. Que te recoja uno de tus amigos. *Ciao*». Lo que antes le habría supuesto un sentimiento de culpabilidad de los que tardaban meses en evaporarse, ahora, aunque se negaba a admitírselo, le resbalaba.

Pasó por una floristería de camino a casa.

—Una rosa Black Baccara, por favor.

IRRESOLUTO (V)

Me temblaban hasta las pulsaciones. Estaba igual que aquella tarde, joder. Arrebujada de las prisas, con la aguja a medio insertar en la mitad derecha de la tela, ahí donde la media luna estaba a medio acabar, rodeada de un cie-

lo de estrellas plateadas, ya enturbiadas por el paso del tiempo.

Dudé solo un instante, suficiente para reparar en el dedal que descansaba en un rincón del baúl. ¿Me vendría bien ahora? Me hice con él y me lo puse sin pensar demasiado. Yo no sé si los dedales se pueden hacer a medida, como las capas, pero ese parecía estar hecho para mí. Tan-
tas veces se me escurrió del dedo... y lo único que tenía que hacer era esperar unos años.

Me senté en el sillón de mi padre. Enhebré la aguja con el hilo azul cobalto. Me poseyó un espíritu decidido y enérgico que no sé de quién era pero mío no, al menos no lo había sido desde hacía unos años. Y empecé.

IRRESOLUTO Y CARENIA (I). Y EL MODO EN QUE DEJARON DE SERLO.

— ¡He dado la última puntada! ¡He dado la última puntada! ¡Jodeeeeeeeeeerrrrr!

«El vecino ahora no, por favor... ahora no...»

— ¡¡¡¡¡¡La últimaaaaaaaa!!!!!! ¡Síiiiiiiiiii! ¡He terminadoooooooooooooo!!!

Agarró el cojín para taparse la cara y evitar el resol del mediodía de octubre, pero no llegó a hacerlo. Un resorte invisible la irguió. “¿La última puntada?”. Volvió instintivamente la cabeza hacia la caja de cápsulas de la juventud espachurrada. De pronto, la chica que la había estrellado contra el suelo horas antes le despertó compasión, lástima y un ligero rechazo. Se levantó despejada, tranquila, sin el cincel que le labraba la garganta cada día. Apagó el aire acondicionado, recogió los estorbos del salón con la paz de quien despedaza las fotos de un antiguo amor, ya temperado. ¿Quién había entrado a su casa para poner tanto

por en medio? Colillas, servilletas sucias, restos de sushi con demasiada soja, una película *pseudo*-romántica pausada en la pantalla del portátil... No, no había sido ella. Ella ya no era esa persona. O, al menos, había decidido dejar de serlo en cuanto el grito, ácido como el ruido del metal, la despertó.

— ¡Papáaaaa! ¡La capa, papáaaa! ¡La capaaaaa! — la última palabra había sonado ahogada por un llanto como de bebé.

Se sonrió. Se lavó la cara. Se puso la camisa que había desterrado de su vestuario cuando Esteban la dejó por primera vez. Extrajo *Personas Altamente Sensibles: descubre si lo eres* de la estantería y lo echó en la bolsa de la basura junto con los restos de sushi. «Están igual de podridos». Salió de casa, bajó al portal, abrió la puerta. Sí, estaba terminada, y era tan perfecta como había imaginado.

— ¡He dado la última puntada! ¡He dado la última puntada! ¡Jodeeeeeeeeeerrrrr!

Yo no sé si los Rolling se sienten así cuando terminan de tocar *I can get no satisfaction* o si Paco de Lucía gritó por su balcón cuando compuso el último acorde de *Entre dos aguas*, pero lo que a mí se me vino al cuerpo cuando rematé la media luna azul cobalto que adornaba el hombro derecho de la capa fue como un orgasmo de los buenos, de los que tienes que contarlos porque, si no, parece que fuese invención tuya.

Me puse a llorar y todo, macho. Se me vinieron a la cabeza las horas ayudando a papá en el taller, los ojos bizcos al enhebrarle la aguja, los dedales que me quedaban grandes y me fallaban en el último momento y me cla-

vaba los alfileres y entonces decidía que no iba a volver a ayudar a papá, hasta que al día siguiente me enseñaba las telas de lo que iba a coser esa tarde y yo, muy digno, le decía que necesitaba la opinión de un niño porque «los que van al circo son los niños y si no les gusta cómo va el payaso no van a seguir yendo y entonces te vas a quedar sin trabajo».

Y ahora, la había terminado. Había dejada preparada la lista de canciones para el programa del día siguiente, había hecho el trayecto de vuelta desde la emisora sin bajar del metro a mitad de línea, había subido los seis pisos de mi edificio en ascensor, sin pararme en el tercero o el cuarto para hacer el resto por las escaleras. Me había comido las sobras de lasaña del día anterior y hasta había rebañado el plato, había enviado los *emails* que tenía a medio escribir y había cerrado todos los cajones medio abiertos y había abierto todas las ventanas medio cerradas. Papá ya podía estar tranquilo. Su última capa había sido bordada siguiendo a pies juntillas las instrucciones del boceto que tenía en el regazo cuando le encontré en casa. Ya podía estar tranquilo, joder. Y yo también. Bajé a la calle, tenía que seguir gritando, tenía que enterarse todo el barrio, toda la ciudad, todo el planeta.

—Me la imaginaba justo así. La luna, digo. Justo así.

Se miraron aturridos, los dos. Sopesando el modo de tratarse fuera de las paredes azules y la luz de LED de la consulta de psicología.

—Pero, ¿¡qué coño!? ¿Es que vives aquí?

—Claro, desde hace tiempo. ¿Y tú? Bueno... veo que sí, por el tema de las zapatillas y el chándal manchado

de ketchup —hacía años que no se atrevía a ser sarcástica con nadie.

— Ah, ¡eso! ¡Jajajajajajajajajaja! ¡Eso da igual! ¡He terminado la capa de mi padre! ¡La del firmamento! ¡La que se dejó a medio cuando la espichó!

— Sí, ¡me he enterado! Igual que de todas tus conversaciones telefónicas desde el balcón... ¡Llevo meses odiándote en la distancia sin saber que eras tú!

Las risas sonaban mucho mejor al aire libre, amplificadas por el ladrillo de las fachadas.

— Oye, que yo no necesito ir más a la consulta, que estoy curado, joder. ¡Estoy curado!

— No necesitabas curarte, solo hablar con *alguien*.

— Puede ser. Muchas gracias, en serio. Muchas gracias. Nunca había hablado tanto con nadie, y encima no me pides que te pinche canciones. Joder... eh... ¡vamos a tomarnos algo! Te invito a cenar, venga. Tengo que explicarte cómo he hecho para terminar esto. El mundo del bordado es apasionante, ¡jajajajaja!

Ella apretó el asa de la bolsa de basura, llena de soja y de sushi y de problemáticas hipersensibles de una editorial cualquiera de autoayuda, la lanzó hacia el contenedor y dijo que sí, que se tomaban algo, que lo de la consulta ya no creía que fuese a necesitarlo y que «¿ves cómo tenía razón con lo de tu padre?».

Y tras muchas sesiones más sin paredes azules ni luces LED, pero con historias de payasos y domadores, de sensibilidades y pastillas de colágeno, como en la función mejor orquestada del circo de la vida, Irresoluto y Carencia dejaron, de pronto, de serlo.



